CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ALMANAQUE

DE LA

Ilustracion

1894

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1894

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

ARCIMIS (D. Augusto), AZA (D. Vital), BALART (D. Federico), BECERRO DE BENGOA (D. Ricardo), BENLLIURE (D. José), BENLLIURE (D. Mariano), BLAAS (Mr. Eugenio de), BOURGAIN (Mr.), BUSTILLO (D. Eduardo), CAMPILLO (D. Narciso), CASTELAR (D. Emilio), CATARINEU (D. Ricardo J.), CAVESTANY (D. Juan Antonio), CHEVILLIARD (Mr.), FABRA (D. Nilo María), FASTENRATH (D. Juan), FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FISHER (Mr. G.), FRANCÉS (D. Plácido), FRONTAURA (D. Carlos), GARCÍA Y RAMOS (D. José), GARCÍA SAMPEDRO (D. T.), GARNELO (D. José), FLAMENG (Mr. F.), GRILO (D. Antonio), GUTIÉRREZ (D. M.), IBÁÑEZ MARIN (D. José), JACKSON VEYAN (D. José), LANDERER (D. José J.), LASTRA Y JADO (D. V.), LESTER (Mr. F.), LOPEZ SILVA (D. J.), MAURA (D. Francisco), MONASTERIO (D. Ricardo), MORENO CARBONERO (D. José), NAVARRETE (D. Ramón de), NOGALES (D. José), OLIVA RODRIGO (D. E.), PALACIO (D. Eduardo de), PALACIO (D. Manuel del), PAZ (D. Abdón de), PEREA (D. Alfredo), PÉREZ Y GONZÁLEZ (D. Felipe), PÉREZ NIEVA (D. Alfonso), PICOLO (D. Manuel), PICÓN (D. Jacinto Octavio), REINA (D. Manuel), REPARAZ (D. G), RIVA PALACIO (El General), SABANDO (D. Julian Manuel de), SALVANY (D. Juan Tomás), SÁNCHEZ MOGUEL (D. Antonio), SÁNCHEZ PÉREZ (D. Antonio), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), SOROLLA (D. Joaquín), THEBUSSEM (El Doctor), URRECHA (D. Federico), VIDART (D. Luis).

AÑO XXI

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, número 20

1893

(c) Ministerio de Cultura 2006

ES PROPIEDAD.
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ÍNDICE GENERAL

TEXTO

	Págs.
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S...	5
Año astronómico, por D. M. V.....	5
Santoral.....	6
De Regreso.—Notas de su cartera, por D. A. Sánchez Pérez.....	11
Luis XVII (traducción de Víctor Hugo), poesía, por D. Juan Antonio Cavestany.....	17
Notas de Sevilla, por D. V. Lastra y Jado.....	19
Experiencia, poesía por D. Juan Tomás Salvany....	20
Nuevas cosas heinianas, por D. Juan Fastenrath.. ..	22
A una antigua amiga, enviándole un retrato, poesía, por D. Manuel del Palacio.....	27
El Padre Juan, por D. Eduardo de Palacio..... ..	29
Lluvia de flores, por D. Alfonso Pérez Nieva.....	31
Consolación, poesía, por D. Federico Balart.....	32
La batalla de Mons, por D. G. Reparaz.....	34
Dosimetría, poesía, por D. José Jackson Veyan.....	40
Una Nochebuena triste, por D. Julián Manuel de Sabando.....	42
La predicción del tiempo, por D. Augusto Arcimis...	47
Pensamientos, por D. Abdón de Paz.....	52
Memorias de un cómico definitivamente parado, por D. Eduardo Bustillo.....	53
Poesía pura, al alcance de cualquier chico de letras, por D. J. López Silva.....	59
¡Sollacabras, un minuto!, por D. Federico Urrecha..	60
Hablen cartas, por el Doctor Thebussem.....	62
Gaita y sermón, poesía, por D. Vital Aza.....	71
El drama de Luis, por D. Carlos Frontaura.....	75
El cielo en 1894, por D. José J. Landerer.....	80
En el limbo, por D. José Fernández Bremón.....	84
Soneto, por D. Ricardo J. Catarineu.....	88
Sonetos, por D. Manuel Reina.....	89
Madrid en la Edad Media, por D. Emilio Castelar...	92
El burro, por D. Narciso Campillo.....	99
El Tío Cascote, poesía, por D. Ricardo Monasterio..	102
Memorias de un solterón, por D. Ramón de Navarrete.	104
La burra perdida, por el general Riva Palacio.....	108
La corona, por D. Felipe Pérez y González.....	112
Represalias, por D. José Ibáñez Marín.....	114
Las golondrinas, poesía, por D. Ricardo Sepúlveda..	119
Los grillos de oro, por D. Jacinto Octavio Picón....	120
¡Más allá!, poesía, por D. Nilo María Fabra.....	129
El doctor Juan Ginés de Sepúlveda, por D. Luis Vidart.....	130
Mare nostrum, poesía, por D. M. Gutiérrez.....	138
¡Una y no más!, por D. Ricardo Becerro de Bengoa.	140
Recuerdos de Coimbra, por D. Antonio Sánchez Moguel.....	148
En Mondariz, poesías, por D. Antonio Grilo.....	150

GRABADOS

	Págs.
Excmo. Sr. D. José Zorrilla.....	10
Vista parcial del puerto de Chicago.....	11
Chicago.—Comedor principal del hotel *Auditorium*..	12
— Aspecto de «Madison Street», una de las principales calles de la ciudad.....	13
Exposición Universal Colombina de Chicago.—Vista exterior del palacio de las Oficinas administrativas.	14
Chicago.—El Palacio federal.....	15
Exposición Universal Colombina de Chicago.—Los palacios de Bellas Artes y del Illinois.—Edificio destinado á la exhibición de las labores de la mujer.	16
La desdeñosa.—Cuadro de F. Lester.....	18
Un cuento á bordo, cuadro de Bourgain.....	21
Entre flores, cuadro de Mlle. Ablema.....	23
Susana, escultura por Aizelin.....	26
Ilustraciones de la poesía «Á una antigua amiga, enviándole un retrato», dibujos de Picolo.....	27 y 28
De merienda, cuadro de Moreau de Tours.....	30
Una venta en la Sierra de Ávila, cuadro por Vuillefroy.....	33
El Duque de Alba.....	36
¡Buena siesta!, por Chevilliard.....	39

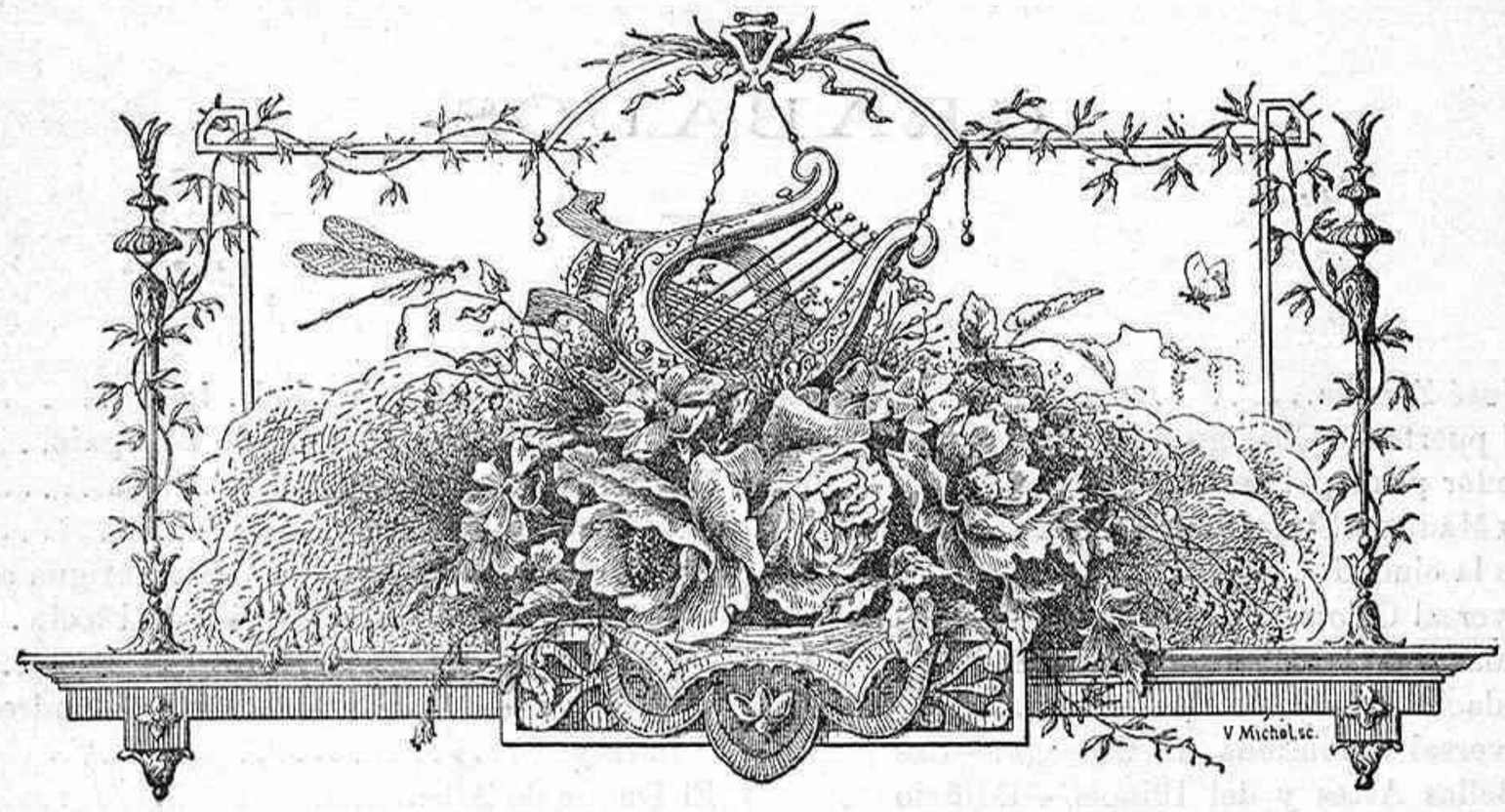
(c) Ministerio de Cultura 2006

	Págs.
¡Cómo acaban!, cuadro de D. Francisco Maura	41
Retratos, por Bettanier	43
Isabelita y Thor, cuadro de D. Joaquín Sorolla	45
¿Quién ganará?, cuadro de Krabansky	50
Un rinconcito de Sevilla, cuadro de D. José García y Ramos	54
¡Mírate, coquetón!, cuadro de R. Epp	61
Madrid.—Exterior del nuevo edificio de la Bolsa	63
Enseñar al que no sabe, por G. Fisher	66
Ilustraciones de la poesía «Gaita y sermón», dibujos de D. T. García Sampedro	71 y 73
La barca de Marlot, cuadro de A. Minet	74
Nocturno, cuadro de Wodzinski	77
¡Buenos días!	83
Para el Padre Prior, cuadro de D. Plácido Francés	86
La cucaña, cuadro del Sr. Oliva Rodrigo	95
En busca de hospedaje, por F. Flameng	98
Para todos los gustos (de fotografías instantáneas)	103
Ilustraciones de «Memorias de un solterón», dibujos de Picolo	104 y 106
Vida campestre, por Realier Dumas	107
Lectura del «Quijote», cuadro de D. José Garnelo	111
Las coplas del «Lorito», dibujo de D. José Benlliure	115
Muerte de «Tragabollos», dibujo de D. Mariano Benlliure	117
La abuelita, cuadro de Paul Wagner	122
El milagro de Santa Casilda, cuadro de D. José Nogales	127
Juan Ginés de Sepúlveda	131
¡Se armó la gorda!, cuadro de Hartmann	135
Graziella, cuadro de Eugenio de Blaas	139
Un explorador, por Delahaye	142
Haciendo novillos, por Alberto Aublet	145
Ilustraciones de las poesías «En Mondariz».	150, 151 y 152

VIÑETAS VARIAS: 11, 17, 19, 20, 22, 29, 31, 32, 34, 40, 42, 47, 51, 52, 53, 58, 59, 60, 70, 75, 80, 82, 84, 88, 89, 91, 97, 100, 101, 108, 110, 113, 119, 120, 137, 140.

GRABADOS EN COLOR

LA MANZANILLA, cuadro de D. Alfredo Perea.—EL TIC TAC, cuadro de Monginot.—EN EL CAMPO, por J. Koppay.—AVENTURA DE GIL BLAS EN UNIÓN DE LOS BANDOLEROS, cuadro de D. José Moreno Carbonero.—LA FLOR DEL HARÉN, por Popp.—EL ORÁCULO DE LAS FLORES, por H. Koch.—Á ORILLAS DEL ADRIÁTICO, por G. Jolley.—COIMBRA (PORTUGAL). La fuente de los amores en la Quinta de las lágrimas.



(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

LA MANZANILLA.—Cuadro de D. Alfredo Perea.
(Propiedad de los Excmos. Sres. Duques del Infantado.)

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA
(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIÁSTICO.

Aureo número.	14	Indicción romana. . . .	7
Epacta.	XXIII	Letra dominical. . . .	g
Ciclo solar.	27	Letra del martirologio romano.	D

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	21 de Enero.
Septuagésima.	21 de Enero.
Sexagésima.	28 de Enero.
Quincuagésima.	4 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	7 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	25 de Marzo.
Patrocinio de San José.	15 de Abril.
Letanías.	30 de Abril y 1 y 2 de Mayo.
Ascensión del Señor.	3 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	13 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	20 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi.	24 de Mayo.
Sacratísimo Corazón de Jesús.	1 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	3 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	1 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	19 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	7 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	11 de Noviembre
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	28
Adviento.	2 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I. — El 14, 16 y 17 de Febrero.	III. — El 19, 21 y 22 de Septiembre.
II. — El 16, 18 y 19 de Mayo.	IV. — El 19, 21 y 22 de Diciembre.

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.

Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiéndose que cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.

La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).

Miércoles, *Viernes* y *Sábado* de cada una de las cuatro Témporas.

Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).

Vigilia del *Apóstol Santiago*.

Vigilia de la *Asunción de Nuestra Señora* (con abstinencia de carne).

Vigilia de *Todos los Santos*.

Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).

También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles*, *Jueves*, *Viernes* y *Sábado* de la Semana Santa, 21, 22, 23 y 24 de Marzo.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y durante la Cuaresma ni aun los Domingos.

Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *días de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y todos los *Viernes* del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 2 de Abril, y se cierran respectivamente el 6 de Febrero y el 1.º de Diciembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 21 de Enero; el 13, 24 y 25 de Febrero; el 4, 16, 17 y 28 de Marzo; y el 17 y 19 de Mayo.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS QUE DEBEN INSERTARSE EN LOS CALENDARIOS DE CASTILLA LA NUEVA

correspondientes al año 1894.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. . . . 40° 24′ 30″ N.
Longitud. . . . 0ʰ 10ᵐ 4ˢ,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

19 de Enero, en *Acuario*.	22 de Julio, en *Leo.—Canícula*.
18 de Febrero, en *Piscis*.	23 de Agosto, en *Virgo*.
20 de Marzo, en *Aries.—Primavera*.	22 de Septiembre, en *Libra.—Otoño*.
20 de Abril, en *Tauro*.	23 de Octubre, en *Escorpio*.
21 de Mayo, en *Géminis*.	22 de Noviembre, en *Sagitario*.
21 de Junio, en *Cáncer.—Estío*.	21 de Dic., en *Capricornio.-Invierno*.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo á las 2 y 44 m. de la tarde.
ESTÍO. — Entra el 21 de Junio á las 10 y 42 m. de la mañana.
OTOÑO. — Entra el 23 de Septiembre á la 1 y 12 m. de la madrugada.
INVIERNO. — Entra el 21 de Diciembre á las 7 y 43 m. de la noche.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

MARZO 21. *Eclipse parcial de Luna*, invisible en Madrid.

Principia el eclipse á la una y 11 m. de la tarde.

Medio del eclipse á las 2 y 6 m. de ídem.

Fin del eclipse á las 3 y un m. de ídem.

El principio de este eclipse será visible en parte de la América Septentrional, en casi toda el Asia, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el Estrecho de Behring, en gran parte del Océano Pacífico, en parte del Índico y de los Mares Polares.

El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa, África y de la América Septentrional, en el Asia, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el Estrecho de Behring, en gran parte del Océano Pacífico, en casi todo el Índico y en parte de los Mares Polares.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,243: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 1° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta, que dista 59° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).

ABRIL 5. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 12 h. 51,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 78° 34′ al E. de San Fernando, y latitud 6° 31′ S.

El eclipse central principia en la Tierra á 13 h. 59,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 60° al E. de San Fernando y latitud 6° 50′ N.

El eclipse central á mediodía sucede á 16 h. 2,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 119° 55′ al E. de San Fernando, y latitud 47° 22′ N.

El eclipse central termina en la Tierra á 16 h. 58,6 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 151° 26′ al O. de San Fernando, y latitud 62° 48′ N.

El eclipse termina en la Tierra á 18 h. 6,8 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 173° 29′ al O. de San Fernando, y latitud de 49° 46′ N.

Este eclipse será visible en parte de Europa, en el Asia, en una pequeña parte de Africa y de la América Septentrional, en parte de las Islas Filipinas, en el estrecho de Behring, en parte del Mediterráneo, del Índico y del Pacífico, y en gran parte del mar Polar Artico.

SEPTIEMBRE 15. *Eclipse parcial de Luna*, visible en Madrid.

Principio del eclipse á las 3 y 21 m. de la mañana.

Medio del eclipse á las 4 y 17 m. de ídem.

Fin del eclipse á las 5 y 12 m. de ídem.

El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa y Africa, en toda la América Meridional, en casi toda la Septentrional, en todo el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico y del mar Polar Antártico, y en parte del Artico.

El fin de este eclipse será visible en parte de Europa y Africa, en las dos Américas, en gran parte del Océano Atlántico, Pacífico y del mar Polar Antártico, y en parte del Artico.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,226: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en el vértice boreal del limbo de ésta (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 58° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

SEPTIEMBRE 28. *Eclipse total de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 14 h. 36,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 49° 3′ al E. de San Fernando, y latitud 11° 48′ N.

El eclipse central principia en la Tierra á 15 h. 39,2 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 32° 52′ al E. de San Fernando, y latitud 1° 42′ N.

El eclipse central á mediodía sucede á 17 h. 41,5 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, en la longitud de 92° 13′ al E. de San Fernando, y latitud 34° 13′ S.

El eclise central termina en la Tierra á 18 h. 49,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 168° 51′ al E. de San Fernando, y latitud 56° 24′ S.

El eclipse termina en la Tierra á 19 h. 52,4 m., tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 152° 1′ al E. de San Fernando, y latitud 46° 23′ S.

Este eclipse será visible en parte de Asia, de Africa y de la Australia; en una pequeña parte del Océano Atlántico y del Mediterráneo, en casi todo el Océano Índico y en gran parte del mar Polar Antártico.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1894.

ENERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.23	1 Lun. *Fiesta.* La Circuncisión del Señor, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	4.45
7.23	2 Mart. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45
7.24	3 Miérc. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	4.46
7.24	4 Juev. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros, mártires.	4.47
7.24	5 Vier. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeón Stilita.	4.48
7.24	6 Sáb. *Fiesta.* La Epifanía ó La Adoración de los Santos Reyes, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49
	♈ *Luna nueva*, á las 2 y 53 m. de la madrugada, en *Capricornio*.	
7.24	7 Dom. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*	4.50
7.23	8 Lun. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51
7.23	9 Mart. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilisa, virgen.	4.52
7.23	10 Miérc. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53
7.23	11 Juev. San Higinio, papa y mártir.	4.54
7.22	12 Vier. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de León.	4.55
7.22	13 Sáb. San Gumersindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56
	☽ *Cuarto creciente*, á las 11 y 55 m. de la noche, en *Aries*.	
7.22	14 Dom. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57
7.22	15 Lun. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58
7.21	16 Mart. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00
7.21	17 Miérc. San Antón, abad.	5.01
7.20	18 Juev. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02
7.20	19 Vier. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta y san Audifaz.	5.03
7.19	20 Sáb. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04
	○ *Luna llena*, á las 2 y 57 m. de la tarde, en *Leo*.	
7.19	21 Dom. *de Septuagésima.* El Dulcísimo Nombre de Jesús, san Fructuoso, obispo, san Augurio y san Eulogio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.—*Anima.*	5.05
7.18	22 Lun. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07
7.17	23 Mart. *Fiesta.* San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08
7.17	24 Miérc. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09
7.16	25 Juev. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10
7.15	26 Vier. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.	5.11
7.14	27 Sáb. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor, y san Julián y compañeros, mártires.	5.12
	☾ *Cuarto menguante*, á las 4 y 36 m. de la tarde, en *Escorpio*.	
7.13	28 Dom. *de Sexagésima.* San Julián, obispo y patrón de Cuenca, y san Valero.	5.14
7.13	29 Lun. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora.	5.15
7.12	30 Mart. San Lesmes, abad, patrón de Burgos.	5.16
7.11	31 Miérc. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, viuda.	5.17

FEBRERO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
7.10	1 Juev. San Ignacio, y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.09	2 Vier. *Fiesta.* La Purificación de Nuestra Señora (vulgo *La Candelaria*) y san Cornelio Centurión, obispo.	5.20
7.08	3 Sáb. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21
7.07	4 Dom. *de Quincuagésima.* San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
	♈ *Luna nueva*, á las 9 y 31 m. de la noche, en *Acuario*.	
7.06	5 Lun. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.	5.23
7.05	6 Mart. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.—*Ciérranse las velaciones.*	5.25
7.04	7 Miérc. *de Ceniza.* San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.—*Principia el ayuno de Cuaresma.*	5.26
7.03	8 Juev. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.01	9 Vier. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.00	10 Sáb. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
6.59	11 Dom. *I de Cuaresma.* San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.	5.31
6.58	12 Lun. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
	☽ *Cuarto creciente*, á las 10 y 28 m. de la mañana, en *Tauro*.	
6.57	13 Mart. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen. *Anima.*	5.33
6.55	14 Miérc. San Valentín, presbítero y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.—*Témpora.*—*Ayuno.*	5.34
6.54	15 Juev. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires.	5.35
6.53	16 Vier. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.—*Témpora.*—*Ayuno.*	5.37
6.51	17 Sáb. San Julián de Capadocia, mártir.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Órdenes.*	5.38
6.50	18 Dom. *II de Cuaresma.* San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor.	5.39
6.49	19 Lun. San Gabino, presbítero y mártir, y san Alvaro de Córdoba.	5.40
	○ *Luna llena*, á las 2 y 2 m. de la madrugada, en *Virgo*.	
6.47	20 Mart. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41
6.46	21 Miérc. San Félix y san Maximiano, obispos.	5.43
6.45	22 Juev. La Cátedra de san Pedro en Antioquía, y san Pascasio, obispo.	5.44
6.43	23 Vier. San Pedro Damiano, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
6.42	24 Sáb. San Matías, apóstol, y san Modesto, obispo.—*Ánima.*	5.46
6.40	25 Dom. *III de Cuaresma.* San Cesáreo, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio.—*Anima.*	5.47
6.39	26 Lun. San Alejandro, obispo.	5.48
	☾ *Cuarto menguante*, á las 12 y 14 m. del día, en *Sagitario*.	
6.37	27 Mart. San Baldomero, confesor.	5.49
6.36	28 Miérc. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mártires.	5.50

MARZO.

6.34	1 Juev. El santo Angel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	5.52
6.33	2 Vier. San Lucio, obispo.	5.53
6.31	3 Sáb. Santos Emeterio y Celedonio, mártires.	5.54
6.30	4 Dom. *IV de Cuaresma.* San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.—*Ánima.*	5.55
6.28	5 Lun. San Eusebio y compañeros, mártires.	5.56
6.27	6 Mart. San Víctor y san Victoriano, mártires, san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.	5.57
	♈ *Luna nueva*, á las 2 y 4 m. de la tarde, en *Piscis*.	
6.25	7 Miérc. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58
6.23	8 Juev. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59
6.22	9 Vier. Santa Francisca, viuda romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.	6.00
6.20	10 Sáb. Santos Melitón y 39 compañeros, mártires en Sebaste.—*Órdenes.*	6.01
6.19	11 Dom. *de Pasión.* San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires.	6.03
6.17	12 Lun. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04
6.15	13 Mart. San Leandro, San Rodrigo y san Salomón.	6.05
	☽ *Cuarto creciente*, á las 6 y 13 m. de la tarde, en *Géminis*.	
6.14	14 Miérc. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06
6.12	15 Juev. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, y santa Leocricia, virgen y mártir.	6.07
6.11	16 Vier. Los Dolores de Ntra. Sra., y san Julián de Anazarbo, mártir.—*Anima.*	6.08
6.09	17 Sáb. San Patricio, obispo y confesor.—*Anima.*	6.09
6.07	18 Dom. *de Ramos.* San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
6.06	19 Lun. *Santo. Fiesta.* San José, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo.	6.11
6.04	20 Mart. *Santo.* San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.	6.12
	○ *Luna llena*, á la 1 y 57 m. de la tarde, en *Libra*.	
6.02	21 Miérc. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Benito, abad y fundador.	6.13
6.01	22 Juev. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Deogracias y san Bienvenido, obispos.	6.14
5.59	23 Viern. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Victoriano y compañeros mártires, y el beato José Oriol, presbítero.	6.15
5.57	24 Sáb. *Santo.* (*Abstinencia de carne.*) San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.—*Órdenes.*	6.16
5.56	25 Dom. de Resurrección. La Anunciación de Nuestra Señora y Encarnación del Hijo de Dios, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
5.54	26 Lun. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
5.52	27 Mart. San Ruperto, obispo.	6.19
5.51	28 Miérc. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires.—*Anima.*	6.20
	☾ *Cuarto menguante*, á las 8 y 13 m. de la mañana, en *Capricornio*.	
5.49	29 Juev. San Eustasio, abad.	6.21
5.47	30 Vier. San Juan Clímaco, abad.	6.22
5.46	31 Sáb. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amadeo de Saboya.	6.23

(c) Ministerio de Cultura 2006

ABRIL.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
5.44	1 Dom. *de Cuasimodo* ó *in albis*. San Venancio, obispo y mártir.	6.24
5.43	2 Lun. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.—*Ábrense las velaciones.*	6.26
5.41	3 Mart. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27
5.39	4 Miérc. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28
5.38	5 Juev. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia y la beata Juliana, virgen.	6.29
	♌ *Luna nueva*, á las 3 y 45 m. de la mañana, en *Aries*.	
5.36	6 Vier. San Celestino, papa y mártir.	6.30
5.34	7 Sáb. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mártires.	6.31
5.33	8 Dom. San Dionisio, obispo, y el beato Julián de san Agustín.	6.32
5.31	9 Lun. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	6.33
5.30	10 Mart. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34
5.28	11 Miérc. San León Magno, papa y doctor.	6.35
	☽ *Cuarto creciente*, á las 12 y 18 m. de la noche, en *Cáncer*.	
5.27	12 Juev. San Víctor, mártir, y san Cenón, obispo.	6.36
5.25	13 Vier. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.	6.37
5.23	14 Sáb. San Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo, patrón de Túy.	6.38
5.22	15 Dom. El Patrocinio de San José, y las santas Basilisa y Anastasia, mártires.	6.39
5.20	16 Lun. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.	6.40
5.19	17 Mart. San Aniceto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo é Isidoro.	6.41
5.18	18 Miérc. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.	6.42
5.16	19 Juev. San Vicente de Colibre, y san Hermógenes, mártires.	6.43
	● *Luna llena*, á las 2 y 47 m. de la madrugada, en *Escorpio*.	
5.15	20 Vier. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.	6.44
5.13	21 Sáb. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45
5.12	22 Dom. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46
5.10	23 Lun. San Jorge, mártir.	6.47
5.09	24 Mart. San Fidel de Sigmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48
5.07	25 Miérc. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.—*Letanías mayores.*	6.49
5.06	26 Juev. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Traslación de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50
5.05	27 Vier. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51
	☾ *Cuarto menguante*, á las 3 y 6 m. de la mañana, en *Acuario*.	
5.03	28 Sáb. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52
5.02	29 Dom. San Pedro de Verona, mártir.	6.53
5.01	30 Lun. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis—*Letanías.*	6.54

MAYO.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
4.59	1 Mart. San Felipe y Santiago el Menor, aps., y san Orencio y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.—*Letanías.*	6.55
4.58	2 Miérc. San Atanasio, ob. y dr., y la beata Mafalda, reina.-*Letanías.*	6.56
4.57	3 Juev. *Fiesta.* La Ascensión del Señor, la Invención de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodulo, mártires, y san Juvenal, obispo.	6.57
4.56	4 Vier. Santa Mónica, madre de san Agustín.	6.58
	♌ *Luna nueva*, á las 2 y 27 m. de la tarde, en *Tauro*.	
4.54	5 Sáb. San Pío V, papa, san Sacerdote, ob., y Conv. de san Agustín.	6.59
4.53	6 Dom. San Juan Ante-Portam-Latinam, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
4.52	7 Lun. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
4.51	8 Mart. La Aparición del arcángel san Miguel.	7.02
4.50	9 Miérc. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
4.49	10 Juev. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epímaco, mártires.	7.04
4.48	11 Vier. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., patrón de Lérida.	7.05
	☽ *Cuarto creciente*, á las 6 y 6 m. de la mañana, en *Leo*.	
4.47	12 Sáb. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mrs.-*Ayuno con abstin. de carne.*	7.06
4.46	13 Dom. *de Pentecostés.* Ntra. Sra. de los Desamparados, y San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.	7.07
4.45	14 Lun. San Bonifacio, mártir.	7.08
4.44	15 Mart. *Fiesta.* San Isidro Labrador, patrón de Madrid, y san Torcuato y seis compañeros, obispos, mártires.	7.09
4.43	16 Miérc. San Juan Nepomuceno, protomártir del sigilo de la confesión sacramental, san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stok, confesor.—*Témpora.—Ayuno.*	7.10
4.42	17 Juev. San Pascual Bailón, confesor.—*Anima.*	7.11
4.41	18 Vier. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio.—*Témpora.—Ayuno.*	7.12
	● *Luna llena*, á las 4 y 28 m. de la tarde, en *Escorpio*.	
4.40	19 Sáb. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudenciana, virgen. *Témpora.—Ayuno.—Órdenes.—Anima.*	7.13
4.39	20 Dom. La Santísima Trinidad y san Bernardino de Sena, conf.	7.14
4.38	21 Lun. Sta. María de Cervellón ó de Socors, vg., y S. Secundino, mr.	7.15
4.38	22 Mart. Sta. Quiteria y Sta. Julia, vgs. y mrs., san Atón, ob., el bto. Pedro de la Asunción, mr., y la bta. Rita de Casia, vda.	7.16
4.37	23 Miérc. La Aparición de Santiago, ap., san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.	7.17
4.36	24 Juev. *Fiesta.* Sanctissimum Corpus Christi, san Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs., y la Traslación de Sto. Domingo de Guzmán.	7.17
4.35	25 Vier. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzis, virgen.	7.18
4.35	26 Sáb. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.19
	☾ *Cuarto menguante*, á las 7 y 50 m. de la tarde, en *Piscis*.	
4.34	27 Dom. San Juan, papa y mártir.	7.20
4.34	28 Lun. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.	7.21
4.33	29 Mart. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	7.21
4.33	30 Miérc. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.22
4.32	31 Juev. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germán, Paulino, Justo y Sicio, mártires, y las Stas. Petronila y Ángela de Mérici, vgs.	7.23

JUNIO.

4.32	1 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús, san Segundo, obispo y mártir, san Íñigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24
4.31	2 Sáb. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25
	♌ *Luna nueva*, á las 10 y 42 m. de la noche, en *Géminis*.	
4.31	3 Dom. El Purísimo Corazón de María, san Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25
4.30	4 Lun. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.26
4.30	5 Mart. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27
4.30	6 Miérc. San Norberto, arz. y fund. del Orden premonstratense.	7.27
4.29	7 Juev. San Pedro y compañeros, mártires, monjes de Córdoba.	7.28
4.29	8 Vier. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28
4.29	9 Sáb. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29
	☽ *Cuarto creciente*, á la 1 de la tarde, en *Virgo*.	
4.29	10 Dom. Santa Margarita, reina de Escocia, san Críspulo y san Restituto, mártires.	7.29
4.29	11 Lun. San Bernabé, apóstol.	7.30
4.29	12 Mart. San Juan de Sahagún, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30
4.29	13 Miérc. San Antonio de Padua y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31
4.29	14 Juev. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31
4.29	15 Vier. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Benilde, mártires.	7.32
4.29	16 Sáb. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32
4.29	17 Dom. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.	7.33
	● *Luna llena*, á las 6 y 52 m. de la mañana, en *Sagitario*.	
4.29	18 Lun. Stos. Marco y Marceliano, y san Ciriaco y Sta. Paula, mrs.	7.33
4.29	19 Mart. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.29	20 Miérc. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japón.	7.33
4.29	21 Juev. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo.	7.34
4.30	22 Vier. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.30	23 Sáb. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.30	24 Dom. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.30	25 Lun. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
	☾ *Cuarto menguante*, á las 9 y 48 m. de la mañana, en *Aries*.	
4.31	26 Mart. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
4.31	27 Miérc. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey de Hungría.	7.34
4.31	28 Juev. San León II, papa, y san Argimiro mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne.*	7.34
4.32	29 Vier. *Fiesta.* San Pedro y San Pablo, apóstoles.	7.34
4.32	30 Sáb. La Conmemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial.	7.34

(c) Ministerio de Cultura 2006

JULIO.

Ortos del Sol. H. M.		Ocasos del Sol. H. M.
4.33	1 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y los santos Casto y Secundino, mártires.	7.34
4.33	2 Lun. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7.34
	☽ *Luna nueva*, á las 5 y 31 m. de la mañana, en *Cáncer*.	
4.34	3 Mart. San Trifón y compañeros, mártires, y el beato Raimundo Lulio, mártir.	7.34
4.34	4 Miérc. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	7.34
4.35	5 Juev. Santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.	7.33
4.35	6 Vier. Santa Lucía, mártir.	7.33
4.36	7 Sáb. San Fermín, obispo y mártir, san Odón, obispo, san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	7.33
4.37	8 Dom. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32
	☽ *Cuarto creciente*, á las 10 y 1 m. de la noche, en *Libra*.	
4.37	9 Lun. San Cirilo, obispo y mártir.	7.32
4.38	10 Mart. Los santos doce hermanos, mártires, santa Amalia ó Amelia, vg., y las santas Rufina y Segunda vgs. y mrs.	7.32
4.39	11 Miérc. San Pío I, papa y mártir, san Abundio, mártir, y santa Verónica de Julianis, virgen.	7.31
4.39	12 Juev. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir.	7.31
4.40	13 Vier. San Anacleto, papa y mártir.	7.30
4.41	14 Sáb. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.30
4.42	15 Dom. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los beatos 40 mrs. del Brasil.	7.29
4.42	16 Lun. Nuestra Señora del Carmen, el Triunfo de la Santa Cruz, y san Sisenando, diácono, mártir de Córdoba.	7.29
	● *Luna llena*, á las 9 y 48 m. de la noche, en *Capricornio*.	
4.43	17 Mart. San Alejo, confesor.	7.28
4.44	18 Miérc. Santa Sinforosa y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7.27
4.45	19 Juev. San Vicente de Paul, fundador de las Hijas de la Caridad.	7.27
4.46	20 Vier. San Elías, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires.	7.26
4 47	21 Sáb. Santa Práxedes, virgen.	7.25
4.47	22 Dom. Santa María Magdalena, penitente.	7.24
4.48	23 Lun. San Apolinar, obispo y mártir, san Liborio, obispo, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires.	7.24
4.49	24 Mart. Santa Cristina, virgen y mártir, y san Francisco Solano, confesor. — *Ayuno*.	7.23
	☾ *Cuarto menguante*, á las 8 y 52 m. de la noche, en *Tauro*.	
4.50	25 Miérc. *Fiesta*. SANTIAGO APÓSTOL, patrón de España.	7.22
4.51	26 Juev. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.	7.21
4.52	27 Vier. San Pantaleón, san Cucufate, santa Juliana y santa Semproniana, vgs. y mrs., patronas de Mataró.	7.20
4.53	28 Sáb. Santos Nazario, Celso y Víctor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	7.19
4.54	29 Dom. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mártires.	7.18
4.55	30 Lun. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mártires.	7.17
4.56	31 Mart. San Ignacio de Loyola, confesor, fundador de la C. de J.	7.16

AGOSTO.

Ortos del Sol. H. M.		Ocasos del Sol. H. M.
	☽ *Luna nueva*, á las 12 y 9 m. del día, en *Leo*.	
4.57	1 Miérc. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de Africa.	7.15
4.57	2 Juev. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso María de Ligorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza.—*Jubileo de la Porciúncula*.	7.14
4.58	3 Vier. La Invención del cuerpo de san Esteban, protomártir.	7.13
4.59	4 Sáb. Santo Domingo de Guzmán, fundador del O. de P., conf.	7.12
5.00	5 Dom. Nuestra Señora de las Nieves, y san Abel ó Abelardo, abad.	7.11
5.01	6 Lun. La Transfiguración del Señor, los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henares, y san Sixto II, papa y mártir.	7.10
5.02	7 Mart. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Sicilia, san Esteban, abad, y compañeros, mártires, y san Donato, obispo y mártir.	7.08
	☽ *Cuarto creciente*, á las 9 y 51 m. de la mañana, en *Escorpio*.	
5.03	8 Miérc. Santos Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mártires.	7.07
5.04	9 Juev. San Román, mártir.	7.06
5.05	10 Vier. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, vg. y mr.	7.05
5.06	11 Sáb. San Tiburcio y santa Susana, virgen, mártires.	7.03
5.07	12 Dom. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.	7.02
5.08	13 Lun. San Hipólito, san Casiano, santa Centola y santa Elena, mrs.	7.01
5.09	14 Mart. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono y mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne*.	6.59
5.10	15 Miérc. *Fiesta*. LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.	6.58
	● *Luna llena*, á las 1 y 2 m. de la tarde, en *Acuario*.	
5.11	16 Juev. San Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.	6.57
5.12	17 Vier. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6.55
5.13	18 Sáb. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.	6.54
5.14	19 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, san Luis, obispo, y el beato Pedro de Zúñiga, mártir.	6.52
5.15	20 Lun. San Bernardo, abad y doctor.	6.51
5.16	21 Mart. Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filiberto, mártires.	6.50
5.17	22 Miérc. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinforiano, mrs.	6.48
5.18	23 Juev. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.	6.47
	☾ *Cuarto menguante*, á las 5 y 25 m. de la mañana, en *Géminis*.	
5.19	24 Vier. San Bartolomé, apóstol.	6.45
5.20	25 Sáb. San Luis, rey de Francia, y san Ginés de Arlés, y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mártires.	6.44
5.21	26 Dom. San Ceferino, papa, y san Víctor, presbítero, mártires.	6.42
5.22	27 Lun. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, san Rufo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.	6.40
5.23	28 Mart. San Agustín, obispo y doctor, y san Hermes, mártir.	6.39
5.24	29 Miérc. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los santos Juan de Perusa y Pedro de Saxoferrato, mrs.	6.37
	☽ *Luna nueva*, á las 7 y 50 m. de la noche, en *Virgo*.	
5.25	30 Juev. Sta. Rosa de Lima, virg., y san Félix y san Adaucto, mrs.	6.36
5.26	31 Vier. San Ramón Nonnato, cardenal, y sto. Domingo de Val, mr.	6.34

SEPTIEMBRE.

5.27	1 Sáb. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los santos doce hermanos, mártires, san Gil, abad, y Sta. Ana, profetisa.	6.33
5.28	2 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación ó Correa, San Esteban, rey de Hungría, y san Antolín, mártir, patrón de Palencia.	6.31
5.28	3 Lun. San Sandalio, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japón.	6.29
5.29	4 Mart. Stas. Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalía de Palermo, vírgs.	6.28
5.30	5 Miérc. San Lorenzo Justiniano, obispo, la Conmemoración de san Julián, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26
	☽ *Cuarto creciente*, á las 12 y 48 m. de la noche, en *Sagitario*.	
5.31	6 Juev. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25
5.32	7 Vier. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23
5.33	8 Sáb. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián.	6.21
5.34	9 Dom. El Dulce Nombre de María, san Gorgonio, mártir, santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Osset.	6.20
5.35	10 Lun. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el beato Francisco de Morales y compañeros, mártires del Japón.	6.18
5.36	11 Mart. San Proto y san Jacinto, mártires.	6.16
5.37	12 Miérc. San Leoncio y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco, mrs.	6.15
5.38	13 Juev. San Felipe, mártir.	6.13
5.39	14 Vier. La Exaltación de la Santa Cruz.	6.11
	● *Luna llena*, á las 4 y 7 m. de la mañana, en *Piscis*.	
5.40	15 Sáb. San Nicomedes, presbítero y mártir, y san Jeremías, mártir de Córdoba.	6.10
5.41	16 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, San Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.	6.08
5.42	17 Lun. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, santa Columba, virgen y mártir, y san Pedro Arbués, mr.	6.06
5.43	18 Mart. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, confesor.	6.05
5.44	19 Miérc. San Jenaro, obispo, y compañeros, mártires, santa Pomposa, virgen y mártir, y el beato Alonso de Orozco.—*Témpora*.—*Ayuno*.	6.03
5.45	20 Juev. San Eustaquio y comps., mrs., san Rogelio y san Siervo de Dios, mrs. de Córdoba, y el beato Francisco de Posadas.	6.01
5.46	21 Vier. San Mateo, apóstol y evangelista.—*Témpora*.—*Ayuno*.	6.00
	☾ *Cuarto menguante*, á las 12 y 17 m. del día, en *Géminis*.	
5.47	22 Sáb. San Mauricio y compañeros, mártires.— *Témpora*.—*Ayuno*.—*Ordenes*.	5.58
5.48	23 Dom. San Lino, papa, y santa Tecla.	5.56
5.49	24 Lun. Ntra. Sra. de las Mercedes y el beato Dalmacio Moner, conf.	5.55
5.50	25 Mart. San Lope, obispo, san Formerio, mártir, y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mártir de la sevicia judaica.	5.53
5.51	26 Miérc. San Cipriano y sta. Justina, vg., mrs., y san García, abad.	5.51
5.52	27 Juev. San Cosme y san Damián, hermanos, mártires.	5.50
5.53	28 Vier. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adulfo y san Juan, mrs., Santa Eustoquia, vg., y el bto. Simón de Rojas, cf.	5.48
	☽ *Luna nueva*, á las 5 y 29 m. de la mañana, en *Libra*.	
5.54	29 Sáb. La Dedicación del arcángel san Miguel.	5.46
5.55	30 Dom. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.	5.45

(c) Ministerio de Cultura 2006

OCTUBRE.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
5.56	1 Lun. El santo Ángel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43
5.57	2 Mart. Los santos Ángeles Custodios, san Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.	5.41
5.58	3 Miérc. San Cándido, mártir, y san Gerardo, abad.	5.40
5.59	4 Juev. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	5.38
6.00	5 Vier. San Plácido y comps., mrs., san Froilán y san Atilano, obs.	5.36
	☽ *Cuarto creciente*, á las 6 y 46 m. de la noche, en *Capricornio*.	
6.01	6 Sáb. San Bruno, fundador de los Cartujos.	5.35
6.02	7 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	5.33
6.03	8 Lun. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mr. de Sevilla.	5.32
6.04	9 Mart. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	5.30
6.05	10 Miérc. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	5.29
6.06	11 Juev. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27
6.07	12 Vier. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegranario, cf.	5.25
6.08	13 Sáb. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jenaro y san Marcial, mártires.	5.24
	◉ *Luna llena*, á las 6 y 26 m. de la noche, en *Aries*.	
6.09	14 Dom. San Calixto, papa y mártir.	
6.10	15 Lun. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Descalcez carmelitana, y compatrona de las Españas.	5.22
6.12	16 Mart. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.21
6.13	17 Miérc. Santa Eduvigis, viuda, y la beata María de Alacoque.	5.19
6.14	18 Juev. San Lucas, evangelista.	5.18
6.15	19 Vier. San Pedro de Alcántara, confesor, patrón de Coria.	5.16
6.16	20 Sáb. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y mr.	5.15
	☾ *Cuarto menguante*, á las 6 y 41 m. de la noche, en *Cáncer*.	
6.17	21 Dom. San Hilarión, abad, y santa Ursula y comps., vgs. y mrs.	5.13
6.18	22 Lun. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y santa Alodia, vírgenes y mártires.	5.12 5.11
6.19	23 Mart. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germán, patronos de Cádiz.	5.09
6.20	24 Miérc. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvó, obispo.	
6.21	25 Juev. San Crisanto y santa Daría, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispín y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patrón de Segovia.	5.08 5.06
6.23	26 Vier. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentín y santa Engracia, mártires.	5.05
6.24	27 Sáb. San Vicente, santa Sabina y santa Cristeta, hermanos, mártires, patronos de Ávila y de Talavera de la Reina.	5.04
	● *Luna nueva*, á las 5 y 43 m. de la tarde, en *Escorpio*.	
6.25	28 Dom. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.03
6.26	29 Lun. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	5.01
6.27	30 Mart. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mártires, y san Alonso Rodríguez.	5.00
6.28	31 Miérc. San Quintín, mártir, y la Conmemoración de la batalla del Salado.—*Ayuno*.	4.59

NOVIEMBRE.

Ortos del Sol.		Ocasos del Sol.
H. M.		H. M.
6.29	1 Juev. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	4.57
6.31	2 Vier. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustoquia, virgen y mártir.	4.56
6.32	3 Sáb. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	4.55
6.33	4 Dom. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.	4.54
	☽ *Cuarto creciente*, á las 3 y 1 m. de la tarde, en *Acuario*.	
6.34	5 Lun. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.53
6.35	6 Mart. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
6.36	7 Miérc. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
6.38	8 Juev. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, hermanos, mártires.	4.50
6.39	9 Vier. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
6.40	10 Sáb. San Andrés Avelino y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.	4.48
6.41	11 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Martín, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
6.42	12 Lun. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá y san Millán, presbítero.	4.46
	◉ *Luna llena*, á las 7 y 35 m. de la mañana, en *Tauro*.	
6.43	13 Mart. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kostka, y san Homobono, confesor.	4.45
6.45	14 Miérc. San Serapio, mártir, y san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4.44
6.46	15 Juev. San Leopoldo, confesor.	4.43
6.47	16 Vier. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.	4.43
6.48	17 Sáb. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acisclo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, virgen.	4.42
6.49	18 Dom. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Román.	4.41
6.50	19 Lun. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa.	4.40
	☾ *Cuarto menguante*, á la 1 y 54 m. de la madrugada, en *Leo*.	
6.52	20 Mart. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	4.40
6.53	21 Miérc. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.	4.39
6.54	22 Juev. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4.38
6.55	23 Vier. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.38
6.56	24 Sáb. San Juan de la Cruz, san Crisógono, mártir, santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.	4.37
6.57	25 Dom. Santa Catalina, virgen y mártir.	4.37
6.58	26 Lun. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.	4.36
	● *Luna nueva*, á la 8 y 40 m. de la mañana, en *Sagitario*.	
6.59	27 Mart. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	4.36
7.01	28 Miérc. San Gregorio III, papa.	4.36
7.02	29 Juev. San Saturnino, obispo y mártir.	4.35
7.03	30 Vier. San Andrés, apóstol.	4.35

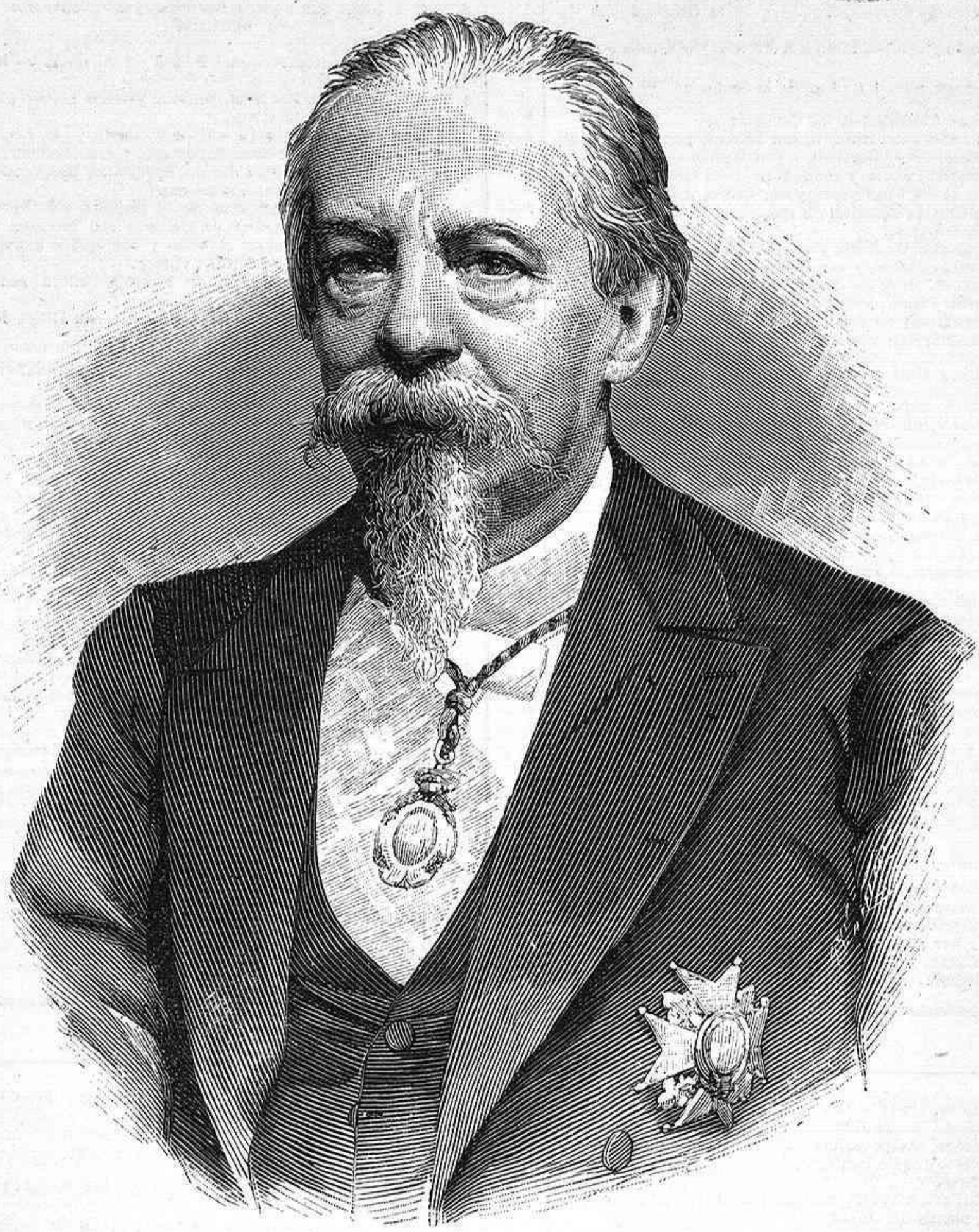
DICIEMBRE.

7.04	1 Sáb. Santa Natalia, viuda.— *Ciérranse las velaciones*.	4.35
7.05	2 Dom. *I de Adviento*. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elisa, virgen.	4.34
7.06	3 Lun. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34
7.07	4 Mart. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japón.	4.34
	☽ *Cuarto creciente*, á las 12 y 1 m. del día, en *Piscis*.	
7.08	5 Miérc. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34
7.09	6 Juev. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.—*Ayuno*.	4.34
7.09	7 Vier. San Ambrosio, obispo y doctor.—*Ayuno*.	4.34
7.10	8 Sáb. *Fiesta*. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34
7.11	9 Dom. *II de Adviento*. Santa Leocadia, virgen, patrona de Toledo.	4.34
7.12	10 Lun. La Traslación de la santa Casa de Loreto, san Melquíades, papa y mártir, santa Eulalia (ú Olalla) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34
7.13	11 Mart. San Dámaso, papa.	4.34
	◉ *Luna llena*, á las 7 y 31 m. de la noche, en *Géminis*.	
7.14	12 Miérc. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34
7.14	13 Juev. Santa Lucía, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.	4.34
7.15	14 Vier. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridión y san Pompeyo, obispos.— *Ayuno*.	4.35
7.16	15 Sáb. San Eusebio de Vercelí, obispo y mártir.—*Ayuno*.	4.35
7.17	16 Dom. *III de Adviento*. San Valentín y compañeros, mártires.	4.35
7.17	17 Lun. San Lázaro, obispo y mártir, san Franco de Sena, confesor, y santa Olimpia ú Olimpiades, viuda constantinopolitana.	4.35
7.18	18 Mart. La Expectación de Ntra. Sra. (vulgo La Virgen de la O).	4.36
	☾ *Cuarto menguante*, á las 11 y 1 m. de la mañana, en *Virgo*.	
7.19	19 Miérc. San Nemesio, mártir.— *Témpora*.—*Ayuno*.	4.36
7.19	20 Juev. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.20	21 Vier. Santo Tomás, apóstol.— *Témpora*.—*Ayuno*.	4.37
7.20	22 Sáb. San Demetrio y compañeros, mártires.— *Témpora*.—*Ayuno*. *Órdenes*.	4.38
7.21	23 Dom. *IV de Adviento*. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.21	24 Lun. San Gregorio, presbítero y mártir.—*Ayuno con abstinencia de carne*.	4.39
7.21	25 Mart. *Fiesta*. LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.22	26 Miérc. San Esteban, protomártir.	4.40
	● *Luna nueva*, á las 2 y 5 m. de la madrugada, en *Capricornio*.	
7.22	27 Juev. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.23	28 Vier. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
7.23	29 Sáb. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
7.23	30 Dom. La Traslacion del cuerpo de Santiago apóstol, patrón de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
7.23	31 Lun. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

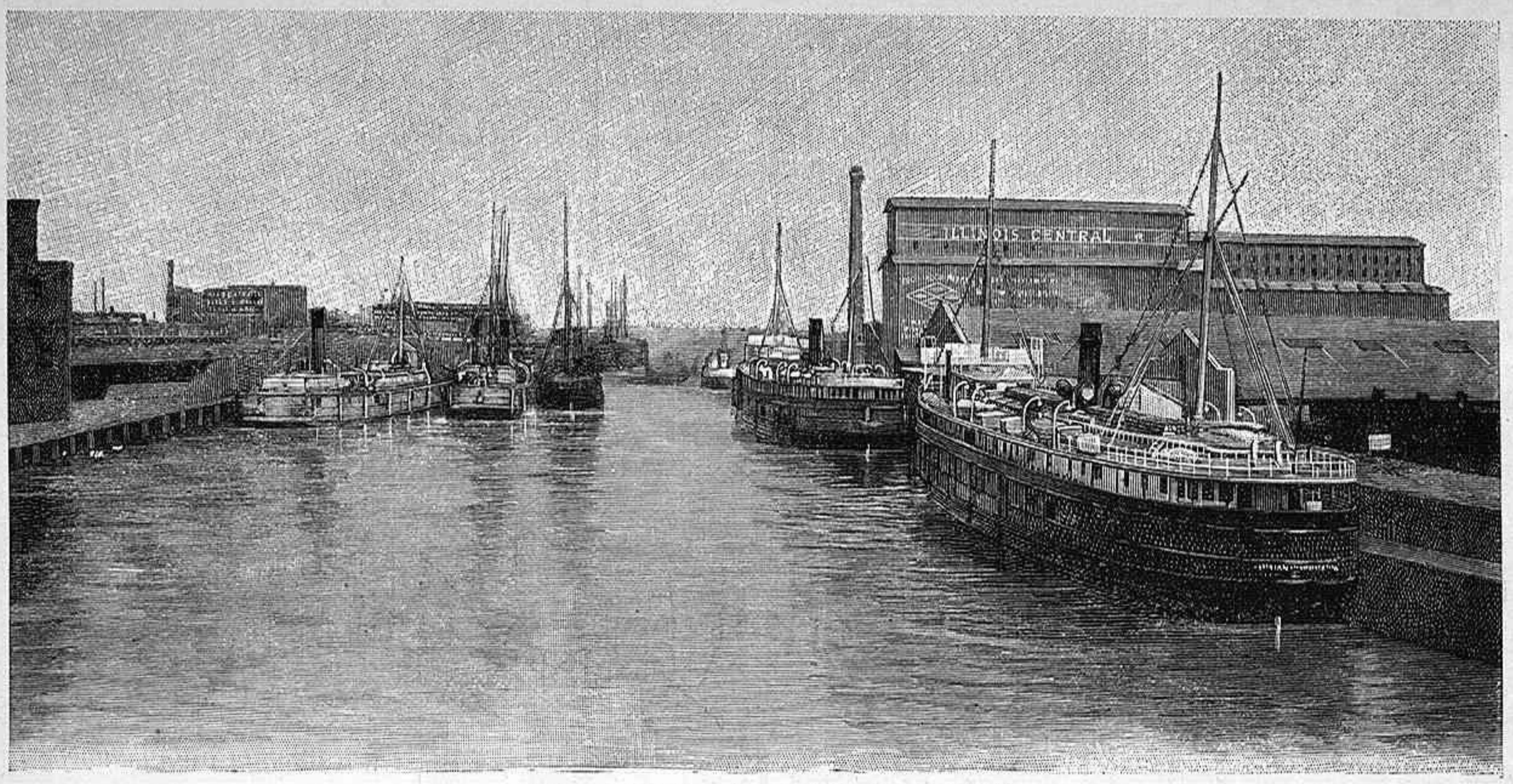


EXCMO. SR. D. JOSÉ ZORRILLA,

POETA INSIGNE.

Nació en Valladolid en 1817.—† en Madrid el 23 de Enero de 1893.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA
(c).Ministerio de Cultura 2006



VISTA PARCIAL DEL PUERTO DE CHICAGO.

ATENEO CIENTIFICO BIBLIOTECA MADRID

DE REGRESO

NOTAS DE SU CARTERA

. . . . . .

. . . . . .

«¡Ea! Ya estoy aquí. El viaje ha sido malo de veras; pero no estoy arrepentido de haberlo realizado. He visto ciudades tan importantes como Nueva York, una maravilla; he visitado Washington, la capital de la gran República; y me encuentro en Chicago, donde se celebra la *Feria del Mundo*, el acontecimiento más grandioso del siglo próximo á terminar. Lo dicho, dicho: no me arrepiento.

* * *

El *hotel* (así hay que nombrarlo, aunque la Academia no lo permita, pues nombrándolo de otro modo iríamos contra la corriente, y eso es malo); pues, como digo, el *hotel* me parece muy bueno. Es casa de esquina, lo cual la da muy hermoso aspecto, y se titula de la *Alhambra*. Este nombre español me sedujo, lo confieso sinceramente.

En la guía encontré multitud de nombres ininteligibles: Gault House, Great Northern, Burke's Hotel, qué sé yo..... ¡la mar! como decimos por mi tierra, y como dicen también por aquí algunos seriotes *yankees*, sin que yo sepa discernir si nosotros lo hemos tomado de ellos, ó ellos lo han tomado de nosotros; aunque muy bien podría suceder que unos y otros lo empleásemos por cuenta propia y espontáneamente, pues al cabo y al fin parece natural que ocurra á cualquiera, cuando se propone hablar de cosas grandes, elegir como tipo de comparación *la mar*, que es, efectivamente, la mayor grandeza que de cerca pueden contemplar ojos humanos; aunque hayamos de tener *cudiao con el Ebro*, como decía el baturro.

* * *

Este nombre de *Alhambra*, español puro (es decir, no muy puro, que algo tiene de árabe; pero vamos), me sedujo; y aquí me vine con mi equipaje. Pago sesenta pesetas diarias: ocupo un quinto piso, no muy espacioso, y

(c) Ministerio de Cultura 2006

tengo que vestirme de frac para bajar al comedor. Esto me resulta fastidioso, y lo otro me parece caro. En fin, como ha de durar muy pocos días.....

***

Hoy he recordado aquella frase del juguete cómico titulado *Los Pavos reales:* «en primer lugar, un negro en una cocina es una porquería.» ¿Qué habría dicho el personaje del juguete, arreglado por *Asmodeo*, si hubiera visto en el comedor del *Auditorium* (1), no un negro, sino algunas docenas de negros que van y vienen, y desaparecen y

CHICAGO.—COMEDOR PRINCIPAL DEL «HOTEL AUDITORIUM».

tornan á presentarse, reproducidos siempre hasta el infinito por las lunas de espejos colocados en perfecto paralelismo, y que dan á la estancia, sobre todo de noche, aspecto realmente fantástico, al cual es preciso habituarse poco á poco para no sentir desvanecimientos y mareos?

Uno de esos negros, correctísimamente vestido, de frac flamante, ostentando una pechera que habría envidiado el más pulcro de nuestros sietemesinos, se aproxima á mí, sonríe con discreción bastante para que la sonrisa no traspase los límites de la familiaridad, y saludando con elegancia exquisita, me presenta un papel..... Era la lista de los platos. Había unos cincuenta; *ambos á cincuenta* desconocidos para mí, por lo menos de nombre; pues está en lo posible que se tratase de patatas fritas ó de carne asada, ó de lenguado en vinagreta..... porque de todo eso veía yo llevar y traer de acá para allá en aquel amplio comedor, que aun hace más amplio, como he dicho, la combinación de los espejos. Quise decir al negro, y se lo dije en efecto, que me sirviese lo que él quisiera, y le devolví la lista; supuse que me había comprendido, porque cesó de sonreir, recogió la lista y se fué con la música á otra parte.

(1) Otro *hotel* de más lujo.

Esperé cerca de una hora, y el negro no volvía. Era indudable que el muy majadero había entendido que yo no quería comer, cuando era la verdad que estaba muriéndome de hambre.

Por señas llamé á otro negro no menos reluciente ni menos atento que su predecesor, el cual, con una sonrisa, copia exacta de la de su compañero, acudió al llamamiento, saludó y me presentó otro ejemplar de la lista consabida.

Intenté hacerme comprender: todo fué inútil; hablé al negro en castellano, en italiano, en francés....., y el negro como si le dijeran truco; cada vez se ponía más tieso, y poco á poco iba desapareciendo de sus rojos y abultados labios la sonrisa que los entreabría, dejando ver sus dientes blanquísimos. Por último, el negro, como si cayese en la cuenta de lo que yo pedía, sacó del bolsillo de su frac una elegante cartera de piel de Rusia, tomó de ella un lindo y primoroso lapicero y me lo entregó, dándome de nuevo la lista que ya había recogido para llevársela. Comprendí, merced á su expresiva mímica, lo que él pensaba: para no prolongar más aquella escena, y obedeciendo á exigencias cada vez más apremiantes de mi estómago, señalé, al azar y á salga lo que saliere, cuatro ó cinco platos.

Sean los que fueren, pensé, podré comerlos y mataré el hambre.

Así sucedió punto por punto.

El negro me sirvió sucesivamente:

Unos langostinos cocidos.

Una jícara de chocolate.

Media docena de ostras.

Una copa de Ginebra.

Una taza de caldo.

El último plato fué un amasijo extraño y no desagradable, cuyo gusto me recordaba el de la tortilla de escabeche.

***

No vuelvo á ir, aunque me lo manden todos los santos y todas las santas de la corte celestial, á ninguna función solemne. Vaya, hombre, vaya; no está uno ya para esos trotes. He querido presenciar la ceremonia de la inauguración, y no he presenciado nada, porque á poco más me estrangulan. He perdido el sombrero y el bastón; me han roto la levita, me han robado el reloj y me han dado mil empellones, dos mil puñetazos y varias coces. Salí magullado, sin poder respirar, y gracias que pude salir y que puedo contarlo.

Pero ¿quién me mete á mí en aquellas apreturas? Verdad es que no pensé nunca en ir tan adentro; pero es claro,

(c) Ministerio de Cultura 2006

poquito á poquito fuí adelantando, adelantando, y cuando quise retroceder no hubo manera. Allá fuí, arrastrado por las oleadas de aquellos energúmenos que me estrujaban y daban voces que yo no entendía. Confieso que al sentirme arrastrado por aquella masa compacta de seres humanos, que no me dejaban tocar el suelo con los pies; al oir sus gritos extraños, al contemplar sus gestos, me juzgué presa de horrible pesadilla. Al cabo, en uno de aquellos vaivenes de flujo y reflujo que ora me obligaba á ir en un sentido, ora á dirigirme en sentido opuesto, tuve la suerte de ser arrojado al interior de un portal, y allí, luego que hube

CHICAGO.—ASPECTO DE «MADISON STREET», UNA DE LAS PRINCIPALES CALLES DE LA CIUDAD.

recobrado el sentido, presencié tranquilamente un desfile inacabable de medio millón de personas.....—sí, estoy seguro de que no eran menos—entre todas las cuales no tuve el gusto de ver una sola cara conocida.

¡Parece increíble! ¡Nunca pensé que fuese tan triste pasar revista á tantas personas sin topar con una á quien poder hablar uno en su lengua! No puede imaginarse nadie lo que habría yo dado aquella tarde por tropezar de manos á boca con el más molesto de mis acreedores. Creo que en lugar de escurrirle el bulto, como lo hago en mi patria, habría corrido á su paso con los brazos abiertos. Esto de buscar á un acreedor para darle abrazos de cariño, solamente ocurre en Chicago.

Bien me habían dicho que este era el país de las maravillas.

¡Valiente humor tenía yo al volver á mi hotel de la *Alhámbra* para vestir el frac y bajar al comedor ó entendérmelas con los negros! ¡Porque también hay negros en la *Alhambra*, aunque pocos!

Por fin he podido ver la Exposición, la *Feria del Mundo;* mi dinero me ha costado: sí, señor, y mis desazones y mi cansancio, y temo que una enfermedad.

Dos duros la entrada á la Exposición podrían darse por bien empleados, si con entrar en ella se hubiera adelantado algo; pero no, señor: después hay que pagar entradas parciales para cada uno de los departamentos; el visitarla toda me ha costado, incluyendo la entrada á la Exposición, cincuenta pesetas. Si llego á traer á mi mujer y á mis dos hijas, esta ojeada á la Exposición me cuesta muy cerca de mil reales, y no incluyo gastos de carruaje ni sobreprecio de

(c) Ministerio de Cultura 2006

comidas, porque los *restaurants* establecidos dentro del local tienen precios fabulosos.

Aquí no existe la costumbre de las propinas.

No hace falta.

Ya se llevan harta propina los empresarios.

Como estas visitas de á *diez duros* no son para todos los días, he querido acabar de una vez; y, en efecto, me parece que he acabado conmigo. No puedo más. En plena Exposición, y delante de millares y millares de personas, he tenido que sentarme en el duro suelo del Parque, pues los bancos escasean, y de sillas no hay que hablar siquiera: no se encuentra una por un ojo de la cara.»

⁂

«¡Dios sea loado!..... ¡Estoy en Madrid y entre mi familia!..... Pensé que no volvía á verla nunca. Esta mañana, cuando vi á los dependientes de consumos, que tan antipáticos me han sido siempre, tuve tentaciones de gritar, cantando como el personaje de la zarzuela:

«¡Dichosos los ojos
Que os vuelven á ver!»

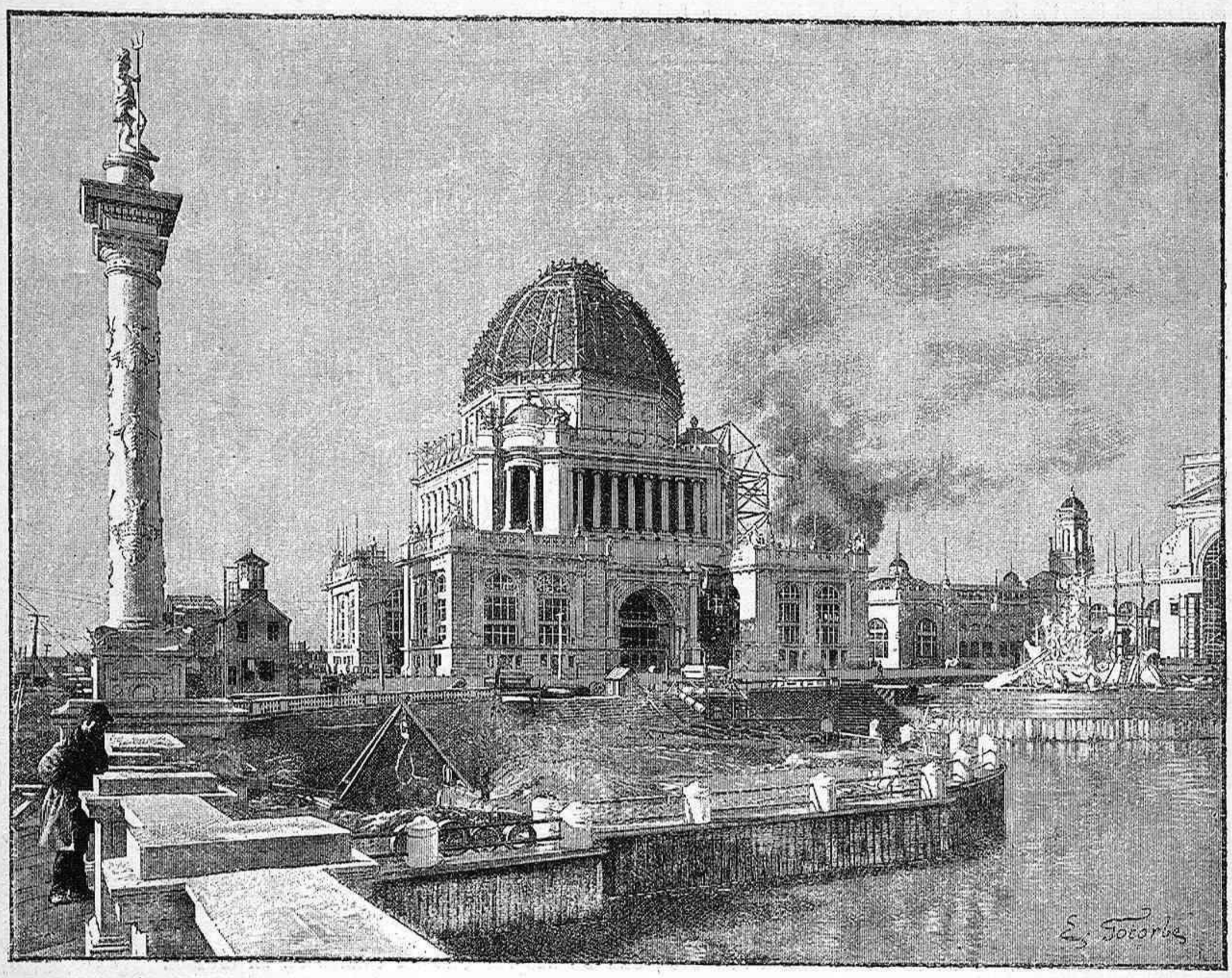
¡Pues y el abrazo que he dado á mi pobre y bondadosa mujer! Ha valido por veinte.

¡Y los besos que he dado á mis hijas! Si parecía que iba á comérmelas.

Las gentes podrán llamarme lugareño, anticuado, tonto..... ¡lo que quieran llamarme! Pero declaro sinceramente que no valen cien exposiciones de Chicago lo que media hora de plática, en el tranquilo hogar, con la familia cariñosa.

No me perdonaré nunca, nunca, nunca los malos ratos que, sin exigírmelo nadie, *mea culpa*, *mea maxima culpa*, me he proporcionado en esa dichosa *Feria* que tanto dinero me ha costado y que tan pocas satisfacciones me ha producido.

Cierto que he visto muchas tierras y muchos mares; verdad que he visitado grandes ciudades y contemplado edificios soberbios, y he habitado en suntuosos *hoteles* muy pare-



EXPOSICIÓN UNIVERSAL COLOMBINA DE CHICAGO.—VISTA EXTERIOR DEL PALACIO DE LAS OFICINAS ADMINISTRATIVAS.

(c) Ministerio de Cultura 2006

cidos á palacios, y me han servido camareros que parecían embajadores, y me he codeado con embajadores que parecían camareros..... Nada de esto vale lo que una sola hora pasada en el modesto comedor de mi casita de Madrid, rodeado de los míos, saboreando la taza de café que yo mismo me he preparado, fumando un buen tabaco, más barato que los malos de Nueva York, y oyendo la voz amiga de la esposa amada, de los hijos que comentan noticias de *El Liberal* ó de *La Correspondencia*, de la cocinera que viene á recibir órdenes y que habla, como todos los demás, en idioma que uno entiende y de cosas que á uno le interesan.

No lo diré en público, porque sé perfectamente que todos se reirían de mí; pero acá, en el secreto de mi libro de memorias, sí quiero escribir que ni Washington, ni Nueva Jersey, ni Nueva York, ni Chicago, me gustan lo que este paseo de Recoletos de mi Madrid querido..... Mi Madrid, sin condiciones higiénicas, sin concejales que lo cuiden, sin empedrados, sin agua potable, con casas muy malas y muy caras, con alimentos muy caros y muy malos....., pues nada, que me gusta más que Chicago, ¡qué tiene que ver!..... y que daría yo todas las *Ferias del Mundo* donde no se habla el castellano, y donde ni me entienden ni entiendo, por una verbena de San Pedro ó de San Juan, donde me ahogan las emanaciones de aceite frito procedentes de esas calderas primitivas en que están friéndose los buñuelos que devora alegremente la chulería.

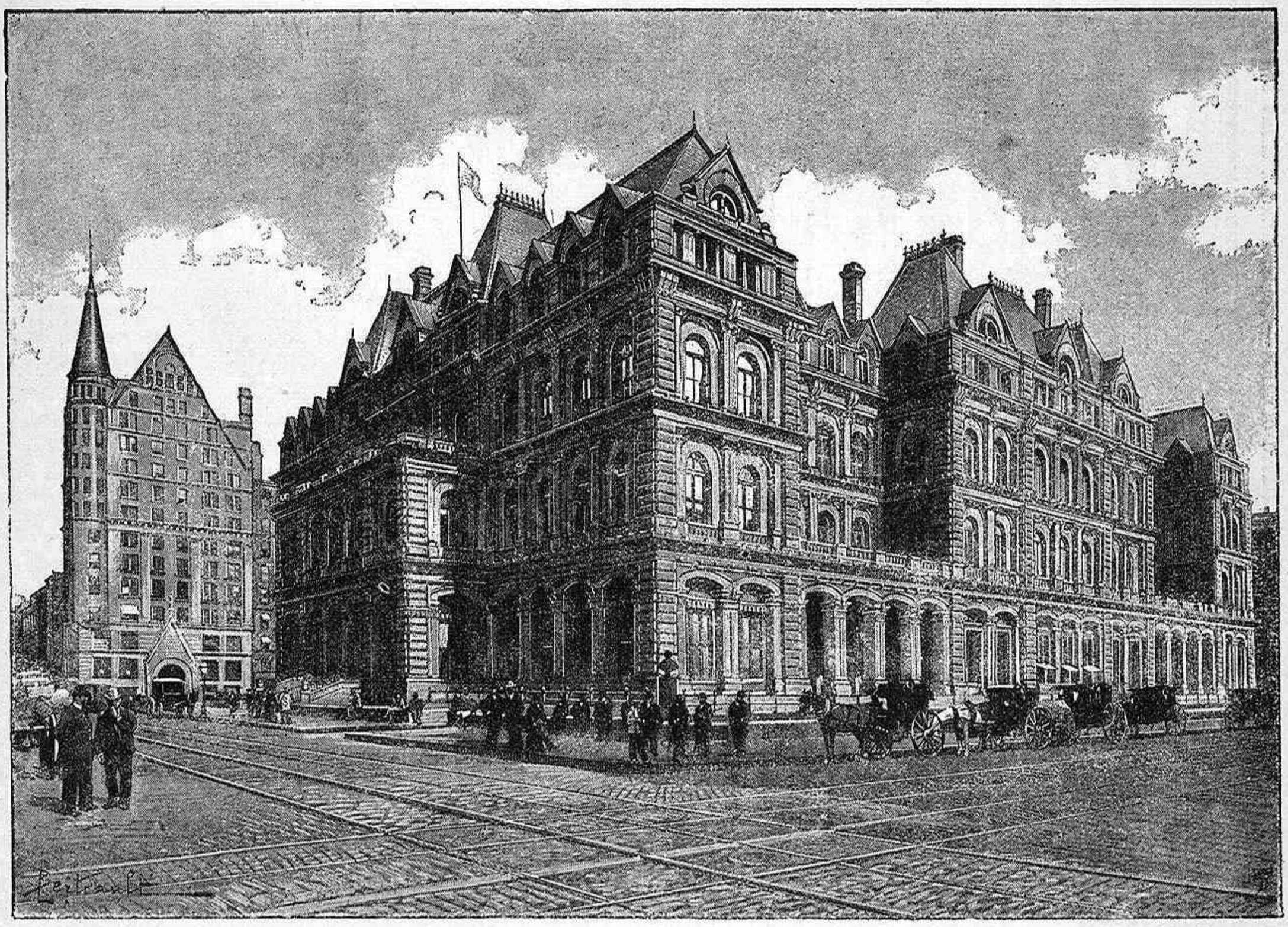
De comidas no hablo..... Los platos que mi cocinera (modesto funcionario de mis estados que cobra un sueldo de 25 pesetas mensuales) me prepara, bajo la inspección inteligente y celosa de mi mujer..... me saben mucho mejor que la tortilla de escabeche que me sirvió, después de hacerme sudar mucho, el negro del hotel de la Alhambra.»

. . . . . .

. . . . . .

Por la indiscreción y por la copia,

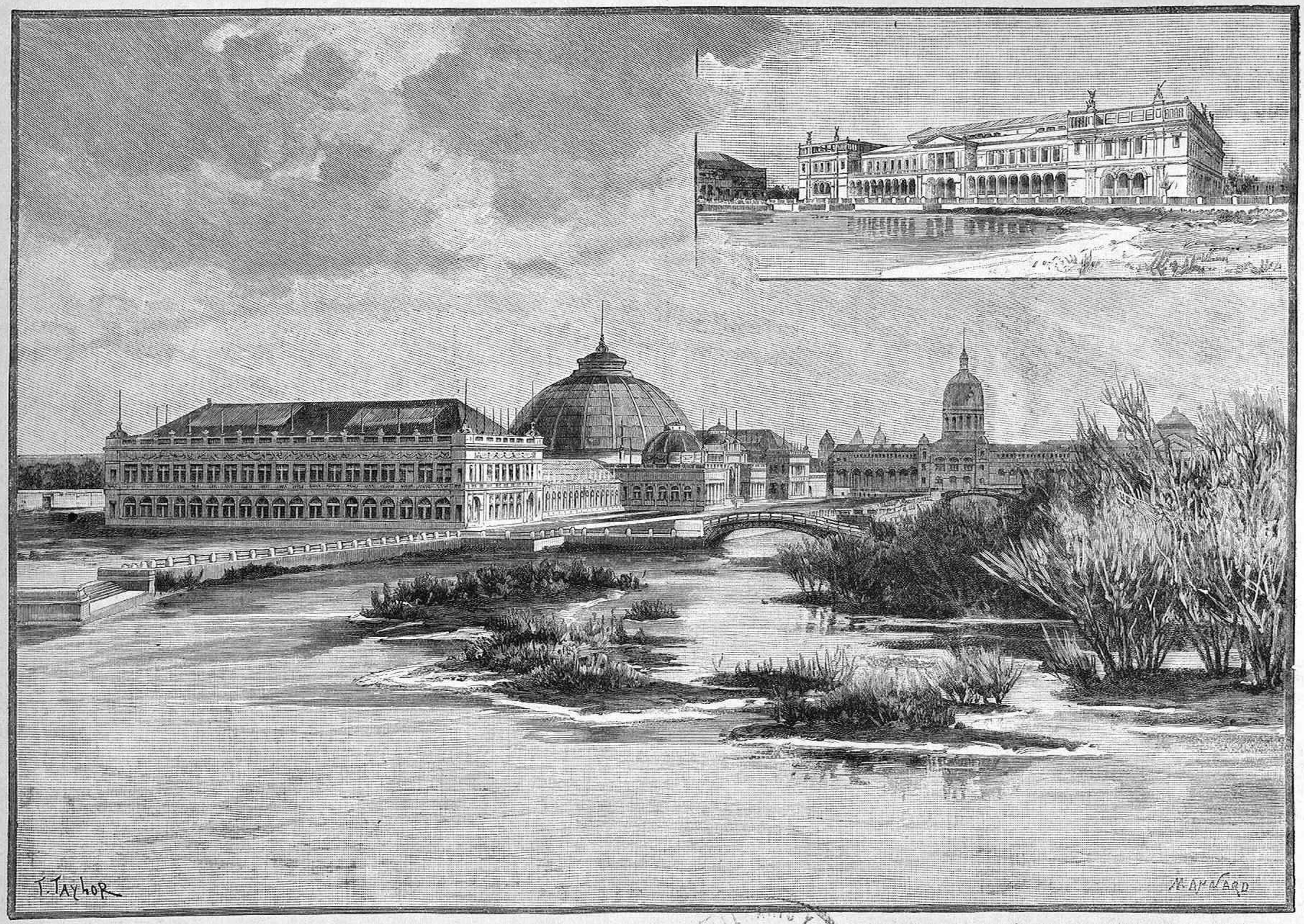
A. Sánchez Pérez.



CHICAGO. — EL PALACIO FEDERAL.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006



EXPOSICIÓN UNIVERSAL COLOMBINA DE CHICAGO.—LOS PALACIOS DE BELLAS ARTES Y DEL ILLINOIS.—EDIFICIO DESTINADO Á LA EXHIBICIÓN DE LAS LABORES DE LA MUJER.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

LUIS XVII

(TRADUCCION DE VÍCTOR HUGO)

(Capet, éveille-toi.)

I.

Abriéronse del cielo las anchas puertas de oro;
Oyóse de los justos el melodioso coro;
Del velo que á Dios cubre rasgóse el denso tul;
Y vieron los que gozan de la celeste palma,
Llevada por un ángel llegar volando un alma
Al pórtico estrellado del firmamento azul.

¿Quién era? Un pobre niño lloroso y demacrado,
De rubio y abundante cabello ensortijado,
Ya herido por el golpe del infortunio cruel:
Tomándolo en sus brazos las vírgenes del cielo,
Juntaron en la frente del triste pequeñuelo
Del ángel la corona, del mártir el laurel.

II.

Y oyéronse cien voces decir entre áureas nubes:
«Ven, alma, do te esperan millares de querubes;
Dios premia tus tormentos, que al fin van á cesar;
Resuenen por doquiera los celestiales cantos.
Profetas, serafines, arcángeles y santos,
Fué rey sobre la tierra; venidlo á saludar.»

«¿Yo rey sobre la tierra? dijo asombrado el niño;
Jamás ceñí corona ni me vestí de armiño;
Yo soy un prisionero; monarca nunca fuí.
Mi padre ante el verdugo cayó sobre un tablado;
Mi madre está en el cielo; mil veces lo he soñado;
Por eso, pobre huérfano, vengo á buscarla aquí.»

Las voces respondieron: «Por fin Dios ha querido
Librar tu joven alma de un mundo corrompido
Que cierra impenitente sus ojos á la luz;
Mundo en que el regicidio triunfante de las leyes
Persigue hasta en las tumbas los huesos de los reyes,
La muerte profanando cual profanó la cruz.

«¿No sueño? dijo el niño; ¿rompió Dios mi cadena?
¿Me miro al cabo libre de mi áspera condena?
¿Sufrí todos los males que tengo que sufrir?
¿No estoy en una torre? ¿No vivo prisionero?
¿No deshará mi encanto la voz del carcelero?
¿Por fin logro la dicha suprema de morir?

»¡Ah! no sabéis lo triste de la existencia mía;
Llamaba..... ¡y á mis voces mi madre no acudía!
Lloraba, y á ninguno lograba enternecer.
¡Cuán triste entre cadenas mi vida se arrastraba!
Proscrito desde niño; la causa no acertaba;
¿Qué crimen en la cuna se puede cometer?

»Yo tengo, sin embargo, bien clara la memoria
De un tiempo ya distante de triunfos y de gloria,
De un pueblo que velaba junto á mi cuna real.
Después.... después en odio trocóse su cariño.
¡Ay, sí! me odiaban todos..... Yo no era más que un niño.
¿Por qué tuve enemigos? ¿Á quién pude hacer mal?

(c) Ministerio de Cultura 2006

»Vosotros solamente mis males inhumanos,
¡Oh arcángeles del cielo, dulcísimos hermanos!
Calmabais, cuando en sueños os vía en derredor.
Mis bárbaros verdugos me maltrataban ciegos;
Mas ¡ah! no seas sordo cual ellos á mis ruegos;
Vengo á pedir por ellos: perdónalos, Señor.»

Las voces exclamaron: «Ven, mártir inocente;
Toma esta blanca estrella para adornar tu frente;
Aquí tienes tus alas, que Dios mandó traer.
Iremos todos juntos al rayo de la luna
Á visitar los niños que duermen en la cuna,
Y luego en las esferas los astros á encender.»

III.

De pronto enmudecieron arcángeles y santos;
Las vírgenes del cielo cesaron en sus cantos;
Del niño en las pupilas el llanto se secó;
La luz inundó al cielo cual desbordado río;
Los mundos detuvieron su marcha en el vacío,
Y así desde su trono la voz de Dios habló:

«¡Oh rey, viviste lejos de la grandeza humana,
Aunque naciste al mundo de estirpe soberana:
Bendice tus dolores, que á compensarse van.
No sabes tú del trono la esclavitud suprema;
Tu frente por lo menos no ha herido la diadema;
Heridos por los hierros tus brazos sólo están.

»No sientas tus afanes, tus cuitas y tus penas;
Aun más que tu corona te ilustran tus cadenas.
Más vale un calabozo que un solio de tisú.
Yo mismo del tormento las heces he apurado,
Y mi hijo, rey de reyes, de espinas coronado,
Para salvar al mundo fué mártir como tú!»

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

LA DESDEÑOSA.—CUADRO DE F. LESTER.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

NOTAS DE SEVILLA

corretear por la ciudad.....

Es..... no importa el día; hora, la de las cuatro de la tarde. Siéntese un calor que pone de mal talante á los perros sin documentar que por las calles andan. Leves cintas de sombra á raíz de las casas, donde alguna que otra vieja descabeza el sueño, se observan; mientras que por la acera cruzan de vez en cuando con pasitos blandos algunos ejemplares de respetables presbíteros, calzados con zapatos de hebilla, que la sotana roza con ese ruido especial de las telas de alpaca ó de merino.

Las calles me parecen en esta primera excursión tortuosísimo laberinto que siempre desemboca en el mismo sitio.

Por todas partes hay cosas de álbum, fachadas de extraños estilos, caprichos de granito por encima de los pórticos, ruinas escenográficas, ventanas medioevales ó del Renacimiento embutidas en paredes modernas, claustros de ojiva, torrecillas, palacios blasonados, fortalezas árabes, arcos, pasajes eminentemente históricos, un no acabar de sorpresas legendarias, de suposiciones románticas, de soñar sin fin.....

***

De cada paraje en algún alto pintoresco surge la silueta severa de un templo, la rinconada de un claustro ó de un disimulado jardín, envuelto todo en una luz cernida y discreta, ó en un rayo de claridad escandalosa, genuinamente andaluza.

Entramos en casa de un amigo, verdadero ejemplar (la casa) de habitación de Sevilla, con cosas de palacio y sencilleces de campo—necesidades de aire libre y de aislamiento, inherentes á la independencia de raza—separando por misteriosa cancela el vivir de la familia del vivir de la vecindad, y aislando con galerías y pasillos la curiosidad de la calle de las intimidades y apartes del *chez soi*.

El pavimento es de loseta blanca y negra, formando rectángulos y grecas. Las paredes están blanqueadas de cal, manchadas con este y el otro cuadro de sabor arqueológico. Los techos formando artesones, con fondo de azulejos moriscos y ensamblaje de antigüedad.

El menaje es una orgía rica de muebles y objetos artísticos que revelan paciencias de anticuario y rasgos de partidarios del *confort*.

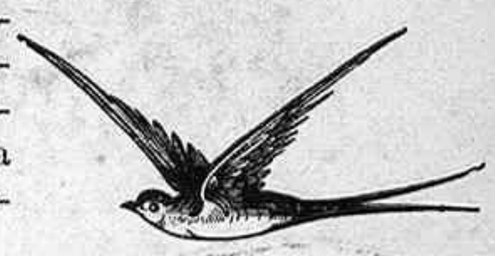
***

La tarde refresca: el sol amarilléase poniendo toques de oro viejo en las claraboyas y vidrios de las iglesias; trinan los pájaros entre el arbolado de algún paseo, y como es víspera de alguna festividad, campanas innumerables repican alegremente recorriendo todos los tonos de la escala musical.

La tarde muere en el instante en que me detengo cerca de las estribaciones del Puente de Triana. Al tender la vista por el horizonte inmenso, abarco en ondulaciones seguidas el Paseo de las Delicias con sus hileras de árboles, que le dan aspecto de fronda. Hay manchas que surgen ante los ojos inopinadamente: distingo la fachada típica de la plaza de toros.

Derivo, ya el sol puesto, hacia el palacio de San Telmo.

Por delante de su fachada veo desfilar unida, compacta, una masa de gente, entre la que predominan las notas claras de los vestidos femeniles. Son las sevillanas. Denúncialas el ritmo de los andares, la firmeza y la elegancia en la manera de posar los pies, la esbeltez de la línea, lo delicado de la curva, los fueguecillos que danzan en la retina.



(c) Ministerio de Cultura 2006

Un sacerdote cruza atravesando los grupos; los años hanle manchado de gris la cabeza; una devota se acerca. Él déjase besar la mano caquéctica con una sonrisa de beatitud y un gesto de resignación. Ella se aleja con sus veinte años comprometedores, porque es guapa y rotunda, y yo, sin poderlo remediar, siento así como resquemores por no haber sido el cura. ¡Nunca como entonces sentí la fiebre de la vocación!.....

⁂

Cuando la obscuridad lleva ya de vencida la luz crepuscular, la ciudad tórnase maravillosamente dramática, porque las líneas vulgares de las casas se desvanecen, las dimensiones se redoblan, las perspectivas se ahondan.

Es el momento en que los edificios purgados del modernismo cursi que los emplasta readquieren el buril de la Edad Media. Las porterías se agigantan, crece el lóbrego de los pasadizos, callejuelas y gargantas; sobreviene, en fin, de todas partes un agregado de trágicas aristas; tal como debió ser ha cuatro siglos la ex corte del rey don Pedro.

En muchas calles, las vecinas á la Catedral y la Giralda, los edificios asiéntanse sobre solidísimo muro ó sobre columnatas, en las cuales los primeros pisos forman paseo cubierto.

No hay medio de encontrar una casa en su debido alineamiento, ni una extensión de calle en el piso geométrico que el empedrado del día le asignó. Por todas partes ángulos y escuadras reentrando ó sobresaliendo de la recta; estrangulamientos y ampollas en la vía pública; ondulaciones y depresiones en la calzada, y, por último, esqueletos de ruina ahuyentando el crepúsculo con sujestivas formas tenebrosas.

Á cada paso, donde menos se espera, recuerdos de arquitectura y arqueología evocan los ciclos más salientes del arte y de la historia antigua.

En un lúgubre patio, y en una calle cuyo nombre no recuerdo, patio sombreado por la forja de un clavetero, una escalera empotrada en la pared, con un ligero balconcillo, conduce á otro patio superior, donde una puerta baja de ojiva da ingreso á una especie de caserón de brujas, mutilado en las esquinas, perniquebrado; luciendo en los sillares venerables la huella del tiempo, y dejando escapar por los tragaluces de calabozos, aquí y allí sangrando, como órbitas sin ojos, la luz interior que pestañea de algún femenitido candil de petróleo.

⁂

Inscripciones, túmulos, azulejos encarados contra el aire por un prodigio de escenografía trágica; torres y fachadas sañudas; casitas alegres como la risa de un niño de cuatro años; atrios silenciosos; cabos y murallas de guerra sobre las cuales se ponen de bruces arbustos de jardín; camadas de civilizaciones que se comprimen y sobreponen; la ciudad antójaseme, á la luz que agoniza, una necrópolis museo de un gran pueblo que aguarda un profeta que sobre él desencadene en versículos de fuego el *dies iræ* último, y cuna al mismo tiempo de la que puede resurgir en momento dado la apoteosis gloriosa de una generación eternamente joven, eternamente bella, con locas alegrías de infancia y rudas virilidades de hombre.

¡Sevilla, Sevilla! ¡Nadie como tú podría poner en el remate de tu Giraldillo el *Ego sum*, porque en ninguna parte se determina como en ti el yo personal!.....

V. Lastra y Jado.

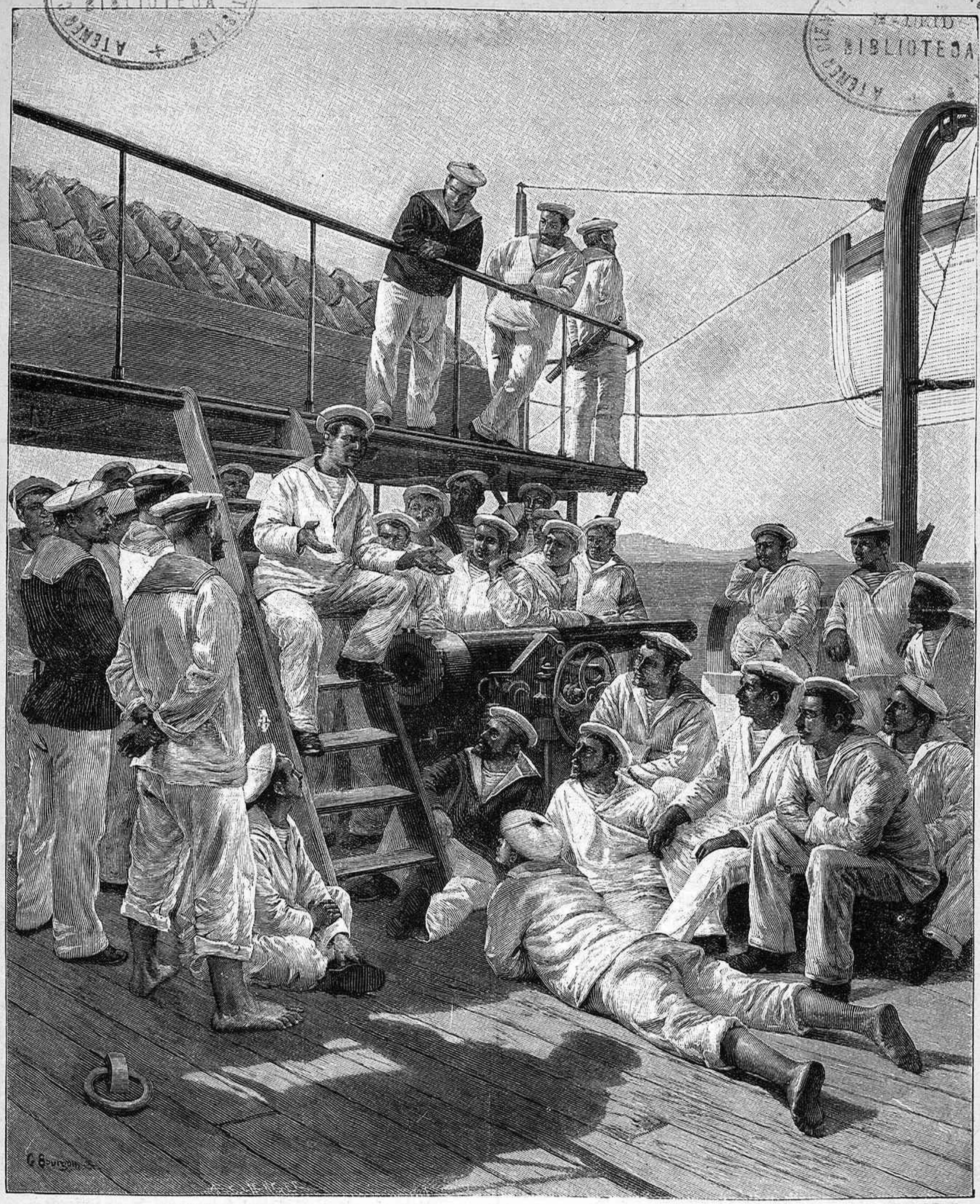
EXPERIENCIA

Padres, tíos y mentores
Me decían: «Guarda, Juan,
Ó en el mundo te herirán
Mil enemigos traidores.»
Pensélo más tarde, y vi,
Á solas y sin testigos,
Que todos mis enemigos
Estaban dentro de mí.

Juan Tomás Salvany.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA



UN CUENTO Á BORDO.—Cuadro de Bourgain.
(París.—«Salón» de los Campos Elíseos de 1893.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO BIBLIOTECA MADRID

NUEVAS COSAS HEINIANAS

CUANDO la noble España y su Reina Regente, sus prelados, sus oradores y sus poetas, en unión de los delegados de la América española y de todas las naciones cultas, y con asombro del mundo, daban en la solitaria Rábida, en la histórica Huelva, en la poética y oriental Sevilla y en la alegre y bulliciosa Madrid, con motivo del cuarto Centenario Colombino, muestras tan señaladas de su gratitud y amor á Colón, el peregrino de los mares, el heraldo de la Cruz que, confiando en su *Santa María*, robó su secreto al Atlántico, y cuyo genio, cuyo pensamiento colosal, cuya obra, arrancando inevitablemente admiración á la humanidad civilizada, eran más grandes que su ambición inconmensurable, su infinita avidez y las altas condiciones y subido precio de autoridad y honores que previamente puso á su proyecto sublime, á su empresa incomparable; cuando España, Europa y América honraban á la grande, para los americanos tres veces santa Isabel, á que se deben las dos páginas brillantísimas de la historia española: la Reconquista y el Descubrimiento de América, la familia de *Enrique Heine* prestó un servicio grandisimo á la memoria del poeta que tiene admiradores, no sólo en Alemania, sino en España y en el mundo de Colón, y que después de haber soportado en su *colchón tumba* con la heroica fortaleza de un santo un suplicio sin segundo, la vida en la muerte ó la muerte en la vida, necesitando para poner en él sus indecibles dolores un sarcófago gigante que tuviese por hueco el mismo Océano, halló en la emperatriz Isabel de Austria la más entusiasta propagandista de su gloria, que hizo levantar en la isla de Corfú, en honor de ese Job entre los vates, un soberbio monumento de mármol que hubiera podido envidiar el mismo Apolo.

Á nuestro Heine, á quien reclaman como suyo los franceses, atribuyéndole la ironía de Rabelais, de Voltaire y de Diderot, le aman los españoles de todos los matices, desde Eulogio Florentino Sanz, Mariano Gil Sanz, Gustavo Adolfo Bécquer, Juan Valera, Marcelino Menéndez y Pelayo, Teodoro Llorente, José J. Herrero y Manuel María Fernández, hasta J. L. Estelrich, y el poeta pintor catalán Apeles Mestres; y los americanos, desde Francisco Sellés, hasta J. A. Pérez Bonalde y Ricardo Palma. Dice el citado Sr. Estelrich, en el prólogo de su hermosa traducción de *Los Reisebilder* (Cuadros de viaje) que acaba de dar á la estampa en Palma de Mallorca: «Quiero á Heine, Heine, con su entereza y cabal ironía, sin la cual Heine no sería Heine.»

En las canciones dulces, en sus cantos armoniosos de Lorelei habla el alma del pueblo alemán; pero adversario acérrimo de lo tradicional y consuetudinario, escupió Heine su odio diabólico y su sarcasmo á la frente de los pedantes y cócoras que los alemanes llamamos *filisteos;* y sus cantos, entusiasmando á los amigos de la libertad, eran relámpagos, llamas, tizonas. Pero, bajo la máscara de la ironía, tenía escondido un corazón ardiente, un corazón todo amor y bondad, que latía por sus padres, por su hermana y por sus parientes, tomando parte en todas sus alegrías y en sus dolores todos. Eso lo demostró la familia de Heine con la publicación del barón Luis de Embden, el sobrino del poeta, é hijo de Carlota Heine de Embden, que se titula *Heinrich Heinès Familienleben* (La vida íntima de Enrique Heine), conteniendo 122 cartas del vate de Düsseldorf, que poseía su nonagenaria hermana Carlota, residente en Hamburgo, donde la visitó, hace algunos años, la emperatriz Isabel, cuya figura es una de las que se destacan con mayor relieve en las cortes de Europa. Aquellas epístolas abarcan treinta y cinco años, casi toda la existencia del poeta, desde el Marzo de 1820 al Noviembre de 1855, y constituyen un monumento del culto de la familia que distingue sobre todo á los judíos. No ha de buscar el lector en estos desahogos íntimos la prosa brillante del escritor, iluminada por la nervosidad y la ironía, ni esa poesía que sabía el gran artista cincelar en mármol terso; pero lo que pierde el estilista, lo gana con creces el hombre, por la bondad de

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

su corazón y la nobleza de su alma. Y, tratándose de un genio como Heine, todo aquello que refleje las intimidades de su triste existencia, reviste interés extraordinario y excepcional.

Para Heine eran seres ideales su madre y su hermana. Á esta última escribió ya en 1820: «¿Mereces también que yo te ame tanto? Quien ama á mi Lolita, á éste le amo yo también. Cuanto me escribes es tan dulce y puro, presentándome cada línea, cual espejo cristalino, tu alma bondadosa en toda su originalidad.» En 1848 la pregunta: «¿Te acuerdas todavía de la rosquilla que nos esperaba en la casa paterna el Año nuevo, cuando niños, al beber el café que tenía tres habas y tres libras de achicoria? No había ningún átomo de azúcar. ¿Te acuerdas todavía de la gran cafetera, que se parecía á un tiesto de flores ó á un vaso romano? Era de bellísima lata negra.» En su postrer año tuvo la dicha inefable de volver á ver en París á su hermana. Cuando la mano querida de Lolita tocaba su frente, ya se sentía aliviado el enfermo.

Y ¿qué diré de su madre del alma? Ya se sabía que Heine fué caballerescamente rendido y tierno con su madre, y que le escondió durante el espacio de muchos años la enfermedad que padecía; pero en estas cartas vemos por primera vez los documentos de aquel amor entrañable y de aquel verdadero culto que tenía á su veneranda madre, y tantos rasgos nuevos y amabilísimos que embellecen el retrato del poeta. Si algunos escritos suyos habían de desencadenar un ciclón de rabia de un extremo al otro de la Alemania, estas cartas han de producir por doquier una impresión gratísima. El 21 de Enero de 1850 escribió á su madre: «¡Que el buen Dios te conserve, guardándote de dolores y de oftalmías! Conserva tu cara salud, y cuando las cosas no vayan siempre á pedir de boca, consuélate con el pensamiento de que pocas mujeres hayan sido amadas y reverenciadas de sus hijos como tú, y como lo mereces tú, madre queridísima, buena, honrada y fiel. ¿Qué son las otras comparadas con ti? Debe cubrirse de besos el suelo que pisas. ¡El invierno es tan crudo! ¡Ojalá que tuvieses calor en tu miserable casita próxima al *Dammthor!*» (Llámase *Dammthor* una puerta de Hamburgo.) Otro día escribió: «Con cada recrudescencia de la temperatura fria, pienso en tu querido cuerpo tan débil, en el techo decrépito de tu casa, en cada ráfaga que has de sentir, y mi corazón se angustia más de lo que podrías figurarte.» Otro día escribe: «La única persona en que el hombre puede confiar en este mundo de Dios, es la madre. Quien duda de eso, debía abandonar el mundo lo más pronto posible.»

ENTRE FLORES.—Cuadro de Mlle. Ablema.

Al enviar saludos á su hermano Gustavo, escribió: «Se me ocurrió anoche que cuando chiquitín decía Gustavo que amaba á su madre más que á su gato y hasta más que á seis gatos.» Y Enrique dijo, al hablar de su esposa: «Á ésta también la amo yo más que á seis gatos.» Pero decía de su madre: «La amo más que á todos los gatos del mundo.»

Desde el año de 1846, en que fué atacado de una enfermedad de la espina dorsal que lo torturó casi sin descanso hasta su muerte, buscaba siempre remedios para esconder á su madre el estado de su salud. En 1848 escribía: «Escribo estos renglones al aire fresco, en un pabellón verde, donde las luces del sol juguetean sobre mi papel, impidiéndome escribir. El papagayo grita, y mi esposa te da

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

saludos.» En Septiembre de 1848 prepara á su madre á la noticia de que tendría que tomar un secretario que escribiese sus cartas. De aquí en adelante sus cartas vuelven á ser más extensas porque las dictaba. En 1850 escribió á su madre: «Quisiera sobrevivirte para evitarte el dolor que te causará la nueva de mi fallecimiento, y este es el interés principal que me tomo por la vida. Cuando me faltes tú, moriré de buen grado. Me he hecho ya un loco muy triste, para quien pasaron los chistes.»

Pero pensaba también en su esposa, su Matilde, que llamaba su dulce malgastadora, y de quien decía: «Acude mi esposa, bella como la aurora, y disipa con su sonrisa los cuidados alemanes.» Saludemos llenos de reconocimiento á la que como un ángel vigilaba por Enrique cuando éste no era sino un muerto viviente. La esposa de Heine se parecía á la de Goethe, Cristina Vulpius. El ministro de Weimar, que en sus dramas y en sus poesías enaltecía la mujer noble, quería en su casa una sensualidad robusta, y no se hubiera considerado feliz con las otras mujeres de poetas que había en Weimar, ni con la señora de Wieland, que estaba decrépita ya en su juventud, ni con la sensible y quisquillosa Carolina Herder, ni con la espiritual y graciosa Carlota de Schiller, que era á la vez poetisa y mujer casera; pero dudamos que, con sus nervios y sus enfermedades eternas, con sus primos nobles, hubiera labrado la felicidad del gran hijo de Francfort. Cuán acertados hayan estado Goethe y Heine al escoger su esposa, lo demuestra el juicio de sus madres.

El 13 de Septiembre de 1841 escribió Enrique á su hermana: «Hoy, por fin, puedo comunicarte la nueva oficial de mi casamiento. El 31 del pasado Agosto me casé con Matilde Crescencia Mirat, con quien hace ya más de seis años me riño cada día. Ella tiene, sin embargo, un corazón noble y puro; es un ángel, y su conducta, durante los muchos años de nuestro trato, fué tan irreprensible, que todos los amigos y conocidos la llamaban un modelo de honestidad.» Es sabido que Heine se enlazó cuando tenía que batirse, y no sabiendo qué fin tendría su duelo, quería asegurar como hombre de bien el porvenir de la que había sido su compañera fiel. Según dice el Sr. Alejandro Weill en el libro titulado *Souvenirs intimes de Henri Heine*, el poeta conoció á la joven francesa en una guantería parisiense, brillando en la tienda su hermosura fresca como la mañana. Heine, que llamaba á su hermana, aun cuando casada, su muñeca de cristal, su caro y prodigioso juguete de vidrio, y que decía: «El matrimonio es un combate, y no importa que la mujer haga ver al hombre sus dientes, si éstos son blancos; ni que ella llore, si el llanto le sienta bien; ni que dé patadas en el suelo, si sus pies son diminutos», era un poeta libre como Goethe, á quien gustaban las mujeres que se acercaran á la naturaleza. Matilde, que se hizo la esposa del poeta alemán sin adivinar jamás la altura de su genio, le gustaba porque era una hermosa avecilla, no teniendo pensamientos en la cabeza, sino alegría en la garganta. La ignorante, la sencilla hija del pueblo, era para él un verdadero goce de la naturaleza, refrescándose su espíritu cansado en el contraste que había entre él y su mujer, ese prototipo de la modistilla de medio pelo. Ella no sabía nunca qué poeta tan grande fué su marido. Pero ¿qué importaba? Tampoco sabe el bosque qué cosa es un poeta, ni el valle verde comprende los cantos que se entonan á su sombra. Matilde, la mujercita de Enrique, era una cosita insignificante y etérea, como el perfume de la flor, como el aura azul del cielo, como el aliento de la selva: todo eso no se puede tocar, ni siquiera ver, y sin embargo, refresca así el cuerpo como el alma, y no hay bienestar sin estas cosas insignificantes y etéreas. Los milagros que pueda hacer una mujercita de la madera de Matilde, no los comprende sino un gran poeta. Ella era candorosa y fiel, sí, pero también caprichosa é impetuosa, desamparada y perpleja como una niña de tres años. «Si Matilde fuese más sabia—decía Heine—no me ocuparía tanto de su porvenir. Ya ves que su simpleza es un don felicísimo de Dios, pues los otros han de tener cuidado de ella.» En 1844 presentó su familia parisiense, á saber, su mujercita, á su familia alemana (la de Hamburgo). Y á pesar de su papagayo y de sus caprichos, la niña parisién, que no poseía el alemán, gustaba á los hamburgueses, á quienes encantaron sus rasgados y expresivos ojos, sus dientes blancos, sus labios purpúreos, sus cabellos castaños, sus formas sensuales y su alegría. Pero *anyorando* á su París, volvió pronto á la patria, y después de concluído su *Wintermährehen* (Cuento de invierno), la siguió el poëta, teniendo la nostalgia de su voz gruñidora, que le parecía un encanto de la existencia. De vuelta á sus penates, escribió: «Estamos mirándonos con ojos atónitos, riéndonos, abrazándonos, hablando de vosotros, volviendo á reirnos, y el papagayo grita como un loco. Celebro que vuelva á tener mis dos avecillas. Soy el hombre más feliz, á quien no falta sino una cabeza sana y su buena madre y su buena Lolita.»

Parece que esta última, á pesar de su inteligencia y de su cultura, que la hicieron apreciar el valer de su hermano, tenía algo de la naturaleza de la alegre Matilde.

Á veces exclamaba Enrique: «La fiebre de Matilde de gastar dinero es horrible. Y sin embargo, yo no soy avaro.» Hasta en su lecho mortuorio la mujer casera que tenía cuidado de todo, era el bueno de Enrique. Pero todas sus amonestaciones eran vanas: cuando él estaba enfadado, ella se reía y él la acompañaba en su risa. El sonido argentino de su voz tenía sobre él un efecto mágico. Hasta en su agonía le devolvió la vida cuando escuchaba sus lamentos: «No te mueras, Enrique mío; ¡ten piedad de mí! Hoy he perdido mi papagayo, y si tú te murieras también, sería yo demasiado infeliz.» Matilde, á quien llamaba Heine á veces el Vesubio de su casa, amaba á su marido un poquito más que á su papagayo. No se podía pedir más á esa alma cándida, á esa hija de la naturaleza que se pintaba á sí misma con la frase que acabamos de citar.

Murió el 17 de Febrero de 1883, el mismo día en que en 1856 falleció su ilustre esposo. Éste dijo en su testamento: «Desde hace cuatro años he renunciado el orgullo filosófico y vuelto á los pensamientos y sentimientos religiosos. Muero creyendo en un Dios único y eterno, el Creador de la tierra, cuya misericordia imploro para mi alma inmortal. Siento que en mis escritos haya hablado yo á menudo de las cosas sagradas sin el respeto debido; pero me sentía arrastrado más por el espíritu del tiempo que por mis inclinaciones. Sí, sin saberlo yo, he ofendido las buenas costumbres y la moral, que es la verdadera esencia de todas las religiones; pido perdón á Dios y á la humani-

(c) Ministerio de Cultura 2006

dad.» ¡Cuán frágil es la voluntad del hombre! ¡Qué variables son su amor y su odio! Hoy la pérdida de los simulacros le llena de júbilo, y mañana llora por ellos y hace esfuerzos vanos para restituirlos.

Ha poco se veía sobre la tumba del poeta, que se encuentra en el cementerio de Montmartre, una corona ostentando un verso del vate, que dice:

«Das Leben ist der sehwüle Tag,
Der Tod, das ist die kühle Nacht.
Es dunkelt schon, mich schläfert,
Der Tag hat mich müde gemacht.»

(La vida es el día caluroso: la muerte es la noche fría. Ya empieza á anochecer: tengo sueño; el día me ha cansado.)

Aun hoy, hay las opiniones más distintas sobre Heine, que se llamó á sí mismo un segundo *Quijote;* pero mientras el valiente Caballero de la Mancha quería restituir la edad de la caballería, Heine trató de destruir todo lo que aun quedaba de la Edad Media. Don Quijote creía ver castillos en las ventas, caballeros en los arrieros y damas en las mozas; á Heine, por el contrario, los castillos le parecían albergues de bribones; los caballeros, borriqueros, y mozas, las damas de la corte.

Al francés Eduardo Grenier, que acaba de publicar en la *Revue Bleue* la historia de su trato con el poeta alemán, le gustaba el vate, sí, pero no el hombre. Dice: «Era el espíritu de Ariel en el cuerpo de un filisteo.» Grenier, que tradujo al francés muchas composiciones líricas y artículos de Heine, dice que éste no sabía escribir un francés fácil, elegante, castizo y puro, y que todos sus artículos franceses publicados en la *Revista de Dos Mundos* se debían á la ayuda de otros, entre los cuales se encontraba el mismo Grenier.

Mi amigo el doctor heinófilo y catedrático de la Universidad de Bonn, Hermán Hüffer, publicó ha poco las cartas que dirigió el poeta á un amigo suyo, el espiritual Juan Hermán Detmold, durante el espacio de treinta años, dando aquella larga correspondencia testimonio de una amistad constante. Detmold era la providencia de Heine cuando éste, viéndose privado por sus parientes de la pensión que le había dado su tío Salomón, rogó á su amigo de siempre intimidase, por medio de la prensa, á los herederos de Salomón, y moviese la opinión pública á favor del poeta y contra los millonarios. ¿Quién, hoy, habla de éstos? Todos, en cambio, hablan del poeta. Pero en nuestros días ha sucedido en Alemania una cosa incomprensible para todos los amantes de la patria y de las letras y para todos los apasionados del poeta.

Al errante trovador, tan cristiano como caballero; al mil veces sublime narrador de *Á buen juez mejor testigo*, de *El Capitán Montoya* y de *Margarita la Tornera;* al autor de *El Zapatero y el Rey*, de *Sancho García* y *Don Juan Tenorio;* al maravilloso evocador de los *gnomos de la Alhambra* que esculpió, siendo ya viejo, con los trazos imborrables de la fe, del patriotismo y del genio, el ingente poema de *El Cid;* al que debiera descansar en los cármenes de Granada; al bardo del Emperador Maximiliano; al inmortal Zorrilla, que hizo del 23 de Enero de este año el día más triste, más nefasto de España, le levantarán un monumento sus compatriotas, que lloran en él al cantor de la patria, de su numen, de su ídolo, la encarnación de su raza; al rey ungido en el alcázar árabe de Alhamar el Magnífico por el oleo santo del entusiasmo patrio; al hombre que ha sintetizado toda una literatura y que tan inmarcesibles glorias conquistó para su querida España.

Pero ¿qué diré de la mezquindad, del raquitismo, de la torpeza, de la ingratitud de la ciudad de *Düsseldorf*, en cuyos jardines los ruiseñores continúan entonando endechas por su hermano el poeta, que hace ya más de treinta años reclinó la lira de cien cuerdas de oro en su ataúd? *Düsseldorf*, de quien decía Heine en sus inmortales *Cuadros de viaje:* «Sí, señora, allí he nacido, y lo hago constar expresamente por si llega el caso de que, después de mi muerte, siete ciudades, Schilda, Krähwinkel, Polkwitz, Bockum, Dülken, Göttinga y Schöpenstedt, se disputen la honra de mi patria..... La ciudad de *Düsseldorf* es muy bella, y cuando se piensa en ella desde lejos, y por casualidad ha nacido uno allí, experimenta sentimientos extraños. Yo he nacido en ella, y me parece que debiera volver al punto á mi patria»; la ciudad de *Düsseldorf*, decimos, acaba de hacer un atentado digno de la fama de Schilda, de Krähwwinkel y de Schöpenstedt contra su hijo más ilustre, denegando á Heine, que se ha levantado monumentos mil en las letras de Europa y América, el homenaje de admiración, de amor y de gratitud que su indiscutible gloria le había conquistado. Al insigne proscrito, que tenía ese doble carácter de águila y de paloma, le desterraron por segunda vez sus propios paisanos, los señores consejeros de *Düsseldorf*, denegándole hoy el monumento que hace algunos años, con aplauso de todos los amantes de la poesía, habían concedido al poeta mártir. ¿No dirá nunca el genio de Heine: «¡Ya estoy entre los míos!» El mundo del sentimiento y del espíritu están de luto como el día en que murió el gran poeta. Heine se hubiera consolado con su risa amarga, que es la risa del pueblo judío maltratado durante tantos siglos. Él no necesita monumento ninguno: sus monumentos perdurables son sus cantos dulcísimos, sus notas ardientes, que el Rhin lleva en sus ondas.

Ya en 1888 el poeta pintor catalán Apeles Mestres nos pintó el monumento que se ha levantado Heine en el corazón de los pueblos:

«Cada Abril neixent vesteix de violetas
Las pedras gegants del fort basament;
Lo fris esculpit, de nius d'orenetas;
De lotus y estels, lo cornisament.
L'amant rossinyol ún á ún desgrana
Los dolcissims *lieds* que entonava el mort,
Y besant sos peus la mar soberana
Las estrofas diu de la *Mar del Nort.*»

Parece que la ciudad de *Dusseldorf* se estremecía al ver á Heine con su laúd, como D.ª Clara en el conocido romance del célebre autor de *El Cancionero*, al oir decirle el incógnito caballero con zumbante sorna:

«¡Yo, vuestro rendido amante,
Vuestro adorado, señora,

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

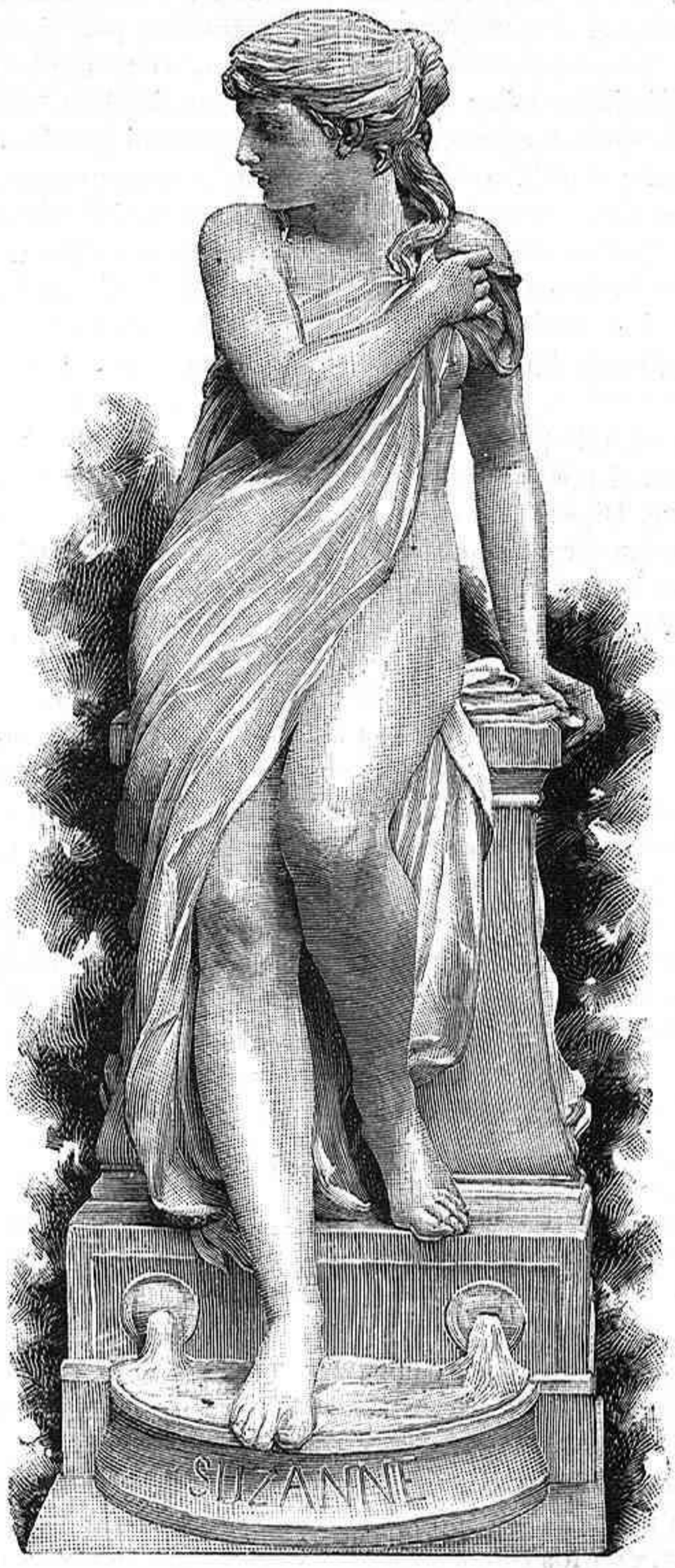
Soy el hijo del sabio y eminente
Gran Rabino, Israel de Zaragoza!» (1).

(1) Cito la versión del eximio poeta venezolano *D. J. A. Pérez Bonalde*, el excelente traductor de Heine. Trémula entre mis manos la pluma, viene hoy á tributar un homenaje, humilde pero sincero, á la memoria del inspirado cantor del Niágara, el campeón de lo bello, con motivo de su desaparición eterna del mundo de los vivos.

Los poetas rhinianos hemos alzado indignados nuestra voz contra la conducta de *Düsseldorf* para con su cantor, el sacerdote incorregible de lo bello, brindando yo por el maestro de los vates del Rhin, por el bardo de *Lorelei* y de *Romería á Kevlaar*, el inmortal Heine.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 1893.



SUSANA.—ESCULTURA POR AIZELIN.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

Á UNA ANTIGUA AMIGA

ENVIÁNDOLE UN RETRATO

Nos conocimos jóvenes, ¿te acuerdas?
Eras tú casi niña,
Y adornaban mi sien rubios cabellos,
Jirones hoy de nieve y de ceniza.

Los cármenes de Loja y de Granada,
Los patios de Sevilla,
Los huertos de Valencia y las azules
Ondas del mar do Cádiz se reclina,

Más de una vez testigos silenciosos
Fueron de nuestra dicha,
Y más de una también los inundamos
De alegres cantos y sonoras risas.

Ajenos al amor de los sentidos,
Con el alma dormida
Á cuanto no era luz, visión, ensueño,
Perfumes, y colores, y armonías,

Envidiar no pudimos un instante
La placidez tranquila
Del lago, cuya tersa superficie
Ni lluvia enloda, ni huracán agita.

La edad y la fortuna, para muchos
Mortales enemigas,
Alzaron una valla entre nosotros,
Que la ausencia después convirtió en sima;

Y borradas la imagen y el recuerdo,
Pues nada se eterniza
Aquí donde lo frágil es emblema,
Símbolo, y atributo de la vida;

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Tú opulenta, yo pobre; tú envidiada,
Yo extraño á toda envidia,
Nos volvemos á hallar cuando al ocaso
La tarde melancólica declina.

No trato de ofenderte, pero aun dudo
Si eres aquella misma
Cuyo contorno reveló á mi mente
El arte griego y el cincel de Fidias.

De mí, ¿qué te diré? Por lo sinceras
Tus frases hago mías:
—No me conservo mal; tengo, á Dios gracias,
Cuanto para vivir se necesita

Como yo;—gran salud, algo de gota,
Un poco de fatiga,
Bastante claridad en el cerebro,
Y algunas telarañas en la vista.

Eso mi efigie te dirá muy alto
Si con bondad la miras;
En cuanto al interior, allí se esconden
De todo lo pasado las reliquias.

El tiempo me privó de muchas galas;
Mas llevo todavía
En la cabeza el yelmo de Mambrino,
Y en los hombros la capa de Almaviva.

Ni águila soy, ni ruiseñor siquiera,
Desmiente al que lo diga;
Para águila caudal me faltan alas,
Y para ruiseñor me sobra tripa.

Pero no he sido ni seré tampoco,
Aunque la edad me rinda,
El ave de corral que en el estiércol
Vegeta codiciosa y egoísta.

Desacorde ó templada, dulce ó grave,
Á Dios debí una lira,
Y al cerrarse mis ojos, en mi labio
Plegaria y nota expirarán unidas.

MANUEL DEL PALACIO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

EL PADRE JUAN

Más de sesenta le echaban sus convecinos.

Pero él era modesto en todo y rechazaba cuantos pasasen de cincuenta y dos años.

En esta edad se había plantado el señor Juan, y luchaba contra abonos y regalos.

Verdad era que de haber cumplido los sesenta, como querían algunos supuestos contemporáneos de Juan, los llevaba muy bien.

Conservaba buena parte de su vista de águila, y respecto á fortaleza, no tenía que lamentar con pena el transcurso del tiempo.

De agilidad algo había quedado en las aventuras de la juventud.

Lo de «Padre Juan» tampoco sabían todos de dónde procedía.

Era un secreto de los muchos del señor Juan.

—Alguna travesuriya—que decían los que le trataban á fondo hacía algunos años.

Y habría sido lo que las mujeres llaman un «buen mozo».

Con aquellos ojos negros y aquellas patillas de *boca e jacha*, un tiempo negras y pobladas, si ahora blancas y poco *acompañás*, de seguro que Juan era lo que dicen un hombre hermoso.

Alto, atlético, buen caballista y valiente y espléndido con dinero propio ó con dinero ajeno, por fuerza habría de tener partido entre las mozas y aun entre los mozos de su época.

Lo de «su época» molestaba un tanto al señor Juan.

Pero se resignaba, al fin, reconociendo que había pasado su época de esplendor, de actividad, por lo menos.

Era un veterano.

Su aspecto daba idea de un militar curtido por el sol y el viento y acariciado cien veces por el augusto soplo de la pólvora.

—¿Ha servido usted en el ejército, amigo?—le preguntaban algunos forasteros.

Y él respondía:

—No he servido; pero he pasado mi vida en campaña, puede decirse: he sido cazador, y he vivido en el monte más que en pueblo alguno.

El señor Juan había declarado en casino la posada de Abajo, llamada así para distinguirla de la del pueblo, denominada la posada de Arriba.

La de Abajo era muy superior, tanto por su situación en una margen de la carretera general, y á veinte pasos de la estación del ferrocarril, cuanto merced á la llanura inmensa que había invitado al ingeniero que trazó la vía con una rasante horizontal soberbia y con escaso movimiento de tierras.

La situación de la posada de Abajo era excelente.

Y allí se había formado el casino de desocupados, y allí bebían y allí pasaban el día y parte de la noche.

El señor Juan era uno de los vecinos más respetados, y no sé si más respetables del pueblo.

—¡Ha hecho más favores en este mundo!.....—exclamaba uno.

Y como demostración, relataba un ejemplo ó dos de Juan.

—Ha sido un valiente.

—Un padre para los pobres—ratificaba otro sujeto.

Sumando las opiniones de todos los vecinos de aquella comarca, resultaba el señor Juan un santo sin ejercicio, el padre de los pobres, según le denominaron un tiempo.

El amo de la comarca.

El señor Juan ocultaba sus hechos y hazañas con modestia.

Pero le llegaron á lo vivo.

Unos cazadores que caminaban como quienes eran, con comodidad y aun con lujo, llegaron á la posada de Abajo.

El señor Juan estaba allí.

Alguno de los cazadores debía conocer el nombre del señor Juan y sus ocupaciones anteriores.

La conversación se generalizó mientras mis amigos y yo, pues íbamos juntos, almorzábamos como príncipes, sin conseguir que el señor Juan alternara sino en el beber.

—Conservo algunos gustos, y otros me han abandonado enteramente.

La conversación se animaba, y uno de mis amigos dijo al señor Juan:

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¿Usted habrá conocido en esta tierra á los famosos ladrones que tanto dieron que hablar y que escribir á Dumas?

—Y á ese Mr. Dumas también he conocido: era un francés que parecía que llevaba por cabeza una escobilla para limpiar cañones. Y he conocido á los Niños de Écija, y al Rey de las montañas, á José María.

Nos miramos unos á otros, y Juan continuó:

—Y he conocido la voluntad de alguno de ustedes, y voy á darles gusto en cuanto pueda.

—Pudiera ser que no—rectificó uno de mis amigos que lleva uno de los títulos de Castilla más brillantes.

—Daría yo unos cuantos duros..... he dicho mal, unos cuantos miles de duros por saber á quién debo la vida.

El señor Juan fijó una mirada en A., y sonrió con cierta satisfacción.

—¿Pues cómo es eso?—preguntó después.

—Sí, parece que siendo yo un chiquillo me secuestraron Juan Caballero y su gente.

—Aquellos bandidos.....

—¡Eh!—interrumpió Juan.

—Ladrones y asesinos.

—¡Vaya, vaya! Dejarles estar, que á los muertos no hay para qué removerles los huesos.

—Ello fué que me secuestraron, asustando á mi pobre madre, y que me dieron vida de perros. Pero que hubo entre ellos un hombre que instruído y sobornado por mi padre, me salvó de una muerte cierta, apoderándose de mí no sé cómo. Verdad es que bien se lo pagaron, según creo.

—Es que no hay nada de eso: ni Juan fué quien secuestró á usted, ni le remuneraron á su libertador, ni..... hace falta.—No—continuó reanimándose.—En esa clase, como en todas, como entre las fieras, hallará usted algunas con corazón. Usted cayó en poder de aquellos miserables. Su suerte no hubiera sido muy buena, porque el señor Conde de..... se negaba á rescatar á su hijo..... Hay gentes para todo.

—¿Eh?

—Digo que yo lo respeto todo. Pero Juan, que supo lo que ocurría; Juan, que debía algún beneficio al Conde y muchos á los niños en general que le servían con sus gritos como de centinelas avanzados, se valió de una estratagema para quitarles el niño sin que les ofendiera el acto.

Llegó un cura una noche, y al cura, previa una señal, se entregó el chiquillo, bajo la garantía de Juan.

El cura dejó al niño en brazos de su madre.

—¡Ah! Entonces.....

—Entonces usted era el niño y yo el *Padre Juan*..... Caballero.

EDUARDO DE PALACIO.

DE MERIENDA.—CUADRO DE MOREAU DE TOURS.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LLUVIA DE FLORES

Se aburría de un modo terrible, como un millonario británico atacado de fastidio..... Cuidado que el Duque habíala puesto un estudio espléndido, digno de una de esas firmas universales en el arte é indiscutibles; un *atelier* de gran pintor, con alfombras persas, tapices flamencos, biombos japoneses, tíbores, vargueños, fraileros, armarios, con porcelanas, barros y mayólicas; pero pasada la fiebre de su nuevo capricho empezaba la cortesana á odiar el pincel..... Dotada por la naturaleza de una imaginación viva, de una espiritualidad extraña, única pureza no bastardeada por el fango que la hacía superior á esos montones incitantes de carne maciza del pecado, estatuas por dentro y por fuera, soñó con el caballete, y su opulento protector la tomó un maestro que la enseñara..... Á los seis meses manejaba el color..... Á los siete se cansó.

Quizás contribuía á fomentar su tedio la magnificencia regia del Duque, que halagaba y satisfacía en el acto todas sus inconstancias de mariposa..... Se la ponía en las mientes guiar. Á los dos ó tres días tenía á la puerta de su hotelito un cesto tirado por una yegua. Cambiaba la veleta y le placía el arpa. Á renglón seguido un instrumento de talla de oro. Trenes, trajes, teatros, playas, cuanto ambicionaba aquella mente insaciable, siempre pidiendo más, otro tanto obtenía. No hubo en el mundo galante reina que se asentara en un trono tan rico; bien que ella era al modo de una de aquellas helénicas cortesanas tan codiciadas por su talento como por su hermosura, y en medio del ambiente que por su posición social la rodeaba, sabía conservarse con un misterioso decoro muy semejante á la virtud.

Y en el fondo era honrada. Los azares de la vida, cualquier vértigo de los que asaltan á los corazones impresionables como repentinas tormentas, la arrastró al abismo, y cayó; pero jamás hizo pedestal para subir de su belleza, y sólo consintió en encumbrarse vencida por las delicadezas del Duque, que supo hablarla al corazón, sin tratarla nunca como á un despojo que se toma. Amaba, pues, al aristócrata con toda su alma, y había en su amor algo de íntima gratitud; se sentía un poco redimida por aquel cariño que se inclinaba ante su dignidad..... Muchas veces su noble amigo la sorprendía con lágrimas en los ojos..... Á lo mejor, en medio de sus alegrías, acometíanla inesperadas tristezas que dejaban al prócer estupefacto..... El joven, que realmente quería á la muchacha, que descubría en ella cierta cosa singular, un espíritu tierno y una inteligencia clara, se quedaba estupefacto..... ¡Bah!..... Concluía la pobre por sonreirse..... Niñerías, neurosismos..... El pícaro histérico, eterno enemigo de la mujer..... ¡Á gozar, que la existencia es muy corta!..... Y se iban al campo buscando la dulce soledad, como dos recién casados..... He ahí su anhelo, siempre punzante y siempre imposible..... Más que el hoy, los sombríos recuerdos del pasado, del ayer imborrable de la memoria..... No sólo ser buena, que podría serlo disponiendo del porvenir, sino haberlo sido.....

Aquella tarde sentíase más triste que nunca: tenía revuelta la nostalgia..... Pintaba un bodegón, y olvidando paleta y pinceles, permanecía aposentada en un asiento sin respaldo, hundida en un éxtasis, con los ojos fijos, sin verlo, en el abierto ventanón del estudio, dejando volar la mente á sus anchas..... No hacía media hora que acababa de recibir del Duque una canastilla atestada de rosas sueltas: eran las primeras del año..... Esparcían un suave aroma, llenando el cuarto de un ambiente singular de primavera. La cortesana acogió con suprema frialdad el obsequio, arrojó sobre las flores una mirada sin entusiasmo, y se dignó aspirar un capullo sin salir de su ensimismamiento..... Entraba un dulce vientecillo que acariciaba los rizos rubios de la dama..... No lo advertía.

De pronto llegó á oídos de la cortesana un cántico lento y piano, una melopea pausadísima, entonada por una fresca voz de mujer. La pecadora se abalanzó al ventanón con un

(c) Ministerio de Cultura 2006

impulso rápido, y miró. El estudio era el piso último y único de la casa; la nana brotaba á la izquierda, en uno de los sotabancos, pegados á la fachada del estudio. La joven se quedó absorta, embargada por una dulce obsesión, y se sonrió sin notarlo..... En el rostro se la pintó una serena complacencia.

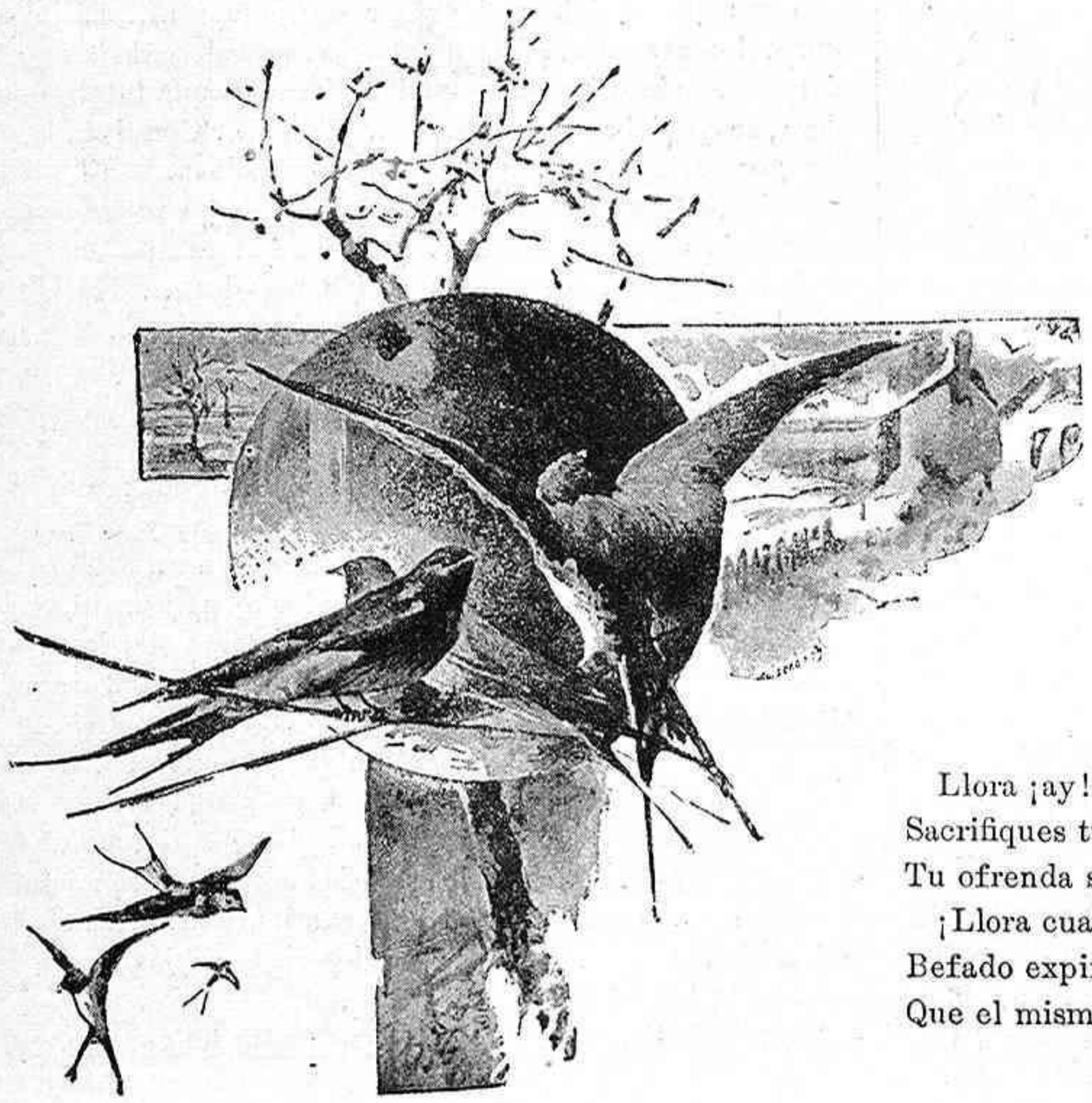
Dentro del marco de una ventana, pegado á las vidrieras para no desperdiciar luz, distinguíase un hombre sentado ante una mesa humilde y despintada; sobre su tablero había diversos platitos con tinta de china y varios compases y otros instrumentos de matemáticas; el mozo dibujaba sin levantar cabeza. Á su lado, una muchacha en su espléndida adolescencia, fresca y linda, aposentada en una silla, mecía con blandura una modesta cunita en la que acababa de coger el sueño un niño de turbulenta cabellera. La criatura dormía blandamente arrullada por la canción, y la madre la miraba de hito en hito, olvidándose de la costura de tienda que descansaba sobre sus rodillas..... Al cabo, como el que se arranca en fuerza de voluntad á su dicha, apartaba los ojos del ángel, y esgrimía de nuevo la aguja..... Todo era, en lo que se vislumbraba de cuarto, pobre, exiguo, raído; los muebles maltrechos, el pavimento sin estera..... Se adivinaba allí una casa sostenida por un exiguo sueldo, un hogar en el que quizás faltaba el pan á menudo.

Pero no la resignación..... Entre el dibujante y la costurera escasamente sumarían los cuarenta años..... Trabajaban, sin embargo, con la constante asiduidad de dos viejos..... Era la suya una juventud tranquila, hecha á la continencia como desarrollada en la desgracia, melancólica en fuerza de soñar venturas irrealizables..... En aquel pobre hogar desmantelado y exhausto no faltaba, á pesar de ello, la dicha de la miseria conforme con su suerte, que espera..... Carecían, quizás, de lo más necesario para la vida, pasaban hambre, sin duda; pero nada les importaba..... Se querían, y tenían bastante..... El amor concluye por azularlo todo.....

La pareja no había notado el espionaje..... La cortesana procuraba esconderse..... Aquella honrada dicha que surgía de pronto ante sus ojos; aquella miseria feliz, compartida espontáneamente por dos seres que fundían en una sola su mutua desgracia, que se ayudaban sonrientes y satisfechos de su propia abnegación; aquella ventura patente, declarada, á la luz del sol, le trajo á la mente la soledad de su existencia, soledad eterna y sin esperanza de conjurarse; su dicha escondida, furtiva, siempre robada, siempre en la sombra; su hogar rebosante de lujo, pero no calentado por el amor de la familia; su hermosura, que la volvería la espalda con la vejez; su abandono..... La emoción la venció: agolpóse á sus párpados un furioso golpe de lágrimas, y apoyando la cabeza en el marco del ventanón, rompió á llorar con un llanto sin sollozos, en silencio.....

De pronto enjugó sus lágrimas: aquella lluvia pareció serenarla; en su imaginación espiritual y viva debió brotar alguna idea feliz: sonrióse con delicia; entróse en el estudio; cogió con afanosas manos la canastilla; se acercó de nuevo al ventanón, y empujando con violencia la cesta para que llegaran, y retirándose en el acto á fin de no ser vista, despidió las flores, y la dichosa pareja vió penetrar estupefacta por la ventana de su sotabanco un aguacero de rosas.....

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



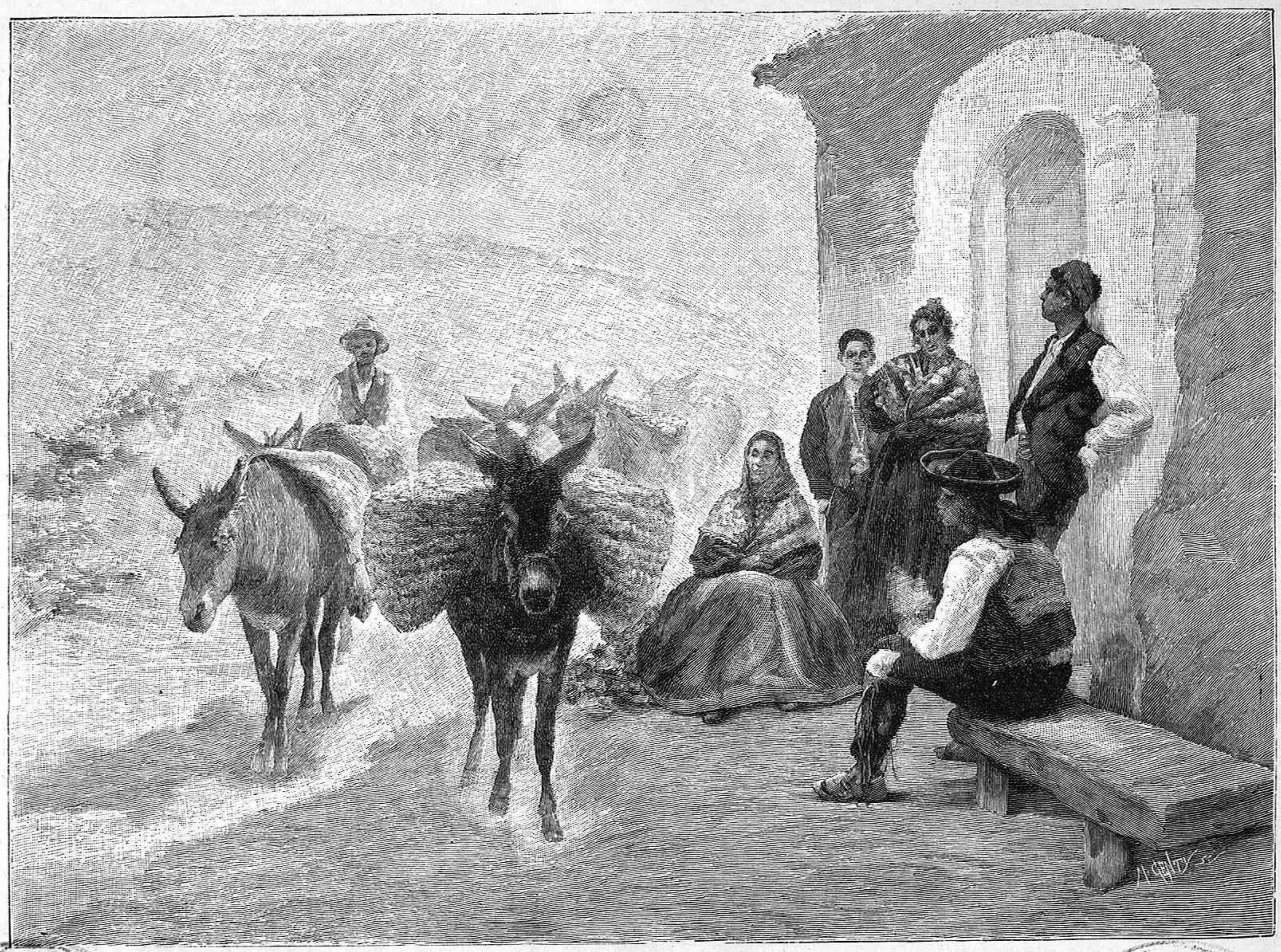
CONSOLACIÓN

No prodigues tus lágrimas en vano,
Dulce Antonio, por leves sinsabores,
Ni humilles tu altivez á los rigores
De infame ingratitud en pecho humano.
Recobra de tu espíritu lozano
La serena quietud; y nunca llores
Mientras mi amor ofrezca á tus dolores
Brazos de amigo y corazón de hermano.
Llora ¡ay! cuando al deber y á las ideas
Sacrifiques tu bien, y en torpe juicio
Tu ofrenda santa escarnecida veas.
¡Llora cuando, ciñéndote el cilicio,
Befado expires, y expirando creas
Que el mismo Dios rechaza el sacrificio!

FEDERICO BALART.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



UNA VENTA EN LA SIERRA DE ÁVILA.—Cuadro por De Vuillefroy.
(París.—Salón de los Campos Elíseos de 1893.)

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

ATENEO CIENTIFICO, LIT... BIBLIOT...

LA BATALLA DE MONS

(JUEVES 17 DE JULIO DE 1572)

DESDE que sucumbió aquella heroica alma española que nos daba calor para las más altas empresas, vivimos desalentados, como pesarosos de lo pasado y desconfiados de ló porvenir. En los días de desventura renegamos de lo que fuimos; buscamos el remedio de nuestros achaques en las ideas é instituciones de los enemigos, no tanto por mejores que las nuestras, cuanto por suyas, hallándolas rodeadas del prestigio de la victoria. Dimonos á aprender la Historia y las causas de la decadencia de la patria en libros que escribieron, vengando con la pluma agravios de la espada, los tantas veces vencidos por nuestros padres, y dejamos en el olvido los que se compusieron con ideas y casi con sangre españolas.

Este olvido de nuestras glorias (que en muchos es disgusto) alcanza muy particularmente á las guerras de Flandes, con ser de las más señaladas y honrosas que los españoles han sostenido; las más dignas de alabanza por la heroica firmeza con que se continuaron contra todo el poder de tantas naciones enemigas, y las de más provechosa lección, porque en ellas puede aprenderse al cabo de cerca de cuatro siglos el difícil arte de regir ejércitos. Julián Romero, Francisco Verdugo, Cristóbal de Mondragón, Sancho de Londoño, Francisco de Bobadilla, Sancho de Ávila, Francisco Valdés y Gonzalo de Bracamonte, jefes insignes que á las órdenes del gran Duque de Alba, de D. Juan de Austria y de Alejandro Farnesio gobernaron las tropas españolas en Flandes, fueron los maestros de Turena y de Condé. Merecían andar en la memoria de los españoles de ahora, y hasta entre militares se ha perdido su recuerdo, salvo en aquellas contadas excepciones que no hay para qué nombrar. Merecedores de eterna fama, quédales tan sólo el culto de algunos fieles, mientras la España que cayó después de ellos, y que aun no ha podido levantarse, los ha olvidado quizás por indigna de comprenderlos.

La breve campaña de D. Fadrique de Toledo en el país de Henaut en 1572, y el desbarato del ejército francés que iba en socorro de los rebeldes de Holanda, es una de tantas empresas españolas apenas conocida, debiendo serlo de todos. No tiene aquella increíble grandeza del socorro de Targoes por D. Cristóbal de Mondragón, ni de la empresa de Zierikzee, pero enseña muchas cosas, como se verá.

Los Países Bajos en manos de España eran una espina que los monarcas franceses procuraban arrancar del pecho de su nación. En 1566 escribía Granvela á Felipe II que los descontentos de Flandes se entendían con los hugonotes de Francia. Condé y Coligny ayudaron á los rebeldes en lo que pudieron, y harto lo sabía el Duque de Alba.

Venció aquel veterano general la rebelión con la dureza que merecía y que nuestros calumniadores (1) han ponderado tan excesivamente, después de lo cual escribió al Rey pidiéndole permiso para volver á España, pues los muchos años y achaques le tenían débil y atormentado, siendo el clima de Flandes muy poco á propósito para su salud. Respondió D. Felipe á su último requerimiento nombrando para sucederle al Duque de Medinaceli.

Al saberse en los Estados el nombramiento, representaron al de Alba que, pues la tierra estaba pacífica, enviase á Lombardía la caballería ligera, y sacase las guarniciones de las ciudades. Atendió á lo primero, conocido el parecer del Rey, dejando sólo en los Estados 500 caballos ordina-

(1) Así extranjeros como nacionales. Muchos de éstos catedráticos. Algunos de universidades españolas, podria sacar aquí á la vergüenza pública. Quédese para otra ocasión.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

rios; pero negó lo segundo hasta que dieran los dineros necesarios para construir en las ciudades castillos que las aseguraran, *lo cual*, según dice D. Bernardino de Mendoza en sus admirables *Comentarios*, *alargaron de día en día.*

Preparaban los descontentos segunda rebelión, muy animados con promesas de socorro de ingleses y franceses. Los Reyes de Francia y de Inglaterra (cuyas naciones no se habían distribuído todavía los importantes papeles de guías y mantenedores de la civilización, que hoy tienen) temían que Felipe II acabase con el poder del turco y viniese á quedar señor de Europa. «Les parecía, y con mucha razón, escribe D. Bernardino de Mendoza, á los que estaban celosos de la grandeza de Su Majestad, que con ninguna cosa le podrían impedir mejor las empresas de Levante que con esta de moverle guerra en los Países Bajos por mano de los rebeldes de ellos.»

Con el pretexto del impuesto llamado de la décima, y la esperanza de que el Duque (á quien temían tanto como odiaban) saldría de los Estados para volver á España, pues se sabía que había pedido al Rey enviase persona que le tomase el gobierno, alzáronse Flesinga, Delfshaven y Enkuyzen, principales ciudades de Holanda, á principios de 1572. El 26 de Mayo tuvo el Duque, hallándose en Bruselas, noticia de haber entrado 400 franceses en Valenciennes, y de que trataban de ganar el mal guarnecido castillo de esta ciudad. Á las dos horas supo que el Sr. de Genlis, gran hugonote, había tomado á Mons, entrando con otros 100 caballeros franceses, que gritaban: *¡France! ¡France! ¡Ville gaigne! ¡Ville gaigne! ¡Liberté du peuple!*

Peligraban la dominación y la honra de España. Los herejes no se daban punto de reposo en saquear templos, martirizar sacerdotes y degollar católicos. Vander Berghen levantara en Alemania 500 caballos herreruelos y 6.000 infantes, con los que caminaba la vuelta del ducado de Güeldres. El de Orange juntaba tropas en Roermond. Muchas ciudades parecían inquietas. Aconsejaron al Duque se retirase á Amberes, pues en Bruselas, ciudad abierta y con solas cinco banderas para la defensa de su persona, peligraba ésta. El Duque respondió como cumplía á su honra, levantando mano en lo de su vuelta á España y declarando á sus consejeros que si se metía en Amberes creerían los rebeldes que les temía, y que con sólo que lo creyeran crecería la reputación de ellos, con daño de la suya y del servicio del Rey.

Llegó por aquellos días la armada de España conduciendo al Duque de Medinaceli, á quien D. Felipe enviaba para tomar el gobierno al de Alba, conforme éste había tantas veces pedido; pero, viendo el estado de los negocios y las razones del Duque, no se lo tomó. Con él habían corrido los riesgos del viaje, que no fueron pocos, por lo muy poderosos que estaban ya en la mar los rebeldes y por el mal tiempo, 1.600 soldados de infantería que regía el ilustre Julián Romero.

Con tan menguados refuerzos, sin dinero y con la mala voluntad de toda Europa, emprendió el Duque de Alba aquella magnífica lucha, comenzando por dirigir la perspicaz mirada á la frontera francesa, sabiendo muy bien que de aquella parte venía el mayor peligro.

Su primera determinación fué mandar á Maubeuge las compañías de caballos de D. Bernardino de Mendoza y don Pedro de Tassis, para que desde aquel puesto fronterizo, cercano á Chateau-Cambresis, hacia donde los rebeldes se juntaban, cortasen y rompiesen los pasos de Francia, impidiendo que fuesen metiendo gente en Mons, á la deshilada, como empezaban á hacerlo.

Pasadas algunas semanas, mandó caminasen la vuelta de aquella plaza las 10 banderas de españoles del maestre de campo D. Rodrigo de Toledo. Después envió otras 10 banderas de valones, las tres del Conde de Reulx, y tres compañías de caballos. De general iba su hijo D. Fadrique, llevando en calidad de maestre de campo á Chapin Vitelli.

Llegó D. Fadrique delante de Mons el 23 de Junio, estableciendo su cuartel general en una abadía, á media legua de la plaza. En cierta casa del camino de Maubeuge colocó una bandera de españoles. Desde aquel sitio cerraba las comunicaciones de los rebeldes de Mons con los que en Francia se aprestaban á socorrerlos, y cuyos movimientos conocía perfectamente, merced al acertado empleo que, como los más de los generales españoles de entonces, y particularmente el Duque de Alba, hacía de la caballería, y á un buen servicio de espías.

El Sr. de Genlis salió disfrazado de la ciudad y logró pasar á Francia para organizar y apresurar el socorro, quedando dentro el conde Luis de Orange con 1.500 hombres, entre franceses y flamencos. Don Fadrique extendió su ala izquierda, ocupando al día siguiente á Saint Guislain para completar la incomunicación de los sitiados, siendo muy de notar la previsión que tuvo de reconocer al mismo tiempo la línea del Haine, riachuelo que nace en Binch, pasa por Mons y Saint Guislain y va á morir en el Escalda. También reconoció los alrededores de Saint Guislain, suponiendo que aquél sería probablemente el camino que traerían los enemigos, y que allí había de acudir para desbaratarlos.

Al parecer, aconsejaba la prudencia que se alargase el dar la batalla para cuando el Duque juntase su ejército, por ser poco más de 3.000 hombres los que D. Fadrique tenía, contando las cinco compañías de caballos que á las órdenes de D. Juan de Mendoza vigilaban, de Maubeuge á Bave, los movimientos de los enemigos. Pero D. Fadrique pensó que éstos vendrían al socorro de Mons muy pronto, y que retirarse delante de ellos sin pelear sería causa de que ganasen atrevimiento y metiesen tanta gente en aquella parte de Flandes, que nunca pudiera igualarla el ejército español en número, y se perdiese la provincia y con ella los Estados. Por estas fundadas razones y porque cuadraba mejor á su carácter y á la alta idea que de sí mismo tenía entonces nuestro ejército, decidióse el General por una enérgica ofensiva, á pesar de que los avisos recibidos calculaban en 10.000 infantes y 2.000 caballos las fuerzas que traía el señor de Genlis.

El 11 de Julio trabóse una gruesa escaramuza con los de la plaza, que echaron fuera 600 arcabuceros y 60 caballos, cuya fuerza refrescaron más tarde con igual ó mayor golpe de gente. Volvieron muy escarmentados, llevándolos la caballería que mandaba D. Bernardino de Mendoza y los arcabuceros de Nápoles hasta los fosos, donde mataron muchos. Don Rodrigo de Toledo, que cargó al frente de los

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL DUQUE DE ALBA.

Nació en Piedrahita el año 1507.—Murió en Lisboa el 12 de Enero de 1582.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

suyos, recibió nueve heridas, y Chapin Vitelli un arcabuzazo en una pierna. En aquellos días llegaron al campo español nuevas tropas, que elevaron el ejército de D. Fadrique á 4.000 infantes y poco menos de 1.000 caballos. Esperaba que se le juntasen muy en breve cinco banderas de infantería española que estaban en Maestricht, y el regimiento del Barón de Polwiller; pero la prisa con que Genlis acudió con el socorro no dió tiempo á que viniese aquel tan necesario refuerzo.

°°°

Era (y será siempre) escandaloso que en plena paz se reuna un ejército de 12.000 soldados en una nación para meterlo en la vecina en socorro de rebeldes. Así lo representó al Rey de Francia D. Diego de Zúñiga, nuestro embajador en París, y lo mandó á decir por personas de gran autoridad el Duque de Alba. Pero á los consejeros de Carlos IX les parecía muy bien alimentar secretamente la guerra de Flandes. Por último, el Rey envió un gentilhombre á Bruselas á decir al Duque que ya había notificado á los hugonotes de la frontera que se deshiciesen ó saliesen del reino dentro de dos días, pena de la vida. Cuya determinación inspiró á D. Bernardino de Mendoza el siguiente comentario: «Cosa que hizo creer que pues se les ponía á los hugonotes que se juntaban para el socorro tan breve plazo en el deshacerse ó salir de Francia estar ya prestos y con tanto los veríamos luego entrar por los Países Bajos, y así fué. Porque á los 14 envió 800 arcabuceros y 400 caballos para que reconociesen á Chausteau en Cambresi y el camino que entre aquel lugar y Landrechies pensaban tomar.»

Aquel mismo día supo D. Fadrique (tan cuidadoso de las disposiciones y marcha del enemigo) el avance de dicha fuerza. Dispuso que inmediatamente fuese trasladado el bagaje á Binch, población que iba á dejar muy á retaguardia, y que caminase el ejército. Á la puesta del sol llegó aviso de que los herejes se habían vuelto á meter en Francia, por lo que la gente volvió á sus cuarteles.

Don Fadrique despachó aquella noche algunos caballos para que descubrieran á los enemigos y averiguaran la fuerza y dirección que traían y el orden de marcha. Al amanecer supo, por las patrullas destacadas camino de Chateau-Cambresis, que se hallaban á cuatro leguas.

Desde la tarde anterior estaba el ejército en orden de marcha, por lo que pudo partir luego que se conocieron aquellas noticias. Mandó D. Fadrique que D. Bernardino de Mendoza despachase 20 caballos de su compañía con orden de ir sobre los rebeldes y avisarle por momentos del camino que hacían. Mandaba esta fuerza el alférez D. Antonio de Figueroa.

El ejército español caminaba en la disposición siguiente, según el propio D. Bernardino de Mendoza, á quien en esta parte de mi narración voy siguiendo:

De toda la infantería, que eran 30 banderas, se hizo un escuadrón, mezclando las picas de las dos naciones, así por ser soldados nuevos los valones, como por no ser muchos los españoles. Mandaba el escuadrón Julián Romero, que por la posta había llegado de Bruselas. Al frente iba Chapin Vitelli, tendido en un colchón, y llevado en andas por gastadores, aunque muy herido y fatigado, deseoso de cumplir aquel dia como quien era. Á la derecha del escuadrón marchaban los hombres de armas repartidos en tres, y en otros tantos, detrás de ellos, la caballería ligera. Á la cola caminaban 400 arcabuceros y la compañía de D. Bernardino de Mendoza por si salía alguna gente de Mons á picar en la retaguardia. A la media legua de camino se ordenó que estos arcabuceros y la compañía de caballos se incorporasen con los demás, y que la caballería ligera tomase la vanguardia, siguiéndola los arcabuceros.

Una legua de camino llevarían cuando se recibió aviso de Figueroa de estar construyendo los enemigos un puente sobre el río Haine para pasar á la orilla derecha, en lo que ponían gran diligencia. Es de advertir que los franceses subían y los españoles bajaban por la izquierda, y del aviso de Figueroa se desprendía que los hugonotes querían meter el socorro en Mons, excusándose de pelear con los españoles. Por gente del país se supo, cuando el ejército, habiendo dejado atrás á Jemmapes, iba pasando de Saint Guislain, ser cierto lo de la construcción del puente, pero no lo del paso del río.

Quedó un momento perplejo D. Fadrique; pero no fiándose de los aldeanos, y perseverando en su sistema de conocer la marcha del enemigo por la caballería y guiarse por ésta, envió á Figueroa un destacamento sacado de la compañía de arcabuceros de á caballo de D. Diego Valdés, y mandado por D. Francisco Hernández de Ávila, para que buscase el contacto con el grueso de los hugonotes, y escaramuzase con ellos hasta tomar algún prisionero que aclarase aquella duda. Encontráronles á una legua corta de Saint Guislain, junto á una aldehuela llamada Autraige, donde al cabo de dos ó tres ruciadas cogió Hernández de Ávila un hugonote. Por éste se supo que el Sr. de Genlis, después de hacer en el puente de Pont Haine los reparos necesarios (pues estaba medio destruído), había pasado el río y marchaba con mucha prisa á Mons.

Como queda dicho, el General español había reconocido el terreno días antes, por lo que le fué muy fácil tomar sin pérdida de tiempo las disposiciones más convenientes para la batalla. Mandó que la caballería tornase á pasar el río, pues estaba de la otra parte, y que la infantería caminase al encuentro de los enemigos, tomando la vanguardia Julián Romero, el cual con grandísima diligencia los fué buscando hasta descubrirlos, muy adelantada la tarde, en un llano ceñido de arbolado bastante espeso y dispuesto en forma de círculo, de menos de un kilómetro de parte á parte. Una aldea con frondosas huertas ocupaba gran espacio de este llano, teniendo los hugonotes las espaldas en ella, enfrente el camino que habían traído, y á la izquierda el que seguía á Mons, y que ahora les era disputado por los españoles, que, á más andar, iban llegando por el primero.

Como nuestra gente iba siguiendo el alcance con tanta prisa, marchaba más suelta de lo que era menester para combatir á los enemigos y romperlos, por lo que Julián Romero ordenó que el capitán Juan de Salazar Sarmiento se metiese con 60 arcabuceros en el bosque y desde allí los entretuviese escaramuzando con ellos. Así cubiertos, parecieron á los herejes muchos más de los que eran, y su vanguardia se fué recogiendo á la aldea y huertas, para dar lugar á que llegara el grueso del ejército. Pero cuando al cabo de un rato (que bastó para dar tiempo al maestre de campo de mejorar y recoger su gente) reconocieron cuán pocos

(c) Ministerio de Cultura 2006

eran los españoles, los cargaron con 500 arcabuceros. A buen paso metió Romero en el bosque 200 valones de la coronelía de Mr. de Capres, que venía de vanguardia, acudiendo con ellos su propio coronel y el capitán del Val; pero como los enemigos echaron fuera nueva gente (lo que les era fácil, pues tenían tanta), fué preciso ayudar á los que peleaban con otros 200 valones de la coronelía de Mr. de Lignes, que detrás de los de Mr. de Capres venían. A todo esto iba llegando la caballería ligera y hombres de armas y 200 arcabuceros españoles, con los capitanes don Francisco de Bobadilla, D. Diego de Carvajal, D. Hernando de Añasco y el propio D. Fadrique, que con el resto de la arcabucería acudía al ruido de la batalla, la cual estaba ya fuertemente trabada. «Venía á ser—dice D. Bernardino de Mendoza—de las más gruesas escaramuzas que los que allí se hallaban habían visto, por ser muy apresuradas las ruciadas.» Sucesivamente fueron entrando en ella las dos compañías de arcabuceros españoles de Alonso Montero y García de Valdés, el resto de la infantería y los hombres de armas que á gran trote seguían á la caballería ligera. Ésta formaba tres escuadrones, caminando todos en una línea muy á cubierto de los enemigos. Chapin Vitelli, aunque tan mal herido, hízose conducir á la pelea en una silla (1).

Los enemigos mejoraron su caballería, poniendo un escuadrón como de 100 caballos á su mano derecha, de suerte que guardaba la entrada del camino de Mons. La nuestra, á la que no veían por ser el sitio por que caminaba muy cubierto de árboles, y el día, que ya iba cayendo, muy obscuro, estaba enfrente, tan deseosa de pelear, que dos veces tuvo D. Fadrique en persona que detener á los hombres de armas.

Á esta sazón ya tenían los herejes en la escaramuza toda su arcabucería de vanguardia, y la iban avivando con la de su batalla y parte de la de retaguardia, echando siempre gente de refresco. Á las dos horas, no quedando otra de día, se resolvieron á cargar con lo más de ella para asegurar la jornada. En muy buen orden salieron de la aldea con sus banderas tendidas y gritando *¡France! ¡France! ¡Victoire! ¡Victoire!* hasta 4.000 arcabuceros, los cuales cargaron tan furiosamente, que no bastando á detenerlos la ruciada con que les recibió nuestra arcabucería, la hicieron perder alguna tierra, y se alargaron por el llano, dejando muy atrás la aldea y casas y el escuadrón que les cubrían las espaldas. Viéndolos desabrigados, mandó D. Fadrique á la caballería que cerrase con la suya, lo que luego hizo con gran resolución por este orden: cargó primero D. Lope Zapata, á quien este día tocaba la vanguardia con su compañía; detrás D. Hernando de Toledo con la suya, lo que hacía un escuadrón, y en tercer lugar las dos compañías de D. Antonio de Toledo y D. Bernardino de Mendoza, que formaban el segundo escuadrón. En el llano quedó de reserva D. Juan de Mendoza con el tercero, por si, como era de presumir, los enemigos tenían emboscada alguna más caballería de la descubierta para cargar á la nuestra de sorpresa. El escuadrón se deshizo al recibir la carga, y aunque se cerró al abrigo de los árboles, se puso en huída al segundo choque. Los arcabuceros, que serían 800, y demás infantería, resistido el primer ímpetu de la furia francesa, cerraron con los hugonotes, devolviéndoles la carga muy gallardamente á tiempo en que la caballería los iba ejecutando por la retaguardia. Tres veces fueron rotos los franceses y otras tantas se volvieron á rehacer, pero á la cuarta los caballos ligeros y los hombres de armas los llevaron de hecho á espaldas vueltas. El alcance, por las casas y huertas de la aldea y los bosques próximos, aunque breve, por ir cerrando la noche, fué desastroso para los vencidos, completándolo el alférez Figueroa con haber tomado el paso del puente por donde habían cruzado el río, que á pesar de haberle dejado cortado pensaron aprovecharle para escapar mejor. Figueroa, con algunos caballos y más de 600 aldeanos que se le juntaron, degolló 400 de ellos, y en todo el alcance, que duró tres leguas, y en la batalla, se mataron é hirieron 6.000 hombres, siendo 600 los prisioneros, entre ellos el propio Genlis, con una gran herida en la frente, de que murió en el castillo de Amberes, pasados pocos días, y muchos señores franceses que con él venían. «Dice Genlis (leo en la antes citada relación de la batalla, que se halla en el Archivo de Simancas) que no ha salido de Francia jamás gente tan lucida ni tan ganosa de pelear, y que pensaba él que con solas ocho cornetas de caballos pudiera romper 2.000 de los de S. M. por ser todos nobles y gente de mucha calidad; y así dicen los soldados que se hallaron en esta batalla, que jamás han visto á los franceses pelear como éstos han peleado: gracias á Dios por ello.»

Es muy cierto que Genlis llevaba buena gente y escogida y probablemente soldados viejos, circunstancia importante porque descubre el propósito de la expedición y el calor que le prestara el propio Gobierno francés. No escapó á la sagacísima pluma de D. Bernardino de Mendoza, el cual escribe, terminando el capítulo XII de los *Comentarios*, que «en los huertos, aldea y bosque quedó mucha gente muerta, sin los que en la plaza donde se combatió quedaron, que, á lo que se pudo estimar por la mañana, serían como 400 hombres, y los más de encuentros y grandes cuchilladas y otros de arcabuzazos, entre los cuales había muchos hombres que parecían ser de más arte que los otros, á quien se puede pensar se había encomendado la vanguardia, donde murieron peleando como buenos soldados y sin perder un palmo de tierra de lo que habían ganado.»

De tan lucido ejército entraron aquella noche en Mons 30 caballos y 200 infantes desbalijados y rotos, sin armas y heridos algunos. Tomáronse 25 banderas y ocho cornetas de caballos, y sobre todo se hizo el efecto que se deseaba, que fué quitar á los de Mons toda esperanza de socorro de la parte de Francia. La que luego pusieron en el que traía de Alemania el Príncipe de Orange, que era mucho mayor que el de los franceses, no tardó en desvanecerla el Duque de Alba, apretando la plaza y rindiéndola, después de haber escarmentado al jefe de la rebelión y obligádole á retirarse, sin que le valiera, como no valió á Genlis, la superioridad del número.

(1) Así consta en la relación de la batalla que se conserva en el Archivo general de Simancas, y que ha visto la luz en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*. En otra relación titulada *Lo que escriben de Amberes, Bruselas y Spira, á 20, 23 y 27 de Julio de* 1572, de la coleccion del Sr. Zabalburu, se dice que Chapin Vitelli se hizo armar y montó á caballo.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Es de alabar en esta breve campaña del Henaut la gran resolución de D. Fadrique en buscar á los enemigos sin perder una hora, no obstante ser éstos, según las noticias que luego se recibieron, 10.000 infantes y 2.000 caballos, teniendo él sólo 4.000 de los primeros y 1.000 de los segundos, y dejando á espaldas una ciudad fuerte y bien guarnecida cual lo era Mons. Coligny, jefe de los hugonotes franceses, y gran soldado, aconsejó á Genlis que entrara el socorro sin pelear con los españoles; pero no lo pudo excusar, según se ha visto, á pesar de haberlo procurado con mucho empeño. Dice Julián Romero en la carta que escribió á Felipe II desde el campo de Mons, á 31 de Julio, que llegó la víspera de la batalla, y que siendo llamado por D. Fadrique y Noircarmes á consejo, fué de parecer que se peleara con los herejes. Sin embargo de esto, no parece probable que la gloria de la iniciativa sea toda suya. Desde que D. Fadrique llegó delante de Mons, resolvió buscar á Genlis, si entraba en Flandes, y desbaratarlo. Pruébalo el reconocimiento que hizo del terreno de la cuenca del Haine y campos próximos á Saint Guislain, donde, con el acierto que de allí á pocos días mostraron los sucesos, esperó encontrarse con ellos. Motivos políticos le obligaban á proceder con rapidez y audacia, y, obedeciendo á ellos sin duda, prefirió correr el 17 el riesgo de la lucha con fuerzas tan inferiores, á esperar la llegada del regimiento del Barón de Polwiller, que hacía 4.500 hombres, las cinco banderas de españoles que estaban en Maestrich, y la compañía de caballos ligeros italianos de Aurelio Palermo, cuyas tropas se hallaban tan cerca que se le juntaron el 21. Pero como aun así habrían llegado tarde para impedir la entrada del socorro, no hay sino decir que D. Fadrique acertó peleando sin ellos.

Dispuso de la caballería aquel General según reglas estratégicas que algunos creen novísimas, que las demás naciones desconocían y que él aprendió de su ilustre padre. Apenas llegó á Mons, cuidó de cubrir la retaguardia, por donde esperaba ser atacado, con numerosas patrullas de caballería que le fuesen avisando de la marcha de los enemigos, ordenando que nunca los perdiesen de vista. Por sus avisos se guió para buscarlos, y cuando supo que se hallaban cerca, dió la vanguardia á la caballería ligera, sin duda con objeto de ir mejor cubierto y más prevenido. El empleo táctico que de ella hizo mandándola cargar en el momento decisivo, si bien fué muy importante para alcanzar la victoria, no es tan de admirar, pues en aquel tiempo en que las armas de fuego se hallaban en la infancia, podía ser de gran efecto una carga, como lo fué en este caso. El empleo estratégico sí que merece especial recuerdo, debiendo notarse que el caso, lejos de ser aislado, es común en las admirables campañas que los españoles sostuvimos en Flandes.

G. Reparaz.

¡BUENA SIESTA!—Por Chevilliard.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO MADRID BIBLIOTECA

DOSIMETRÍA

La vida se acorta, y todo
Se empequeñece en la tierra,
Reduciéndose hasta el glóbulo
Arte, Política y Ciencias,
Imperando sobre todas
La doctrina *dosimétrica.*
En las Ciencias, el *programa*
Que cien lecciones compendia
En diez páginas de texto,
En cuarto menor impresas,
Con líneas muy separadas,
Del cuerpo diez con regletas.
En la pintura, la tabla
Que al medio metro no llega,
Y aunque la firme Pradilla,
Muñoz Degrain ó Lucena,
En vergonzoso mercado
Se vende por cien pesetas.
En pöesía, la chispa
Del genio: la quinta esencia
De la oda, en el alambique
De la inspiración suprema.
La fabulilla que punce;
El epigrama que muerda;
Á lágrima por quintilla
Ó á sonrisa por cuarteta;
Que hoy ya no hay desocupado
Que *cien versitos se lea.*
Al artículo de fondo
Mató la noticia suelta,
Y el conciso telegrama
Es el alma de la prensa.
En el teatro, el juguete,
La reducida zarzuela
En un acto con tres cuadros,
Dos decoraciones nuevas,
Siete números de música
Y la butaca á peseta.
Género grande, metido
En chico, quepa ó no quepa.
Cuarenta y cinco minutos
De atención, y función hecha.

Á tres horas ya no alcanza
Del público la paciencia,
Y por secciones escoge
La que mejor le convenga:
El que trasnocha, *la cuarta;*
Quien madruga, *la primera;*
Y en una noche hay quien ve
Tres piececillas diversas
En tres distintos teatros,
Y satisfecho se acuesta
Diciendo: «¡No hay novedades
Que no haya visto en la escena!»
Hoy, más que las *glorias grandes*
Ganan las *glorias pequeñas;*
Las actrices de sainete
Más que las actrices serias.
Más que las tiples dramáticas
Las tiplecillas ligeras.
¡El *escrúpulo* se paga
Y *la libra* se desprecia!
La política, *por actos*
Hoy sus farsas representa,
Y si el público se aburre,
Trabaja hasta *por escenas*,
Que casi siempre son cómicas
Y hacen reir á la fuerza.
En fin, que el *género chico*
En la política impera,
Y se ha colocado *el céntimo*
Encima de *la peseta.*
¿Que un grande hombre á Ministro
Por méritos propios llega?.....
Pues como no cabe dentro
Del Ministerio, lo echan,
Y los pequeños políticos
Se ríen de sus grandezas.
¡Tendió *la dosimetría*
Su imperio sobre la tierra,
Y *se han reducido al glóbulo*
Artes, Política y Ciencias!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

(c) Ministerio de Cultura 2006

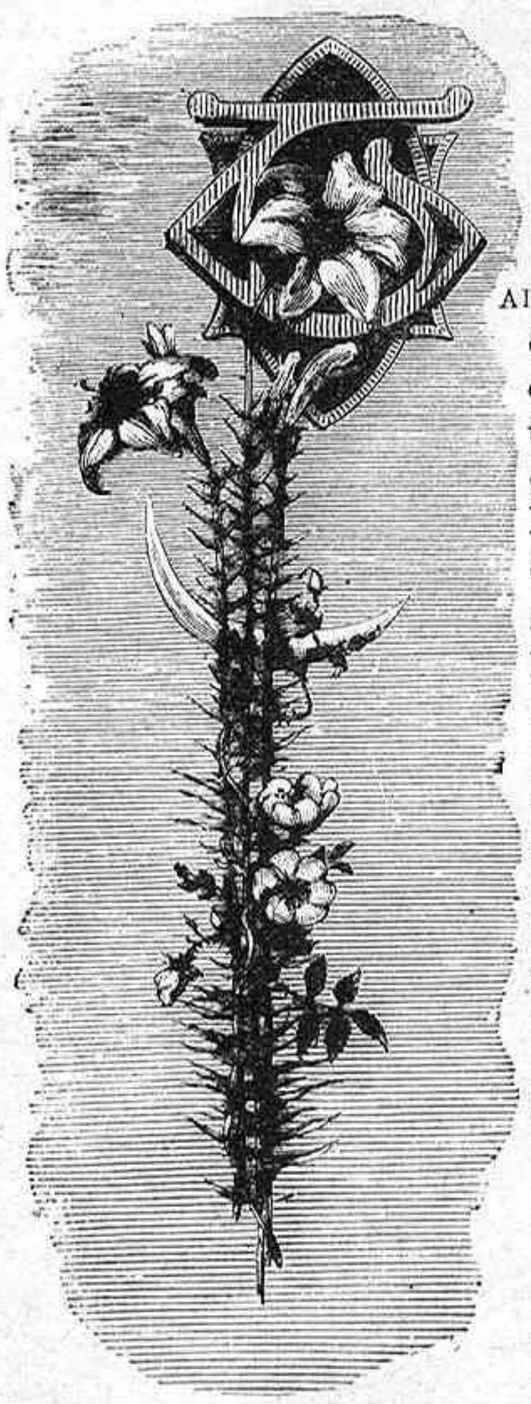
(c) Ministerio de Cultura 2006

¡CÓMO ACABAN!—Cuadro de D. Francisco Maura.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA
ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

UNA NOCHEBUENA TRISTE



I.

CARLOS Mendieta era el segundo de los cuatro hijos con que Dios había favorecido á un matrimonio bien hacendado en importante villa de la provincia de Álava. La casa era solariega, de antiguo y muy reputado mayorazgo; abundaba en ella cuanto se pudiera desear para las necesidades y goces de la vida, y se habría tenido por cierto que era fiel trasunto del Paraíso. Lo había sido; mas por ello se introdujo el demonio, llevando la perdición y la muerte al venturoso hogar: la manzana tentadora fué la vanidad.

El primer hijo, por haberlo sido, realizando los deseos y colmando las esperanzas de su padre, fué el predilecto, el mimado, y por ello convertido en tiranuelo y dominador de la familia. Había de ser el sucesor en el mayorazgo, llevando, unido á la casa y tierras de la vinculación, el apellido muy apreciado por su padre, como lo había sido por sus abuelos. Voluntarioso, díscolo y respondón para su padre; insolente hasta el supremo desdén para su madre; altanero y despótico dominador con sus hermanos, en todo encontraba la aprobación y aplauso de su padre, que le alentaba con sus caricias para los más atroces desafueros.

Había aprendido á leer y escribir correctamente, gracias á la corta edad en que asistió á la escuela; mas se negó á estudiar gramática, porque decía que el latín sólo servía para los curas, y además, el dómine, el del calzón corto, medias de seda negra y gorro acabado en punta con borla, era un tío gruñón que desfogaba sus iras domésticas dando á los discípulos pellizcos y bofetadas, y los viernes azotes con disciplinas de cuerda; lo cual no habría de suceder con él, pues cargaría una de las escopetas de su padre con perdigón lobero y le metería el tiro por los riñones; además de que teniendo buenas rentas no había menester de dómines, librotes ni quebraderos de cabeza.

Carlos era el reverso de la medalla; lo diametralmente opuesto á su hermano mayor. Respetuoso y sumiso hasta la obediencia pasiva ante su padre; sufriendo resignado y silencioso las rudas asperezas, las reprimendas injustas, los inmotivados rencores y profundos desvíos del que le había dado el ser; entrañablemente cariñoso para su madre y hermanos menores; dado al estudio en los libros que podía agenciarse dentro y fuera de la casa, pues se le había negado la pretensión, tímidamente formulada, de ir á estudiar en el Seminario de Vergara; empleando no pocos ratos de ocio en cultivar esmeradamente el jardín, que había convertido en un primor de variadas flores y árboles frutales; morigerado, amante de su casa, esquivando las compañías de jovenes aturdidos ó mal educados, habría sido encanto del hogar doméstico y noble corona de padre menos obcecado.

Creado para la ventura propia y labrar la de cuantos le rodeaban, su vida era un martirio; su galardón la injusticia. No podía presentarse delante de su padre sin encontrarse con un ceño rígidamente fruncido y una severidad implacable en su semblante; al pronunciar una palabra recibía por única respuesta un gesto imperioso ó una frase de desdén, que le imponía instantáneamente silencio.

Era el ídolo de su madre, como del jefe de la familia lo era el futuro mayorazgo. Aquel dualismo de afectos era el tizón del matrimonio: el segundo hijo no podía pronunciar una sola palabra, ni aun para contestar á las inconveniencias y provocaciones de su hermano mayor, sin que sobre él lloviesen dicterios y amenazas; hasta su silencio se interpretaba como un ultraje; la mesa era un lugar de tormento, de maligno regocijo y burlas por parte de los mayorazgos presente y futuro; de amargura y hondo desconsuelo para Carlos. Su madre no se podía contener y salía á la defensa de su hijo predilecto, ofendido con irritante injusticia. Entonces se promovían los grandes alborotos y las más tempestuosas escenas en aquella familia que parecía haber sido creada para modelo y envidia de las más venturosas.

Llegó un día en que todo se había de colmar, desbordándose la copa de hiel del sufrimiento. Hallábase Carlos en el jardín, y su padre, exasperado con algunas respues-

(c) Ministerio de Cultura 2006

tas y desacatos de su hijo favorito, que había mezclado en la contienda el nombre de su hermano, bajó con un látigo, y después de increparle ásperamente por si había puesto ó quitado una planta que á él nada le importaba, le sacudió con furia dos terribles latigazos. Carlos palideció, no dijo una sola palabra ni tuvo mirada de ira para quien de tan atroz manera le ultrajaba. Dos gruesas lágrimas brotaron á sus ojos, y en el más doloroso silencio se retiró á su cuarto, asilo y testigo de todas sus amarguras.

La pobre madre, que se había asomado á uno de los balcones del jardín para contemplar á su hijo querido en el cultivo de las flores, en el cual cifraba sus delicias, experimentó la sorpresa y dolor intenso de presenciar aquella increíble y monstruosa escena.

Dió un grito agudísimo, y bajó al jardín con el semblante descompuesto, con la exaltación sublime de madre herida en los más íntimos y puros afectos de su corazón. Apostrofó duramente á su marido; mas éste, fuera de sí, llegó á amenazarla con análogo castigo. «Pégame también á mí, dijo la noble madre con una actitud tan firme y enérgicamente resuelta cual no había visto hasta entonces el altivo mayorazgo; mátame, mas ten presente que Dios te ha de juzgar, y que no encontrarás en él más piedad ni misericordia que la que has tenido y tienes para tu pobre hijo.»

Volvió la espalda, y anegada en lágrimas se dirigió á la habitación de Carlos, diciendo con voz entrecortada por los sollozos: «¡Hijo de mi alma, hijo de mi alma! ¡Qué desgraciado eres!»

Aquella noche no acudieron á la mesa ni la madre ni el hijo ofendidos. El autor de los ultrajes comprendió que para él todo estaba perdido, y que no le quedaba en la familia más que el primogénito, su futura perdición.

Á la mañana siguiente, al oir la campana que llamaba á misa, Carlos fué á buscar á su madre, le anunció que iba, como de costumbre, á la iglesia, la abrazó, la besó en la frente, y le dirigió una mirada de tan profundo cariño y tan intensa amargura, que á su vez y con lágrimas le abrazó, prodigándole palabras de consuelo, creyendo que aquella aflicción era por el recuerdo de lo ocurrido el día anterior.

¡Desventurada! Era la última vez que le había de ver.

Á la hora de costumbre, Carlos no había vuelto á casa: llegó la de mediodía, que era la de la comida, y tampoco pareció; vino la noche y fué en vano esperarle. Las pesquisas que por diligencia de su madre se habían hecho, no dieron resultado satisfactorio; el cura dijo que le había visto en misa, pero que al salir no le había vuelto á ver. Se inquirió en los pueblos inmediatos, y todo fué inútil.

Después de tres días de indecible angustia en la madre y sombrío silencio en la casa, la pobre señora recibió una carta de su hijo dándole cuenta de que había ido al ejército de D. Carlos, para librarse de los malos tratamientos de su padre y ahorrar á su amada madre las grandes amarguras que la ocasionaba su presencia en la familia; que había sentado plaza en el segundo batallón de Álava por hallarse sirviendo en él algunos amigos de la casa, y muy especialmente Germán, el más joven de los criados, que había sido como su ayo durante la niñez y le quería más que á un hermano; que le habían recibido muy bien, y por las especiales circunstancias personales y de familia le habían obligado á tomar los cordones de cadete; que le perdonara lo hecho y le enviara su santa bendición de madre, segura de que Dios la recompensaría dándole resignación en sus infortunios y la paz del alma, que le deseaba del fondo de su corazón como muy cariñoso hijo.

Desahogado su primer dolor con un torrente de lágrimas, fué al cuarto de su marido, le entregó la carta de Carlos, y dijo: «Ahí tienes tu obra: recréate en ella.»

Aquel fué el momento último de la familia: la madre, á solas con su amargura, separó vivienda dentro de la casa, y su marido quedó con el hijo predilecto, que pronto había de recompensarle dignamente sus culpables complacencias.

RETRATOS.—Por Bettanier.
París, Salón de los Campos Elíseos de 1893.

II.

El primogénito se hallaba próximo á cumplir los diez y ocho años: era la edad fijada por los carlistas para llamar á los jóvenes al servicio de las armas. Deseosos de aumentar su caballería, para lo cual faltaba el primer elemento en aquellas provincias, tenían establecido un sencillo medio de redención: el que presentaba un buen caballo de fila, no cogido al enemigo en el campo de batalla, con freno y montura militar completa, todo nuevo, recibía en el acto la licencia absoluta, si se hallaba sirviendo, y la exención del servicio, si no se había incorporado todavía al ejército.

No era cosa de que el futuro mayorazgo se hubiese de someter á la disciplina militar, á obedecer ciegamente á jefes desconocidos, él que á nadie obedecía en su casa; á las rudas privaciones de la vida de campaña, y sobre todo, á la contingencia de recibir un balazo el día en que en-

CIENTÍFICO, LITERARIO Y
MADRID
BIBLIOTECA
VICENTE

(c) Ministerio de Cultura 2006

trara en fuego, cuando á tan poca costa podía librarse de tales inconvenientes y contratiempos. Encargóle su padre que fuese á Vitoria ó Burgos y comprase un caballo tal como se exigía, diciendo, para evitar sospechas, que deseaba ser nacional, y una vez hecha la compra, podía regresar á casa y obtener la exención, viviendo después tranquilo en el seno de la familia. El joven futuro mayorazgo, al parecer obediente por primera vez al autor de sus días, tomó el bolsón bien repleto de monedas de oro, con las cuales había de pagar el precio del caballo y mantenerse holgadamente una buena temporada, marchando en seguida á Vitoria, donde con el caballo de algún liberal había de librarse de coger el fusil carlista.

No había transcurrido una semana cuando escribió á su padre diciéndole, con el desenfado é insolencia de costumbre, que bien considerado el asunto, nada tenía él que ver con carlistas ni con cristinos; que si los primeros querían caballos, fueran á comprarlos en Francia, donde los encontrarían grandes y robustos, muy á propósito para que en ellos cabalgaran aquellos mozallones navarros que gustaban de servir en caballería; y si los segundos querían nacionales los buscaran entre los que tenían placer en estar siempre de centinela ó de patrulla y tirando tiros por lo que á otros importaba mucho y á ellos no les importaba nada; que él se iba á Madrid, donde estaría muy á sus anchas, libre de los desmanes de los unos y de los otros.

La carta fué un golpe terrible para el padre; á nadie podía culpar sino á sí propio: aquél había sido su hijo mimado; allí le tenía tal como era.

III.

Eran los últimos días del tercer sitio de Bilbao.

Carlos continuaba siendo cadete, pues en aquel tiempo no se ascendía fácilmente en las filas carlistas; abundaba la oficialidad, y no era cosa de aumentarla con nuevos ascensos.

Su batallón era uno de los que constituían el ejército sitiador.

Pocos días antes de Nochebuena recibió una carta de su madre participándole que en uno de los alborotos y motines de Madrid habían dado á su hermano mayor, por curioso, un balazo, aunque no mortal; que al saberlo su padre había marchado á aquella corte, donde se proponía permanecer hasta la completa curación de su hijo; que se hallaba como sola y deseaba abrazarle y pasar en su compañía la Nochebuena; y pues el sitio de Bilbao iba largo y para tiempo, pidiese licencia á sus jefes, dándoles la seguridad de que volvería pasada aquella fiesta; que no negara tan grande consuelo á su madre, pues tenía ansia de estrecharle sobre su corazón después de tantos meses de ausencia y cuando podía vivir tranquilamente en su casa, aunque fuese por poco tiempo, libre de los disgustos que de ella le habían obligado á ausentarse.

La pobre madre ignoraba que en aquellos días era incesante el fuego en los batallones de la división en que servía su hijo. Al dar cuenta á los jefes y á sus amigos y compañeros los oficiales de la pretensión muy legítima de su madre, Carlos expresó el propósito de no solicitar licencia hasta salir del compromiso de honra en que se hallaban empeñados; resolución que todos aplaudieron como la más digna, con tanto mayor motivo, cuanto que la dilación había de ser corta, pues si la plaza no se rendía, el ejército tendría que levantar el sitio por falta de elementos para continuarle.

Llegó el día de Nochebuena, y á las ocho de la misma, y como en los días anteriores, se rompió el fuego en la línea que defendía la división á que pertenecía el batallón de Carlos. Una lluvia pertinaz, que apenas había cesado en las dos semanas anteriores, á veces menuda y frecuentemente recia y azotadora, habría impedido empeñar una acción seria en aquel punto; mas no se trataba de un combate formal, sino de lo que se llama una diversión: por parte de los sitiadores, de distraer fuerzas llamando la atención hacia aquel punto, y dejando más libre el de ataque directo á la plaza; y de los del ejército de Espartero, hacer que sus enemigos dejaran menos defendido el campo que lo había de ser de verdadera batalla en aquella noche.

Empezaba el combate, ó más bien la escaramuza, no en línea de batallones, sino de compañías sueltas, diseminadas á voluntad, según las condiciones del terreno y la aparición del enemigo en uno ú otro punto. Se disparaban algunos tiros ó descargas cerradas y se oía la voz ¡á ellos! y corrían los cristinos delante de los carlistas; al poco rato disparaban los primeros otra descarga, daban la misma voz y corrían detrás de los carlistas; se rehacían éstos y volvían á la carga, reproduciéndose los avances y retrocesos. Los soldados, á quienes divertía aquel singular combate, le calificaron con su peculiar gracejo diciendo que estaban jugando al marro. Las acometidas y carreras de los unos y de los otros promovían las carcajadas de todos, algazara propia de hombres acostumbrados á despreciar la vida y no turbada por las escenas trágicas de aquel singularísimo juego, pues era rara la acometida en que no quedaba en el suelo algún muerto ó herido, de lo cual se cuidaban poco tan aguerridos combatientes.

Á las nueve empezó á nevar y á las nueve y media nevaba con verdadera furia: los combates parciales continuaron con más lentitud hasta cerca de las once, en cuya hora cesaron las acometidas por la dificultad de los movimientos, á causa de la densa capa de nieve que cubría el suelo. Los batallones recibieron la orden de retirarse á los caseríos y pueblos donde estaban acantonados, para reponerse de los quebrantos de aquella noche de agua y nieve, y sólo quedaron algunas compañías sueltas, que poco después fueron llamadas á descansar, quedando todo en silencio por aquella parte.

La verdadera batalla comenzó después de las doce en las inmediaciones del puente de Luchana, habiendo sido coronada por el éxito para Espartero, gracias á su buena fortuna: de treinta batallones carlistas, sólo combatieron ocho: cuando, al amanecer, los veintidós restantes que se hallaban muy tranquilos en sus acantonamientos de las inmediaciones, recibieron la noticia de haberse levantado el sitio, jefes, oficiales y soldados se miraron con asombro, no acertando á darse cuenta de lo que allí había pasado.

Volvamos al campo de los combates parciales, del juego del marro.

Poco antes de las doce, y después de haber estado largo

(c) Ministerio de Cultura 2006

ISABELITA Y THOR.—Cuadro de D. Joaquín Sorolla.

(c) Ministerio de Cultura 2006

tiempo descansando sobre las armas, se retiraba la última una de las compañías del segundo de Álava. De pronto se oyó una voz que decía: «¡Socorro, compañeros, socorro!» —«Esa, dijo con viva emoción uno de los soldados, es la voz del cadete Mendieta»; y para adquirir la certidumbre, gritó: «¡Mendieta, Mendieta!»—«Yo soy, yo soy, contestó la voz dolorida; ¡aquí, aquí!»

El soldado corrió presuroso buscando á Carlos, á quien ocultaba la densa capa de nieve. «¡Carlos, Carlos! ¿Dónde estás? dijo al observar que nada se veía sobre la capa que cubría el suelo.—Aquí, aquí, contestó Carlos levantando un brazo como señal.—¿Estás herido?—Sí, Germán, dijo al reconocer en el soldado al antiguo fiel servidor de su casa.—¿Dónde?—En el pecho.—¿Cuánto tiempo hace?—Más de una hora.—¿Y sin curar todavía?—Sin curar.—¡Pobrecito de mi alma! una hora desangrándote y abandonado aquí, en la nieve; ¡pobrecito de mi alma! Yo te llevaré ahora mismo al hospital de sangre; te curarán y me quedaré contigo: buen ánimo, Carlos; ¡arriba! Te llevaré á caballetas como te llevaba cuando eras niño, ¡arriba!»

Y cogiéndole por debajo del arranque de los brazos le puso lentamente en pie para cargar con él á la espalda. «¿Qué es esto, Carlos? ¡Dios mío! Estás desnudo de medio cuerpo abajo.—Sí, dijo el pobre herido, al recibir el balazo y caer al suelo, perdí el conocimiento; me debieron de tener por muerto, y me despojaron de los pantalones exterior é interior.—¡Ah, malvado el que lo ha hecho! ¡Con esa ropa le entierren! Si conozco tu pantalón, el que lo lleve puede contar con que le meto la bala de mi fusil en la cabeza.»

Y suspendiendo su arma por el cinturón de porta en el hombro izquierdo, invitó al herido á que se asiera con los dos brazos á su cuello para conducirle mejor en la forma que le había dicho, y era la única indicada en aquella situación. «Tengo frío, Germán..... mucho frío, dijo lánguidamente el desventurado Carlos, al abrazar el cuello de su fiel antiguo criado.—¡No has de tener, pobrecito! Más de una hora medio desnudo y cubierto de nieve..... Yo te arroparé con los faldones de mi capote, y cuando lleguemos al hospital de sangre, te rebozaré en una manta bien caliente..... ya verás, ya verás..... ¡Buen ánimo, Carlos!.....» Y después de arroparle bien con su capote las piernas, que tenía casi heladas, emprendió la marcha con el herido á la espalda. «¡Qué Nochebuena, Carlos! ¡qué Nochebuena! ¡Otros en paz, recreándose en su casa con la familia, y nosotros aquí, matándonos como fieras! ¡Muchos gozando en sus mesas, y nosotros hoy con media ración, sin haber recibido todavía á estas horas la otra media! ¡Cómo ha de ser! ¡Válganos Dios!—Es verdad, es verdad, dijo el herido: ¡pobre madre mía!»

Carlos apoyaba su cabeza sobre el hombro derecho de Germán, y su boca sobre el cuello, humedeciéndole con el aliento. El soldado, veterano en aquella sangrientísima guerra, y práctico en trances análogos, comprendió, por los quejidos débiles y entrecortada respiración del herido, que tal vez fuesen ya inútiles por tardíos los auxilios de la cirugía, y serían más eficaces otros para el alma, ya que no llegaran á tiempo los del cuerpo. Con su fe sencilla, pero ardiente y profunda, iba á exhortarle cariñosamente, cuando en un reloj de pueblo inmediato sonaron las doce. «¡Carlos, Carlos! dijo con entrañable afecto el fiel soldado Germán. ¡Nochebuena! ¡Las doce! ¡Á esta hora nació nuestro Salvador!» Y formuló una tierna plegaria que había aprendido en su niñez.

Repitióla fervorosamente el pobre herido, y al concluir se irguió por un esfuerzo supremo, añadiendo con acento de dolorosa agonía y de inefable esperanza: «¡Virgen madre mía! En esta santa noche sálvame.»

Su cabeza volvió á caer sobre el hombro de Germán, y sus brazos dejaron de abrazar el cuello á que habían estado asidos. El soldado, con la más honda consternación, le llamó: «¡Carlos, Carlos!» No respondió. Por un movimiento brusco le separó de la espalda, le cogió en sus robustos brazos, le desabrochó rápidamente los botones superiores de la levita, introdujo la mano, y la posó sobre su corazón: ya no latía.

«¡Muerto, Carlos de mi alma, muerto!» exclamó con el intenso dolor de un padre que acaba de perder á su hijo: derramando un torrente de lágrimas cerró piadosamente los ojos del que había sido encanto de sus primeros años; tendió el cuerpo, que se hundió en la nieve como en una fosa, colocó en posición recta la cabeza, cruzó sus brazos sobre el pecho, y cayendo de rodillas y dirigiendo su mirada al cielo, oró más que con los labios, con el corazón: ¡único funeral del que allí quedaba tendido, en la soledad de un campo de batalla!

Y después de contemplar largo rato el cadáver, como si esperase que todavía hubiera de llamarle Carlos, marchó llorando con intensísima amargura y volviendo frecuentemente la cabeza para ver si el muerto no lo era y se levantaba pidiéndole socorro.

«¡Pobre madre! ¡pobre madre! exclamó con frase entrecortada por el dolor, y aumentando con el recuerdo el raudal de sus lágrimas. ¡Cuando lo sepas! ¡cuando sepas que yo he sido el lecho donde ha muerto el hijo de tus entrañas! ¡Y que ha muerto cuando esperabas abrazarle! ¡en la Nochebuena, al cántico de Gloria de los ángeles!»

Y marchando, marchando sobre la nieve, con el corazón hondamente angustiado, desapareció en la densísima y profunda cortina formada por los millones de copos que, anchos y esponjosos, caían en espesísimo cernido, aumentando el silencio de aquella naturaleza en tal momento tristemente solitaria.

IV.

Al amanecer dejó de nevar.

Habría sido inútil buscar el cuerpo inanimado del pobre Carlos Mendieta. La nevada, la más copiosa de cuantas recordaba haber visto aquella generación, pues tenía cerca de una vara de espesor, había cubierto las innumerables charcas de sangre y los centenares de cadáveres tendidos en lo que pocas horas antes había sido campo de batalla. Todo aparecía tranquilo en aquella rasa y blanquísima superficie, sobre aquel simbólico manto de inocencia.

Era providencial: no se habían de ver los horrores y desolación de la guerra el día siguiente á la noche, santo aniversario de aquella en que los coros de los ángeles cantaron: *Gloria á Dios en las alturas, y* PAZ *en la tierra á los hombres de buena voluntad.*

JULIÁN MANUEL DE SABANDO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

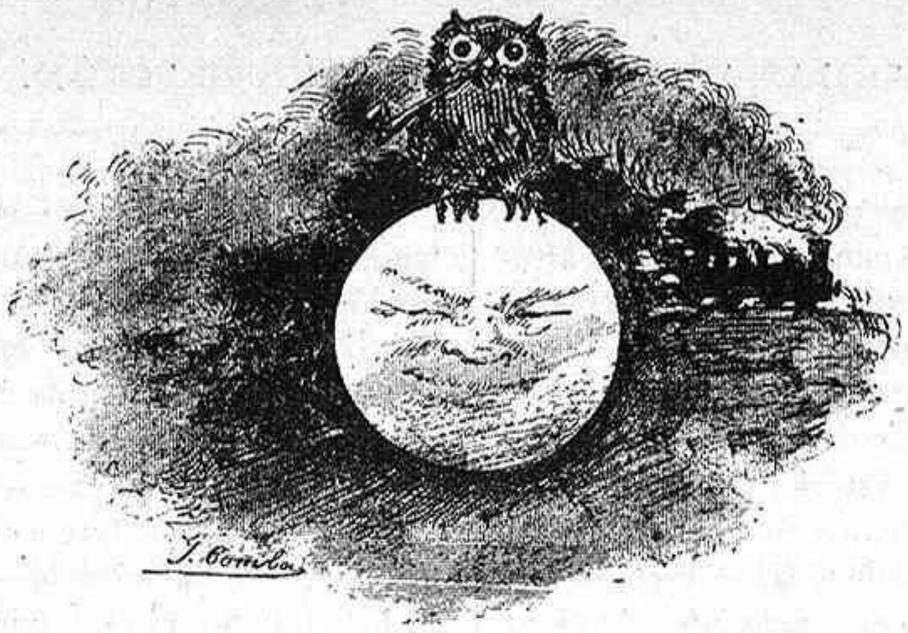
(c) Ministerio de Cultura 2006

EL TIC-TAC.—Cuadro de Monginot.
Exposición de los Campos Elíseos, de 1893, en París.

MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA



LA PREDICCIÓN DEL TIEMPO

Las dos ciencias predilectas del hombre son la Medicina y la Meteorología: todos nacemos médicos y meteorologistas, llegando con el curso de los años, sin necesidad de estudio alguno, á conocer las enfermedades y sus remedios, y las mudanzas que pueden ocurrir en la atmósfera. Este saber tan universal, se practica casi siempre de un modo casero, y constituye la base de la conversación entre gentes que tienen poco que decirse; pero veces hay en que de esotérico se hace exotérico, y sale al exterior aquilatado y pulido, en forma de específico maravilloso, si se trata de la ciencia de curar, ó de almanaque ó anuncio meteorológico, si de la ciencia del tiempo. Gracias á los progresos de la Medicina, son conocidos por charlatanes los individuos que trafican con sus drogas y ungüentos, y sólo el vulgo más indocto cree en la virtud de esos remedios; pero los pronosticadores del tiempo, charlatanes de otra especie, encuentran con facilidad, aun entre personas que á sí mismas se tienen por cultas, quien tome por lo serio sus disparates.

Esta clase de embaucadores, que explota la credulidad de las gentes, anunciándoles con gran anticipación la lluvia y el buen tiempo, no es nueva, y ya existía en la época en que floreció Ramsés el Grande, esto es, hace unos tres mil años. En el Museo Británico existe un almanaque escrito en papiro, descubierto en un sarcófago, que contiene, á más de su carácter religioso, el tiempo probable para cada día del mes.

Durante la Edad Media eran numerosísimos los escritos de esta clase, muchos de los cuales se han impreso y reimpreso multitud de veces, tirándose ediciones nuevas hasta en el siglo XVII en todas las naciones de Europa; y hasta el siglo actual, sólo en algunas, entre las cuales está la nuestra. La mayor parte de estos libros eran de carácter astrológico, y hacían depender las perturbaciones atmosféricas de la situación respectiva de los astros conforme con los principios de la filosofía hermética, y de las cualidades especiales que se atribuían á cada uno de ellos; y según que eran húmedos ó secos, y cálidos ó fríos, así resultaba el tiempo; ó bien debiendo ser lluvioso, v. gr., el mayor incremento ó colocación en el cielo de un astro cálido, producía un tiempo templado.

El famoso Jerónimo Chaves, astrólogo y cosmógrafo, en su *Repertorio de los tiempos*, escrito á mediados del siglo XVI, é impreso en Sevilla en 1580, trae un capítulo con el siguiente epígrafe:

«Síguese la pronosticación natural de las mudanzas de los tiempos, es á saber, de serenidad, pluvias, vientos, tempestades y fríos, juntamente con las señales de terremotos, pestilencias y carestías.»

Empieza Chaves su explicación como sigue:

«General parecer es de todos los naturales y buenos astrólogos la pronosticación que se hace por las estrellas segundas, ser más cierta y mejor que la que se demuestra por las estrellas primeras. Y en este parecer es Ptolomeo en la proposición cuarta de su Centiloquio, donde dice que el hombre, por su natural razón y entendimiento, juzga por las segundas estrellas; este tal juzgará más ciertamente, y su juicio y pronosticación será mejor, que el de aquel que solamente juzgare por las primeras estrellas. Y el comentador dice las segundas estrellas ser las señales que parecen en el aire, como son los cometas y los círculos que parecen junto al Sol y la Luna, y á todas las otras estrellas y otras cosas símiles á éstas, que por experiencia se notan en esta región elemental. Y como considerase estas cosas Ptolomeo para mayor certinidad de las pronosticaciones hechas por las estrellas primeras, que son los cuerpos celestes de quien proceden las influencias, dijo ser cosa conveniente que juntamente se notasen las señales naturales que vemos en esta región elemental; y así dice, en la proposición trece de su Centiloquio, que conviene al astrólogo prudente, teniendo conocida alguna cosa por venir según las estrellas primeras é influjos celestes, aprovecharse asimismo de las segundas estrellas y señales naturales, porque si concordasen ambas, seguramente juzgará el tal efecto haber de acontecer. Como si en caso, por alguna conjunción ó eclipse, pronosticase alguna pestilencia ó enfermedades en los cuerpos humanos, y considerando las señales naturales, hallase en el invierno haber corrido vientos austros, y en el verano haber abundancia de aguas, expeliéndolas los tales vientos, seguramente y con verdad podrá este tal juzgar que, viniendo el calor, aquellas humedades se corromperán, y serán causa que en el estío haya muchas enfermedades, y así será su pronóstico más fuerte.....; y mayormente en la

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

pronosticación de los tiempos, que es más difícil de juzgar por razón de las muchas causas que concurren para la alteración del aire, y hay unas que se contrarían con las otras..... Y porque son muy pocos los que entienden bien la Astrología y muchos los que la ignoran, parecióme ser cosa conveniente dar ciertas reglas y avisos, con las cuales la gente popular y rústicos que carecen de la Astrología, puedan pronosticar las mudanzas de los tiempos....., es á saber: de serenidad, pluvias, vientos, tempestades, fríos, terremotos, pestilencias y carestías. Y porque para cada uno de estos efectos concurren muchas señales, por esta causa guardamos un cierto orden natural en contarlas..... Vienen primero las señales por estrellas, Sol y Luna. Luego las señales que parecen en el aire. Luego por las aguas y los peces....., las cuales señales colegimos de muchos y muy fidedignos autores y hombres filósofos: Alberto Magno, Aristóteles, Beda, Ptolomeo, Virgilio.....»

Sigue luego el autor describiendo las señales á que se ha referido, y no podemos por menos de copiar algunas, por lo instructivas que son para juzgar de la lentitud con que progresa el espíritu humano.

Según el astrólogo Chaves, «todos los filósofos afirman que generalmente los cometas suelen demostrar muertes de príncipes y grandes señores, á causa del aire que entonces está más viscoso y grueso, por razón de la materia del cometa, y empece más fácilmente á los príncipes delicados y tiernos que á los rústicos del campo.»

El cometa que el autor llama de la diferencia *Pertica* denota falta de lluvias y gran sequedad, y si pareciera junto con alguno de los planetas, denota otras cosas según la significación de aquel planeta.

La quinta diferencia la constituyen los cometas que el autor llama *Dominus Asconæ*, y denotan, á más de las consabidas muertes de príncipes, sediciones, guerras, hambres y carostías, «*muchos truenos*, *relámpagos* y *rayos*.»

La novena diferencia es la llamada Nigra, que indica gran mortandad y pestilencia, y que muchos hombres perecerán por el cuchillo; asimismo denota «*fríos, nieves y heladas y tenebrosidad en el aire*, *grandes tempestades*, *torbellinos*, *terremotos y particulares diluvios*.»

Sigue luego la clasificación de los cometas por sus colores, para asimilarlos á los planetas según los principios de los astrólogos y alquimistas, y juzgar del influjo definitivo que habían de tener sobre los accidentes atmosféricos.

Este libro de Chaves se ha venido reimprimiendo con diversos nombres, modificándose la disposición de los capítulos y las materias tratadas, pero reproduciendo siempre las mismas ideas, hasta nuestros días. El título que de un modo casi definivo se adoptó, fué el de *Lunario*, por haber publicado uno así, otro famoso cosmógrafo y astrólogo llamado Jerónimo Cortes, valenciano, á fines del siglo XVII ó principios del XVIII, que obtuvo gran acogida. De este *Lunario perpetuo* hay una edición dada á luz por D. Pedro Enguera, profesor de Matemáticas, impresa en Madrid en 1720. Júzguese del valor científico del libro por los siguientes pasajes:

«Si los primeros truenos del año sucedieren estando la Luna en el signo de Géminis, denotan lluvias y granizos, copia de panes, legumbres, y falta de todo género de aves de comer, pero no de las que son de rapiña.

»Si estando la Luna en Libra sucedieren los primeros truenos, señala que el año será seco al principio y muy húmedo á la postre.....

»Si estando la Luna en Sagitario sucedieren los primeros truenos, señala que habrá moderadas aguas y provechosas, aunque las frutas serán pocas, y las riñas y cuestiones entre domésticos serán muchas.

»Si estando la Luna en Piscis sucedieren los primeros truenos, señala sobrada sequedad, y á su tiempo grandes hielos, mucho vino y pocos frutos; señalan enfermedades y no mortales.»

Triste es que en el primer tercio del siglo pasado se imprimiesen en nuestro país tales patrañas; pero mucho más triste es que todavía haya millares de individuos que creen firmemente en semejantes absurdos, como lo demuestra el que ese mismo *Lunario perpetuo* se ha seguido publicando sin interrupción hasta el año 1888, y aun es muy posible que haya alguna edición posterior; es evidente que si el libro no tuviera lectores, no estaría solicitado y no se reimprimiría. Esta ignorancia profunda, que en mucha gente se hermana con el amor á lo maravilloso, explica el éxito que alcanzan los charlatanes que se dedican, según su fantasía, á pronosticar el tiempo.

Como, por otra parte, la Meteorología es una ciencia que principia, y en sus aplicaciones prácticas tropieza con problemas de resolución casi imposible, no sólo por ahora, sino durante largo tiempo, resulta que sus pronósticos, sobre ser, por lo común, más que prudentes, tímidos, están calculados para plazos muy cortos, y no es esto lo que gusta al vulgo, sino las afirmaciones positivas y hechas á largo plazo; tan largo á veces, indeterminado.

Estamos acostumbrados á la exactitud con que se cumplen los anuncios de los astrónomos respecto, por ejemplo, de las horas á que se ha de verificar un eclipse, de los puntos desde donde ha de ser visible, y de las fases que ha de presentar en cada uno de ellos, y pedimos que los meteorologistas sean igualmente exactos en sus predicciones; pero las condiciones en que se encuentra el meteorologista le son en absoluto desfavorables, pues en la actualidad desconoce la mayor parte de las leyes que rigen los movimientos y las modificaciones de la atmósfera, del mismo modo que el astrónomo, con todo su saber, desconoce las que gobiernan en la superficie del Sol; así es que ninguno puede predecir la zona en que habrá de aparecer una mancha, ni cuánto tiempo durará, una vez aparecida, ni si conservará su forma inicial ó se segmentará en otras varias.

Para procurar salir del estado de inferioridad en que se halla la Meteorología, no hay más que el lento camino del estudio de los fenómenos, con arreglo á los principios estrictos de la ciencia, y la práctica de la experimentación, en las raras veces que tal cosa es posible para el meteorologista, obligado siempre á aguardar que los fenómenos se le presenten, por lo común en regiones inaccesibles.

Sin embargo, algunas leyes se conocen, y algunas reglas empíricas se tienen, que permiten formar un juicio probable de las mudanzas del tiempo, siempre que se cuente con el concurso de multitud de observadores, pues un meteorologista aislado, que no tenga noticias de lo que ocurre lejos de su estación, carece de elementos para predecir el tiempo. Con esto queda dicho que es indispensable la trans-

(c) Ministerio de Cultura 2006

misión telegráfica de las observaciones efectuadas en una gran extensión de territorio, sobre el aspecto del tiempo y las indicaciones de los instrumentos, al meteorologista que pretenda hacer predicciones, y así es como se procede, en efecto, en todas las naciones que tienen montado el servicio meteorológico.

Á una misma hora y en gran número de puntos, se observa la altura del barómetro, la temperatura, la humedad, la dirección y fuerza del viento, el estado del cielo, la cantidad de lluvia ó nieve, etc., y se telegrafían esos datos á una oficina central encargada de clasificarlos y juzgar de su valor. Á primera vista, pudiera parecer que con tal cantidad de noticias é informes, la predicción del tiempo no sería obra de extraordinaria dificultad; mas considerando, v. gr., la inconstancia, la movilidad de las nubes, que, en definitiva, son las que constituyen el tiempo, y que el telégrafo es incapaz de decirnos si las nubes observadas en tal parte se resolverán en lluvia ó nieve, si aumentarán en número y densidad, ó si se desvanecerán y disiparán en el aire, bien se alcanza que el problema es en extremo arduo.

En la oficina central se aplican las correcciones necesarias á las observaciones, y éstas se inscriben, valiéndose de símbolos convencionales, en una carta geográfica del país. En España se reciben diariamente, en el Instituto Central Meteorológico, cerca de setenta telegramas referentes al tiempo que hace entre siete y ocho de la mañana, en otras tantas estaciones repartidas por toda la Península y por el extranjero. De Portugal se vienen cuatro despachos; de Irlanda, uno; de Francia, nueve; de Italia, cuatro; de Argelia, dos, y de Túnez, dos. Al lado de cada estación de las marcadas en el mapa, se escribe la cifra que indica la presión barométrica; y todos los lugares que tienen la misma presión, se unen con líneas que se llaman *isobaras;* en otro mapa se escribe de un modo semejante la cifra que representa la temperatura de cada punto, y se enlazan por medio de líneas *isotermas*, aquellos en que la temperatura es igual.

Con flechas trazadas en la dirección conveniente, se representa el rumbo de donde sopla el viento, y su fuerza, agregando á las flechas un número de plumas ó barbas proporcionado. De un modo análogo se indica por medio de signos la lluvia, la nieve, la niebla, las tormentas, las nubes, etc., y así se obtiene la representación cartográfica del estado del tiempo en una gran extensión del territorio.

El estudio de estos mapas demuestra que, con gran frecuencia, las líneas isobáricas, ó de igual presión atmosférica, se encorvan, á veces cerrándose completamente, alrededor de un centro, donde la presión alcanza su valor mínimo, desde el cual crece gradualmente hasta la isobara más distante; se observa también, que el viento circula alrededor de ese mismo centro, en sentido contrario al de las agujas de un reloj, y que su fuerza está en relación con la distancia que entre sí guardan las isobaras. Este estado atmosférico corresponde al mal tiempo, al tiempo borrascoso ó de temporal; y al sistema de isobaras y vientos que lo representa, se le da el nombre de *ciclón*, *temporal*, *borrasca* y también el de *depresión* ó *mínimo barométrico*.

Opuesto á este estado, hay otro, caracterizado por isobaras, asimismo cerradas muchas veces, en torno de un centro, donde reside la presión máxima, que decrece de un modo gradual hasta la isobara externa, y es el que corresponde al buen tiempo; en este estado, el viento, débil casi siempre, circula también alrededor del centro, pero en el mismo sentido que las agujas de un reloj. Á esta disposición de la atmósfera se le da el nombre de *anticiclón*, *máximo barométrico* ó *máximo de presión*.

Estas masas aéreas de presiones diferentes siguen las leyes conocidas del movimiento de los fluidos, y así como el agua corre de los sitios más altos á los más bajos, con rapidez tanto mayor cuanto más grande es la diferencia de nivel que los separa, de igual manera el aire afluye de las regiones en que la presión es mayor, esto es, de los anticiclones ó máximos barométricos, hacia las de menor presión, hacia los ciclones ó mínimos barométricos, con fuerza tanto mayor, cuanto mayor es la diferencia de presión entre las dos zonas consideradas; se suele decir, aunque con impropiedad, que de un máximo á un mínimo hay una *pendiente* ó *gradient*, que ésta es la voz inglesa que generalmente se le aplica.

Á un gradient elevado corresponde un viento fuerte, y á uno bajo ó pequeño, un viento flojo.

Esta es la primera ley de que se hace uso por los meteorologistas para calcular la fuerza y la dirección del viento, ley que tiene sus excepciones, producidas por causas locales, como montañas, estrechos, etc., que perturban la marcha que debieran seguir las moléculas aéreas. Pero aparte de estas perturbaciones locales, hay otra general y permanente, debida al movimiento de rotación del globo terrestre, que hace que el viento se incline hacia la derecha, desviándose de la dirección rectilínea que en otro caso seguiría, al ir del máximo de presión al mínimo. Esta segunda ley, cuyo descubrimiento se debe al meteorologista holandés Buys Ballot, se enuncia así:

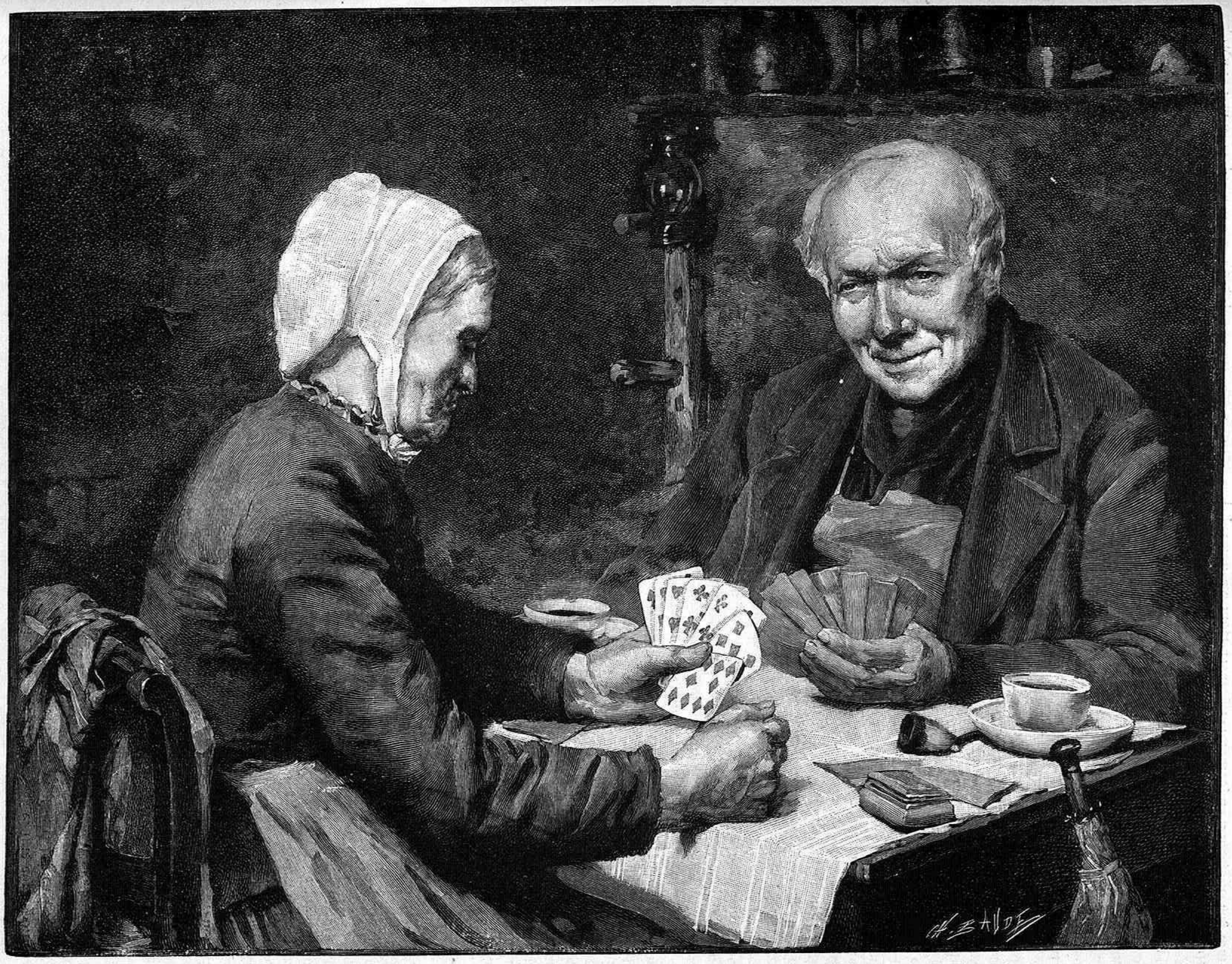
En el hemisferio boreal, un observador, de espaldas al viento, tendrá á su izquierda, y hacia adelante, el mínimo de presión, y á su derecha, y algo hacia atrás, el máximo.

Conociendo la distribución de las presiones, podemos establecer, con auxilio de esta ley, la dirección del viento, en torno de un máximo ó de un mínimo; y calculando el valor del gradient, podremos determinar su fuerza: recíprocamente, conociendo la dirección del viento en varios puntos, y su fuerza, nos será dable fijar la posición del mínimo barométrico, con bastante aproximación á la verdad.

Como de los vientos depende inmediatamente que el tiempo sea bueno ó malo, seco ó lluvioso, cálido ó frío, y las leyes anteriores nos permiten conocer qué viento debe reinar, estamos en aptitud de pronosticar el tiempo á plazo breve, puesto que es sabido que los vientos del Sudoeste traen la lluvia; los del Sur, el calor; los del Norte y Nordeste, el frío, etc., considerando el asunto de un modo general, y para el interior de España, pues la disposición de las costas, la altura de las montañas, la orientación de las cordilleras, la amplitud ó angostura de los valles, en suma, los accidentes geográficos en primer grado, y en segundo otras causas artificiales, como v. gr., la clase de cultivo, influyen poderosamente para modificar el carácter y naturaleza del viento.

Tenemos, por lo que llevamos dicho, dos sistemas de presiones atmosféricas. El ciclónico, de nubes, lluvias, tem-

(c) Ministerio de Cultura 2006



¿QUIÉN GANARÁ?—Cuadro de Krabansky.
París.—Salón de los Campos Elíseos de 1893.

(c) Ministerio de Cultura 2006

porales y vientos fuertes que circulan en sentido contrario al de las agujas del reloj, y corresponde á un mínimo barométrico. Y el anticiclónico, de cielo claro, aire seco y vientos calmosos que circulan en el mismo sentido que las agujas del reloj y corresponde á un máximo barométrico. Con tales elementos, y el estudio de la marcha que por lo común siguen los mínimos y máximos, tenemos alguna base racional para intentar la prognosis meteorológica.

Se ha notado, que los anticiclones son formas ó estados bastante permanentes, que caminan con gran lentitud; al paso que los ciclones son de naturaleza más efímera, se presentan casi de improviso, se mueven rápidamente, cambian de forma, se ensanchan, se contraen y aun se segmentan, pero á pesar de tanta movilidad, siguen una ruta ó trayectoria que casi siempre se dirige de Sudoeste á Nordeste (1), bordeando el anticiclón, al cual dejan á su derecha. Este caso se presenta con mediana frecuencia en España durante el invierno. En esa estación es corriente que toda la Península se encuentre ocupada por un anticiclón (ocasiones hay en que el anticiclón cubre la Europa entera), y al llegar del Atlántico un mínimo, con dirección á la Península, no penetra en ella, sino que la deja á su derecha y prosigue su camino hacia el Norte, para encorvarse luego hacia el Nordeste, cuando no encuentra ya el obstáculo que le impidió seguir su marcha rectilínea. Pero cuando el ciclón procede de África, en cuyo caso el anticiclón queda á la izquierda, no es tan fácil calcular su trayectoria, y hay que atender principalmente á las indicaciones termométricas, observando la marcha de la temperatura.

Tales son los fundamentos en que se apoya el meteorologista, á más del conocimiento conveniente de las condiciones climatológicas de la localidad ó territorio, para pronosticar el tiempo, y tal vez pudieran estimarse suficientes, si las depresiones se presentaran siempre con este carácter típico que hemos dado al ciclón; así ocurre muchas veces, en particular en invierno, y entonces la predicción no presenta dificultades extraordinarias, salvo el cálculo de la velocidad con que ha de moverse el meteoro, pues acerca de este punto casi no se sabe nada. Pero cuando los caracteres del ciclón están poco definidos, como sucede en el verano con las depresiones secundarias ó parciales, apenas perceptibles en las cartas sinópticas del tiempo, pues las diferencias de presión no indican sino una pequeña irregularidad en las isobaras, entonces el problema se hace mucho más difícil y delicado; porque el meteorologista tiene que predecir el estado del tiempo con elementos muy insuficientes y en circunstancias muy críticas y apremiantes, toda vez que la formación de tormentas que pueden producir lluvias torrenciales y pedriscos, que destruyan y arrasen las cosechas, dan al pronóstico una importancia de que carece en invierno, por regla general.

En estos casos, el pronóstico de la oficina central debe ser rectificado por el observador local, el que, consultando su barómetro, y estudiando atentamente la marcha de las nubes y la dirección del viento, puede hacer su predicción con más acierto que desconociendo el estado meteorológico de una gran parte del país, y limitado á lo que se descubre en el horizonte de su estación.

En cuanto á la exactitud con que se cumplen los pronósticos, hay que establecer diferencias entre unas naciones y otras, no porque los meteorologistas de todas ellas no sean igualmente capaces, sino por la situación geográfica de cada país; también hay que tener en cuenta la clase de pronósticos: en unos, v. gr., en los marítimos, á lo que hay principalmente que atender, es á la fuerza y á la dirección del viento; al paso que en las predicciones agrícolas la fuerza del viento carece de importancia, siendo la lluvia ó la sequía los elementos de mayor interés. En términos generales, puede decirse, que las predicciones marítimas se realizan de 80 á 85 veces por 100, y las terrestres llegan en ocasiones hasta el 92 por 100: en todo caso, los pronósticos se hacen para un plazo de veinticuatro horas, y en determinadas circunstancias, menor aún, pues en muchas oficinas meteorológicas se recibe una segunda serie de telegramas por la tarde, que obligan en ocasiones á modificar el pronóstico de la mañana. En los Estados Unidos, donde el servicio meteorológico tiene un hilo telegráfico propio, y destinado por lo tanto á este uso únicamente, se ensaya el sistema de predicciones agrícolas para dos ó tres días, por oficinas regionales, pero no por la central.

AUGUSTO ARCIMIS.

(1) Nos referimos siempre al hemisferio boreal y á Europa.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

PENSAMIENTOS

Aunque tengamos libertad para el mal, nunca tendremos derecho. De ahí que si toleramos aquél por razón de Estado, le rechacemos por deber de conciencia.

Camina el libre albedrío
Ante un dilema fatal:
Hombre ó bestia, ley ó palo,
Jesucristo ó Barrabás.

Perece lo que debe perecer, y subsiste lo que debe subsistir. La tempestad, que anega en sombras la tierra, no puede eclipsar al sol que brilla en el cielo.

Urge que España practique
Este lema de mi escudo:
—Más hacer, menos palique,
Y ¡abajo! un tipo, el cacique,
Y una ley, la del embudo.

No ambicionemos tanto la verdad, que en lugar de hallarla en el fondo del crisol, la desvanezcamos en el fuego á que la sujetemos.

Personas que me revientan
Sin poderlo remediar:
El tonto que se cree listo,
El listo que se cree más,
Y el plagiario, listo ó tonto
Que se dice original.

El que se desvanece en las alturas declara que no merece volar como águila, sino arrastrarse como gusano.

Gil, encomiando á un señor
Que dadivoso le auxilia:
«El eminente escritor
Don Nicanor de Sicilia.....»
(Advertencia: Nicanor
Sólo escribe á su familia.)

La envidia es el furor de la impotencia.

Hay zolocho tan bellaco,
Que ante el gladiador que vence,
Vuelve á otro lado la cara,
Llamando al mérito, suerte.

Cien justos enmudecen y un bribón escandaliza. El número cediendo al descoco. ¡Guay de los bribones, altos ó bajos, el día en que los justos griten!

Infernal ciclón ó peste
Mata al bueno y deja al malo.....
¡Y aun duda el pobre Gonzalo
De si habrá más mundo que éste!

Vivimos tan de prisa, que morimos antes de tiempo, señalando algunos su breve paso por la tierra con negaciones, despechos y odios insaciables..... Coronemos dignamente los modernos adelantos remontándonos á las alturas de la fe, de la esperanza y de la caridad, siquiera por egoísmo.

Inclinar una balanza
Es obra de maña ó fuerza;
Pero fijar su equilibrio,
Roma entre Pompeyo y César,
Exige mayor cuidado
Y un poquito más de ciencia.

Los sectarios odian á los apóstoles, como el mal odia al bien. Por fortuna, aquéllos son la tormenta de una hora, mientras éstos son la armonía de los siglos.

ABDÓN DE PAZ.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

MEMORIAS DE UN CÓMICO

DEFINITIVAMENTE PARADO

Tan definitivamente, que murió hace ya tres ó cuatro años el amigo Pepe López.

Algunos días después de su muerte, la pobre viuda anunció almoneda de todos los trajes, papeles y libros del actor difunto.

Pocos acudimos al llamamiento de la verdadera necesidad de aquella mujer que había participado de todos los horrores de la azarosa existencia del cómico.

Los libros se reducían á unos cuantos volúmenes de dramas y comedias de distintos y casi todos malos autores contemporáneos, que profanaban con su compañía tal cual maravilla del ingenio de Calderón ó Lope.

Los papeles—descosidos, sucios y rotos en muchos pliegos—eran los que le habían correspondido en los repartos de las obras ejecutadas por las compañías de que había formado parte en sus últimos años.

Los trajes y las armas del que había representado personajes de todas las épocas, formaban un montón confuso, por la mezcla extraña de prendas, y abigarrado, por la multitud de colores que en él saltaban á la vista.

Toneletes, trusas, coletos, petos, espaldares, túnicas, botas de ante, mandobles, puñales, espadas de cazoleta, bandas rojas, cinturones de cuero, y, junto á unas mangas de panilla acuchilladas, el frac ó la levita poco presentables ya á la luz eléctrica de las baterías de ahora en los proscenios.

Todo aquello estaba ya en mal uso, y en parte destrozado, y los pocos cómicos sin contrata que habían acudido á la almoneda á caza de gangas, se llevaban lo que les parecía, malbaratado hasta el extremo, y alguno con promesa de pagar á la viuda cuando recibiese el problemático *préstamo* del primer ajuste para provincias.

La viuda de Pepe López me miraba con ojos espantados ante aquella bandada de cuervos que se iban llevando los despojos del que para ella había sido todo un gran artista.

Yo quise llevarme un recuerdo del que me había llamado amigo, y pagué á buen precio la espada con que López, en figura de Tenorio, había matado doscientas veces á D. Luis Mejía.

La viuda, al recibir el dinero, me estrechó la mano con gratitud, corrió hacia una cómoda desvencijada, abrió un cajón, y sacó un rollo de papeles, que puso en mis manos, diciéndome:

—Esto se lo destinaba á usted mi marido. Usted es escritor, y sabrá dar á esos papeles la importancia que merezcan.

Prometíle, en efecto, leerlos detenidamente: despedíme con las frases más lisonjeras y consoladoras en casos como el de la triste y desastrosa almoneda, y, apenas me vi en mi modesto despacho, abrí el rollo de cuartillas, á las que López había puesto por título:

MEMORIAS DE UN CÓMICO.

No me parecieron desprovistas de interés las tales Memorias, que me hubieran encantado si á la gran sinceridad del autor se hubiera unido en ellas algo de buena educación literaria, en la que tan pocos actores españoles se han distinguido.

Á beneficio de la viuda de López publico hoy las Memorias del cómico, con

(c) Ministerio de Cultura 2006

UN RINCONCITO DE SEVILLA.—Cuadro de D. José García y Ramos.

(c) Ministerio de Cultura 2006

correcciones de estilo que nada las harán perder, y con supresiones y atajos que las harán ganar lo que ganarían con ellos las obras de algunos autores perdidamente enamorados de todo aquello que más las deslustra y hace desmerecer en el verdadero arte.

***

«Me parió y me crió mi ya difunta madre—dice Pepe López—en uno de los pueblos extremeños más próximos á Andalucía. No bien aprendí medianamente las primeras letras, tuve que sujetarme á los servicios menudos de la única barbería que había en el pueblo.

El barbero era mi propio padre, con toda la labia y el buen tañer de guitarra de los antiguos barberos de Sevilla, donde hizo sus primeras armas, ó sus primeras barbas.

Yo no podía acostumbrarme á aquella vida, ni me atrevía á coger una navaja, y, cuando contaba diez y seis años, llegué á tomar odio al oficio de mi padre, por el amor que se despertó en mí hacia el arte de los cómicos de la legua, que alguna vez se detenían y funcionaban en mi pueblo.

Con ellos trataba yo con verdadera afición y á costa de mi pellejo, cuarteado ya por las zurras del barbero como badana de suavizar verduguillos. Entre malos bastidores y bajo pingajosas bambalinas, asistía á los ensayos de los cómicos, me aprendía sus papeles, y los divertía recitando tiradas del galán joven con una entonación y un sentido que no desmerecían de los que á mi oído llegaban de boca de la gente del oficio.

Llegó por fin al pueblo, en días de feria, una menos que mediana compañía de cómicos, cuyo director, ya viejo, me tomó paternal cariño, y me mostró su admiración por mi natural facilidad en asimilarme lo poco bueno y lo mucho malo que yo había visto en el teatro, y, en son de broma, quiso repartirme papeles del galancito joven.

El que á su lado figuraba llegó á nuestra feria con tales pujos ya de primer actor, y con tales pretensiones de aumentos en la nómina, que un día antes de terminar su compromiso la compañía, abandonó á ésta en busca de mejor ajuste.

En broma me ofrecí y en serio me aceptó el director como suplente del prófugo para continuar la expedición artística proyectada por la Empresa. No podía contar con el consentimiento de mi padre, y con el mayor sigilo, después de dejar una tierna carta de despedida entre una bacía y dos brochas de dar jabón, desaparecí de la noche á la mañana con mis compañeros de arte, y me metí con ellos por tierra andaluza con buenos ánimos de ganarme la vida y coronarme de gloria.

Empecé comiendo y vistiendo por cuenta del empresario, y me procuró el director unos cuantos duros para dar noticia con ellos á mi padre de que mi vocación no andaba errada, y de que en el cómico incipiente podía hallar honra y provecho la familia, que hasta entonces había vivido oscuramente, rapando las barbas á los vecinos.

Ó los andaluces son realmente unos *guasones*, ó yo debía de hacer ante ellos verdaderos prodigios, como principiante en el arte escénico, pues los aplausos menudeaban para mí en cada papel nuevo, con tanto estrépito, que llegué á temer que se trataba de matarme en flor, *ahogándome en gloria*, muerte de que no sería yo el primer ejemplo en el teatro.

Pero el caso es que el director y la empresa estaban muy satisfechos de mi trabajo, y hasta me pareció notar algunos movimientos de envidia en mis compañeros.

Había aprendido en pocas semanas todos los papeles de galán joven del repertorio de la compañía, y si mi entendimiento hubiera nacido á la altura de mi memoria, hubiera llegado pronto al natural y propio asiento de los grandes artistas.

Pero, en fin, tal como era, nada tenían que echarme en cara algunos de los muchos ya viejos galanes jóvenes que cobraban (salvo las quiebras) buenos sueldos en los teatros de provincia. Y una de esas quiebras hizo que mi primer viejo director disolviese la compañía, y que yo me resolviese á todo antes que á volver á la barbería de mi excelente padre, conforme ya con las consecuencias de mi atrevido abandono del hogar.

Á fuerza de enamorarme de ella en la escena, había concluído por ser, fuera también, el galán de la dama joven, hija preciosa de la característica, mujer que se la echaba de linajuda y que no veía bien los amores de su hija con el hijo de un barbero.

Pero la damita era tan firme en su querer como en sus *desplantes* en el escenario, y yo me decidí á seguir la suerte de la hija y de la madre, que empezó á tratarme ya con rigores de suegra forzosa.»

***

«Mi vida—sigue hablando López—fué pasándose así durante algunos años: ahora artista en activo en provincias, luego cómico *parado*, aunque paseante alguna vez en la calle de Sevilla de la corte, á donde seguía al amor que me había destinado el arte, y que yo pretendía ver sancionado por la santa madre Iglesia.

Cada vez que tocaba en Madrid, se despertaba en mí más vivo el afán de figurar en una de las compañías de sus principales teatros. Y ¿por qué no? ¿Valían mucho más que yo algunos cómicos que en ellos figuraban, ya que no por sus méritos, por la fuerza de la costumbre del público más benévolo de España?

Porque, sin pasión y sin prevenciones, yo los veía y los oía en la escena, y en éste no hallaba modales más elegantes que los del hijo del barbero; en aquél no percibía la limpieza de acento que requiere la musa castellana, y en el otro la levita ó el frac me parecían como colgados de una percha, y así me veía alguna vez en mi propio espejo.

Porque esa ha sido siempre mi desesperación: la comedia de costumbres, que va dominando más cada día en el gusto público. Mientras me veo, y veo á otros como yo, con la cota de malla ó la trusa, y la espada al cinto como recurso de reposo para la mano izquierda, en tanto que la derecha acompaña desordenadamente al tono musical de los versos del poeta, todo me parece digno de tolerancia y hasta del aplauso del vulgo, cuando las facultades del actor llegan á fascinarle más que á convencerle.

Pero ¡ay! pedirme á mí ó á otro de los infinitos cómicos ineducados, social como literariamente, que representemos un galán de la alta sociedad moderna sin que en al-

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

gún momento (quizás el más interesante de la obra) descubramos la oreja, eso me parece pedir gollerías, aunque sea pedir lo justo.

Yo he visto galán, de larga dura en los teatros más elegantes de la corte, el cual, mientras se ponía guantes para andar á cintarazos en un drama *de época*, se los quitaba para entrar, con el sombrero hasta el cogote, en un salón del gran mundo, donde se sentaba en un rico diván, en la misma forma que podía adoptar en los sucios bancos de un figón, enseñando al público toda la suela del zapato recién estrenado.

Y el público satisfecho, ó al menos indiferente, por la fuerza de la costumbre. Como esos afortunados compañeros de arte me parecían tan mal criados en barbería como yo, y acaso de menos entendimiento, preguntábame por qué no había de llegar yo á donde ellos habían llegado en categoría y sueldo en la capital de España.

Yo había oído hablar mucho del Conservatorio, y de que, de aquel vivero de cómicos de todos los géneros, había salido el gran D. Julián Romea, una de las glorias siempre vivas de la escena española, y, según los que alcanzaron á verle, el modelo más hermoso y acabado de artista en la comedia de costumbres.

Pues bien: yo he estudiado en Madrid á actores procedentes del Conservatorio, y alguno de ellos alumno del creador de *Sullivan*, y no he visto ni la influencia de la escuela ni la del gran maestro, y creo que de la bacía que dió de comer á mi padre, pudo salir un cómico ó una cómica tan aguantables como los que salen del aula nacional.

Con estas justas observaciones mías, y pensando en que mi pobre y digna compañera, la dama joven, también había estudiado no recuerdo si con D. Francisco Oltra ó con D. José Valero, se fué haciendo fija en mí la idea de una contrata en Madrid, con más sueldo, y de seguro con menos trabajo que en provincias.

Y la contrata llegó al fin, no por mi tenaz empeño, sino por influencia de mi prometida, cuya preciosa cara de *ingenua*, como dicen los italianos, presentada hábilmente por la lagarta de la característica, sedujo á la empresa y al director del teatro, que, al renovar la compañía, nos incluyeron á los tres en la lista y en la nómina.

Y «esta es la mía», me dije lleno de júbilo. Y, procurando vencer en estilo declamatorio las últimas resistencias de la soberbia mamá de mi actriz, antes de principiar la temporada teatral presentamos mi amor y yo nuestros papeles en la Vicaría, nos tomamos *los dichos*, y pasamos enseguida á los hechos conyugales por ante el cura párroco de San Sebastián, y en la misma capilla de la Virgen de la Novena.

Con tan buenos auspicios y en plena luna de miel, el porvenir artístico se ofrecía á mis ojos con cara muy risueña, y mi tierna costilla y yo, llenos de nobles esperanzas, deseábamos el momento de la inauguración de la temporada que había de decidir de nuestra suerte y de la de los nietos de la característica, si, por dicha, llegábamos á dárselos; que, por menos desgracia, como se verá, no se los dimos.»

°°°

«Por mano del avisador del teatro—sigue escribiendo López—llegaron á nuestra modesta vivienda, paraíso conyugal con serpiente y todo, los papeles del repertorio y de alguna obra nueva, con los cuales habíamos de empezar nuestra campaña.

Asistimos á los primeros ensayos, y el director de escena, hombre grave, concienzudo en su arte y machacón en demasía, achacó desde luego lo que él llamaba nuestros *ligeros defectos* á vicios *de provincias*, que habían de desaparecer á su lado. Y, efectivamente, no desaparecieron; ni tampoco los defectos de otros cómicos que á su lado, y á su imagen y semejanza, habían ido formándose y creciendo.

Se inauguró la temporada, y *pasamos* todos bastante bien, gracias á que el elegante público se ocupaba más de sí mismo que de los que andábamos por el palco escénico, y dejaba que la *claque*, bien organizada y dirigida por el mismo representante de la empresa, se despachase á su gusto.

La que no estuvo tan tolerante fué la prensa, pues si bien los diarios más *afectos* al actor-director tuvieron plácemes para todos y para todo, otros *se metieron* con nosotros, y en particular con la característica, la dama joven y este pobrecito López, de quien se aseguraba que en escena movía y frotaba las manos «como si estuviera suavizando una navaja de afeitar». ¡Demonio de crítico!

Y eso es lo que más me llegó al alma; y en vano quiso consolarme mi mujer con que á ella el mismo crítico, y por sospechoso elogio, la calificaba de bonita, elegante y simpática.

Indudablemente habíamos entrado en escena con el pie izquierdo, y mi suegra, la misma noche de la lectura de los periódicos, la pegó conmigo, y me armó una tremolina *que yo entiendo*, como empiezan á decir los chulos en el teatro. Empeñada estaba la característica de endiablado carácter en que yo era un papanatas que no entendía de achaques artísticos cuando no me había procurado recomendaciones y amistades en la prensa antes de nuestra primera salida ante el público madrileño.

Mi mujer temblaba con el papelito que le había correspondido en el reparto de la primera obra nueva que había de estrenarse en la temporada, y que era de un autor novel ó poco menos. ¡Pobrecillo! Siempre van por delante los más infelices, para echar con ellos la sonda en el revuelto mar de las genialidades temerosas del público.

No había más remedio que templar los nervios de mi asustada compañera y los más excitados de su mamá, cuyos deseos cumplí al fin á fuerza de sofocones y de violentar mi carácter, yendo de un lado á otro, hecho un azacán, en busca de recomendaciones para críticos y periodistas. Al fin se trataba de la primera obra nueva que tocábamos con nuestras manos pecadoras, y, al curarnos en salud, procurábamos de paso por la del pobre poeta, cuya horrible intranquilidad se manifestó desde los mismos días de la lectura y paso de papeles.

Y entonces empecé á tomar apuntes de lo que ocurre en esas largas horas de lectura y ensayos, en que la actitud de la compañía, desde el director hasta el segundo apunte, parece como que varía de tonos y de movimientos, según el carácter, y, sobre todo, la importancia del autor de la obra.

(c) Ministerio de Cultura 2006

En mi artística vida provinciana yo no había tenido que entenderme *á la vista* con ningún verdadero autor, y sólo llegué á estrenar un tremendo drama original de un vecino de Móstoles, y en el que parecía que habían colaborado los célebres *órganos* de aquella famosa villa. Pero el teatro se llenó con la parentela y los amigos del autor, es decir, con todo el pueblo, y fueron más aún las coronas que llovieron sobre el escenario que los ripios con que acribillamos á los interesados espectadores.

En este teatro de Madrid era ya otra cosa, y por primera vez veía yo los estremecimientos dolorosos de un infeliz autor que va á *estrenar*, aunque después tuve ocasión de ver la frescura y serenidad de otros más felices.

Ya en la lectura de la comedia, casi todos los que habían de representarla oyeron al tímido poeta como quien oye llover, bostezando á ratos la primera dama, ó, lo que es peor, permitiéndose el mismo director ó el galán cómico alguna observación en tono de cuchufleta, bastante á obligar al autor á echarlos en hora mala y llevarse la obra sin pasar al primer ensayo.

No se hicieron más tarde tales desafueros con autores á quienes el dios éxito imponía, cuya autoridad se respetaba y en cuyas lecturas toda la compañía se tiraba de risa, aunque ni con un chiste se tropezase en la obra cómica, ó se estremecía con el pañuelo en los ojos, aunque ni pizca de verdadero interés y sentimiento se descubriese en el drama.

Hasta ahí no he podido llegar yo nunca como cómico, aunque tantos compañeros míos me daban el ejemplo de fingir con más arte fuera que dentro de la escena, con más naturalidad en el trato social que en trato con las ficciones de la fantasía del poeta.

Al de nuestro primer estreno le hubiera valido más llevarse su libro, condenado ya á muerte ó á silba, de telón adentro, antes de que la *alabarda* se cruzase de brazos, ó quizás ayudase á los guasones que decididamente fueron al teatro con el vino de la *pateadura*.

Porque la comedia no era peor que otras allí ensayadas y representadas con respeto y cariño, y hasta con entusiasmo, no del verdadero público, que en algunas de ellas ha tenido que aguantar *doble estreno*, fraguado en desagravio y beneficio del autor, y un número de representaciones que *al abono* le hizo poner el grito en el cielo.

En fin, la desdichada obra nueva sirvió de algo á este pobrecito cómico. Mi suegra, la característica, me dió un abrazo porque, gracias á mis indignos afanes, ciertos críticos reformaron las conclusiones de su primer juicio tan favorablemente, que hasta aquel que habló de mis manos «de suavizar navajas», dijo que «como por ensalmo había desaparecido mi amaneramiento, y que yo sólo hubiera salvado la obra, si la obra hubiera tenido salvación posible.» ¡Pobre poeta! Estaba predestinado, injustamente, á ser en aquella ocasión el *anima vili*, entre tantas almas atravesadas, y algunas de cántaro, como yo, dicho sea sin modestia.»

***

«Porque yo—continúa López—he sido el cómico de más buena fe de toda la andante comiquería española. ¿Pues no llegué á creer yo mismo que era todo lo buen actor que quisieron declararme (por sostenerme con contrata en Madrid) periodistas amigos que tomaban café conmigo todos los días, y me elogiaban con cualquier pretexto y además desinteresadamente?

Pero la gloria falsa es como la falsa moneda: cuanto más se la soba, más se descubre y se denuncia. Digo esto (como todo lo que digo) para que sirva al uso particular de cada uno de mis compañeros en tablas.

Ni el público, ni mucho menos los autores, quisieron aceptar como moneda corriente la buena fama que almas caritativas me habían ido fabricando; y en esto entró por mucho mi mala suerte, pues autores y público pudieron haberse *acostumbrado* á este como á otros López de la misma cepa.

En fin, que me quedé sin contrata á los dos años, y en vano me esforcé por tener otra en los teatros de la corte. Verdad es que también me quedé sin suegra; pero no la quería tan mal que encontrase una compensación en su pérdida.

Cuando ya me disponía á firmar con mi mujer, y muy ventajosamente, para trabajar en las provincias del Norte, llegó á mis manos una carta de un primo mío muy bruto, que brutalmente me anunciaba la muerte repentina de mi pobre padre. Yo era en el fondo un excelente hijo, á pesar de mi horror instintivo á la barbería, y lloré más lágrimas que pelos pudo rapar en su vida aquel á quien debí la mía tan azarosa.

Era mi padre tan económico y ahorrador que, aunque parezca inverosímil, dejó á su único heredero algunos miles de pesetas, con lo que vale mucho más, con el ejemplo de una honradez intachable.

Traspasada muy ventajosamente la barbería, dediqué un mes de reposo y recogimiento en el pueblo á la memoria de mis padres. Apenas dadas esas satisfacciones al corazón y á la conciencia, vino el diablo á tentarnos á mi mujer y á mí, pues casi al mismo tiempo nos sugirió la idea de meternos á empresarios, que era el camino más sencillo de hacernos, ella primera actriz y yo primer actor y director de una compañía: el bello ideal de la vanidad desatentada de los malos como de los buenos cómicos.

Reunido en efectivo todo mi peculio, formé demasiado fácilmente una compañía (no mejor que aquella en que yo me improvisé galán joven), preparé nuestra primera campaña en la capital de mi provincia, donde tenía simpatías y buenas relaciones, y ¡á vivir, tropa!

Y la tropa vivió bastante holgadamente una temporadita, gracias al cariñoso interés de mis paisanos, á quienes caía muy en gracia el origen de mi historia artística, sin dejar de influir en sus buenos deseos las gracias naturales de mi mujer y primera dama.

Aquella fué para nosotros una ligera luna de miel de empresarios, y sería pesada, al par que lastimosa, para el lector de estas Memorias, la relación de todas las desventuradas aventuras que, durante algunos años, corrimos por ciudades, villas y villorrios, aquí cayendo del todo, allí levantándonos á medias, agotando nuestras facultades para convencer al gran público indocto que gusta del drama sangriento á grito herido.

No éramos viejos mi mujercita y yo cuando, ya casi sin

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

restos del capital heredado, nos encontrábamos con malos elementos para galanuras escénicas; ella gorda en demasía (no creo que por las satisfacciones), y yo enflaquecido y amojamado, calvo hasta la coronilla de tanto rascarme á lo calculador, y en fin, con mucho del *de la triste figura*, y no poco de aquel *D. Lucas del Cigarral* de D. Francisco de Rojas.

Y, sin embargo, seguimos así nuestro camino, que llegó á convertirse en un *via crucis* cuando el demonio, en figura de tramposo agente teatral, vino á ofrecerme parte de lo que él llamaba un *buen negocio,* en Madrid nada menos, y en un teatro que, con su renombre de *popular*, fué para mí el golpe de gracia y el acabóse de la ruina.

¡Volver á Madrid, y de primer actor, director y empresario á medias! Pero mi mujer tocando *ya* en lo *característico* de su difunta madre, y yo convertido en galán de carácter averiado.

Rendido á la tentación, no me sorprendió poco hallarme de manos á boca con autores que se ponían á la altura de las circunstancias y me ofrecían obras nuevas, de esas que suelen estar reservadas muchos años para aquel teatro y para compañías como la de Pepe López.

En resumen: campaña breve y desastrosa: cuatro representaciones del *Tenorio*, tres de *La Huérfana de Bruselas*, estreno con grita de un drama *de horca* y *cuchillo*, y primera y única representación de un melodrama patibulario para el que tuvimos la abnegación de *repintar* tres decoraciones. Dos medianas entradas en días de fiesta, y en los demás el horrendo vacío con *tifus* en aquel inmenso teatro, en que mi propia voz me sonaba á algo así como cosa del otro mundo.

Y allí se acabó todo. Mi mujer y yo, envejecidos por vida tan malaventurada, y ambos con una ronquera crónica de tanto gritar papeles, no servíamos ya para nada en el teatro. En vano me ofrecí humildemente y muy barato para hacer *barbas*, y entonces me convencí de que hubiera sido más útil dedicado á aquellas otras del oficio de mi padre. Hasta la crítica lo había adivinado en el vicioso movimiento de mis manos de artista.»

. . . . . .

Hasta ahí llegan las ejemplares Memorias del triste y desengañado cómico. Si á los otros muchos López que empiezan á correr por esos teatros de Dios les sirve de lección provechosa esa confesión noble y sincera, resultará una rica limosna desprendida de las manos del hijo del barbero.

EDUARDO BUSTILLO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

POESÍA PURA

AL ALCANCE DE

CUALQUIER CHICO DE LETRAS.

. . . . . .
. . . . . .

Mientras la fulgente luna
Trémulamente rïela
En la límpida corriente
Del arroyo que serpea
Entre grupos aromosos
De alelíes y azucenas.....
(¿Eh? ¿Qué tal?) Mientras la fuente,
Sin saber por qué, se queja,
Y en los frondosos naranjos
Y limoneros gorjean
Los canoros ruiseñores,
Tras de la escondida reja
Del cortijo, casi oculta
Por tupida enredadera,
Suelta sobre el albo seno
La lustrosa cabellera,
Y sin apartar la vista
Del camino de Mairena,
Suspira y llora Lolilla,
Lolilla la cortijera.....
. . . . . .
. . . . . .

(¡Qué final tan redondito,
Y qué descripción tan bella!
¡Si no es esto pöesía,
Que venga Dios y lo vea!)
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Ahí va la segunda parte,
Que tampoco está mal hecha.
. . . . . .
. . . . . .

Hacia el olivar cercano
Confusamente resuenan
Los dulcísimos acordes
De una sonora vihuela;
Óyese, después, el eco
De una granadina tierna,
Y al escucharla Lolilla,
Lolilla la cortijera,
Que desconsolada gime
Tras de la escondida reja,
Separa con febril mano
La tupida enredadera,
Y al ver junto á los olivos
Del camino de Mairena
La silueta de su Curro,
Que hacia el cortijo se acerca,
Lanza un grito de alegría,
Y exclama: ¡¡Bendito seas!!
. . . . . .
. . . . . .

(Aquí hay color y sabor
Y sentimiento y..... etcétera.....
¡Ah! ¿Que la cosita es cursi?
Bueno, pues cositas de estas
Han dado nombre á un sinnúmero
De calabazas rellenas;
Y no atestiguo con muertos,
Que ahí están..... ¡detente, lengua!)

J. López Silva.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO MADRID BIBLIOTECA

¡SOLLACABRAS, UN MINUTO!

Pocas veces paso por aquella endiablada estación de Sollacabras; el trozo de camino de hierro en que está enclavada sólo sirve para llevar á los baños enfermos del hígado que vuelven curados; nadie tiene, pues, interés en ir allí ni aun para visitar las gigantescas arrugas y jorobas que en aquel punto le han salido al planeta.

Y claro está, dicho esto, que los bañistas que van á las aguas no se fijan poco ni mucho en aquella estación de Sollacabras, que parece sobre un pico y vista desde abajo, desde el túnel, un nido de cigüeña en el alero de un campanario. El tren correo llega á aquella altura á las tres de la madrugada; es un momento necesario para que la máquina tome agua; ha subido desde el valle haciendo eses tremendas por los flancos de las montañas, halando dificultosamente, como un reptil enorme que subiera calladamente al nido de cigüeñas, y que al llegar á él se detuviera rendido. Nadie se asoma al llegar á Sollacabras, donde casi siempre la montaña se emboza en jirones de nubes, y apenas la máquina ha bebido, el reptil mueve de nuevo los anillos y baja seguido, seguido, por la otra vertiente, hasta el apacible rincón en que se ve blanquear el establecimiento de baños minerales.

La vez primera que pasé por Sollacabras á la hora ya dicha había luz de luna; era yo tal vez el único viajero que no dormía, y vi el puente echado sobre la cortadura que está á tres kilómetros de la estación. La altura á que está colgado el puente me dió vértigo, y me senté sin querer mirar más, pensando con horror en lo que sería del tren y de todos nosotros si cediera un rail ó se aflojase un tornillo.

La luna se reflejaba en el hilo de agua que corría entre piedras, allá en el fondo, que de noche parecía mucho más abajo de lo que realmente estaba.

Mendoza, aquel guardaagujas chiquitín y cuadrado á quien todos los bañistas conocieron por Mendocilla, llenaba en la estación varias funciones: él cargaba en el vagón de cola lo poco que allí se facturaba, él abría y cerraba la toma de agua y hacía el cambio de entrada y salida, subiendo desde el puente con el tren, al cual trepaba, hecho el cambio, en fuerza de agilidad y costumbre.

Después de la catástrofe ocurrida en el puente, eché de menos en la estación, y al llegar, la voz de Mendocilla, que anunciaba, siempre en tono de salmodia:

—¡Sollacaaaa...bras: un minuto!

Pregunté por él, y supe, en el breve espacio que empleó la máquina en beber, lo que había sido de Mendocilla.

Una cosa muy triste que me contó el jefe de estación en tono conmovido. Mendocilla había casado á su hija por la mañana, y en el mixto, después de la boda, había mandado á los recién casados á pasar el día en la capital, único viaje de boda que podían permitirse: debían volver á la madrugada, en el correo, precisamente en aquel correo destinado á venirse con un tramo del puente por la cortadura abajo.

No se ha sabido todavía cómo fué aquello: si la horrible noche de viento y agua socavó sobre el puente parte del peñasco que al caer se llevó un trozo del tramo, ó si éste estaba en mal estado y cedió por sí solo; los restos que abajo quedaron borraron toda indicación en un solo desastre.

Nadie supo nada, mas que Mendocilla. Salió hacia el puente media hora antes de la llegada del tren, con objeto de dejar hecho el cambio y bajar todo lo que pudiera para venir con los chicos hasta Sollacabras. El pobre Mendocilla se desplomó de angustia al llegar al puente y ver lo que allí había ocurrido. Corrió á través del temporal hacia la estación, y volvió otra vez hacia el puente azuzado por esta idea: el tren tardaba cuarenta minutos en hacer el trayecto desde la estación anterior hasta la de Sollacabras, el tren *subía ya*.....

Mendocilla llegó al puente, y, colgado por las manos del único rail que quedaba mal sujeto al montante, pasó al tablero intacto del otro lado, echando á correr vía abajo con su farolillo rojo en la mano, cegado por el agua, sacudido

(c) Ministerio de Cultura 2006

por el viento, temblando de miedo, un miedo horrible de no llegar á tiempo.

Por una cortadura de la trinchera miró Mendocilla á la vía, que se desarrollaba en pendiente y curva, para ver si en el fondo negro del monte surgía la luz roja de la máquina. La vió de pronto, cerca, á tres kilómetros, y siguió corriendo para subir al alto de la trinchera; subió, á pesar de que el temporal le sacudía furiosamente, y en lo alto movió desesperado y loco el farolillo.

El tren siguió subiendo.....

Llegó á la trinchera, y Mendocilla se dejó caer por la trinchera, resuelto á ponerse delante, á detenerlo por sí, creyendo que él solo con sus dos brazos tendría fuerza bastante para tan temerario empeño.

Pasó el correo; el temporal, que retumbaba en los huecos de la montaña, ahogó los gritos de Mendocilla, y el agua debió obligar á los dos hombres de la máquina á refugiarse junto al hogar, porque no vieron el farolillo de Mendocilla que movía su espantado brazo.

Y siguió el tren hasta donde el destino le llevaba para estrellarse, y el desventurado Mendocilla corrió detrás, ya perturbado en su razón: cuando acabó trágicamente el día de bodas de sus hijos, no podía ya él darse cuenta de ello.

El jefe de estación, que fué, como queda dicho, quien me refirió esto mientras la máquina hacía agua, acabó diciéndome que iba de vez en cuando al manicomio de la capital á ver si se curaba la melancólica locura de Mendocilla.

—Si viera usted—me dijo desde el estribo al arrancar el correo—cuán profunda compasión me inspira cada vez que al ver gente dice en el mismo tono de antes: *¡Sollacaaa...-bras: un minuto!*

FEDERICO URRECHA.

¡MIRATE, COQUETÓN!—CUADRO DE R. EPP

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

HABLEN CARTAS

POR EL DOCTOR THEBUSSEM

Á MI EXCELENTE AMIGA MARÍA DEL CARMEN HERRERA-DÁVILA DE MUGUIRO

En los curiosísimos *Recuerdos del tiempo viejo*, al tratar de la enfermedad y muerte del Sr. Cagigas en 1858, escribe Zorrilla los párrafos siguientes:

«A los pocos momentos, y como si Dios me lo deparara, entró á visitarme mi condiscípulo en el Seminario de Nobles el P. Solís, superior en la Habana del Colegio de Jesuítas, en cuya sociedad había profesado en 1834. Los recuerdos de la niñez son siempre agradables y poéticos: congratulábase el P. Solís de encontrar á su condiscípulo Pepe tan famoso, y asombrábame yo de encontrar á mi condiscípulo Solís superior de los Jesuítas.....—El negro encendía el gas en la sala, á la cual salí con la jofaina en la mano derecha..... —Solís cruzó las suyas y levantó al cielo los ojos, y tal vez una plegaria mental, al ver la jofaina mediada de sangre negra y de ella salpicados mi chaleco, camisa y pantalón de nankín..... —Rompí yo á llorar sin poderme contener, y Solís me tendió los brazos ahogando mis sollozos contra su pecho para que no los oyera Cagigas, en cuya alcoba entró el médico á cumplir su triste deber..... Salí yo de ella como un somnámbulo, y entró, como el ángel de la esperanza, el P. Solís, que estuvo á solas veinte minutos con el desahuciado enfermo.»

Este P. Solís á quien Zorrilla menciona, se llamaba Don Manuel de Solís y Pareja. Muy joven marchó á Roma é ingresó en la Compañía de Jesús, renunciando antes un gran caudal amayorazgado, y con él las riquezas y la distinguida posición social que el mundo le ofrecía. Aun cuando Solís me aventajaba mucho en años, el ser conterráneos y parientes, y el deleite que encontraba en la conversación de aquel sacerdote tan instruído, fino y virtuoso, hizo que nos profesásemos buena y recíproca amistad. Cuando yo comenzaba á leer y á saborear los versos de Zorrilla y le hablaba de ellos á Solís, me refería éste su amistad con el poeta, nacida en el Seminario de Nobles; las saladísimas composiciones que escribió siendo muchacho; las epístolas poéticas que le había dirigido, y sobre todo el epitalamio á unos gatos que con sus maullidos no los dejaron dormir en cierta noche de Enero.

Embobado oía yo todas estas y otras menudencias que me relataba, llenándome de pena que antes de su profesión hubiese quemado el jesuíta aquellos papeles mundanos. «¡Qué lástima!—exclamaba—te los hubiera regalado con mucho gusto; pues aun cuando algo libres, como Pepe Zorrilla es tan bueno, nada tenían de irreligiosos ni de inmorales: mi condiscípulo, siguiendo el consejo de Cervantes, no dejaba correr su musa en torpes sátiras ni en desalmados sonetos.»

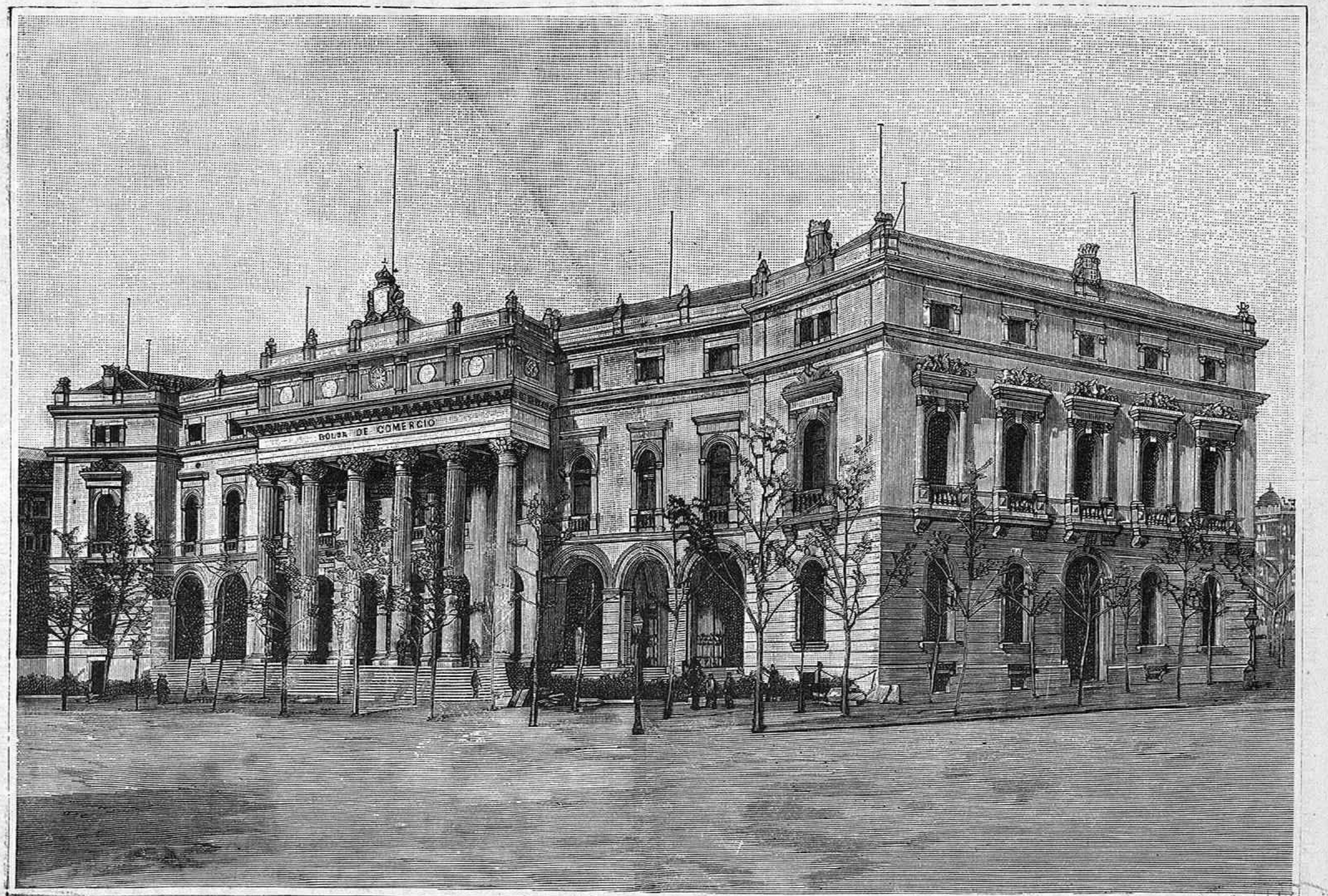
Consigno estos antecedentes porque, andando el tiempo, debí mi amistad con Zorrilla á la mediación del P. Solís, al cual, según hemos visto, no había echado en olvido la prodigiosa memoria del gran poeta. Y como las relaciones del vate y del religioso eran sólidas y buenas, resultó, por dicha mía, que también lo fuesen las que tuve con el célebre trovador de España.

Pocas veces nos vimos, á causa de la vida errante que ambos hacíamos; pero como en esas pocas veces nuestras visitas y conferencias duraban siete ú ocho horas seguidas, fué íntimo y fraternal el afecto que nos profesábamos. Por esta razón, en la pena causada por su muerte, tengo que contar, no sólo la del hombre célebre, sino también la del inolvidable y cariñoso amigo. Algún alivio produce el recuerdo del duelo nacional é íntimo con que se conmovió España entera al fallecimiento de Zorrilla. La historia nos refiere el que motivó en su tiempo el de Lope de Vega, y nosotros presenciamos el ocasionado en 1878 cuando acabó sus días la joven reina, casi niña, D.ª Mercedes de Orleans y Borbón.—Creo, sin embargo, que la muerte del poeta contemporáneo ha excedido en muestras públicas de sentimiento á los lutos que antes dejo señalados.

Pasan de setecientos los periódicos españoles y americanos

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



MADRID.—Exterior del nuevo edificio de la Bolsa.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

correspondientes al primer trimestre de 1893 que he logrado reunir, y en los cuales se ven recuerdos, artículos, versos, notas, láminas, alegorías y jeroglíficos en honor del poeta, y se estampan sus retratos y autógrafos. Algunas publicaciones importantes le han dedicado el número entero, y han reproducido la partida de bautismo y el testamento del difunto. Tanto en lo bueno como en lo malo, escrito con este motivo, no hay duda que rebosa el verdadero y espontáneo dolor de la patria, reflejado por medio de la imprenta. No recuerdo quién daba el impertinente consejo de que *retumbasen todos nuestros cañones y cantasen lamentaciones sin fin todos nuestros poetas*.....; consejos que por fortuna se desatendieron en su primera parte, porque hubiese sido cosa de taparse los oídos del cuerpo y los del entendimiento para no escuchar el inútil retumbo de tan extemporáneos cañonazos. Los poetas cantaron á su colega, porque es probado que en España todo se canta, aun cuando no haya consejero que lo mande ó avise. No faltaron, sin embargo, discípulos predilectos de las musas que en prosa corriente y moliente dijesen que enderezar trovas á Zorrilla era, tras de temeraria osadía, tan oportuno como agasajar con dulces á un confitero ó verter escudillas de agua en caudaloso río. Ni tampoco han faltado, en verdad, excelentes poemas dignos por fondo y forma del hombre á quien se consagraban.

Lo único que ha escaseado, porque en España hay poca ley á los epistolarios, es la publicación de cartas privadas de Zorrilla. No llegan á media docena las que se han impreso con motivo de su fallecimiento. El autorizado periódico que dió á luz algunas de ellas, decía lo que copio:

«Tanto ó más que la vida pública nos interesa la vida privada de los grandes hombres. En la intimidad del hogar, en la conversación amistosa, en las *cartas familiares*, se retrata el alma, libre de disfraces y desprovista de los convencionalismos que la sociedad exige á todos, pero más particularmente á los que por cualquier concepto sobresalen entre la multitud. Quizá, si fuese posible conocer la correspondencia de Zorrilla, llegaríamos á formar juicio exacto acerca de muchas de sus composiciones poéticas, y acaso nos fueran comprensibles no pocas extravagancias de su vida.»

Confirman, á mi juicio, la verdad axiomática de estos renglones la importancia é interés que tienen los tomos de cartas de Heine, Byron, Balzac, Voltaire y otras personas de menor renombre, que con gran aplauso han salido á luz en países extranjeros. Un distinguido bibliófilo madrileño prepara en la actualidad el epistolario del célebre D. Bartolomé José Gallardo. ¡Cuán curiosos no serían los de Larra, Espronceda, Bretón, Hartzenbusch, Galiano, Olózaga, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas, D. Fermín Caballero y otros ciento! Las cartas de D. Juan de Austria, por ejemplo, que se insertan entre los peregrinos *Documentos escogidos del archivo de la Casa de Alba*, nos hacen conocer al hijo de Carlos V mejor que algunas de las biografías de tan bizarro príncipe. Y en orden inverso, las misivas de gentes de buena minerva y escasa ó nula celebridad en los siglos XVI y XVII, dadas á luz en el *Memorial histórico español* y en la *Biblioteca de Rivadeneyra*, nos revelan usos, noticias y curiosidades que en vano buscaríamos en los más renombrados historiógrafos de las edades pasadas. Sean, pues, las cartas de Zorrilla las que inicien en España la moda de los epistolarios de celebridades contemporáneas.

Para predicar con el ejemplo, y porque la índole fugaz de las misivas (aun hallándose encuadernadas, como las que yo poseo) las tiene en constante peligro de pérdida ó destrucción, copiaré algunos de los gallardos autógrafos que conservo de mi ilustre amigo.

Es de advertir, como preliminar indispensable, que á fines de Noviembre de 1889 dije á Zorrilla que me proponía festejarlo con un gran banquete; y él, que tan harto estaba de recibir este linaje de obsequios, me contestó, con la resignación del hombre fino y bien educado, que aceptaba con gusto mi convite.

—¿Me dirás el día y hora?

—Pues el día y hora que tú determines—le repliqué—supuesto que al festín no hemos de asistir más que nosotros dos.

—¡¡¡De veras!!!..... ¿De veras no más que los dos?—exclamó Zorrilla saltando de júbilo y lleno de infantil alegría.

Salió del gabinete y llamó á su mujer para participarle el gozo de que se hallaba poseído.

El próximo día, á las siete de la tarde, entrábamos en la habitación del banquete, que hice preparar en el *restaurant* más acreditado de la corte. La mesa se hallaba, como era de suponer, galanamente adornada. Zorrilla dejó su abrigo, y de seguida empezó á levantar cortinas y á tocar con los nudillos en los muros; á cerciorarse del sitio á donde caía el balcón, y, en fin, á examinar prolija y minuciosamente las condiciones topográficas de la pieza.

—Hago esto—me dijo—para convencerme de que estamos solos y de que no hay posibilidad de que nos oigan curiosos.

—Y la verdad—añadió—yo sería del todo feliz si me dejaras la completa jurisdicción de esta comida.

—Pues cuenta que la tienes con mero y mixto imperio—le contesté.

Y entonces, con gran prosopopeya y restregándose las manos, ordenó que levantasen de la mesa el florido centro que la adornaba y los platillos de entremeses; que viniera de una vez toda la comida, menos el helado; que nos acercasen platos, cuchillos y tenedores, para poder cambiarlos nosotros mismos; que trajesen doble cantidad de ostras, y que cerrasen la puerta, porque con el timbre avisaríamos si de algo más necesitábamos.

Todo se cumplió al pie de la letra. Zorrilla, que no era gastrónomo ni mucho menos, después de hacer zafarrancho en las ostras y de rechazar la sopa y la fritura, se dedicó al solomillo de vaca y á las codornices, platos que calificaba de ricos y superiores, y con los cuales y varios tragos de buen Jerez hizo toda su comida.

La conversación sí que resultó variada, cordial y expansiva. Como hablamos de mil cosas, ó sea de América y de Europa, de lo temporal y de lo eterno, no puedo recordar cuanto allí dijimos. Entre los puntos tratados fué uno el teatro y los actores; y éste sí que permanece y permanecerá fijo en mi memoria mientras yo viva. No; no podré olvidar los movimientos, la entonación, las inflexiones y la fisonomía del vate, cuya pequeña figura se redoblaba, al declamar en formas distintas, ó séanse de comediante de la legua y de buen trágico, varias escenas y diálogos de *Sancho García*, de *Traidor inconfeso y mártir* y de *El Zapatero y el Rey*.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Atónito y suspenso lo escuchaba yo, haciéndole repetir aquello de

(Sancho.) . . . . . Y oid, madre y señora,
Que pronto es fuerza que el clarin me llame
Para salir contra la hueste mora,
Y antes, de mi cariño daros quiero
La última prueba, y el adiós postrero.
Si habéis manchado vuestro honor liviana,
Fea fragilidad en vos ha sido,
Mas carga fué de nuestra raza humana,
Y frágiles al mundo hemos venido;
Mas decir que una noble castellana
Quiso al hijo matar de ella nacido,
No ha de poder el mundo, madre mia,
Mientras ayude Dios á Don Garcia, etc., etc.
. . . . . .
. . . . . .

(Traidor.) Verme mudo os diera pena;
De que es estoy persuadido
Mi voz para vuestro oido
El cantar de la sirena.
¡Mordaza! de vuestros fieros
Á pesar, si lo procuro
De veras, estoy seguro,
Señor juez, de adormeceros.
Ya me parece, ¡pardiez!
Que comenzáis á turbaros,
Y no he hecho más que miraros.
Os voy á decir, buen juez,
Lo que pasa en vuestro pecho:
Á fuerza de ir y volver
Sobre quién soy, de mi ser
Un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
Vuestra razón exaltada,
Y mi voz y mi mirada
Os deslumbra y os fascina, etc., etc.
. . . . . .
. . . . . .

(D. Pedro.) Todos son buenos en Francia,
Mas no los quiero en Castilla.
Á tener otro remedio,
No me fiara en ninguno;
Más place al hado importuno
Mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
El cielo me castigó.
¡Destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, bien tirano!
Sufri todos sus reveses,
Pero no puedo sufrir
Que me obligue hoy á venir
Á ampararme de franceses.
¡Oh! nunca me imaginara
Llegar otra vez á vellos,
Sino lidiando con ellos
Sol á sol y cara á cara.
Mas nunca mi desventura
Tan extremada creia,
Que á sus tiendas me traeria
Solo y en la noche obscura.
¡Ay! cuando cuentas le pido
Al tiempo que me ha tocado,
En tiempo tan desdichado
Quisiera no haber nacido, etc., etc.
. . . . . .
. . . . . .

En ningún verdadero teatro he gozado tanto como en el de aquella noche, en que el poeta, entre sorbo y sorbo de café, de pie unas veces, otras medio terciado en la silla, era el actor; y yo, saboreando mi habano, representaba al público, prorrumpiendo en silbidos ó aplausos según las circunstancias. Lejos de asemejarse Zorrilla á *sombra viviente que el sepulcro respeta*, parecía en esta ocasión un Hércules en quien se encarnaban las prodigiosas facultades de Máiquez y de Latorre.

Era ya la una de la madrugada, y nuestros estómagos recordaron que habían pasado seis horas después de la comida. Cenamos sardinas, queso y pasteles; dejé á Zorrilla en su casa, y á las veinticuatro horas recibí la siguiente esquela:

«J. ZORRILLA.

»Eximio Thebussem: La digestión de tu gran banquete fué tan buena como el banquete. ¡Cuánto gocé sin tener que andar con repulgos, melindres ni etiquetas! ¡Qué libertad tan bella, tan legítima y tan hermosa! ¡Qué público tan indulgente el que aplaudía mis comedias! Te aseguro que tu convite dúplex de comida y cena, único en su género, ha sido la gratísima compensación de los repetidos festines ceremoniosos con que tanto me han jorobado en este mundo. Dios te lo pague.

»Por casualidad vi y se lo conté á Miguel de los Santos (ó de los *Demonios*, como tú le llamas), y me aseguró que te iba á escribir un memorial suplicando formar el terno de la mesa cuando otra vez me convides.—Yo soy cero, dijo el zumbón de Miguel Álvarez: me coloco á la izquierda de ustedes, y ni quito ni pongo rey.

»Va adjunto el libro que te ofrecí. Deseo que no olvides escribir y mandarme pronto las notas de aquellas ideas, que tanto me hicieron reir, sobre los apellidos machos y hembras.

»Ya iré á verte, como me toca de obligación. Y para firmar en *masculino*, te aseguro que

»Mucho quiere al Doctorcillo
Su amigo Pepe Zorrillo.

»T/c. 26 Noviembre 89.»

Pasemos desde estos alegres y regocijados renglones á la carta en que, transcurrido corto plazo, me refería sus cuitas y pesares:

«J. ZORRILLA.—Madrid, 1.º Enero 1890.

»Mi queridísimo Doctor Thebussem: Dios te dé buen año nuevo y á mí me lo deje vivir completo, para poder consolar las tristezas de mi alma con tus eruditas regocijadoras ocurrencias.

»Ayer, último día del año para mí azaroso de 1889, recibí tu carta como una gota de fresco y saludable bálsamo en una llaga irritada por el sol; última sensación grata y último recuerdo suave y delicioso del año *impar* que tantos amargos é importunos me deja, y por eso me he levantado hoy temprano para empezar el 90 contestándote, que es lo mismo que si hablara contigo, cosa para mí la más entretenida del mundo, y manera la más á mi gusto de concluir un año y empezar otro.

»Leí en cuanto lo recibí tu folleto intitulado

Cómo se acabó en Medina
El Rosario de la Aurora,

y á pesar del ¡MUCHO OJO! que apuntabas con letra gorda

(c) Ministerio de Cultura 2006

ENSEÑAR AL QUE NO SABE.—Por G. Fischer.

(c) Ministerio de Cultura 2006

en su cubierta, me cogió el toro del ingeniosísimo desenlace, y con el sabor de tal lectura me despierto para empezar el año.

»¡Bendito seas, tú que me abres esa puerta de oro y de luz para entrar en él! ¡Dios me lo depare tal como tú me lo deseas!

»Y para que te convenzas de la verdad de cuanto te digo, has de saber que hace doce días que tengo á mi mujer en cama con fiebres que le producen el delirio y que nos tienen en un pie á la rubia chica y á mí, para impedir que la enferma se arroje al suelo y abra los balcones, que es su manía. Pero llegó ayer tu carta á las once, y al venir el médico á las dos, la encontró sin calentura y le prometió que hoy la dejaría levantar algunas horas. ¿Lo ves? Vino con tu carta la salud y concluyó bien el año con ella: conque Dios bendiga la buena sombra que has traído á mi casa.

»De mis negocios, todos van de mal en peor: sólo aquí se concibe que después de mi *fastuosa glorificación*, ni me quede un poderoso que me ampare á derechas, ni un editor que quiera pagarme un libro.

»Vico me propuso refundirle la primera parte de *El Zapatero y el Rey:* era un buen modo de volver al teatro; pero Vico ha tenido que tronar con el teatro Español por falta de protección y de dinero, y yo he tronado con él, esperando sólo en la Providencia. Tengo tres ó cuatro cosas que imprimir: tengo cinco mil versos de un poema ó leyenda religiosa tradicional titulada *Historia de tres Ave-Marías*. Tengo dos mil de otra, *Dos escondidos y una tapada*, y tengo las notas, apuntaciones y muchos romances del *Romancero del Rey Don Pedro*, pendant del del Cid; pero no hay editor que tenga ánimo para ayudarme á concluir nada, porque siendo obras largas, necesito recibir el precio conforme voy entregándolas por partes.

»En suma; estaba mucho mejor cuando Delgado y Gullón me explotaban, porque entonces el crédito que con ellos tenía me hacía vivir; y ahora, si Dios me alarga la vida, estoy camino del hospital ó del manicomio.

»Es posible que muy pronto te dirija y dedique alguna ó algunas cartas tituladas *Observaciones de un loco sobre algunas cosas de actualidad*. ¡Ya verás, ya verás! (1)

»Repíteme por escrito lo que de palabra me dijiste sobre Beltrán Claquín, pues es para mí del mayor interés. Te ruego que no lo demores y que me quieras como te quiere tu viejo

PEPE.»

«Santa Teresa, 2 y 4, 3.º izquierda.»

Si es grande la amargura que este papel manifiesta, no le va en zaga la melancolía que rebosa en el siguiente:

«J. ZORRILLA.—Madrid, Octubre 6-90.

»Doctor Thebussem querido: (Ya que en los pliegues de tu muceta te place esconder y á nosotros dejar de ver lo *Pardo* y lo *Figueroa*, tan tibio y misterioso lo primero como de buena sombra lo segundo), Dios te bendiga por tu carta y folletó, que vienen á meter un rayo de sol alegre en las tinieblas de la tristeza en que me ha dejado sumido mi extemporánea, estéril é inconcebible coronación. Yo te explicaré de palabra esto que aun no es para escrito.

»Supe tarde la desventura del fallecimiento de tu señor padre, porque el mismo 14 de Febrero sufrí yo las dos operaciones de la cabeza: como en consecuencia de ellas he tenido que estar vendado ciento trece días, no me la quisieron comunicar hasta después de restablecido, sabiendo lo que te quería y temiendo que semejante noticia me sentaría mal. No sé si agradecer ó sentir esta delicadeza de las dos rubias que tengo en mi casa, porque te hubiera enviado dos palabras de pésame, aunque de mano ajena. Tres meses después, ya necesitaba explicaciones inútiles por tardías, y además consideré que, habiéndose hablado en los periódicos de mi enfermedad, tú supondrías que yo estaba fuera del mundo.

»Valiérame más haber salido de él de una vez, que quedar como he quedado, abandonado de los de arriba, envidiado de todo el vulgo literario (y en especial de quien tú sabes), y en la posición de ni Rey ni Roque, condenado implícitamente á muerte civil, á total aislamiento y nulificación total, si á la Providencia, para mí poco providente, se le antoja prolongar mi vida media docena de años. Repito que no puedo explanarte esto que te parecerá incomprensible: lo que en otro país me hubiera traído á una resurrección y á una nueva vitalidad, procurándome editores y empresarios para mis últimas obras, me ha quitado todos los medios de trabajo y venta de mis escritos, y no hay quien me ofrezca veinte duros por mis artículos, ni mil pesetas por un libro. Dicen que ya tengo bastante con mi gloria, que yo creo, Doctor querido, que está maldita de Dios.

Una de las heridas, que cogió en carne vieja y apolillada, no está bien cerrada todavía, y todavía me cura el doctor cada tres días. Y la suspensión de tantos meses de trabajo; la deuda que tuve que contraer para ir á Granada á hacer el papel de Rey de Copas; el desprecio en que los editores hunden mis obras; la sorda guerra que les promueven los poetas por horas y periodistas al minuto, bajo el *parti pris* de desvalorarlas por anticuadas y dignas de olvido, me han colocado en una posición tan desesperada, tan humillante y tan deshonrosa, si llega á arrastrarme á un escándalo, que involuntaria é inconscientemente se ha desbordado mi amargura en las pocas líneas de esta carta, que debían llevarte á ti el consuelo y la alegría de juveniles recuerdos y de poéticas esperanzas.

»Tu folleto *Cosas y Casas de Hidalgos* me ha servido esta mañana, después de un triste y silencioso almuerzo, de lenitivo breve, pero salutífero y balsámico, á mis pesares: y la vista y registro de sus *zaguanes y caballerizas*, *patios y escaleras*, *galerías y jardines*, *y salas*, *y oratorios*, me han hecho sonreir largo tiempo, á la luz siempre de aurora del cielo del arte, primavera eterna de las almas que para el arte hemos nacido.

»Y la repetida lectura de tu carta autógrafa y de tus dos opúsculos, *Roger Kinsey* y *Don Pedro Yuste de la Torre*, me ha llevado el día, cuya luz última aprovecho para escribirte ésta y concluirla enviándote un apretado abrazo, mi pésame por lo de que ya no hay para qué hablar (que sólo los tontos creen consolar con palabras banales y falsas de una educación hipocrita, que á nadie engaña) y mi bendición y grabi-

(1) No llegó Zorrilla á realizar dicha oferta.

(c) Ministerio de Cultura 2006

tud por el cariño con que me escribes, la nobleza con que perdonas mi largo silencio, que podría haberte parecido olvido, y la prueba que me das con tu carta de que aun tiene un amigo legítimo tu j..... viejo que te quiere.

PEPE ZORRILLA.»

«P. D. *El Rey D. Pedro*, *La Emperatriz Teodora*, *El Judío errante*, y mis otros personajes, duermen en un cajón por desánimo y falta de medios de publicación. Si salgo y me desenredo de un mal negocio en que estoy metido por trabacuentas del pasado trimestre, es posible que con la fuerza de voluntad que hasta ahora no me había abandonado, evoque uno de estos muertos y..... ¿quién sabe?

PEPE.»

Tales eran los sinsabores y disgustos que amargaron los últimos años de Zorrilla. Por eso repetía que estaba pronto á cambiar quintales de fama y renombre, por libras de tranquilidad y ventura. Y esto lo manifestaba con tal sencillez y tan buena fe, que sus lágrimas hacían correr las del amigo que lo escuchaba.

Claro es que las frases lisonjeras con que Zorrilla me favorecía en sus epístolas las tomo á beneficio del inventario de su buenísima y candorosa amistad. Lo propio debo decir del capricho que tuvo al ingertar mi antipoético apellido en algunas estrofas de su composición intitulada JEREZ, que publicaron *El Liberal* (Madrid, 18 de Marzo de 1892) y otros periódicos, y que decían así:

. . . . . .

¿No temes que se ofendan y con razón te acusen
De descortés, de indocto, de desleal tal vez,
Los que en juzgar tu *Cádiz* y su intención se intrusen
Por dos tan grandes pifias que nos parecen diez?
Por no mentar en Cádiz al buen doctor Thebussem,
Y dar al del Priorato más precio que al Jerez.

. . . . . .

Él todo se lo ha dicho, ya no hay por qué me acusen
Más que de haber andado tal vez de educación
Un poco falto, es cierto, con el doctor Thebussem,
Modelo de hidalguía, de fe y de erudición.
Pero esa es mi disculpa: él es de Cádiz, sabe
De su provincia todo: con él en parangón
No hay quien se ponga; y sólo á mi aspirar me cabe
Á que mis versos gárrulos merezcan su sanción.

. . . . . .

Manifestándole yo al poeta si pretendía enmendar la plana á Bretón de los Herreros, que halló consonantes nada menos que á *Metternich* y *Paul de Kock*, me contestó con la salida de pavana de que, *como académico*, lo que había querido era fijar la pronunciación grave de la voz *Thebusem*, cargando el acento en su penúltima sílaba!!

De palabra en palabra, y tratándose de Zorrilla, ocúrreme decir algunas tocantes á la *celebridad*, ya que en cierto modo es sinónima de *Zorrilla*. Los críticos nos han explicado por activa, por pasiva, por masculino, femenino, neutro, común de dos, epiceno y ambiguo (por ambiguo sobre todo, y *à posteriori* por supuesto), los justos motivos que abonan la fama de Zorrilla; pero quizá no se han extendido y explayado lo que debieran en la índole especial y única hasta hoy de semejante popularidad, que, sin degenerar en cursi populachería, alcanza á todas las capas sociales, infiltrándose en palacios, academias, casinos, parlamentos, chancillerías, bolsas de comercio, bancos, congregaciones religiosas, cuarteles, fábricas, cabañas, plazas de toros, garitos, tabernas, cárceles y presidios. Zorrilla alcanzó una de las cosas que, según Don Quijote, más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, ó sea la de verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa, pues así andaba á pesar de las envidias y de las tristezas que lo afligían.

Separémonos del círculo de los eruditos. Entre ellos se conoce á quien haya publicado cualquier novela ó colección de poesías, porque allí penetra fácilmente la fama de un autor. Hagamos una excursión al ancho campo de los ignorantes, de los labriegos, de la plebe y de la gente ajena á la literatura, y resultará que en la masada y en la buhardilla citan á Quevedo como autor de chistosas ocurrencias, pero no dan razón de quién escribió *El sueño de las calaveras*, *El cuento de cuentos* y *El libro de todas las cosas*. En cambio, si ignoran el nombre de Cervantes, tienen grandes noticias de *Don Quijote de la Mancha*. Y es que unas veces el autor es más conocido que su libro, y otras el libro más conocido que su autor. La generalidad de los que nombran á Mariana y al Tostado no han visto ni por el forro los escritos del célebre Jesuíta ó del fecundo Obispo de Avila.

Bueno será advertir, ya que nombramos al *Quijote*, que no es hoy tan leído en España como vulgarmente se cree. Claro es que se conocen sus principales aventuras, y que nadie, por escasa ilustración que tenga, ignora los molinos de viento, ni los cueros de vino tinto, ni el barco encantado, ni la carreta de las cortes de la muerte, ni menos los nombres de Dulcinea, Sancho, el Cura, el Barbero, Pedro Recio de Tirteafuera, Sansón Carrasco y Ginés de Pasamonte. Pero en cambio pocos saben que D. Antonio Moreno, D. Alvaro Tarfe, D. Lorenzo de Miranda, D. Gaspar de Gregorio, don Pedro Nóriz, D.ª Clara de Viedma, Vicente de la Roca, Pedro Martínez, Tenorio Hernández, Pedro Lobo y otros, son personajes de la famosa novela. De ella se cita de memoria lo de *duelos y quebrantos.....*, *divididos estaban caballeros y escuderos.....*, *algo y aun algos.....*, *la del alba sería.....*, *capítulo por sí merece.....* y no recuerdo si algunas otras palabras.

Difícil es al escritor adquirir fama en un país donde el mayor número de los habitantes no sabe leer, ó no lee por falta de libros y de tiempo. Sin el auxilio del teatro, no sería tan universal el nombre de Zorrilla. Ni aun los más eximios dramaturgos antiguos ó modernos llegaron á oídos de la plebe. Yo mismo, mezclado y confundido con el vulgo, pues me agrada oir sus comentarios y observaciones, escuché en 1879 y 1881, asistiendo al entierro de Adelardo Ayala y al cacareado centenario de Calderón, preguntar á muchas gentes quién era Ayala y quién era Calderón!!!

Hace medio siglo que al célebre *Fray Gerundio* lo recibían en los pueblos con repique de campanas y castillos de fuego, como si fuese un rey ó un arzobispo. Sus famosas *Capilladas*, que vulgarizaron la política, disfrutaban el privilegio exclusivo de ser distribuídas á la hora que llegase el

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO BIBLIOTECA

EN EL CAMPO.—Por J. Koppay.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

correo, *aun cuando fuera de noche.* Alcanzó este escritor cuanta notoriedad es posible conseguir en España. Sus devotos ponían los diálogos de *Tirabeque* y el *Padre* por encima de los de Don Quijote y Sancho, mientras que sus enemigos rebajaban mucho de tan galana y absurda cuenta. El nombre de D. Modesto Lafuente se cita hoy tan sólo como historiador de España. Su afamado periódico perdió hace tiempo todo su interés y toda su gracia.

Pocas popularidades han llegado á la que alcanzó el general Espartero. Tuvo partidarios que le encendían velas como á santo y que lo adoraban como á fetiche. Al grito de *¡viva Espartero!* se han consumido en la Península millares y millares de botellas de peleón y de aguardiente. En cambio no le faltaron numerosos enemigos, que se burlaban de aquellos discursos parlamentarios en que salían á relucir la *cuchilla de la ley*, *las plumas del chascás* y *el gabán color de castaña*, ó la famosa muletilla de *cúmplase la voluntad nacional* y la declaración de representar nada menos que al *ángel exterminador de la tiranía!!!*

La tauromaquia es en esta tierra el camino más corto para entrar de rondón en el templo de la gloria. Un par de años de buen toreo alcanzan más que veinte de buen pincel, de buena pluma ó de buenos discursos políticos; del mismo modo que cuatro horas de ferrocarril aventajan á ocho de galera. Costillares, Pepe-Illo, Pedro Romero, Montes y los buenas maestros que hoy viven, son más conocidos, más famosos y más admirados que la generalidad de nuestras eminencias artísticas, políticas y literarias. Pero á estos mismos lidiadores no les faltan enemigos que hagan mella en su renombre, como tampoco les faltaron en sus mejores tiempos al populachero Riego, al Duque de la Victoria y á D. Modesto Lafuente.

Los adversarios de Zorrilla tienen, tras de ser vergonzantes, la desgracia de que nada han podido contra el poeta: hacen lo que las olas que pretenden destruir y solamente consiguen bañar, refrescar y pulimentar la ingente mole de cabo Espartel. Mientras los tiempos y la moda ejercieron su oficio con la *Pata de cabra*, *Pelayo*, *Trovador*, *Rey monje*, *Carlos segundo*, *Verdades amargas*, *Tanto por ciento* y otras composiciones de altísimo renombre y fama en su época, el *Tenorio*, á despecho de burlas, sátiras y parodias, reverdece y fructifica todos los años en cuantos coliseos tiene España y América. Y como el fenómeno se repite hace medio siglo, sucede que los que vieron el drama siendo niños, llevan ahora á sus nietezuelos para que se admiren de las valentías de *Don Juan*, y se embelesen con la fluidez de los versos, y se asusten con las escenas de los muertos, y se sobrecojan con el ruido del pistoletazo y se emboben con la decoración de la gloria. Y las mujeres más distinguidas y las más ruines, los sabios y los ignorantes, los próceres y la hez del pueblo, los religiosos y los impíos, los liberales y los serviles, todos se complacen y se alborozan con las bravatas de *Don Juan*. Pocos espectáculos hay más encantadores, á mi gusto, que la representación del drama en algún teatro de segundo orden, donde el público sea público y no pertenezca á lo que llaman *sociedad escogida*. Entonces no atiendo al escenario; contemplo tan sólo las caras de aquellos espectadores que sin ficción ni disimulo revelan en semblantes, palabras y movimientos las impresiones que reciben. Hago el cambio de la carátula por la verdad, y de este manantial inagotable siempre brotan sorpresas, novedades y episodios de tal naturaleza que no es posible inventarlos, y que quizá algún día me muevan á escribir varios renglones sobre los *Reflejos del Tenorio*. Nunca traté de este particular con Zorrilla, pues mi única adulación (lo confieso) consistió en no hablarle ni para bueno ni para malo de su *Don Juan*, sabiendo que le enojaba y molestaba dicho tema.

Si se perdiesen todos los ejemplares de la obra, sería fácil reproducirla con el auxilio de cuantos la saben de memoria y conocen, no sólo á sus principales personajes, sino también á *Ciutti*, *Buttarelli*, *Brígida*, *Lucía*, *Centellas*, *Avellaneda*, etc. En la conversación, en cartas familiares, en discursos políticos y en artículos de periódico, se aplican infinidad de versos de una comedia tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que de ella puede también decirse que los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran. No hay por consecuencia necesidad de evacuar las citas de

Á la justicia burlé,
Y á las mujeres vendí.....

Desde la princesa altiva
Á la que pesca en ruin barca.....

Ha recorrido mi amor
Toda la escala social.....

Son pláticas de familia
De las que nunca hice caso.....

¡Comendador, que me pierdes!

Llamé al cielo y no me oyó.

No os podéis quejar de mí
Vosotros á quien maté.....

Doña Inés del alma mía:
¡Virgen santa, qué principio!

Pon vino al Comendador.

Hombre es Don Juan que, á querer,
Volverá el palacio á hacer
Encima del panteón....., etc., etc., etc.

Todo el mundo sabe que estos versos pertenecen al drama del cual ha dicho, con tanta profundidad como acierto, el insigne Fernanflor, que «el día en que anunciándose *Don Juan Tenorio* estén vacíos los teatros, España habrá llegado á su completa civilización; pero no será España.»

En el carácter de Zorrilla me encantaban la modestia y el olvido de su gloria, de su valer y de su fama. Era la antítesis de Víctor Hugo: en el poeta francés todo respiraba jactancia y vanidad: cada palabra suya había de valer como versículo de la Biblia: se juzgaba una especie de Mesías enviado al mundo para restaurar las letras y hacer temblar

(c) Ministerio de Cultura 2006

á los reyes. El vate castellano fué la personificación de la sencillez y de la humildad. Casi por compromiso, y como á regaña dientes, accedió á que lo coronasen. Cuando de este punto se trataba, decía con encantadora buena fe que en puridad no hubo tal coronación —*porque yo tuve mucho cuidado, y bien lo sabe el Duque de Rivas, de que la corona no me tocara en la cabeza!!!*

De todos modos, y tocárale ó no la corona en la cabeza, la espléndida y fastuosa ceremonia de Granada fué el obsequio que el pueblo y el monarca tributaban en vida al poeta, y que luego corroboraron el monarca y el pueblo ante los restos del insigne vate. Á nadie se le antojó preguntar en la fúnebre ceremonia quién era Zorrilla. Todos, aunque no lo sabían expresar, sabían sentir con Emilio Ferrari que

Era de aquella raza de gigantes
Que trajo el siglo en su feliz comienzo,
Genios sublimes y ánimos constantes
Que dejaron sus huellas palpitantes
En el libro, en el mármol y en el lienzo.

Nadie ignoraba que Zorrilla era un celebérrimo poeta que no hizo coplas ni á la libertad ni al despotismo; que convirtió en cursis y empalagosos á todos sus imitadores; que no se mezcló en asuntos políticos, y á quien, si no le ocurrió jamás descender á senador ó diputado, hubo sí de honrar á la *Academia Española* y á la Cruz de Carlos III. Y digo esto en el sentido de que ni Larra ni Balzac perdieron nada con no ser académicos, ni Quevedo y Velázquez acrecentaron su gloria por llevar en los pechos la cruz de Santiago.

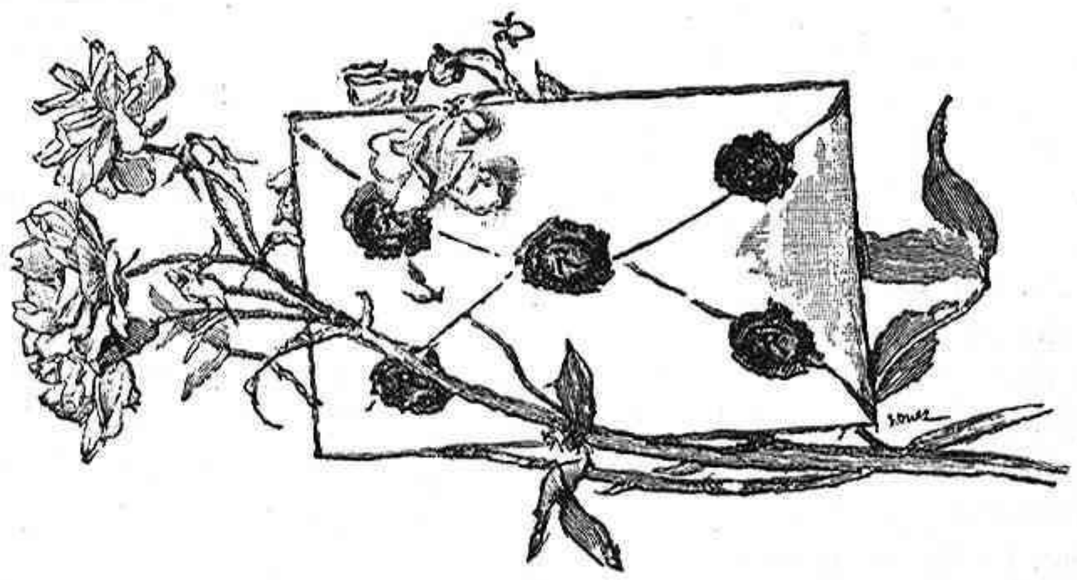
Trátase hoy de erigir un monumento á D. José Zorrilla, *no sólo famoso poeta, sino el más famoso de los poetas españoles del presente siglo*, según lo califica el ilustre académico Marqués de Valmar.

En la circular donde Menéndez y Pelayo trata de dicho asunto, dice que el trofeo se levantará «en la plaza pública, á la luz radiante del sol, en mármol ó en bronce, y por unánime concurso y decreto de los ciudadanos, desde los más humildes hasta los más encumbrados, desde los sabios hasta los indoctos..... No será una corporación, una colectividad, una escuela, un partido, un establecimiento oficial, una institución privada quien levante este monumento á la poesía española. España entera será, y con ella las naciones que ella trajo á la civilización, y en quienes persisten su sangre, su lengua y su espíritu.»

El bizarro y elocuente escrito del sin par Menéndez y Pelayo es digno de la fama del sin par Zorrilla. Si el monumento artístico corresponde (que sí corresponderá) á los verdaderos y justos deseos de la galana invitación que inicia la idea, tendrá el cantor de Granada el mejor que á poeta alguno se haya erigido en el mundo. Pero si al lujoso trofeo de mármol y bronce que dará á conocer al hombre por *fuera*, se quiere unir el de papel y tinta que nos lo muestre por *dentro*, ninguno, á mi juicio, más útil, curioso y apropiado que el libro en cuyas páginas se impriman cuantas misivas puedan hallarse del eximio poeta, dirigidas á sus parientes, á sus amigos y á sus relacionados. El Epistolario de Zorrilla enseñará á las gentes que la bondad de su corazón corría parejas con la alteza de su numen, y que las coronas de oro y de laurel que recibió en vida, no lo relevaron de las penas y amarguras que tanto abundan en este valle de lágrimas.

El Doctor Thebussem.

Medina Sidonia: año de Mdcccxciii.



(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID BIBLIOTECA

GAITA Y SERMON

Á MIS AMIGOS DEL CENTRO DE ASTURIANOS DE LA HABANA

I.

Por la orilla del Nalón
Y en un burro matalón
Camina el Padre Tadeo,
Arremangado el manteo
Y calado el *canalón*.
Festeja Valdepomar
Á Santa Rita bendita,
Y el alcalde del lugar
Le ha llamado á predicar
El sermón de Santa Rita.
Va el Padre muy abstraído,
Sin temor á los retozos
Del pobre burro aburrido,
Mascullando algunos trozos
Del sermón que se ha aprendido.
Al tomar por un sendero
Que espeso zarzal señala,
Se le une de compañero
De marcha *Pin el Gaitero*,
Que va vestido de gala.

—

—Buenas tardes, señor cura.
—Buenas tardes nos dé Dios,
Dice el Padre con finura.
—¿Iremos, se me figura,
Al mismo pueblo los dos?
—Yo voy á Valdepomar.
—Yo también voy á tocar
Esta noche en la *foguera*.
¡Buen sermón va usté á soltar!
¡Lo mismo que si lo oyera!
—Hombre, gracias.
—¡Ya lo creo!
¿No es usté el Padre Tadeo?
—El mismo.
—¡Yo bien decía!
¡Si ya le oí á usted el día

(c) Ministerio de Cultura 2006

De la Virgen en Langreo!
¡Si tengo yo muy presente
Aquel sermón! ¡De qué modo
Pintó el infierno á la gente!
¡Si se veía talmente
Al diablo con rabo y todo!.....
—No, no tanto.
—Sí, señor.
Le juro á usté, á fe de *Pin*,
Que no hay un predicador
Que hable más claro y mejor
Y que sepa más latín.
¡Lo que es en Valdepomar
Ya saben lo que han buscado,
Y usted ya se hará pagar!
—Hombre, nada hemos tratado
Sobre ese particular.
Me escribieron: «Venga usté»,
Y yo les dije: «Allá iré.»
—Yo hago tratos más seguros.
Con el alcalde ajusté
Mi trabajo en doce duros.
—¡No está mal! ¡Bien se portó
El alcalde!
—No me quejo;
Pero sepa usted que no
Se encuentra en todo el concejo
Un gaitero como yo.
Sé tocar una *alborada*
Que no miento si le digo
Que no la hay más afinada;
Y en una misa cantada
No hay quien se meta conmigo.
Verá usted. Voy á tocar
Y así podrá usted juzgar.....
—¡No! ¡no! Muchas gracias, *Pin*.
El burro no es *espantín*,
Pero se puede asustar.
—Bueno, bien; como usted quiera.
—¿Falta aun mucho camino?
—¡Quiá! ¡Ni una hora siquiera!
En pasando aquel molino
Tomamos la carretera.

—

El uno del otro al lado
Y en amistoso palique,
Llegan al pueblo citado
El Padre cura montado
Y el gaitero de espolique.
Apenas los ven llegar,
Los reciben con tambor
El alcalde del lugar,
Y el cura y el coadjutor
Y todo Valdepomar.
¡Qué alborozo! ¡qué alegría!
—«¡Que viva *Pin el Gaitero*!»
Toda la gente decía;
Y era el alcalde el primero
Que los vivas repetía.

Y hay que decir, en honor
De la verdad, que en tal paso
Sufrió el cura con rubor
Que apenas hicieran caso
Del Padre predicador.

II.

En el amplio castañar
Donde la gente venera
A su santa tutelar,
Celebra Valdepomar
La renombrada *foguera*.
Hay bombas y *voladores;*
Farolillos de colores
Decoran la vieja ermita,
Y en el fondo Santa Rita
Brilla entre luces y flores.
¡Cuánta gente! ¡Qué expansión!
¡Qué voces! ¡Qué animación!
¡Qué mezcolanza tan rara
De bulliciosa algazara
Y cristiana devoción!
Se abre de sidra un tonel,
Y allá acuden en tropel
Los bebedores no escasos;
Y hay quien se bebe cien vasos
¡Y aun se queda á media miel!
Todos comen, beben, juegan.....
Aquí unos chicos se pegan
Y caen rodando al suelo,
Y allá los mozos se entregan
Al alegre *xiringüelo*.
Dirige *Pin*, animoso,
Este baile cadencioso.....
Le oye el público extasiado,
Y está el alcalde orgulloso
Con haberle contratado.
Renueva la confitera
Cien veces su mercancía,
Y pronto la avellanera
Muestra su cesta vacía
Apoyada en la cadera.
Los de la *danza* aprisionan
En el centro á los curiosos,
Y más y más se eslabonan,
Y en dulces cantos entonan
Historias de héroes famosos.....
Se oye allá abajo, en la fuente,
Cantar monótonamente
«*La bendita Magdalena*»,
Y hay *¡ixuxú!* que resuena
En las montañas de enfrente.
Al fin, la gente cansada
Va abandonando la ermita,
Y casi de madrugada
Termina la renombrada
Foguera de Santa Rita.

(c) Ministerio de Cultura 2006

III.

Son las diez.—Ya va á empezar
La fiesta, y honrando á Dios
Los vecinos del lugar,
Lucen este día los
Trapitos de cristianar.
Se oye en el templo el zumbido
De los monótonos rezos;
Y como nadie ha dormido,
Interrumpe algún ronquido
El rumor de los bostezos.
Fuera, la gente impaciente
Sólo aguarda la función;
Y no siendo suficiente
La ermita para la gente
Que quiere oir el sermón,
En el castañar frondoso,
Y atado al tronco rugoso
Del arbol más corpulento,
Alzó un vecino mañoso
Un púlpito en un momento.
Suena la alegre campana;
Disparan en la quintana
Cohetes de dinamita,
¡Y retiembla Santa Rita
En la insegura peana!

Ya sale la procesión,
Y en correcta formación
Va siguiendo el derrotero
Que marca *Pin el Gaitero*,
Que va al lado del pendón.
Llegan al sitio fijado;
Queda el séquito parado;
Termina el triunfal paseo,
Y sube el Padre Tadeo
Al púlpito improvisado.

Con voz unas veces grave
Y otras melodiosa y suave
—Como exige la oratoria—
Habla como aquel que sabe.....
Que tiene buena memoria.
Mas ¡ay! tanto se ha extendido,
Que apenas hay ya quien pueda
Prestar atención, ni oido,
¡Y hasta el alcalde se queda
Profundamente dormido!
Termina al fin el sermón;
Da vuelta la procesión
Por la ruta ya marcada;
Sigue la misa cantada,
¡Y se acaba la función!

—¿Qué tal el sermón? decía
Uno que tarde acudía;
Y respondió una devota
Que ella, la verdad, no había
Comprendido ni una jota.
Sin embargo, el coadjutor,
Que presume de orador,
Afirmaba sin dudar
Que aquel sermón fué el mejor
Que se oyó en Valdepomar.

IV.

Al terminar la anunciada
Comida, en que hubo *fabada*,
Y truchas en escabeche,
Y pollos y carne asada,
Y jamón y arroz con leche,

(c) Ministerio de Cultura 2006

El alcalde, entre el mareo
Y la angustia del empacho,
Dijo:—Es tarde, y yo deseo
Que *Pin* y el Padre Tadeo
Pasen conmigo al despacho.
Y añadió, abriendo un cajón:
—Estos doce duros son
De *Pin*.
—Gracias.
—No hay de qué.
Y, Padre, aquí tiene usté
Seis duros por el sermón.
¡Ajajá! ¡Perfectamente!
Los dos muy bien se portaron
Y está contenta la gente.
(Y el Padre y *Pin* se miraron
Significativamente.)
Guardáronse su dinero;
Y viendo el Padre—¡oh rubor!—
Que aquel alcalde grosero
Pagaba más á un gaitero
Que á todo un predicador,
Despídese amable y fino
De los que á la mesa estaban,
Y cejijunto y mohino
Baja á montar el pollino
Que á la puerta le ensillaban.
Con él bajan sin tardar,
Pues le quieren despedir;
Y le ayudan á montar,
Y á punto ya de marchar
Vuelve el alcalde á decir:
—Mande usted, si le conviene.
Ya sabe usted que aquí tiene
Un pueblo para un apuro.
Conque, hasta el año que viene,
Que vendrá usted, de seguro.
—¿No he de venir? ¡Sí, señor!
(Contestó el Padre, chancero.)
¡Mas no de predicador!
—¿Cómo?
—¡Vendré de gaitero
Y saldré mucho mejor!

VITAL AZA.

Mieres (Asturias), 1893.

LA BARCA DE MARLOT.—CUADRO DE A. MINET.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

EL DRAMA DE LUIS

—DÓNDE vas tan de mañana, amigo Jiménez?.....

—Vente conmigo y lo sabrás.

Y como no tenía cosa urgente que hacer, acompañé á mi amigo desde la Puerta del Sol, donde le había encontrado, hasta la parroquia de San José, en la calle de Alcalá, donde entramos. En el vestíbulo del templo le pregunté:

—¿Qué vienes á hacer aquí en día de trabajo?.....

—Vengo á oir misa, y supongo que me acompañarás.

—De muy buena gana.

Penetramos en la iglesia: mi amigo dirigióse á la sacristía, y le seguí.

Habló con un sacerdote que estaba revistiéndose para celebrar el Santo Sacrificio, y luego salimos. Á poco, el sacerdote comenzó la misa en uno de los altares laterales. Jiménez la oyó arrodillado con la mayor devoción. Cuando terminó la misa, Jiménez me dijo:

—Esperemos que salga de la sacristía el señor cura, que tengo que darle la limosna acostumbrada.

No tuvimos mucho que esperar. Salió el anciano clérigo, Jiménez le dió un duro, se despidió de él afectuosamente y salimos á la calle.

—¿Es hoy—le pregunté—aniversario de la muerte de alguna persona de tu familia?.....

—De la muerte de un amigo muy desgraciado. Hace diez años que murió, y mientras yo viva no le olvidaré ni perderé la costumbre de oir en este día 13 de Abril una misa en sufragio de su alma. Tú no le conociste, me parece; en aquella época estabas ausente de Madrid.

—Es verdad. Cuéntame la historia de tu amigo, que creo ha de interesarme.

—Sí te interesará. Si le hubieses conocido, te habría sido sumamente simpático por sus hermosas prendas..... Vamos á dar un paseo por el Retiro, y te contaré la historia del pobre Luis González y González. Era hijo de un abogado muy honrado de Sevilla, que murió joven aún, sin dejar á su viuda y á su hijo más fortuna que la propiedad de una casa en una calle próxima á la Alameda de Hércules. El padre fué muy mi amigo, y me había nombrado su testamentario. Las operaciones de la testamentaría fueron cosa por demás sencilla; la herencia era cortísima: unos cinco mil duros que valía la casa, libros de derecho, varios cuadros y algunas alhajillas de escaso valor. Fuí á Sevilla con este motivo, y conocí á Luis, un muchacho de veintitrés años, guapísimo, de carácter dulce y candoroso, que adoraba á su madre, buenísima señora que lloraba inconsolable su desgracia, y habría muerto de pena si no hubiese tenido un hijo tan bueno como Luis. Éste había seguido la misma carrera de su padre, pero con poca afición, con lo que aquel excelente amigo mío vivió muy contrariado los últimos años. Luis había dado en poeta, y escribía versos con suma facilidad, versos que sonaban muy bien al oído y le valían grandes éxitos en las tertulias á que asistía, donde los recitaba á petición de solteronas no resignadas todavía, viudas sentimentales y señoritas cursis. La pobre madre participaba de este entusiasmo, y sentía que su marido no se holgara, como ella, de que Luis *hubiera nacido poeta*, frase que oía repetir á los admiradores de su hijo. El padre, con su recto buen sentido, comprendía que Luis, con toda aquella hojarasca de sus ampulosos versos, no iría á ninguna parte, y sonreía amarga y desdeñosamente cuando le decían que el muchacho iba á ser otro Calderón de la Barca. Hombre de exquisito gusto literario, mi amigo comprendía perfectamente que su hijo, si no tenía otro modo de vivir que el cultivo de las letras, viviría malamente.

Diez meses después de la muerte de mi pobre amigo, Luis me comunicó su resolución de venir á Madrid con su madre, con objeto de consagrarse á la literatura. En un certamen poético celebrado por una sociedad de Puerto Real, había sido premiada su *Oda al amor*, adjudicándole la flor natural, y me enviaba un ejemplar lujosamente impreso con portada de vistosas letras de purpurina. Á los pocos días tuve el gusto de recibir á la viuda y al hijo de mi amigo, que se instalaron en un modesto y alegre cuartito tercero,

(c) Ministerio de Cultura 2006

con entresuelo, del barrio de Salamanca. Luis quería mucha luz, mucho sol, mucho espacio, y para lograr estas ventajas no había cosa mejor que la extremada altura de aquel piso, desde cuyas ventanas disfrutaba la vista extenso, ya que no hermoso, panorama. Doña Dolores y su hijo habían vendido en cuatro mil duros la casita de Sevilla, y, en lo que les quisieron dar, la biblioteca de mi amigo; y con esto y con lo que Luis ganaría escribiendo, imaginaban que podrían vivir muy decentemente. No había que dudar que lo que Luis escribía era bueno; lo comprobaba el premio obtenido por su oda. Los juzgadores no sabían que él era el autor; por consiguiente, habían otorgado aquel galardón con la más absoluta independencia y por unanimidad, atendiendo sólo al mérito superior de la obra. Y eso que, lo sabía Luis, habían tomado parte en el certamen escritores de larga carrera y muy bien reputados de Sevilla, de Cádiz y de Madrid, pues nada menos que sesenta *Odas al amor* se presentaron en demanda del premio de la flor natural..... ¿Cómo serían las otras cincuenta y nueve?.....

No me atreví á hacer observación alguna que hubiera podido molestar al poeta y á su madre; pero no pude menos de experimentar un sentimiento de profunda conmiseración ante aquellos dos seres tan buenos y tan cándidos, enamorados de la gloria, de esa gloria cruel que muy pocos alcanzan en este mundo, y cuando la alcanzan han sufrido ya tales amarguras y penalidades, que más que la gloria les parece grata y envidiable la obscuridad en que vive el vulgo de los mortales.

Luis traía en la maleta poesías bastantes para hacer un par de tomos, pero no publicaría más que uno por lo pronto. Al efecto se proponía ver á los editores más nombrados, entre los cuales, á no dudar, encontraría quien quisiera publicar la obra por su cuenta. Él no sería exigente; aunque poeta ya laureado, no podía tener muchas pretensiones. Lo importante era que el libro se publicase. Además, traía el plan de un drama, es decir, traía muchos proyectos de obras teatrales, pero el plan del drama lo traía completamente acabado, y no había que hacer más que dialogar las escenas, lo más fácil del mundo para él, que le salían las redondillas de la cabeza sin el menor trabajo.

Medio año llevaban en Madrid la madre y el hijo, y éste no había encontrado editor para su tomo de versos. Todos le decían que los versos, aun de autores de gran renombre, se venden en este país poco, y no se atrevían, por consiguiente, á acometer la empresa de publicarle los suyos. Luis tuvo una idea feliz. ¿Por qué no había de publicar él su tomo? Bien sabía que tendría que gastar una cantidad relativamente considerable, pero todo el beneficio sería para él. La edición, ya se había enterado del coste, cuatrocientos duros dos mil ejemplares de 300 páginas, en papel riquísimo, con grandes márgenes, caracteres elzevirianos, iniciales de adorno en cada composición, portada á cuatro tintas....., en fin, un libro que sólo por lo bonito daría gana de comprarlo; 2.000 pesetas de coste, y 2.000 duros de producto, poniendo el ejemplar á 5 pesetas. De estos 2.000 duros descontaría un 25 por 100 de comisión á los libreros, quebranto de giro, tomos regalados, etc., etc. Quedábale, pues, una ganancia líquida de 5.500 pesetas. Como primer negocio, no era malo.

La pobre madre, á quien expuso el proyecto de publicación de su libro, lo encontró superior, y le animó á realizarlo. ¿Qué entendía de todo aquello la desventurada? El libro se imprimió, y Luis mismo llevó ejemplares á los periódicos, y vió á los libreros para saber cuántos ejemplares querían. El que más ejemplares quiso le pidió doce en comisión con el 25 por 100 de descuento. A fin del año haría la liquidación. Puso anuncios en los periódicos, con las señas del domicilio del autor, á quien se dirigirían los pedidos, acompañando letras de fácil cobro ó libranzas del Giro mutuo. De ninguna parte vino pedido alguno, ni siquiera de Puerto Real, donde el autor había sido premiado con la flor natural. En los periódicos se publicó algún breve sueltecillo por estilo de éste:

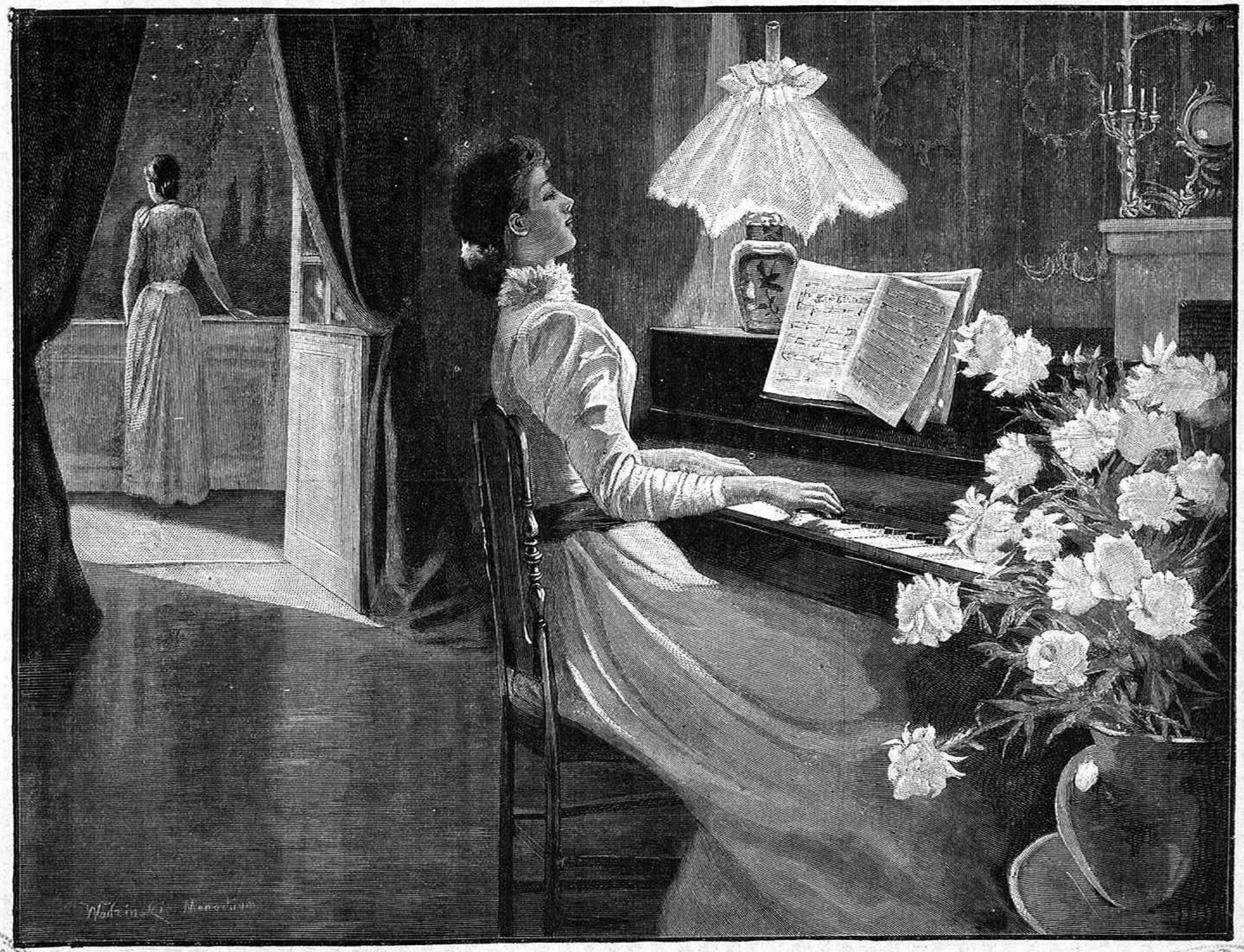
«Hemos recibido un ejemplar de la colección de poesías que ha publicado D. Luis González con el título *Inspiraciones del alma*. La edición es primorosa, y honra al establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra». El autor es un opulento joven aficionado á la poesía, que ha obtenido algún premio en público certamen, según hace constar el mismo en la portada de su libro.»

El desengaño de Luis fué dolorosísimo, terrible. Al fin del año recorrió las librerías para liquidar la cuenta. Todos los libreros, menos uno, le devolvieron el paquete que les había dejado. El que no le devolvió los 12 que había recibido le entregó 10, y 30 reales, y le dijo: «Y le advierto á usted que los dos que faltan no los he vendido, porque tengo muy buena memoria, apunto diariamente las obras que vendo, y no recuerdo que nadie me haya pedido ese libro. Sin duda se los llevó un dependiente infiel que tuve, y que se llevó también otros. Pero, en fin, yo soy un hombre de bien, y ahí van los 30 reales, y Dios se los cobre á quien me quitó los ejemplares.»

Luis estaba desesperado y enfermo. Traía una vida muy agitada. Concurría á los teatros y procuraba introducirse en la sociedad de la gente de letras y de los artistas. Habíase hecho amigo de un autor cómico que escribía por veinte ó treinta duros una comedia, y se los gastaba alegremente en cuanto los cobraba. Este ingenio extraviado le hizo conocer á dos ó tres actores que casi siempre estaban sin ajuste, y sólo en la segunda quincena de Octubre y primera de Noviembre desaparecían de la calle de Sevilla para ir á hacer el *Tenorio* por esos pueblos de Castilla. Estos cómicos y aquel autor á quienes Luis convidaba frecuentemente á comer en Fornos, lujo que ellos sólo se permitían cuando otro pagaba, le estaban muy agradecidos, y ya que no podían devolverle de otra manera el obsequio que frecuentemente les hacía, correspondían á sus favores con hiperbólicos elogios á su peregrino talento, y le hacían recitar sus composiciones poéticas para mostrarse entusiasmados ante las sigulares bellezas que en ellas encontraban, y estimulábanle á lanzarse á escribir para el teatro, asegurándole un éxito colosal cuando se representase el drama cuyo argumento les había contado..... Sobraba esto para trastornar el juicio á un visionario como Luis.

Ya no se acordaba siquiera del fracaso de su magnífico tomo de poesías. Cuando se representara el drama con el éxito que personas tan inteligentes como sus amigos le aseguraban, el público arrebataría de las librerías el tomo de versos de tan aplaudido y celebrado autor. Y se consagró con ardor á su drama. Las noches enteras las pasaba escri-

(c) Ministerio de Cultura 2006



NOCTURNO.—Cuadro de Wodzinski.

(c) Ministerio de Cultura 2006

biendo su drama, excitándose, por consejo de aquel otro autor tronera, con mucho café y ron..... Por este procedimiento no le faltaba nunca la inspiración; lo que le faltaba era la salud..... Siempre fué pobre su naturaleza, y el insomnio y los excitantes y el desorden en las comidas destruían rápidamente las pocas fuerzas que le quedaban.

Cuando terminó su drama ya había sufrido una merma de importancia el exiguo capital que habían traído á Madrid la madre y el hijo. Por fortuna, ya estaba concluída la obra, y en cuanto se la representaran podría reponerse de lo perdido, y también se repondría de salud, que era cada vez más precaria. Su pobre madre alarmábase mucho viendo que Luis tenía fiebre constantemente y el semblante cadavérico, pero él se reía de las aprensiones de su madre. Su calentura era consecuencia del esfuerzo de la producción poética, y la fatiga que experimentaba no tenía nada de particular..... «Los escritores, decía, sufrimos mucho intelectualmente, y este sufrimiento se manifiesta también en lo físico, pero es una enfermedad que la cura el triunfo. En cuanto yo lo obtenga, ya verás cómo tengo buen color y hasta puede que engorde como un ser vulgar. Hasta entonces déjame sufrir, que es un sufrimiento grato el mío; déjame soñar, déjame saborear esta fiebre bendita que ha de llevarme á la gloria.»

Así discurría el pobre Luis, que en medio de su devoradora calentura saboreaba con deleite el incomparable placer de la esperanza, de la seguridad del triunfo. Con su drama en la mano visitó á escritores conocidos, á notables actores y empresarios, y tantas veces lo leyó que hubiera podido recitarlo de memoria. Ninguno le dijo que el drama era malo: todo lo contrario le dijeron, y si uno le hizo alguna observación no la estimó acertada, porque los demás le aseguraban que la obra era buena y no tenía defecto.

Pero representarla era lo difícil. Un empresario tenía muchas obras, y no podría ponerla en escena en mucho tiempo; otro había experimentado pérdidas estrenando cuatro obras nuevas que fracasaron, y no quería estrenar nada más en aquella temporada. Otro no tenía la dama de carácter de su compañía todo el carácter que exigía el papel que había de hacer en el drama. Un actor eminente tuvo trece meses el drama sin leerlo ni devolverlo. Díjole al fin que lo pondría en escena, y á los ocho días firmó un contrato para América y se largó allá.

En estas alternativas de esperanzas y desalientos, el pobre Luis enfermaba gravísimamente. Ya había consumido casi todo el dinero que trajo: si fracasaba en su empeño de triunfar en la escena, habría llevado á su madre á la miseria, y él tendría que buscar una ocupación humilde con que pudieran comer los dos, y habría de renunciar á la gloria literaria, al sueño de su vida. Mejor era morir.

Un día volvió loco de alegría á casa y abrazó tiernamente á su madre. Su drama había sido admitido y lo iban á sacar de papeles. Había subido tan apresurado la escalera que apenas podía hablar. No bien había acabado de comunicar á su madre aquella feliz noticia, un torrente de sangre vino á su boca..... y como muerto cayó sobre una butaca. Acudió el médico, y después que el enfermo estuvo en el lecho y recetó lo que creía conveniente, dijo á la madre, cumpliendo su triste deber profesional, que estaba el desgraciado Luis muy gravemente enfermo. Fuí llamado por aquella infeliz y me instalé en la casa. Debía este sacrificio á la amistad con que me honró el padre del enfermo. Éste no se manifestaba alarmado: decía que aquel vómito de sangre le había hecho mucho bien....., y hablaba de su drama, del reparto que se iba á hacer, del gran talento de la dama, de lo bien que haría su parte el galán de la compañía, y del rumbo del empresario, que había ofrecido pintar una decoración nueva de jardín, con una escalinata practicable, alumbrada por la luna.

El día siguiente, después de una noche de penoso delirio, cuando creímos su madre y yo que reposaba tranquilo, le vimos salir de la alcoba como un espectro, diciendo que tenía que ir al teatro por si había ensayo. No hubiéramos podido convencerle de su locura; pero otro vómito de sangre le postró, y pudimos llevarle á la cama. El médico le prohibió en absoluto vestirse y salir de casa, y al marcharse me dijo: «No vivirá dos semanas. Estamos á 28 hoy: no llega al 15 del mes que viene. Es una lástima, pero la ciencia es impotente contra esa horrible enfermedad.»

No encuentro manera de expresar la desesperación del pobre Luis ante la imposibilidad de salir de casa. Su aflicción me llegaba al alma, y me costaba mucho contemplarle y contener las lágrimas que invadían mis ojos.

—Si yo no voy, no harán el drama ó lo ensayarán mal, y luego lo representarán mal—decía Luis con una profunda tristeza. Y luego se desesperaba, maldecía su suerte, y exclamaba:—¡Yo quiero ir, aunque me muera!—Y después le oíamos murmurar:—¡Dios mío, no quiero morir hasta que se haga mi drama!

Era preciso tranquilizarle; era obra de caridad endulzar los últimos días del pobre Luis, todo corazón, todo bondad y ternura. Pero ¿cómo?..... En las largas horas que velaba junto á su lecho, discurrí la única manera de hacerle soportables los días que tardaría en morir. Era preciso engañarle.

—Luis, le dije, el médico asegura que la quietud del cuerpo y del espíritu es el mejor remedio para que recobres la salud. Si continúas en esa agitación, en esa ansiedad en que te hemos visto estos días, no hay remedio para ti. Si tienes confianza en mí, te voy á proponer una cosa. Permite que yo me encargue de tu drama, que ya se está ensayando.....—«¿Sí? preguntó, sentándose en la cama, sacudiendo las ropas, mirándome con una alegría que hacía daño.....—Sí, querido Luis; y yo, que conozco el drama, como sabes, me propongo asistir á los ensayos y darte cuenta luego del efecto que me produzca y de las observaciones que hagan los cómicos y de las que yo les haga. En tanto, muy tranquilo tú atiendes á tu salud, cuidado amorosamente por tu madre y por una hermana de Nuestra Señora de la Esperanza, que va á venir desde hoy. Esto haremos por tu bien, y confiando en que tendrás juicio y cumplirás la palabra solemne que vas á darme de no intentar levantarte mientras no lo permita el médico.» En todo convino mi querido enfermo, y Dios le inspiró una hermosa idea.—«Convenido, me dijo, todo lo que usted me propone. Si usted cuida de mi obra, estoy tranquilo. Y para estar más tranquilo todavía y por si el médico se equivoca y yo me muero, deseo confesarme y recibir los Sacramentos.»

Y Jiménez tuvo que enjugarse las lágrimas al llegar á este punto de su narración.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—Recibió el desgraciado los Santos Sacramentos una hora después, y yo le dejé al cuidado de su madre para ir al ensayo. No había tal ensayo. El empresario había prometido hacer la obra de Luis, pero antes había de poner otras. Acaso lo prometió sin ánimo de cumplir su promesa. Todos los días salía yo *para ir al ensayo*, y á las cuatro horas volvía, y le contaba lo que había pasado. La dama estaba muy encariñada con su papel de *Violante*. Había dicho muy bien la escena del tercer acto con el marido, cuando éste descubría que Violante había bordado en su ausencia una banda para que la luciera Manrique en el torneo. La aparición de este Manrique en el momento de ir el marido á ahogar á su mujer con la banda bordada para aquél era de grandísimo efecto, y otros autores que estaban en el ensayo no habían podido menos de aplaudir, y uno de ellos había dicho: «Quien escribe esto no es un principiante, es un maestrazo.» Luis oía con arrobamiento estas mentiras, me estrechaba la mano con la suya sudorosa, y llamaba á su madre para besarla y decirla mil ternezas y porque oyera lo que yo contaba acerca del drama. Parecía á veces que Luis mejoraba, pero el médico mantenía su fatal pronóstico. Yo le confié la superchería de que me valía, y me dijo: «Desgraciadamente, no sabrá que usted le engaña. Luis no vivirá el 15 de este mes.» No solía equivocarse aquel médico. El día 10 Luis estaba muy animado; contaba con que dentro de dos ó tres podría levantarse, y en cuanto se estrenara su drama iría á pasar la convalecencia en Sevilla. Estaba sentado en la cama porque no podía estar acostado, y quería que se abriera la ventana para respirar con desahogo y ver las nubes que formaban mil caprichosas figuras..... El médico me dijo: «El fin se acerca. Le estoy haciendo una vida artificial, pero los médicos no podemos hacer esta vida más que muy corto tiempo.» Todo el afán del moribundo era el estreno de su drama. Esta idea le inquietaba profundamente, le hacía sufrir mucho.

El día 11 fuí al ensayo como los anteriores, y cuando vine, le dije: «Mañana se pone en escena tu drama.» Gruesas lágrimas salieron de sus ojos abrasados por la calentura, y apretándome la mano, me dijo con apagado acento:—«Jiménez, gracias; gracias por tantas pruebas de afecto. Yo me muero, conozco que me muero: me falta aire; me ahogo..... ¡Pobre madre! Si mi drama gusta, encárguese usted de cobrar los derechos para mi madre..... Conozco que debí seguir mi carrera, y que ha sido una locura soñar con la gloria literaria..... En fin, ya no tiene esto remedio..... Ahora que sepa yo que mi drama ha gustado y moriré tranquilo. No le dejo otra cosa á mi madre que lo que valga esa obra.»

La noche del 12, á la hora de acabar las funciones en los teatros, volví del estreno del drama de Luis. El médico, que, como he dicho, estaba en el secreto, entró conmigo: «¡Bravo, Luis! le dijo. Anímese usted: el drama ha gustado mucho; ha sido usted llamado á escena y el público no quería creer que está usted enfermo, como dijo el primer actor, y pedía que se le buscara á usted. Hay drama para mucho tiempo. Con que esté usted tranquilo, y á ponerse bueno. Mañana hablarán los periódicos mucho y bien del drama.—¿Es verdad? me preguntó Luis con voz que apenas se percibía.—Sí, Luis, un éxito completo.—¿Me traerá usted mañana algún periódico?—Sí, le contesté.» No había yo previsto que Luis querría leer la crítica de su drama. Á las dos de aquella madrugada iba yo á la redacción del periódico más leído en España, y contaba el caso al director, y le pedía el favor de imprimir en un solo número del día siguiente un suelto en que se diera noticia del éxito del drama de Luis. El amable director, compadecido de la situación del desgraciado escritor, me autorizó á escribir el suelto, y dispuso que se compusiera en las cajas, y luego se tirara un número sólo con aquellas líneas. Todo se hizo con la mayor diligencia.

Á las cinco de la mañana volvía yo á casa de Luis con el número del periódico.

—¿Quieres que te lea lo que dice de tu drama este periódico?—pregunté á Luis, que me miraba con los ojos muy abiertos, pero sin luz, sin vida.—«Sí, sí, me contestó con voz menos perceptible que la noche anterior.»

Y leí los elogios á su obra: que duraría largo tiempo en la escena; que demostraba el gran talento del poeta que la había escrito; que el público había aplaudido unánime todas las escenas de efecto, llamando con entusiasmo al autor al final de todos los actos, y por fin, que el drama quedaría de repertorio y daría á su autor mucho provecho y mucha honra. Luis tomó de mis manos con las suyas temblorosas el periódico, me pidió que le señalara donde estaba el suelto que le había leído, fijó en los renglones los nublados ojos y luego besó el papel, y exclamó: «¡Ahora, ya puedo morir!..... ¡Dios mío!..... ¡La gloria, la gloria!.....» Y cerró los ojos, apretando en su mano el periódico.

El médico vino una hora después, y viéndole tranquilo, sonriente, como si durmiera con dulcísimo sueño, nos dijo: «Extínguese su vida sin dolor..... Dentro de quince minutos, Luis habrá ganado la gloria verdadera.»

No fué posible abrir la mano del cadáver para quitarle el papel donde había yo escrito aquella mentira que le hizo tan dichoso en la hora de la muerte. Dios me habrá perdonado los embustes con que engañé al moribundo. Todos los años el 13 de Abril pido á Su Divina Majestad por el alma buena del infeliz enamorado de la gloria.

—¿Y la madre?—pregunté á Jiménez.

—Sobrevivió muy poco tiempo á su hijo; tan poco tiempo, que la pobre no llegó á conocer las angustias de la miseria.

CARLOS FRONTAURA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

CIENTÍFICO, LITERARIO
MADRID
BIBLIOTECA

EL CIELO EN 1894.

SOL.—Las fluctuaciones de la energía solar en el período de máxima actividad que en la época presente atraviesan, continuarán ofreciendo en 1894 singular atractivo, por ser ahora precisamente cuando ha de determinarse la forma general de la curva que representa aquellas fluctuaciones en su tendencia al descenso. El espíritu cultivado que siga con interés las vicisitudes de la inmensa hoguera cuyas radiaciones se transforman en vida y movimiento sobre el planeta que habita, ha de sentir, por consiguiente, inexplicable satisfacción en consagrar sus mejores momentos á un estudio que le permite penetrar en los arcanos de la Creación, y tanto le eleva sobre el común de los mortales.

MERCURIO.—Será estrella de la mañana, mostrándose en las condiciones más favorables para la observación, en los días siguientes: 10 de Abril, 8 de Agosto, 27 de Noviembre; y estrella de la tarde, en los días 25 de Febrero, 22 de Junio, 18 de Octubre. Para nuestro hemisferio, la mejor elongación ó máxima separación del Sol será la del 22 de Junio; y para la América del Sur, la del 18 de Octubre.

VENUS.—Brillará como estrella de la tarde durante la primera mitad del año, ofreciendo su mayor resplandor el 24 de Marzo, y hallándose lo más separado del Sol el 27 de Abril, en cuyo día pasará por el meridiano cerca de tres horas después que el aludido astro.

La duración del movimiento de rotación de Venus, lo propio que de Mercurio, son dos problemas que no han recibido todavía solución satisfactoria; por manera que los aficionados que dispongan de un buen instrumento de cuatro ó cinco pulgadas de abertura, podrán emprender este estudio con la esperanza de contribuir á esclarecer una cuestión que hoy preocupa al mundo sabio. Lo esencial es aquí cerciorarse de la existencia de alguna mancha que radique indudablemente en el suelo del planeta, y fijar su posición sobre el huso iluminado.

Una observación de este género entrañaría verdadera importancia en otro concepto, por lo excepcional de que sea visible el suelo de Venus, pues de las observaciones polariscópicas que he comunicado á la Academia de Ciencias de París (1), resulta definitivamente demostrado que, á excepción de las regiones polares, aquel globo se halla habitualmente envuelto en una densa atmósfera nebulosa, lo cual explica su deslumbradora blancura.

Las observaciones que á este planeta se contraen reclaman condiciones atmosféricas excelentes, en razón de que el extraordinario brillo del astro aumenta el efecto del centelleo, y es preciso, por lo tanto, aun con buen tiempo, observarle en pleno día ó al ponerse el Sol, á fin de que con una altura suficiente sobre el horizonte se aminore ó anule aquel efecto. De lo contrario, es fácil tomar por manchas ó por escabrosidades del círculo terminador lo que sólo son ondulaciones del centelleo, como ha sucedido no pocas veces, originándose de aquí innumerables dibujos de todo punto inexactos.

MARTE.—Desde los primeros días de Junio empezará á dejarse ver durante la segunda mitad de la noche en la constelación de la Ballena, corriéndose en Agosto á la de Piscis, en Septiembre á la de Aries, y retrogradando á la anterior en Octubre. La oposición tendrá efecto á mediados de Octubre, en cuya época su diámetro aparente medirá 26″, cifra algo inferior á la que alcanzó en 1892, por donde es fácil colegir que su examen no podrá ser fructuoso sino empleando instrumentos más potentes que los que manejan por regla general los aficionados.

JÚPITER.—De Enero á Abril se encontrará situado entre las constelaciones de Aries y Tauro, al Sur de las Pleyadas; y de Noviembre á fin de año en la de Géminis, entre las estrellas ε y μ. Su oposición ocurrirá el 22 de Di-

(1) *Comptes Rendus* del 27 de Junio de 1892.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ciembre, en cuyo día su altura máxima sobre el horizonte de Madrid será de 72° 49′, poniéndose á 7h 29m de la mañana siguiente.

Al redactar en Junio de 1892 mi reseña del cielo para el ALMANAQUE del 93, y expresar allí que alguna nueva sorpresa nos tendría preparada el coloso de los orbes planetarios, estaba bien lejos de pensar que aquellas líneas encerrasen una profecía, dado que nada hacía prever un verdadero descubrimiento, como lo es el del quinto satélite del gigantesco planeta, verificado en la noche del 9 de Septiembre último por el sabio Barnard, astrónomo del Observatorio del Monte Hamilton, en California.

El nuevo astro es tan pequeño, que hasta ahora sólo ha podido ser distinguido con el poderoso anteojo empleado por Barnard, el mayor del mundo, y con los de los Observatorios de Ealing, Princenton y Dearnborn, ignorándose todavía sus dimensiones reales, si bien ha sido dado estimar que su diámetro no excede de 160 kilómetros. Efectúa en 11h 57m 23s su revolución alrededor de Júpiter, de cuyo centro dista, por término medio, 180.000 kilómetros, casi el límite que hace su existencia posible, como satélite, pues el eminente geómetra Roche ha demostrado que á una distancia menor todo cuerpo hubiera sido destrozado por la acción de las mareas del planeta.

Las horas de los eclipses de los satélites clásicos y de los pasos de sus sombras sobre el disco, van indicadas en la adjunta lista. Las sombras recorrerán sensiblemente los trayectos indicados en la figura de Júpiter para el ALMANAQUE de 1892.

ECLIPSES DE LOS SATÉLITES.

2	Enero	I	á	5h	34m	29s	emersión.
9	»	I	á	7	0	47	em.
16	»	I	á	9	26	40	em.
23	»	I	á	11	22	34	em.
24	»	II	á	9	4	42	inmersión.
»	»	»	á	11	20	1	em.
25	»	I	á	5	51	30	em.
28	»	III	á	5	7	14	in.
»	»	»	á	6	48	44	em.
1	Febrero	I	á	7	47	25	em.
4	»	III	á	9	8	33	in.
»	»	»	á	10	51	8	em.
8	»	I	á	9	43	19	em.
18	»	II	á	6	10	30	in.
»	»	»	á	8	26	38	em.
25	»	II	á	8	46	29	in.
»	»	»	á	11	3	3	em.
3	Marzo	I	á	10	9	50	em.
12	»	I	á	6	24	25	em.
»	»	III	á	7	3	7	em.
11	Noviembre	I	á	9	53	26	in.
15	»	II	á	9	20	34	in.
18	»	I	á	11	47	16	in.
22	»	II	á	11	55	47	in.
25	»	III	á	7	27	52	em.
27	»	I	á	8	9	43	in.
2	Diciembre	III	á	8	50	50	in.
4	Diciembre	I	á	10	3	51	in.
13	»	I	á	6	26	49	in.
17	»	II	á	8	58	33	in.
29	»	I	á	6	56	39	in.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

1	Enero	I	á	6h	10m	entrada.
				8	22	salida.
»	»	II	á	6	39	ent.
				9	1	sal.
3	»	III	á	4	9	sal.
8	»	I	á	8	5	ent.
				10	17	sal.
»	»	II	á	9	18	ent.
				11	40	sal.
15	»	I	á	10	0	ent.
				12	13	sal.
24	»	I	á	6	24	ent.
				8	37	sal.
31	»	I	á	8	19	ent.
				10	32	sal.
2	Febrero	II	á	6	33	ent.
				8	55	sal.
22	»	III	á	7	12	ent.
				9	11	sal.
23	»	I	á	8	34	ent.
				10	47	sal.
2	Marzo	I	á	9	13	ent.
				10	29	sal.
6	»	II	á	6	26	ent.
				8	49	sal.
11	»	I	á	6	54	ent.
				9	7	sal.
27	Octubre	I	á	8	56	ent.
				11	9	sal.
30	»	II	á	9	1	ent.
				11	35	sal.
14	Noviembre	III	á	11	2	ent.
				13	46	sal.
19	»	I	á	9	6	ent.
				11	22	sal.
26	»	I	á	11	0	ent.
				13	16	sal.
1	Diciembre	I	á	8	38	ent.
				11	14	sal.
5	»	I	á	7	22	ent.
				9	38	sal.
12	»	I	á	9	16	ent.
				11	33	sal.
20	»	III	á	6	56	ent.
				9	46	sal.
21	»	I	á	5	37	ent.
				7	56	sal.
26	»	II	á	5	45	ent.
				8	22	sal.
27	»	III	á	10	56	ent.
				13	47	sal.
28	»	I	á	7	34	ent.
				9	50	sal.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Salvo raros casos, exceptuados por su importancia, sólo se han indicado los fenómenos observables á horas bastante cómodas.

SATURNO.—De Enero á Julio se dejará ver en la constelación de la Virgen, entre las estrellas ς y α ó *Espiga*, y estará en oposición el 11 de Abril, en cuyo día su altura aparente sobre el horizonte de Madrid, á la hora de su paso por el meridiano, ó sea á media noche, será de 43° 40′.

El anillo quedará un poco más visible que en la figura que lo representa en el ALMANAQUE de 1893.

URANO Y NEPTUNO.—De Mayo á Septiembre, el primero se hallará situado en la constelación de Libra, al Oeste, y muy cerca de la estrella α.

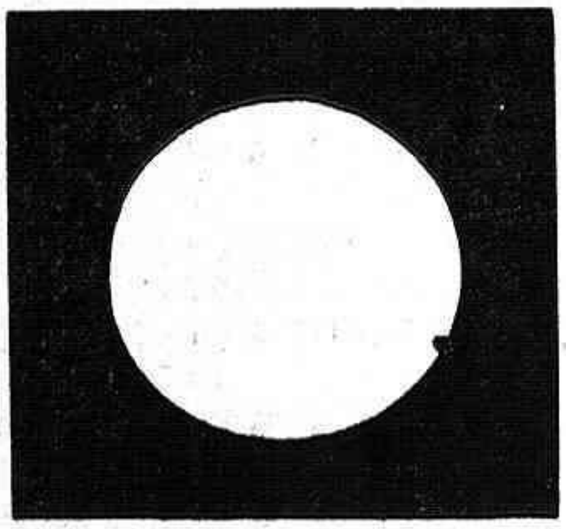
De Enero á Marzo se hallará el segundo en la constelación de Tauro, al Sur de la estrella τ. De Septiembre á Diciembre, un poco al Este de la misma estrella.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—Habrá dos de Sol y dos de Luna, de los cuales sólo será visible, en parte, en Madrid, el parcial de Luna que ocurrirá en la madrugada del 15 de Septiembre.

PASO DE MERCURIO POR DELANTE DEL SOL.—Este curioso fenómeno tendrá efecto el 10 de Noviembre, y será, en parte, visible en España, desde donde podrán observarse los dos contactos de la entrada. Las horas de estos instantes, calculadas por las fórmulas astronómicas rigurosas, serán, para Madrid:

Primer contacto exterior, 3h 40m 14s
» » interior, 3 42 18.

En anteojos que den la imagen invertida, la entrada se verificará por el punto del disco solar indicado en la figura adjunta.



El Sol se pondrá en dicho día á 4h 48m.

Se supone, naturalmente, que los relojes empleados en estas observaciones se hallan perfectamente arreglados al tiempo medio.

LA TIERRA EN 1894.—Este epígrafe sorprenderá tal vez al lector, quien se preguntará, desde luego, si no es cosa averiguada que la Tierra ha de continuar ocupando en cada día del año venidero los mismos lugares de su órbita que ocupó en los precedentes, ó si se trata de predecir algunos de esos trastornos geológicos que hunden vastos territorios en los abismos oceánicos ó los elevan á mayor altura, reproduciéndose ahora los cataclismos de que en remotas edades fué teatro el globo que habitamos.

Ni de lo uno ni de lo otro se trata, puesto que el planeta continuará navegando sin escollo en el piélago inmenso del espacio, y Francia y Alemania y los Estados Unidos y las regiones todas de su superficie subsistirán por ahora con el relieve y en el lugar que les fueron señalados al emerger del seno de los mares. Hasta España subsistirá con su configuración actual, y el nivel de sus diversos horizontes será el mismo que al presente ocupan, sin otra particularidad que el descenso de su nivel en lo que hace relación á la cultura intelectual, considerada en la esfera más elevada de sus manifestaciones.

La notable inferioridad relativa que acerca de este particular ofrece nuestro país, es un hecho que toda persona reflexiva debe reconocer y deplorar, siendo por cierto sensible que los años transcurran, que el siglo XIX se halle ya expirando, sin que se haya conseguido todavía despertar el amor al estudio y al trabajo que de él deriva, en todas las clases sociales, sin que la ciencia ocupe el preeminente lugar que se la concede en los países más florecientes, que son, con palpable evidencia, aquellos en que los conocimientos científicos se aprecian y se aplican.

Hace más de cinco lustros que oímos hablar en tono magistral, y con un énfasis frecuentemente huero de sentido, de civilización y de progreso, y sin embargo, nadie pára mientes en que ni la locomotora, ni el telégrafo, ni el teléfono, ni el análisis espectral, ni las doctrinas pastorianas, ni ninguno, en fin, de los portentosos inventos que han hecho cambiar la faz del mundo é impreso carácter al siglo en que vivimos, ha nacido en este suelo, ni fuera lógico que nazca, dadas las deficiencias de la pública instrucción.

Es harto notorio que con los planes de enseñanza que aquí se han ido sucediendo, poco ó nada se ha adelantado en este punto, y la primera prueba de ello es que entre los alumnos que han cursado la segunda enseñanza, plantel de jóvenes que más tarde han de ejercer decisiva influencia en los destinos de la patria, apenas se encuentra uno que sepa cuanto se le ha enseñado. Ni puede esperarse otro resultado, atendido al sinnúmero é inconcebible extensión de las materias exigidas, de donde resulta una completa falta de preparación para cursar con fruto los estudios superiores y la total carencia de esas nociones fundamentales que dan con el tiempo lucidez al concepto, rectitud al juicio, y son, en suma, como la clave de la vida.

Importa, pues, reducir el número de aquellas materias, y cursar con amplitud suficiente, pero no exagerada, las subsistentes, que debieran darse en seis años, ó sea á razón de dos cada año, en cursos de lección diaria, á excepción de la lengua francesa, así repartidos:

Primer año. Latín, Historia.
Segundo íd. Geografía, Literatura, Francés.
Tercer íd. Religión y Moral, Filosofía, Francés.
Cuarto íd. Zoología y Botánica, Aritmética y Álgebra.
Quinto íd. Mineralogía y Geología, Geometría y Trigonometría.
Sexto íd. Física, Química.

El primer curso de Historia Natural comprendería las aplicaciones á la higiene; el segundo, las relativas á la agricultura.

En todos los órdenes de la enseñanza hay que suprimir las vacaciones dentro del año escolar, y trazar las líneas generales de un programa claro y único para cada asignatura, armonizando la unidad de preguntas con la diversidad de textos, con lo cual se evitaría el caso de algún pro-

(c) Ministerio de Cultura 2006

grama que ni el mismo Newton podría comprender. Los exámenes han de ser rigurosos, y en las facultades, orales ó por escrito, á voluntad del alumno.

Si además se reorganizan y fomentan de un modo racional los estudios de aplicación, y la enseñanza primaria se atempera á la norma de simplificar los estudios y revestirlos de atractivo, se habrá dado un paso verdaderamente trascendental en el camino del progreso.

¿Comprende ahora el lector, no la *posición*, sino el *estado* de la Tierra en 1894? ¿Y comprende también por qué las dos soluciones del problema planteado al final de la reseña del cielo para el ALMANAQUE de 1893, á saber, $x = NR$ y $x = B$ y F, continúan siendo las más adecuadas? Recientemente se ha elevado el problema al tercer grado, y obtenido una nueva solución, $x = M$, solución igualmente aceptable si, como es de esperar, se identifica con el fundamento de las consideraciones que se acaban de exponer.

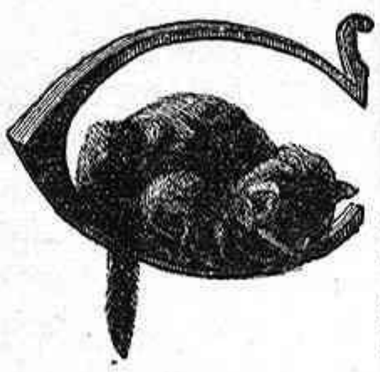
JOSÉ J. LANDERER.

¡BUENOS DÍAS!

(c) Ministerio de Cultura 2006

EN EL LIMBO

I.



Aí muerto en la calle, pero seguí viviendo mucho tiempo. Puedo atestiguar, porque lo he pasado, que así como hay en el feto una vida que no es vida, hay una muerte que no es muerte en el cadáver; que la naturaleza procede con sabia lentitud, así al formar como al destruir los organismos. Tenía conciencia de estar muerto, y aquel nuevo estado me parecía natural y no definitivo. Un bienestar físico había sucedido á las molestias corporales que, aun en plena salud, produce la gimnasia de la vida. Parecíame haber habitado hasta entonces en una fábrica atestada de máquinas, oficinas y operarios, y encontrarme en el mismo edificio, desalquilado y silencioso, pero tranquilo. Nunca había gozado con tal plenitud el descanso material, y sólo entonces comprendí que el vivir era un trabajo, y tal vez un castigo, y que el trabajar en vida, más bien que esfuerzo y pena, es una distracción que ayuda á olvidar el gran trabajo de vivir. Mis ideas se hicieron en parte más claras y en otro concepto más confusas: apenas me daba ya cuenta de lo que fueron las sensaciones corporales, como el hambre y los dolores de los miembros; y en cambio lo moral y espiritual se compenetraba tanto en mi substancia, que tomaba para mí una especie de consistencia material.

Poco á poco cesé de oir y ver; me encontré aislado: ¿dónde? no lo sé. ¿Residía aún en el cadáver? ¿Estaba en el sepulcro, ó en el espacio? Sólo puedo decir que estaba conmigo mismo, reconcentrado en la contemplación de mis merecimientos y mis culpas. Se me había dejado solo para hacer mi examen de conciencia, aprisionado en el bien y el mal que había hecho al vivir.

Y cuando me quejaba entre mí, un acusador invisible respondía:

—Tú lo quisiste: sólo sobreviven al hombre sus obras: tenías á tu alcance el mal y el bien; y como al cesar la vida sólo queda al espíritu lo puramente espiritual, cada cual se fabrica su paraíso y su purgatorio.

Y cuando el remordimiento era insufrible, suavizaba aquella pena, á modo de calmante, el recuerdo de una buena acción, y aun de un simple dolor por el mal de otro; que quien toma para sí parte de la tristeza ajena, es tan benemérito como quien se desprende de lo suyo para que lo disfruten los demás.

Y me preguntaba yo:

—¿Serán mis culpas eternas?

—Las culpas—me respondía la voz—tienen la extensión de su malicia. Lo hecho no tiene remedio: sufre y espera que sólo el bien es de naturaleza incorruptible.

—¿No hay manera de borrarlas?

—Borradas las tenías, al parecer, para los demás, pero no para ti: que debajo del borrón de tinta continúa escrita la palabra para aquel que la ha tachado.

II.

—Cesó tu purgatorio—dijo una voz dulce y muy conocida para mí. Era ese amigo inseparable que escucha lo que pensamos y presencia cuanto hacemos; el Ángel de la Guarda.

—¿Adónde voy ahora?

—Al Limbo.

—¿Á mi edad?

—¿Acaso has dejado de ser niño? Esa circunstancia atenuante te ha salvado de otras penas. El fiscal pedía el castigo de todas tus culpas, y te he defendido por poeta.

—¡Ah! ¿Tienen privilegios en esta vida los que hicieron versos en la otra?

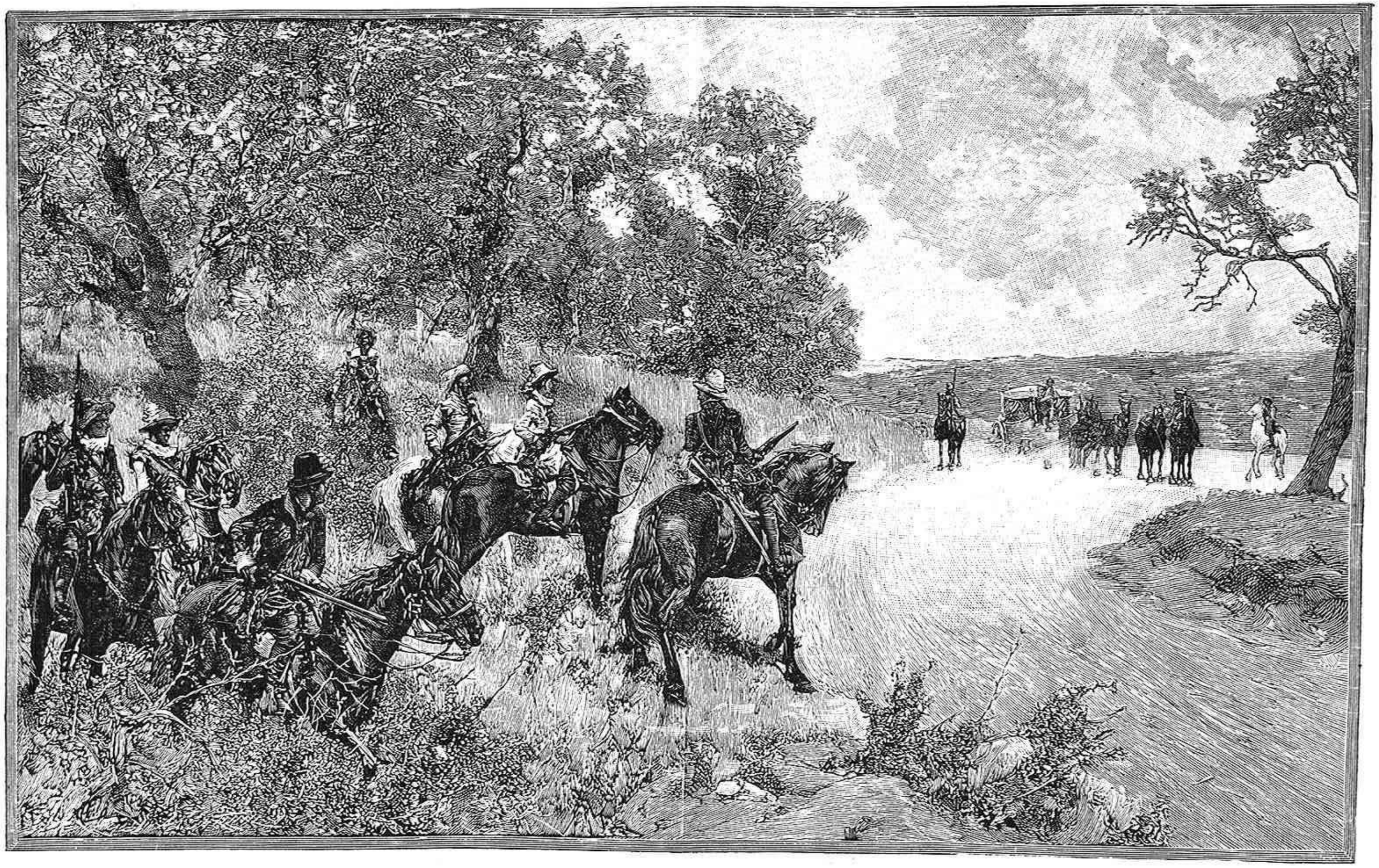
—Versos y prosa dirás: que la poesía no es sólo forma, sino esencia, y has pasado tu vida en leer á los poetas é imaginar como ellos ficciones y locuras. Esa distracción continua te ha librado de muchas malas acciones, desahogándote con algunas obras malas. Y aunque nada hubieras escrito, bastaría para calificarte de poeta tu afición al arte y el haberle dado tal importancia en tu paso por el mundo.

—¿De modo que el Limbo viene á ser lo que habíamos dado en llamar el Parnaso?

—No; hay otras muchas gentes irresponsables: los niños, los imbéciles y locos; los artistas; los que inventaron

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



AVENTURA DE GIL BLAS EN UNIÓN DE LOS BANDOLEROS.

(Capítulo IX, libro 1.º)

Cuadro de D. José Moreno Carbonero.

(c) Ministerio de Cultura 2006

cosas inútiles; los que se perdieron por amor: es el índice muy largo.

Á todo esto el ángel me conducía de la mano por un camino muy iluminado, que resultó ser la Vía Láctea.

III.

No es posible imaginarse las miriadas de criaturas que jugaban en aquel paisaje encantador, trepando por los árboles, y cayendo de ellos sin hacerse daño; amontonándose unos sobre otros como la arena, sin sofocarse, y cayendo por un monte en forma de cascada para seguir corriendo como un río de niños. Otros evolucionaban en una gran llanura, enlazados por la cintura, formando eses y círculos. Y era maravilla no oirse un solo llanto, ni verse sino caritas risueñas y cabezas rubias, albinas, pelinegras ó enteramente lisas. Por allí se columpiaban de las ramas; allá cabalgaban en elefantes y leones inofensivos, ó blandían á manera de látigos serpientes escamosas, sirviéndose, como de juguete, de todo lo que en este mundo nos parece más terrible.

IV.

Dejamos el país de los niños y nos internamos por una ancha alameda. Allí me salió al encuentro Alvaro, un antiguo amigo, que me abrazó con efusión: en aquel choque amistoso noté la ligereza de nuestros cuerpos, que sólo conservaban la forma y el color, la voz y el movimiento, con la apariencia del vestido.

—¿De qué has muerto?—me dijo.

—No lo sé: caí sin decir ¡ay! en medio de la calle.

—¡Qué suerte tuviste! á mí me ejecutaron con todos los tormentos del arte de curar.

—Yo asistí á tu entierro—le dije;—quedaste amarillo como un canario.

—¿Qué hizo mi mujer?

—Te hizo grandes exequias, y sólo se casó cuando pasó el año de luto.

—¿Se casó? ¿Con quién?

—Con tu amigo Pedro.

—¿De veras?

—¡Cómo! ¿No lo suponías?

—¿Yo?

—¡Pobre Álvaro!

—Ni una palabra más—dijo la sombra:—ahora comprendo por qué estoy en el Limbo.

V.

—¿No conoces á aquél?—me dijo Álvaro.

—¿No es Patricio?—contesté.

—El mismo; el que pasó su vida reformándolo todo y dejando lo peor, y haciendo, con la mejor intención, daños incalculables.

Le llamamos, y dijo después de los saludos:

—Estaba pensando que el Limbo está mal arreglado. ¿No les parece á ustedes demasiado ancho, y que convendría retirar las criaturas á otra parte?

—Entonces no sería Limbo.

—Eso deseo—repuso Patricio con misterio.

—Si le dejasen á usted reformarlo, sería esto un Infierno.

VI.

—¿Qué pareja es aquella que pasea por la soledad?

—Son dos novios.

—¡Si tienen el pelo blanco!

—Es que son novios desde la juventud: se amaron toda la vida, sin atreverse á constituir familia, y subieron puros al Limbo.

—¿Y esa pureza no les abrió las puertas celestiales?

—No era una pureza material; que tenía algo de avaricia y de recelos.

—¿Y por qué se alejan de las gentes?

—Para bostezar con más libertad.

—En efecto, él abre la boca..... y no la cierra.

—Es que aquí los bostezos duran medio siglo.

VII.

—¿No es aquél un capuchino?

—Sí; hemos llegado al país de la poesía: retírense los que no son aficionados ó poetas.

—¿Luego ese fraile lo fué?

—Sí; compuso un libro místico, titulado: *Arte de ganar la Gloria, haciendo trampas al demonio.*

—¿Y aquél? Pero si es nuestro querido amigo el gran poeta Fernández y González. ¡Cómo! ¿Usted aquí? ¿Usted?

—Yo mismo, por intrigas de Tirso y Calderón, que se han colado arriba. Pero se fastidian: he puesto el Limbo en moda, y aquí viene ya lo mejor de la Tierra en representación é inteligencia.

—¿Luego no hay justicia ni por este mundo?

—¿Cómo que no? Sí la hay, y estoy bien recluído aquí, por haber dejado explotar mi gran fantasía á los que traficaron con ella, no escribiendo para mi fama, sino para su negocio. Pero mi fama es inmortal. Yo, en rigor, debí ser condenado, porque tenía temperamento musulmán, y España era mi harén. Pero no podía ser castigado; porque el Parnaso está donde esté yo: y aquí, *inter nos*, no convenía que yo entrase en el Infierno. Porque hubiera ardido el Universo, y Satanás y yo hubiéramos jugado á la pelota con los mundos.

—¿Qué dice usted?

—Nada; son suposiciones: que en el fondo, si se leen bien mis obras, soy un místico; el mayor de los creyentes: un profeta laico. Pero..... adiós, que estoy citado con Cervantes.

—¿Está aquí también?

(c) Ministerio de Cultura 2006

PARA EL PADRE PRIOR.—Cuadro de D. Plácido Francés.

(c) Ministerio de Cultura 2006

—¡Ya lo creo! y muy honrado en mi compañía.

—¿Le habla usted del *Quijote?*

—Sí; le hablo y le digo: Maestro, ese es un libro: fué una idea feliz; pero calcule su merced lo que sería el *Quijote* si le hubiera escrito yo.

—Y Cervantes ¿qué responde?

—¡Qué ha de responder, si no le dejo hablar! Se sienta á mi lado y le improviso versos de esta clase.

Y con su maravillosa fantasía empezó á recitar versos tan sonoros y valientes, que le escuchábamos todos con asombro.

VIII.

En esto oímos un gran vocerío, producido por una legión de almas que quería penetrar en la región de los poetas.

—¿Quiénes sois?—preguntó el ángel, que tenía un ala cortada para que no volase al cielo.

—Somos críticos naturalistas.

—¡Ya! ¡ya! ¿No habéis negado la superioridad de la invención sobre la copia, y de lo espiritual sobre lo material? Pues no podéis entrar aquí: no sois poetas.

—Ahí ha entrado D. Leandro Moratín, que fué realista.

—Si se le hubiera juzgado sólo por su concepto del arte, acaso hubiéramos dudado; pero la forma artística de sus obras y su hermoso lenguaje le dan entre los poetas un lugar honroso y preferente.

—¿No está ahí Comella?

—Sí que está: rindió culto á la poesía en el límite de sus escasas facultades.

—¡Cómo! ¿ese majadero?.....

—¿Quién me insulta?—replicó D. Luciano Comella, presentándose atraído por las voces.—¡Yo majadero! Entonces, ¿qué diréis del público que me prefería á los demá autores de mi tiempo? Soy el autor de *La Moscovita Sensible*, *Cristóbal Colón*, *María Teresa de Austria en Landow*, *El Buen Hijo*, *Cristina de Suecia*, *Cecilia viuda*, *Los Amantes de Teruel*, *El Sitio de Calés*, *El Hombre Agradecido*, *La Judit Castellana*, *Ino y Temisto*, *Doña Berenguela*, *Los Hijos de Nadasti*, y tantas otras tragedias y comedias heroicas ó jocosas ó bufas, con música y sin música. Yo tendría una gran fama sin la malicia de Moratín, que me insultó en *La Comedia Nueva*, *ó El Café*, denigrando á mi familia; pero no dejé impune aquella desvergüenza, pues hice su retrato de abate trapalón y bailarín en *El Abuelo y la Nieta*, comedia de música, en tres actos, título que puse para que lo entendiera el autor de *La Niña y el Viejo;* y dije de él, entre otras claridades:

Es un crítico famoso,
Un escritor estupendo;
Un específico tiene
Ó elixir para los viejos.....

Una carcajada próxima interrumpió á Comella, y un anciano de ojos grandes y vivos, cara afeitada y traje pulcro, recitó irónicamente estos versos de Comella, en *El Sitio de Calés:*

Cuando al rigor de la lanza,
Cuando de la hambre al esfuerzo
Veis morir en vuestros brazos
Al padre, al marido, al deudo;
Que el ver que ha más de tres meses
Que es vuestro único alimento
El desabrido caballo,
El can, el inmundo insecto.....

—¡Moratín!—dijo Comella retirándose gran trecho, y enseñándole los puños á distancia.

Don Leandro se encogió de hombros, y disparó otra andanada de la ópera *La Escuela de los Celosos*, de Comella:

Aleve, pérfida,
Harto he sufrido:
Con esta máscara
Te he sorprendido:
Mujer adúltera,
Como te coja;
De una patada,
Descoyuntada
Te he de dejar.

Comella desapareció.

—Y ahora, señores—añadió D. Leandro dirigiéndose á los naturalistas—diré á ustedes que nuestro realismo difiere esencialmente: yo no copié, sino que de muchos seres formé mis individuos, conservando en apariencia la forma natural.

—¿Acaso no es al mismo Comella á quien retrató usted en *La Comedia Nueva?* Compare usted los versos de éste, que recitaba usted hace un rato, tomados de *El Sitio de Calés*, y los que atribuye usted al autor de *El Gran Cerco de Viena:*

Bien conozco que la falta
Del necesario alimento
Ha sido tal, que rendidos
De la hambre á los esfuerzos,
Hemos comido ratones,
Sapos y sucios insectos.....

—Convengo, en parte; pero Comella no es un autor: es el tipo y compendio de todos los mamarrachistas de aquel tiempo.

—En fin, ¿entramos ó no?—replicaron los críticos.

—Que entre todo el que guste—dijo un jovial anciano, de corta estatura, bigote blanco y larga perilla, sujetando al ángel por el ala íntegra.—Donde están Moratín y Comella, Bécquer (1) y yo, puede entrar todo el mundo.

Era D. José Zorrilla, que permitió, con su movimiento, la entrada al escuadrón naturalista.

IX.

—Oye, Pepe—dijo Fernández y González:—no te faltes, que me estás faltando á mí: en España sólo ha habido dos poetas de verdad: yo y tú: todos los demás son comparsas nuestros: entren los que quieran á escucharnos, pero entren con respeto. Yo soy el autor de *El Cid* y tú el de *Don Juan Tenorio.*

—No me cites este personaje, que me ha traído aquí.

—Yo hubiera incluído entre los grandes poetas de este

(1) Entre los errores del genio, merece consignarse que oí á Zorrilla negar que Bécquer fuera poeta.

(c) Ministerio de Cultura 2006

siglo á otros varios, que tal vez nos escuchen, ó han tenido la suerte ó la desgracia de estar en otros sitios: por uno, sobre todo, no quiero preguntar, porque no me atrevo á saber si nos hemos separado para siempre: Espronceda—dijo un anciano, entre risueño y melancólico, de traje correcto, barba entrecana y aire muy simpático.

—¡Ya salió el defensor de Espronceda!—dijo Zorrilla dándole un abrazo:—claro es que fué un gran poeta, mejor que nosotros.

—No abdiques, Pepe, ó abdica por ti solo. ¿Y usted quién es?—repuso Fernández y González, mirándole de arriba abajo al recién venido.

—No soy nadie: soy un difunto, como usted. Un poeta holgazán, que tiene dos tomitos en octavo: conspiré por la libertad, y tuve que huir disfrazado de clérigo: fuí miliciano y viajero, diplomático y amigo de todos. Y ustedes lo pasen bien, que me voy á jugar con los chiquillos.

—Pero ¿estás ciego—dijo Zorrilla al autor de *El Cid*,—que no conoces al célebre y querido D. Miguel de los Santos Alvarez?

—¿Usted es Santos Alvarez?—repuso Fernández y González.—Choque usted.

—No choco. Soy Miguel, ó Miguel Alvarez, ó Miguel de los Santos Alvarez, como usted quiera, pero no Santos Alvarez.

—Usted es una institución—repuso Fernández y González—y coloco á Espronceda entre los míos.

—¿Y el Duque de Rivas?

—Pase también.

—¿Y García Gutiérrez, y Hartzenbusch, y Ayala?

—Bueno; pero cierre usted, ó se cuela todo el mundo.

—¿Y puedo saber por qué estáis vosotros en el Limbo?—repuso D. Miguel.—De mí lo explico, por mi afición á las criaturas.....

—Estamos aquí—respondió el gran Zorrilla—porque hemos vivido en mundos ideales, soñando y evocando fantasmas y quimeras; porque hemos pasado la vida entretenidos con el juguete de la poesía, y somos irresponsables como unos niños. Vamos á ver, ¿crees que tengo la culpa de haber escrito el *Don Juan Tenorio?*.....

X.

Iban á contestarle, y se oyó por todas partes un formidable campaneo.

—¿A qué tocan?—pregunté.

—Es la hora de comer. Saquen ustedes los baberos—dijo el ángel.

—Eso lo harán los niños.....

—Aquí lo hace todo el mundo.

—¿También los grandes? ¿Y qué se come aquí?

—¿Qué han de comer ustedes en el Limbo? ¡Atención! que ya sirven la papilla.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

SONETO

Si un nuevo amor el alma me acaricia,
Es un libro leído nuevamente;
Y á veces se me antoja indiferente
La página que ayer fué mi delicia.
Sé ya que es una relación ficticia
En que han de suceder perennemente
Á igual pregunta igual respuesta ardiente,
Á idéntico transporte igual caricia.
Bello es el libro, pues en él se expresa
Todo con arte, gracia y travesura,
Y á todos place, á todos interesa.
Aun á trechos me encanta su hermosura,
Pero ya busco en vano la sorpresa
Y la emoción de la primer lectura.

RICARDO J. CATARINEU.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Sonetos

I.

Á MI MUSA.

¡Oh musa! de la envidia bramadora
No te inquieten los trágicos furores:
Toda guirnalda de lozanas flores
Esconde alguna espina punzadora.

Alza la noble frente soñadora
Y da al viento tus himnos triunfadores:
Cuando cantan los dulces ruiseñores,
Nadie escucha á la sierpe silbadora.

¡Oh musa! ante la saña y el embate
Del vil rencor y la perfidia impura,
No pliegues triste las potentes alas.

¡Sé como la bandera en el combate,
Que ríe al sol y espléndida fulgura
Entre el fuego y silbido de las balas!

(c) Ministerio de Cultura 2006

II.

LAS ALMAS TRISTES.

Yo amo las tristes almas dolorosas
Que la intensa amargura ha devorado:
El valle, por la lava calcinado,
Da ricas vides y fragantes rosas.
¡Lejos de mí las risas bulliciosas!
¡Lejos de mí el placer emponzoñado!
Yo amé siempre el dolor, raudal sagrado
De purísimas lágrimas hermosas.
Triste es todo lo grande, noble y fuerte:
El libro de la Historia, los profetas,
Los abismos, los templos seculares.
Tétrico es el amor como la muerte;
Lúgubre el corazón de los poetas,
Y amargos son los dilatados mares!

III.

EN EL CAMPO.

«Fuera del mundo y de su pompa vana,
Seré feliz—me dije cierto día:—
El verde bosque y la floresta umbría
Libres están de la miseria humana.»
Al campo vine: la estación lozana
Me brinda sus deleites y poesía,
Y raudales de lumbre y armonía
Vierte sobre los prados la mañana.
Mas ¡ay! lejos de hallar el bien ansiado,
Se avivan los tormentos y dolores
De mi sensible espíritu angustiado:
¡Que en estos valles de olorosas flores
Vaga siempre el fantasma desolado
De mis muertos idílicos amores!

IV.

Á NÚÑEZ DE ARCE.

Un genio ardiente, un alma vengadora
Reclama ya la universal conciencia:
Brilla el cinismo, triunfa la licencia,
Y la maldad se yergue vencedora.
Falta un genio de voz atronadora
Que maldiga del vicio y la impudencia,
Reduzca al ambicioso á la impotencia
Y arranque tanta máscara traidora.
Un genio, sí, de frente inmaculada,
Que convierta su pluma de diamante
En látigo de fuego ó recia espada;
Y que ostente en su espíritu radiante
De Tácito la cólera sagrada,
Y el estro airado del terrible Dante.

V.

LA VISIÓN AMADA.

Cuando en la noche pura y silenciosa
Por mis mejillas corre el llanto ardiente,
Y vuela, audaz, mi arrebatada mente
Por la sublime esfera luminosa,
Pálida surge con su faz de diosa
En el azul espacio transparente,
La blanca musa de ala refulgente
Y túnica flotante y vaporosa.
La divina beldad, en raudos giros,
Traza, envuelta en un nimbo plateado,
Sobre los aires, brilladora estela.
¡Viene á mis brazos; bebe mis suspiros;
Me da en la frente un ósculo sagrado;
Mi lloro enjuga, y á los cielos vuela!

VI.

EN ABRIL.

Cuando Abril en los campos centellea,
Poblarse miro de encendidas flores,
De césped, mariposas y colores
El pobre cementerio de mi aldea.
Sobre sus tumbas canta y aletea
Un coro de parleros ruiseñores;
Y su tapia, del sol á los fulgores,
Como risueño palomar blanquea.
Así mi pobre corazón herido,
Cementerio olvidado y aterido,
Baña Abril con un rayo de alegría.
Y entre sus tristes solitarias fosas,
Del amor paternal brillan las rosas,
Y canta el ruiseñor de la poesía.

VII.

Á SHAKSPEARE.

En tus sublimes obras siempre late
Tierno y crüel, alegre y desgraciado,
El corazón del hombre, atormentado
De las pasiones por el recio embate.
Como al infierno el florentino vate
Del alma á los abismos has bajado,
Y, rival de los dioses, has creado
Toda una humanidad que ama y combate.
¡Oh soberbio titán de la poesía,
Que ya me arrancas lastimero lloro,
Ó ya de horror y angustia me estremeces;
Mi alma entusiasta y loca desearía
Que el mar, que el vasto mar fuera de oro,
Para alzarte la estatua que mereces!

VIII.

CANCIÓN DE MAYO.

¡Ven al prado de lirios y claveles,
Mi bello y dulce bien! El campo llena
De perfumes la atmósfera serena,
Y el mes de Mayo irradia en los verjeles.
¡Ven! Entre los rosales y laureles
Flauta invisible melodiosa suena.
¡Ven! que en la orilla del Genil, amena,
El amor es panal de ricas mieles.
¡Ven, mi ilusión! Las auras su frescura
Nos ofrecen; las aves, su armonía,
Y recóndito nido, la espesura.
¡Mas no; no vengas, adorada mia:
Que el inmenso raudal de mi amargura
Tu corazón feliz destrozaria!

(c) Ministerio de Cultura 2006

IX.

EN LA FLORESTA.

De mis tiernos amores desgraciados
En estas soledades deliciosas
Vagan, como tropel de mariposas,
Los punzantes recuerdos perfumados.
¡Todo, todo habla aquí de sus rasgados
Ojos celestes, de su faz de rosas,
De sus divinas lágrimas hermosas
Y sus tímidos besos adorados!
¡Oh rústico sendero floreciente!
¡Oh verde bosque! ¡Oh ruiseñor canoro!
¡Oh rumorosa y escondida fuente!.....
¡Égloga de zafir, púrpura y oro,
Sigue cantando en mi exaltada mente,
Aunque mi pecho se deshaga en lloro!

X.

LA POESÍA.

Como el raudal que corre en la pradera
Copia en su espejo pájaros y flores,
La alada mariposa de colores,
El verde arbusto y la azulada esfera,
La sublime poesía reverbera
Combates, glorias, risas y dolores,
Odio y amor, tinieblas y esplendores,
El cielo, el campo, el mar..... ¡la vida entera!
Así Homero es la lid; Virgilio el día;
Esquilo, la tormenta bramadora;
Anacreonte, el vino y la alegría;
Dante, la noche con su negro arcano;
Calderón, el honor; Milton, la aurora;
Shakspeare, el triste corazón humano!

MANUEL REINA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

MADRID EN LA EDAD MEDIA

I.

NUESTRA capital no competirá jamás en monumentos con las primeras ciudades hispanas, tan ricas de arquitectura; pero compite con todas, y aun las aventaja mucho, en famosos recuerdos históricos. Las escenas de primer orden, representadas en altiplanicie tan extensa, pueden á duras penas numerarse. No llamaron á las puertas de Madrid los peregrinos, que llamaran á las puertas de Santiago en la Edad Media; no salieron de su escaso Manzanares las naves, descubridoras de mundos, que las bocas del Guadalquivir y del Saltes y del Tajo y del Llobregat y del Guadalete y del Turia expidieron así á Oriente como á Occidente; no lleva el título de imperial, con que Toledo se gloría, ni luce los edificios milagrosos con que asombra ésta, de antiguo, al mundo; en su seno nunca brotó el tallo de la libertad municipal, con que León se honrara, y su terrón jamás sirvió de núcleo á la nacionalidad, como el terrón de Cangas y de Oviedo, en la Historia cíclica de la formación del suelo patrio; ninguna su importancia, si la comparamos con Zaragoza y con Pamplona, como en la germinación de los protoplasmas de nuestra raza ninguno su papel, aun parangonada con las más humildes poblaciones de Cantabria y de Vasconia; el establecimiento de la religión católica, ni por imaginación obtuvo en ella la trascendencia obtenida en Tarragona, por ejemplo, y en Braga, como ni la herejía misma el grande influjo alcanzado por la idea de Prisciliano en Galicia; ni guzlas en sus calles como las plañideras de Sevilla, ni esmaltes brillantísimos en sus paredes como los árabes de Córdoba, ni hazañas en su tradición como las expediciones barcelonesas y catalanas á Grecia y á Sicilia, ni catedrales entre sus iglesias como la maravillosa de Burgos, ni cármenes y torreones en sus riscos y colinas como los de Granada, ni florestas en sus campos como las de Valencia ó Murcia; pero sí escenas históricas, antes y después de haberla constituído Felipe II en capitalidad única, las cuales, por interesantes, suspenden la inteligencia, y recrean, por varias, el ánimo. Líbreme Dios del vano intento de recordarlas todas, pues pedirían su evocación y su recuento, no un artículo, ni un volumen, una biblioteca: soltaré mi fantasía para que revolotee á su antojo sobre las principales, y dejaré al arbitrio suyo el extenderlas ó acortarlas según su grado. Pero las hay de un interés tan vivo, de un corte tan dramático, de una trascendencia tan grande á toda la humanidad, de un carácter tan extraordinario y maravilloso, que ante la elección retrocede uno, temerosísimo de callar, en cuanto la brevedad impone preferencias inevitables, las de mayor interés, pues apenas puede justipreciarse todo el valor de la total suma, ni medirse toda su inconmensurable grandeza.

II.

Evocar: he ahí el secreto de la Historia. Y desde luego cuenta Madrid un centro de mágicas evocaciones, cual no conozco ninguno. Y este centro de mágicas evocaciones (lo debéis haber nombrado ya todos aquellos que me leáis) es el Museo. Otros Museos más abundantes, otros más arqueológicos y apropiados al estudio de la pintura, otros más bellos: ninguno tan rico, ninguno, en obras de primer orden. Sus desvanes y sus cuevas encierran cuadros, con cuya riqueza y mérito muchas galerías ornaran los salones de ostentación y aparato. Sesenta Ticianos, cerca de cien Theniers, Rubens y Van-Diks de primer orden; *El Pasmo*, *La Perla* y *La Virgen del Pez*, debidos al dios de la pintura; excelentes Zurbaranes, muchos Pantojas y Riberas en su verdad trágica; los Canos y los Murillos esplendentes, que os deslumbran y os hechizan; los Moros con sus personajes redivivos; un precioso Mantegna; dos ó tres Correggios; Dureros como no los encontraréis en Alemania; Juan de Juanes, el primer dibujante hispano, con su milagroso *Martirio de San Esteban;* Holbein representado cual pueda estarlo en Basilea; lienzos del Sarto comparables á los mejores de Florencia; glorias flamencas envidiadas por Bélgica y Holanda; tres Cranays trazando los dramas del tiempo de Lutero; Veroneses y Tintoretos capaces de traeros á la retina Venecia con todos sus iris y todos sus matices; una parte capital del

(c) Ministerio de Cultura 2006

trabajo de Goya y todo Velázquez componen conjunto de tal manera maravilloso, que creéis asistir en tal templo á una fiesta mágica realizada por arte de verdadero encantamiento. ¡Cuáles expediciones hay que arreglar, y caminos que recorrer, y molestias que sufrir, para encontrarse con estas obras maestras reunidas en Madrid por un conjunto de circunstancias, las cuales no volverán á coincidir jamás en la Historia Universal! Aquí está Velázquez, el pintor de la vida, el que ha elevado la verosimilitud artística en sus cuadros á verdad más real de suyo que todas las realidades vivientes. Así no se le halla su predecesor, ni contará sucesores. El ideal baja sin esfuerzo á las obras suyas como si las cerdas de su pincel y las mixturas de su color fuesen ideas abstractas y prácticas al mismo tiempo. Nadie como él ha sabido de lo particular extraer lo general, según cumple al arte, por su naturaleza propia sintético, y destinado á encerrar en formas limitadas y concretas lo universal y lo absoluto. Por eso, con la mayor naturalidad del mundo, como quien juega, sin parar mientes en la trascendencia de cuanto hace, sube las personas á tipos, los tipos á prototipos, los prototipos á arquetipos, fijando así en sus figuras los caracteres fisiológicos que determinan la esencia íntima de sus caracteres morales con la sustancia de su entidad espiritual. Y estas figuras no se quedan, como las célebres del Renacimiento, tan perfectas en la forma, pero tan faltas de ambiente, parecidas á esculturas griegas por sus armoniosas incomparables proporciones, pero también por su impasibilidad antigua; no se quedan, decía, en los Olimpos más ó menos artificiales del Arte, respiran en el aire verdadero, despiden el calor de la sangre ardiente, pestañean sus párpados y miran sus ojos como si fueran de veras, están plantadas en el espacio real, pues diríais que á su grado se paran, y circuídas de perspectivas inacabables como los horizontes castellanos, mientras sobre su encarnación indecible y su palpable cuerpo, donde circulan, como en la química natural, átomos de materia y jugos de vida, resplandece, lengua de fuego misteriosa, el humano pensamiento. Así, cuando habéis contemplado los éxtasis de Murillo que os muestran el Verbo en su esencia; y visto las Concepciones vestidas del esmalte celestial y anegadas en el éter increado, bajo la Trinidad y sobre los ángeles, ascendiendo á lo infinito; y escuchado, por esas relaciones existentes entre los ojos y los oídos, reveladas por la ciencia contemporánea, tras aquella gradación de colores que os presentan iris ideales, angélicas armonías; entre tales arrobamientos y deliquios, al topar con un Velázquez animado de material atmósfera, lleno por un sol que aviva innumerables seres verdaderos, caliente de savia y de sangre, os creéis como despertando de los ensueños generados por un largo dormir hipnótico, y bañándoos en los efluvios, en los rocíos, en los esplendores, en los aromas, en los gorjeos, en los matices de una mañana de Mayo.

III.

Lo he dicho antes, y ahora lo corroboro. Como este Museo de Madrid vale sin duda, es como evocación de las pasadas edades históricas y como resurrección de los grandes personajes muertos. No conozco sitio alguno tan propio para una evocación, como este sitio, en el mundo. Parece que recorréis lo pasado en cíclico poema y que habláis con las personas desaparecidas, cual si descendierais al reino de la muerte, y para complacer vuestra curiosidad les hubieran devuelto á los difuntos la vida. No se puede llamar el Museo un Valle de Josafat, con aquella esplendidez de sedas, aquel meneo de cintas, aquella copia de terciopelos y tisúes, aquel aéreo hilado de las blondas, aquellos multicolores y varios reflejos de las pedrerías; pero sí puede llamarse una Pascua de Resurrección, comparable á la célebre cuyos repiques de campanas y aleluyas de gloria y acordes de órgano arrancaron al doctor Fausto la copa donde sus propias manos destilaran el beleño de la muerte y le devolvieron al sentimiento y al placer de la vida. Aquí la reina Isabel ante un altar, de hinojos, rodeada por sus hijos, á quienes creía robustos y sanos, cuando les asombraban ya sus espaciosas frentes demencias y agonías; allí el Elector de Sajonia, y sus colegas los príncipes de la liga de Smalkalde, requiriendo á Lutero para que hurtara el cuerpo, así á las cóleras del Emperador como á las tizonas de los lansquenetes, y ascendiera en mística nube de misterios al Pathmos, donde podría escribir, á despecho del diablo y de sus maquinaciones, los símbolos religiosos de la nueva fe; por este lado, la espada de áureos damasquinados al cinto, la ropilla de terciopelo azul obscuro al cuerpo, la fina mano acariciando un perro de lanas, el hermoso joven de barba y ojos negros, apuesto como un italiano del Renacimiento y bronceado como un español recién venido de la nueva recién hallada creación, el duque Alfonso, aquel cuarto marido de Lucrecia Borgia, retratado por el Ticiano en su señorial palacio de Ferrara, é inmortalizado en el teatro por las palabras de Hugo y por las notas de Donizetti; allá, en los comienzos de la gran galería, el hijo inmolado de Felipe II, el príncipe D. Carlos, no obstante su atavismo de dioses, feo y gafo; no obstante las inmortales apologías de Quintana y Schiller, acusado de anémico en su sangre y de perverso en su ánimo por la delación de Pantoja en su magnífico retrato, á cuyos mortecinos ojos no se asoma una idea, y bajo cuyo estrecho tórax no late un corazón; acullá el ocaso de nuestra prepotencia sobre la tierra, Carlos V, camino de Yuste después de roto en Inspruk, rumiando la traición de Mauricio de Sajonia, sobre quien se apoyara el día de su coronamiento, y aguardando la traición de Guillermo el Taciturno, sobre quien se apoyara el día de su abdicación, los desengaños en la faz de lividez verdosa, los ojos sin más punto de mira y objeto que la eternidad y la historia, el sepulcro de su retiro monacal á los pies del caballo, los reflejos del incendio europeo sobre su cimera de combate, próximo á hundirse por su propio peso en la eternidad, iluminado por un crepúsculo rojo semejante al que incendiará los espacios apocalípticos en la tarde siniestra del Juicio Final; no lejos de este voluntario destronado, su hijo, que huele á muerto como al agonizar en su tribuna del Escorial; su hijo, que parece miraros y no veros con aquellos ojos de lechuza desvanecidos en su cara como la conciencia en su carácter doble, que os muestra un tinte de pajuela sobre su tez (como si estuviera en el fósforo), de los fuegos fatuos circulantes por las cenizas de los cementerios adobada, que reza, y diríais que maldice, pasando, como si fueran bolas de las loterías del destino, los granos de un enorme rosario enredado en sus manos, parecidas á

(c) Ministerio de Cultura 2006

sendas sobrenaturales arañas con que acecha y caza la razón y el derecho; en otro lado, María la Sanguinaria, con su aire de bruja y su rostro de patata, jugueteando con un clavel encarnado, quizás teñido en sangre; D. Sebastián, como si soñara con los líbicos arenales que sirvieron de sudario á su persona y á su reino; la gobernadora de Valladolid D.ª Juana, quien tras una careta escondía su faz en la recepción de los embajadores; Felipe III, impasible como la ignorancia de todo y la indiferencia por todo; Felipe IV y su favorito marcados con el sello de los decaimientos sociales; Carlos II tan maltrecho y bajo y estéril como su imperio, devorado por el despotismo y la teocracia; tristezas infinitas, muy conjurables allí á cada paso por las familias flamencas del buen Porbus, tan subidas de colores como repletas de carnes, por las meninas jubilosas y los graciosísimos bufones encargados de divertir á las Infantas en el Retiro, por las *kermesses* bátavas donde fluye la cerveza y suenan los rabeles, por los niños de Sevilla que abrazan los corderos blanquísimos ó escancian en madreperlas el agua de los manantiales andaluces, por el bienhadado y malicioso Van Dyck al mirar la bella y sana Duquesa de Oxford junto al hombro de su engañado marido, por los monumentos embutidos en mosaicos de cristal y por los canales llenos de purpurinas góndolas en los cuadros del Canaletto, por los toros y las tabernas y los sombrajos y las jotas y las castañuelas y las majas y los majos de Goya, tipos los postreros que reunen á la severidad majestuosa del celtibérico Aragón la sal picante de la helenosemita Andalucía, y parecen, después de haberse reído hasta perecer en un sainete de D. Ramón de la Cruz, escuchar una oda filosófica de Quintana, y después de haberse arrastrado en las plantas del favorito Godoy en la hora de vender al extranjero España, levantarse regenerados, como redivivos al soplo de un espíritu superior, heroicos y sublimes, en la hipnotización celeste del martirio, para sostener la guerra titánica de nuestra independencia, peleando en Bailén y San Marcial, ó muriendo sobre las piedras de Madrid y Zaragoza y Gerona, en defensa de la libertad y de la patria.

IV.

Cuando se pueden ver, evocados á los conjuros del arte, todos estos prototipos vivientes, ¿qué valdrán los recuerdos conmemorados por nuestra pobre pluma? Sin embargo, los tiene Madrid á millones, y los tiene de cuando todavía no gozaba la capitalidad gloriosa del Imperio español, y no se había desasido del feudal pleito sustentado, dentro de su término, entre laicos y eclesiásticos por los bienes mostrencos, y fuera de su término, entre su concejo y el segoviano por aprovechamiento de pastos y fundación de pueblos. Madrid no pudo exentarse á la común superstición medioeval que atribuía de antiguo al tiempo y á sus largas tradiciones una ennoblecedora virtud, pues como los individuos buscaban timbres de nobleza con que realzar su escudo en símbolos recordatorios de retumbantes nombres y de hazañosas aventuras, los buscaban también los pueblos por medio de sus cronistas é historiadores, que ponían sus orígenes, en la sucesión del tiempo, allende la Torre de Babel ó el arca de Noé. Cuando los más creían arrancar de Túbal, antójasenos modesto Madrid arrancando únicamente de Nabucodonosor, no sabemos si antes ó después de haberse convertido en bestia. Mas el verde prado, ameno bosque y clara fuente que lo caracterizan; el puro aire, libre de malos vapores y molestos insectos, que lo anima; el cielo azul y espléndido, que lo esclarece; la cordillera multicolor, que lo airea y encanta, deben bastarnos á comprender cómo en todo tiempo tuvo crecida población bienhadada, y atrajo así reyes cual potentados y magnates sin cuento. Almanzor la prefirió en los descansos subsiguientes á sus asoladoras correrías, para los reposos del retiro. Alfonso VI juró en sus iglesias la toma de Toledo. Santo Domingo de Guzmán le dió comunidades sabias de predicadores. San Francisco de Asís plantó en sus campiñas árboles que fueran cual adornos del templo universal erigido por su misticismo á Dios en todo el Universo; conjuró á sus avecillas para que le ayudaran á entonar día y noche salmos en alabanza del Señor; sembró las flores cuyas corolas destinaba en su pensamiento á incensarios del altar, consagrado por sus intuiciones en segmentos del espacio; predicó, según su comunicación extática con todos los seres inmateriales y materiales, á las hormigas menos codicia, y á los buitres menos voracidad, y á los lobos menos fiereza, creído de que debía persuadir al bien, no sólo el ánimo de los hombres, el ánimo de las demás criaturas, para que la redención de Cristo secase bajo su cruz hasta las raíces del mal en la creación y apagase por inútiles y ociosas las llamas del infierno. Y como todo pueblo rico en ventajas y privilegios naturales, acertó Madrid á sumar con éstos las excepciones políticas, llamadas entonces privilegios, á que llamamos hoy, con mayor propiedad, por extensivos á todos, fundamentales derechos. Así, aquellos sus habitantes, clasificados por el fuero suyo en vecinos y herederos y moradores y albarranes, con los que por tal sazón á una convivían muchos mudéjares, en su mayor parte albañiles, así como muchos judíos, en su mayor parte mercaderes y médicos y boticarios, todos ellos adelantados y jurados, con significación muy popular, no solamente acudieron á la reconquista de Toledo bajo Alfonso VI; acudieron al sitio de Alcalá, donde habían de renacer, dos siglos más tarde, bajo Sancho IV, las ciencias; acudieron al sitio de Cuenca, que coincidiera con la entrada del brazo popular en las Cortes; acudieron acompañando los reyes, todos peninsulares, á las Navas de Tolosa, donde triunfó Europa sobre África, para siempre conjurada, y la Cristiandad Occidental sobre la Morisma y el Korán. Así, no debe maravillarnos que se tomase aquel pastor, guía del ejército cristiano en los agrios desfiladeros del puerto de Muradiel, á cuya sabia dirección se atribuye la victoria, por lo cual campea su simulacro en el altar mayor de la catedral toledana desde el siglo décimotercio, por San Isidro Labrador en persona, por aquel bueyero muerto un siglo antes, patrono, con su arado y su yunta y su pincho y su zurrón, de este pueblo preferido y habitado por los poderosos del mundo. Lo cierto es que Fernando III tomó desde Madrid sapientísimas disposiciones sociales y amplió sus fueros antiguos; que Alonso el Sabio completó éstos con su progresivo Fuero Real, donde ya germinaban las Partidas; que Sancho IV quiso descargar en sus iglesias aquellos remordimientos que le atenaceaban las carnes á la hora de su muerte, por haber desacatado al padre inmortal que le diera el cielo, y desceñídole de su corona para

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA CUCAÑA.—Cuadro del Sr. Oliva Rodrigo.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

ceñírsela él, quien, desde tal crimen, ya no tuvo resposo, y sintió abrasársele las sienes como si las hubiera puesto en contacto con un hierro candente, hasta morir cual si le consumiese aquende la eternidad ya el eterno fuego. Pero el principio monárquico empezaba en aquella sazón á levantarse más erguido sobre los demás principios de la Edad Media, y á concentrar las fuerzas que le habían prestado sus combates gloriosos y su alianza estrecha con el estado llano. Así, no debe maravillarnos que bajo Alfonso XI se transformara el concejo semifeudal antiguo en un ayuntamiento más arrimado al trono, y por tanto, más desasido de las tristes anarquías señoriales. Verdadera lástima, sin embargo, que un monarca tan de su tiempo como el onceno Alonso, fundador del Ayuntamiento de Madrid, y autor del Ordenamiento de Alcalá, jalones puestos en el camino que llevaba de suyo á la unidad interior del Estado, cayera en la gravísima falta de hacer sus amores con D.ª Leonor de Guzmán un asunto político y de donar á esta impúdica madre de los bastardos Trastamaras el cuantioso y extenso Real de Manzanares, causa de tantos litigios entre los madrileños y los segovianos en toda la Edad Media. Pero bien pronto aquellos amores tuvieron un castigo, cuando, muerto el adúltero monarca, la mujer desdeñada mató á la querida, infundiendo por esta muerte violenta en sus hijos un odio tal á la vengadora, y á su hijo D. Pedro I, que no descansaron hasta rematarlo en los campos de Montiel, y recluirlo en humilde cercana sepultura, de donde lo recogió la piedad de su nieta D.ª Constanza, encerrándolo en aquel desaparecido Santo Domingo de Madrid, por cuyas paredes había visto el asesinado sus alucinaciones convertidas en sombras y por cuyos pavimentos las sepulturas abrirse para devorarlo y levantarse los esqueletos contra él, con huesos por armas, como en verdaderos aquelarres. La madre Abadesa, magüer su cuna y su sangre regias, no pudo al buen abuelo consagrar sino modesto túmulo, dos siglos más tarde magnificado por los Reyes Católicos, de igual manera que el célebre de D. Alvaro en la capilla toledana del Condestable, honrando así la revolución monárquica por ellos condensada y perfeccionada verdaderamente, aquella revolución en que habían representado la profecía y el presentimiento los reyes Alonsos VII y VIII, la idea doctrinal el Rey Sabio, la idea orgánica el Ordenador de las leyes castellanas en Alcalá, el terror Pedro I, y de que había sido, bajo el padre de D.ª Isabel, como un bautista el gran Maestre, descabezado sobre un patíbulo en el Ochavo de Valladolid, por haber querido anticiparse á los tiempos y realizar en el espacio prematuramente una idea, no bien madurada todavía en la conciencia.

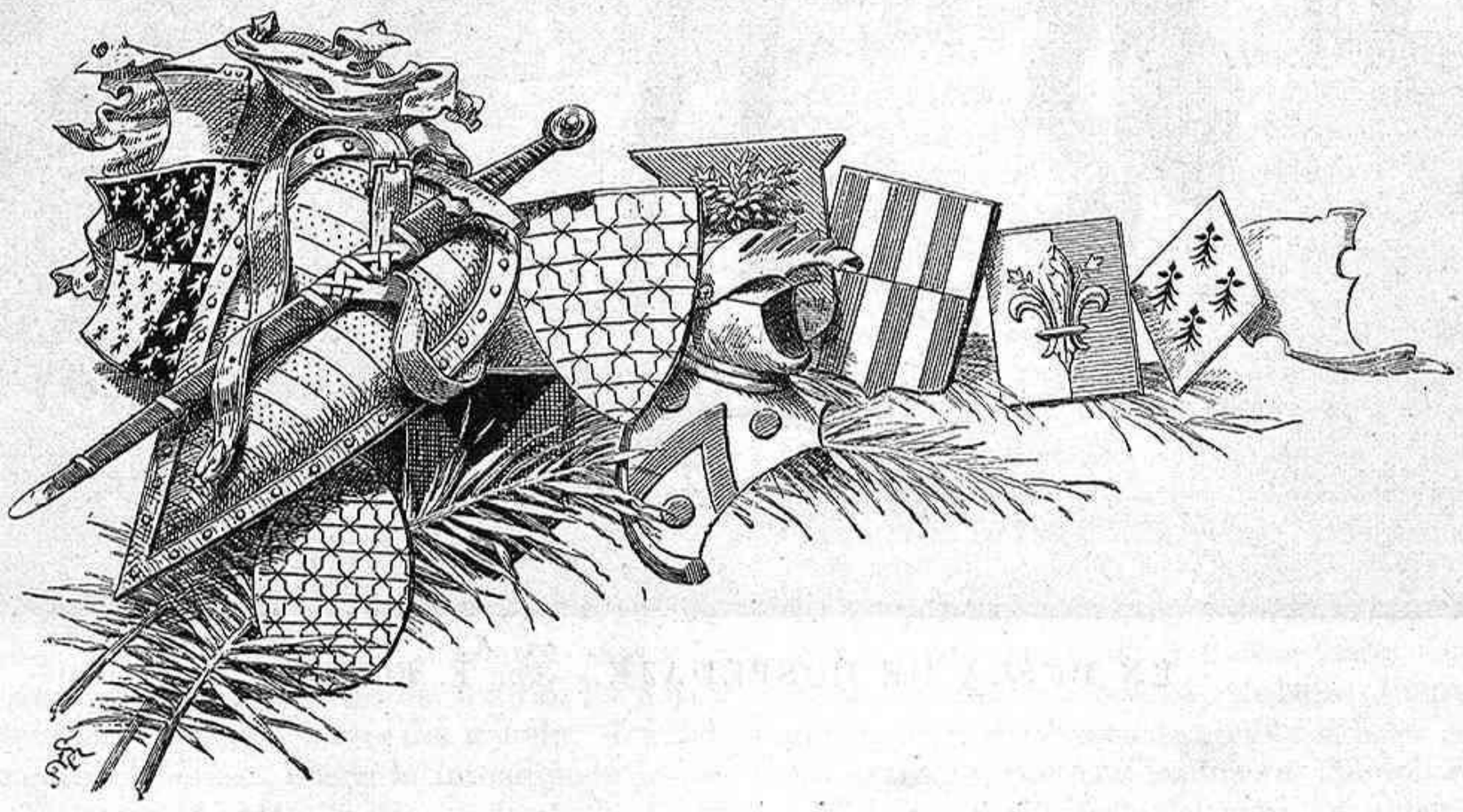
V.

La dinastía de los Trastamaras en parte alguna demostró su carácter feudal como en este Madrid, por la Providencia destinado, en la sucesión de los siglos, á un objeto tan grande y trascendente como ser el santuario de principio en su naturaleza intrínseca opuesto al principio feudal, del principio monárquico puro. El perturbador y reaccionario D. Enrique de Trastamara, cuya victoria sobre D. Pedro no pertenecía en realidad á él, sino á la oligarquía nobiliaria y aristocrática por él representada, dejó, en la serie de los tiempos y de los reyes, su trono, vacilante y combatido, á D. Juan I, caballeresco y audaz, pero también aturdido y sin ventura. Tres cosas distinguieron su reinado de los demás: primera, las fiestas, en que alardeaban los nobles fingidas algaradas, con objeto y fin de ocultar, bajo los divertimientos caballerescos, las amenazas bélicas; segunda, las guerras por herencia tan pingüe como Lusitania, que creyó, según el enlace contraído con una princesa lusitana y el empeño puesto en amparar al infante portugués D. Juan, su cuñado, tocar ya, y se le desvaneció en los funestos campos de Aljubarrota; tercera, el recrudecimiento y encono de la influencia nobiliaria, exaltada por la continuación en aquellas mercedes á las cuales el solio se iba desvaneciendo y la corona menguando, mientras las ladroneras de los castillos crecían por extraño modo y remataba la cumbre de aquella sociedad el casco y la cimera, generando con la debilidad incurable del Estado arriba incurables desórdenes abajo, y tras ellos la consiguiente anarquía. El ejemplo de lo hecho por D. Juan I con Madrid, cedido, tierra de realengo, á un potentado, mostrará con demostración irrefragable tan triste carácter de aquella edad luctuosa y de aquella combatida monarquía. Ninguna, entre todas las instituciones análogas de aquella sazón y tiempo, tan apartada, no sólo de su índole intrínseca, por su posición geográfica, de todo conflicto en el Oriente, no ya de Asia, de Europa misma, como la Monarquía castellana. Y, sin embargo, las aparatosas costumbres de la corte del rey D. Juan, sus larguezas incalculables, el derroche de favores y mercedes, la desmesurada esplendidez, condujéronle á erigir en coto feudal este Madrid de realengo, y donarlo, cual pudiera donar un predio, á magnate traído por esta donación á nuestro suelo, y que se diría bajado de las nubes por arte de birlibirloque ó por obra de milagro. Allá en los ingresos del Asia, hay un territorio, célebre y celebrado, á causa de haberse detenido en su más alta montaña, en el Ararat, el Arca de Noé. Habéis nombrado seguramente Armenia. Pues bien; esta región, colocada entre los musulmanes, apoderados de casi todas sus fronteras y en parte del territorio suyo, y los griegos próximos á dejar bajo la cimitarra turca su Constantinopla, padecía de los subvertimientos frecuentísimos allí donde reina un perdurable conflicto. Nada menos que un todopoderoso señor, el Soldán de Babilonia, tenía encadenado á León V de Armenia, quien, poco resignado á cambiar el trono por el cautiverio, enviaba legado tras legado á Europa, en demanda y requerimiento de auxilio. No hay para qué decir cómo á estos impertinentes ruegos opondrían los rogados oídos de mercader, y cómo se libertarían todos los monarcas de tan inoportunas rogativas. Pero llegó á noticia de los armenios que había en Occidente un monarca, tan largo en dar mercedes como corto en recoger prerrogativas, y de un esplendor oriental desconocido hasta en Oriente, pues distribuía sin tasa y sin medida los adornos mejores de su espléndida corona y los más preciados vínculos de su regio patrimonio. Con efecto, en Medina del Campo se presentaron, y allí obtuvieron audiencia de D. Juan, quien, apenas notificado del ruego, pidió á Babilonia, con grandes encarecimientos, la libertad del cautivo. Y como dádivas ablandan peñas, los ruegos, ayudados por los presentes, movieron la voluntad soberana del

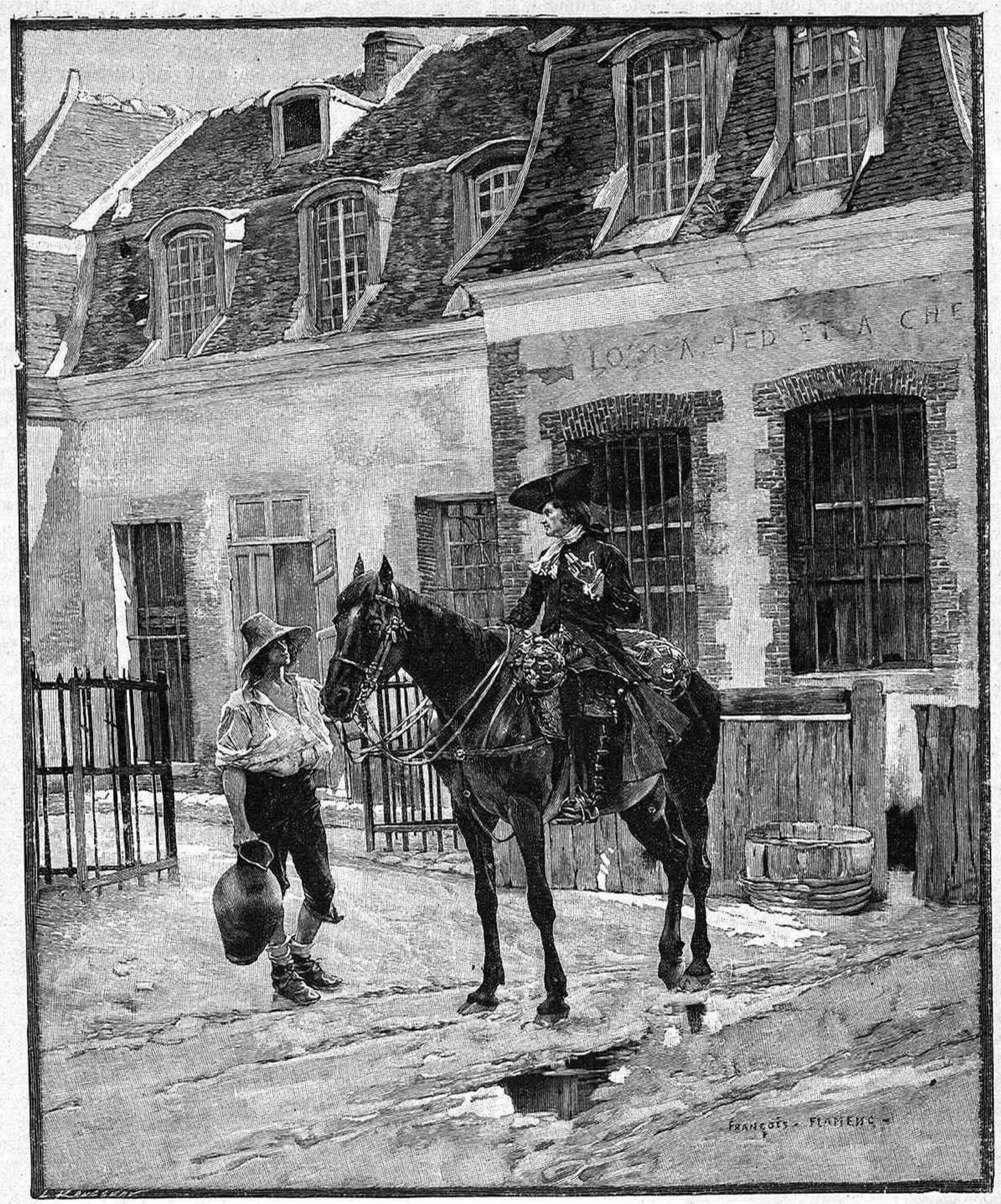
(c) Ministerio de Cultura 2006

Soldán; y un día, cuando pasaba el Rey de Castilla por Badajoz, en rápida correría, descolgósele allí el Rey de Armenia, y no sabiendo aquél qué hacerse con este semimoro, á pesar de su crisma, ni qué cosa regalarle para su mantenimiento regio, por no desmentir su carácter atávico de dadivoso, como buen hijo de D. Enrique el de las Mercedes, le regaló Madrid y sus habitantes, como pudiera regalarle una finca con todas sus dependencias y todos sus ganados. No pareció de perlas á los madrileños, pues amén de haberse resistido cuanto pudieron y héchose confirmar por el donante y el regalado sus libertades, así que murió D. Juan I en Alcalá de golpe recibido, al caer bajo trotón desbocado, marchóse á París en demanda de auxilio, y allí acabaron obscuramente sus desastrados días. Madrid, á pesar de todo esto, alcanzó y conservó en el siglo décimoquinto una grande influencia. Enrique III la prefirió entre todas las poblaciones de su reino y le confió la guarda de su tesoro. Un día el gran Tamerlán de Persia envió una embajada con muchos regalos, entre los que había dos damas, quienes tomaron católicos nombres, Angélica y María, uniéndose con caballeros españoles, cuya descendencia todavía en Segovia subsiste; y natural de Madrid fué Clavijo, el enviado á la Mongolia por Castilla entonces, quien compitiera con Marco Polo en relator de aquellas tierras orientales, á cuyos espejismos despertáronse alucinaciones verdaderamente sobrehumanas, merced á las que todas las aguas del planeta se vieron desfloradas por las quillas iberas, que dieran al cabo con las Indias orientales y occidentales, evocando el olvidado, aunque inolvidable, Oriente, y trayendo al escenario de nuestra Historia y al seno de nuestra vida, por una especie de adivinación milagrosa, el nunca visto, ni aun siquiera imaginable, Occidente. Y fué creciendo con todos estos privilegios Madrid, hasta parecer en los dos reinados de Juan II y Enrique IV la capitalidad verdaderamente definitiva ya de nuestra España y la corte asentada ya de nuestros reyes absolutos. Aquí se proclamó mayor de edad el rey D. Juan II; aquí D. Álvaro de Luna justó en el sitio que, por tal recuerdo, se llama calle de la Justa, y en el declive de la vega célebre; aquí vino, en busca de auxilio para Francia contra Inglaterra, la Embajada famosa, que se asustó viendo en la primera grada del trono un león tendido que movía la cola y enseñaba los dientes; aquí el Arzobispo Fonseca, en cenas dignas de Sardanápalo, regalaba sortija de precio á cada convidado en las áureas bandejas donde se lavaban los dedos; aquí Beltrán de la Cueva sostuvo en la entrada de El Pardo, unas doce horas seguidas, luchas singulares por su adúltera dama regia, y erigió, en conmemoración de aquel voto, San Jerónimo sobre las colinas del Prado; aquí nació la Beltraneja, tan costosa y nefasta para todos; aquí se golpearon un día, en público, la Reina, mujer de D. Enrique IV, y D.ª Guiomar, dama principal, decidiéndose por aquélla el Arzobispo de Sevilla y por ésta el Marqués de Villena, en intrigas semejantes á batallas; aquí fué recibido, como heredero de la corona y Príncipe de Asturias, el Infante de Portugal, nieto de los Reyes Católicos, Miguel, cuya vida debió coronar la hispana unidad, retrasada y á la postre perdida por su temprano malogro; aquí se juntaron las Cortes dos ó tres veces, bajo el poder de D.ª Isabel I, que tuvo su maestra en la sabia Latina y su defensor acérrimo en el heroico artillero Ramírez; aquí Cisneros constituyó el centro de sus operaciones contra la nobleza, turbulenta siempre; aquí se consagró la Monarquía una, que no pudo fijarse sino después de haber visto en el cielo bien clara su estrella y haber clavado con fortuna la rueda de su destino en el mundo.

EMILIO CASTELAR.



(c) Ministerio de Cultura 2006



EN BUSCA DE HOSPEDAJE.—Por F. Flameng.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL BURRO

Quien lee alguna de esas tarjetas donde se ven estampados cinco ó seis nombres y una cáfila de apellidos, no se figura que el sujeto designado en ella sea una simple persona (aunque bien pudiera ser persona simple); sino todo un personaje de los de cuerpo entero, muy considerable, empingorotado y magnífico. Porque es añeja costumbre entre monarcas, príncipes y grandes señores la abundancia de apelativos; mientras hay enjambres de pobretes que, amenguados y disminuídos en todo por su poquedad y miseria, apenas, apenas se atreven á llamarse Juan ó Pedro.

No pertenece á tal grupo mi héroe, sino á la primera categoría; pues además de los muchos nombres que en todos los idiomas tiene, sólo en el nuestro posee varios, y no poco altos, sonoros y significativos, como asno, burro, borrico, pollino y jumento, que pedir más es gollería, fuera de los singulares apelativos que por su corpulencia, pelo y cualidades suelen aplicársele, como el *Machote*, el *Rucio*, el *Carranclón*, etc., etc. Así, desde los tiempos más remotos, sucede con los semidioses, caudillos, héroes y príncipes; pues vemos que Homero dice: Aquiles el de los *pies ligeros*, Nestor el *Prudente*, Ulises el *Astuto;* Virgilio habla de Eneas el *Piadoso* ó *Pío;* Tasso, del *soberbio* Argante y el *animoso* Tancredo; y dejando aparte poetas y poemas, vemos que la misma historia nos relata hechos de Solimán el *Magnífico*, de Ruy Díaz el *Campeador*, de D. Fernando el *Santo*, y hasta de D. Sancho el *Gordo* y de D. Enrique el *Impotente*. Y para mayor semejanza con personajes tan ilustres, también el asno tiene su abolengo indiscutible y antiguo; y aun sobre su cuadra ó pesebre podría colocar aristocrático escudo de armas, figurando en campo verde una hermosa albarda, partida en cuatro cuarteles por dos varas de arriero cruzadas: en cuyos mencionados cuatro cuarteles lucieran otras tantas pezuñas, y coronado todo ello, á guisa de emplumado yelmo, por un par de colosales orejas.

De la misma Asia, grande y fecunda madre de hombres y dioses, procede el asno, que en tiempos bíblicos fué llevado al Africa, donde se multiplicó y propagó como las hierbas del campo y los prestamistas de Madrid. De Asia y Africa fué llevado á las demás partes del mundo, singularmente á entrambas Américas, donde lo introdujeron los españoles con el carnero, el cerdo, la vaca y el caballo. En su estado salvaje es grande y fuerte: llámase *onagro*, y la esbelta y pintada *zebra* es una variedad suya. Pertenece á la familia de los solípedos, orden de los paquidermos, clase de los mamíferos. Tiene 12 muelas, ocho dientes incisivos y dos caninos en cada quijada: total, 42. La preñez de la burra dura doce meses, pues la naturaleza necesita tomar tiempo suficiente para producir sus obras maravillosas. Físicamente el burro es más robusto que el caballo: padece menos enfermedades; requiere menos alimento y cuidado; sufre mejor las privaciones y las fatigas; le aventaja en el alcance de la vista, en la finura del oído, y en la firmeza y seguridad con que anda por escabrosos lugares sobre piedras movedizas y entre horrendos precipicios. Moralmente es un conjunto de virtudes: siendo utilísimo para el hombre, sufre sus malos tratos con ejemplar humildad y paciencia: su sobriedad es la sátira de nuestra gula; su mansedumbre contrasta con nuestra soberbia; su trabajo incesante, con nuestra pereza y holganza.

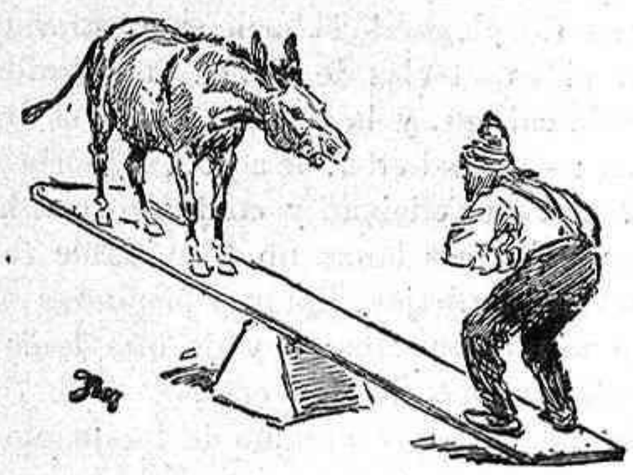
Hasta su natural gravedad le da cierto aspecto de filósofo pensativo y melancólico, de que no saca ventaja alguna; mientras numerosos individuos de la familia humana logran elevadas posiciones y pingües beneficios con sólo imitarle en esta gravedad, que ante ojos vulgares parece seguro indicio de vasto saber y consumada prudencia. Mas no por ser tan serio y silencioso deja de ser expresivo; al contrario, lo es, y en grado altísimo y sorprendente, cuando le inflama el amor y en el triste camino de su vida encuentra á su compañera. Vedle agitar como abanicos entrambas orejas, y rechuparse los labios, como quien saborea un manjar exquisito: con la flexible cola azota sus costados á guisa de disciplinante; vase acercando poquito á poco á su hembra, huélela por la popa, y entonces sonríe, plegando el hocico y mostrando una caja de dientes parecidos á teclas de piano: en seguida mueve á un lado y otro la cabeza, y la levanta hacia el firmamento, como si dijese:—«Caballeros, de aquí á la gloria.» Y para publicar *urbi et orbi* su felicidad y contento, con la sonora trompeta de sus pulmones lanza un formidable rebuzno, adornado de escalas, altibajos, jipíos y *fioritures*, á que no llega el relincho de ningún caballo, y de que debieran avergonzarse todos los tenores del universo.

El burro es el caballo del pobre, y aunque de inclinacio-

(c) Ministerio de Cultura 2006

nes pacíficas, también ha servido para los combates cuando el hombre, violentando su naturaleza, lo ha llevado á luchar entre los peligros y estruendo de las armas. Así los guerreros de la Mesopotamia, Asiria y Persia lo emplearon, y también los caudillos del pueblo hebreo. Meruan, califa de Oriente, fué apellidado el *Asno* por su robustez y valor; y aunque príncipe victorioso, llevaba ufano y con orgullo tal sobrenombre, de que hoy cualquiera chupacharcos se abochorna y ofende. Jacob llama, en son de alabanza, «Asno Fuerte» á su hijo Isaac; y algunos autores han apellidado á San Agustín el «Asno de la Iglesia», por su constancia en el trabajo. En las comarcas de Oriente, y en todos los países cálidos, es donde el burro alcanza su mayor fuerza y corpulencia y también su mayor estimación: como leemos en la Biblia, reyes, príncipes, patriarcas, profetas, caudillos y jueces lo usaron por la mejor cabalgadura: Abraham, Saúl, Abigaíl, David y sus hijos, la Sulamita y los santos profetas lo empleaban en sus viajes: el libro de Judit menciona á un señor que tenía la friolera de 40 hijos y 30 nietos, cuya familia caminaba sobre 71 burros, amén de los que llevaban para conducir el agua y los comestibles, con lo que formarían la más lucida cabalgata. Job, entre sus muchas riquezas, poseyó 500 burras, y no sé cuántos pollinos: en la antigua Tesalia se pagaron algunos de estos animales á 70.000 sextercios, y cuatro de los más robustos y hermosos se vendieron en 400.000. En Roma no era raro dar por uno solo de 1.000 á 2.000 pesetas, según el valor actual de la moneda. La hermosa Poppea, mujer del emperador Nerón, tenía 600 burras, y hasta mandaba conducirlas en sus viajes para bañarse á diario en su fresca leche, y conservar la suavidad y blancura de la piel, que brillaba como el raso; lo cual no estorbó que su imperial marido la matase de una gran patada en el vientre; pues las coces de tan ilustres personajes deben de ser terribles, como de mulo manchego.

Baco y Vulcano, dioses del gentilismo, acudieron en asnos á la batalla contra los gigantes, y en asno fué el primero á la famosa conquista de la India: en asno cabalgaba el profeta Balaam, cuando el animal se detuvo, y con palabras severas le reprendió su conducta, no hablando de memoria como los loros, que repiten lo que oyeron sin enterarse del concepto, sino como podría expresarse el más sabio de los siete sabios de la Grecia. Y sin necesidad de acudir á tan lejanas antigüedades, pues abundan escépticos que las niegan, alegando la incertidumbre y nieblas del largo tiempo transcurrido, aseguro, bajo palabra y fe de hombre honrado, que yo he visto leer á un burro, con sus grandes gafas caladas, y puesto ante un atril, donde había un libro abierto, al que miraba con notable aplicación y fijeza. Cierto es que el animal no pronunciaba ningún vocablo; pero supongo que leería para sí, y también que sacaría no escaso fruto de la lectura, según su aspecto inteligente y reflexivo. Nadie podrá negar que en muchos circos hay «burros sabios», que entienden de aritmética, distinguen de entre las mujeres del concurso cuáles son las más feas y las más bonitas, las más viejas y las más jóvenes, abarcando así dentro de su caletre ciencias y artes, y haciendo otras mil habilidades ingeniosas, que dejan á los espectadores maravillados y plusquamperfectos.



Mas ¿á qué extrañar cosas tales, habiendo en España provincias, como sucede en la de Córdoba, donde los mandan *á estudiar*, y suelen oirse diálogos por estilo del siguiente?

—Tío Fulano, esta tarde vamos de merienda á la huerta grande varios amigos. ¿Podría usted alquilarnos cuatro ó cinco burros?

Y el tío Fulano responde con el mayor aplomo:

—Lo siento. Hoy no puede ser, porque los he mandado *á estudiar*, y no volverán hasta la noche. Si mañana sirven, estarán listos.

Declaro que al oir por primera vez semejante diálogo me quedé confuso y lleno de curiosidad. ¿Sería un guasón el tío Fulano, que se burlaba de nosotros? Y de otra manera, ¿qué burros tan inteligentes y aplicados eran aquéllos? ¿qué ciencia ó arte aprendían? ¿con qué libros y bajo la disciplina de qué maestro?..... Después me informaron de que, para ahorrarse piensos, envían los dueños sus burros al campo, á que allí se alimenten de las hierbas que hallan, y á esto le llaman *estudiar*, y está bien llamado; que no es flojo ni fácil estudio el de buscarse la vida. Millones de hombres nacen, crecen, envejecen y mueren sin haberlo entendido jamás; pero el asno, desde la primera vez, lo comprende y practica. Y luego le tachan de torpe y romo. ¡Injusticias del mundo!

Mas no todos le motejan y ofenden; pues Aristóteles, Plinio y Marco Varrón, entre los antiguos, y el magnífico caballero Pedro de Mexía, el Conde de Buffón y otros muchos, entre los modernos, elogian sus altas prendas y excelentes virtudes, como función de desagravios por las injurias y malos tratamientos con que á menudo le menosprecian y abruman.

El jumento no rabia jamás, como el perro, el gato, el cerdo, la rata y otros animales: se alimenta con poco, trabaja mucho, es robusto y dócil, acémila y cabalgadura; su hembra nos proporciona la leche más fresca, y semejante á la de mujer; por esto, desde antes que amanezca, sale una legión de burras por las calles para curar y alimentar á los acatarrados y tísicos de Madrid. Como éstos beben acurrucados en su cama el néctar saludable y espumoso que les sirven desde el portal, ni siquieran conocen á sus amas de leche; aunque si las conocieran, ¡ingratos! ni aun las saludarían al encontrarlas por plazas ó plazuelas, calles ó callejuelas. Si durante su vida es utilísimo para los hombres el asno, sigue siéndolo también después de muerto; pues de su piel se hacen cribas, tambores, vainas de espadas y sables, zapatos, asientos, estuches, grandes carteras, forros de librotes y baúles, y hasta cubiertas impermeables de tiendas, muy estimadas por los árabes vagabundos. De parte de su cuerpo se extraen las mejores gomas y colas; de sus huesos se hacen botones y otros mil objetos; y si no comemos sus carnes, más bien que por otro motivo, es por falta de costumbre, como sucede con los canarios, ruiseñores, loros, guacamayos, pericos, etc. Al decir que no se come la carne del burro, paréceme que hablé muy de ligero, y que si tuvieran voz y palabra los chorizos, longanizas, salchichones y toda suerte de embutidos, singularmente los

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA

LA FLOR DEL HARÉN.—Por Popp.

ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
MADRID
BIBLIOTECA
(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

llamados *económicos*, y aun muchos picadillos y chuletas, posible es que impugnaran mi aserto, probándome como dos y dos son cuatro, que la tal carne se guisa, traga y digiere por millares y millares de individuos, no pocas veces disfrazada y oculta bajo doble ó triple envoltura de papel plateado y con la salvaguardia de nombres extranjeros y precios considerables. En circunstancias calamitosas, no sólo se ha comido á sabiendas, sino que se ha pagado por fabulosa manera; durante el asedio de Samaria, cercada por el rey de Siria, llegó á valer 800 monedas de plata una cabeza de asno. Aunque tales monedas de plata equivaliesen á las modernas de á real, que son las menores, ya es bastante dinero. Sitiada otra ciudad por el famoso Artajerjes de Persia, se vendieron cuartos de burro á 70 dracmas, y á 15 dracmas las raciones. En Sagunto y Numancia, y modernamente en Zaragoza y Gerona, sucedió cosa muy parecida, pues no quedó burro en tales poblaciones y algunas leguas á la redonda, que no fuese pasado á cuchillo y á diente, proporcionando sustento á los heroicos defensores. Y es tradición no desmentida que ninguno de éstos rebuznó, ni advirtió que le creciesen las orejas, á pesar del mencionado alimento.

Mas ¿qué mucho que haya servido á veces para sustento de hombres, si también como medicina sirve para curar, ó aliviar cuando menos, sus dolencias y enfermedades? Porque, según antiguos autores, el hígado de asno, cocido con romero y tomado en ayunas durante algunos días, tiene grande eficacia contra el mal caduco ó gota coral; sus cascos, hechos polvo finísimo y disueltos en leche, son antivenenosos y antipútridos: mezclado este polvo con miel, cura la disentería: cocido con leche y salvia, alivia las irritaciones de los ojos; y si fuese á seguir enumerando cuantas excelencias y virtudes le atribuyen nuestros antepasados, sería tarea por extremo prolija y poco menos que interminable.

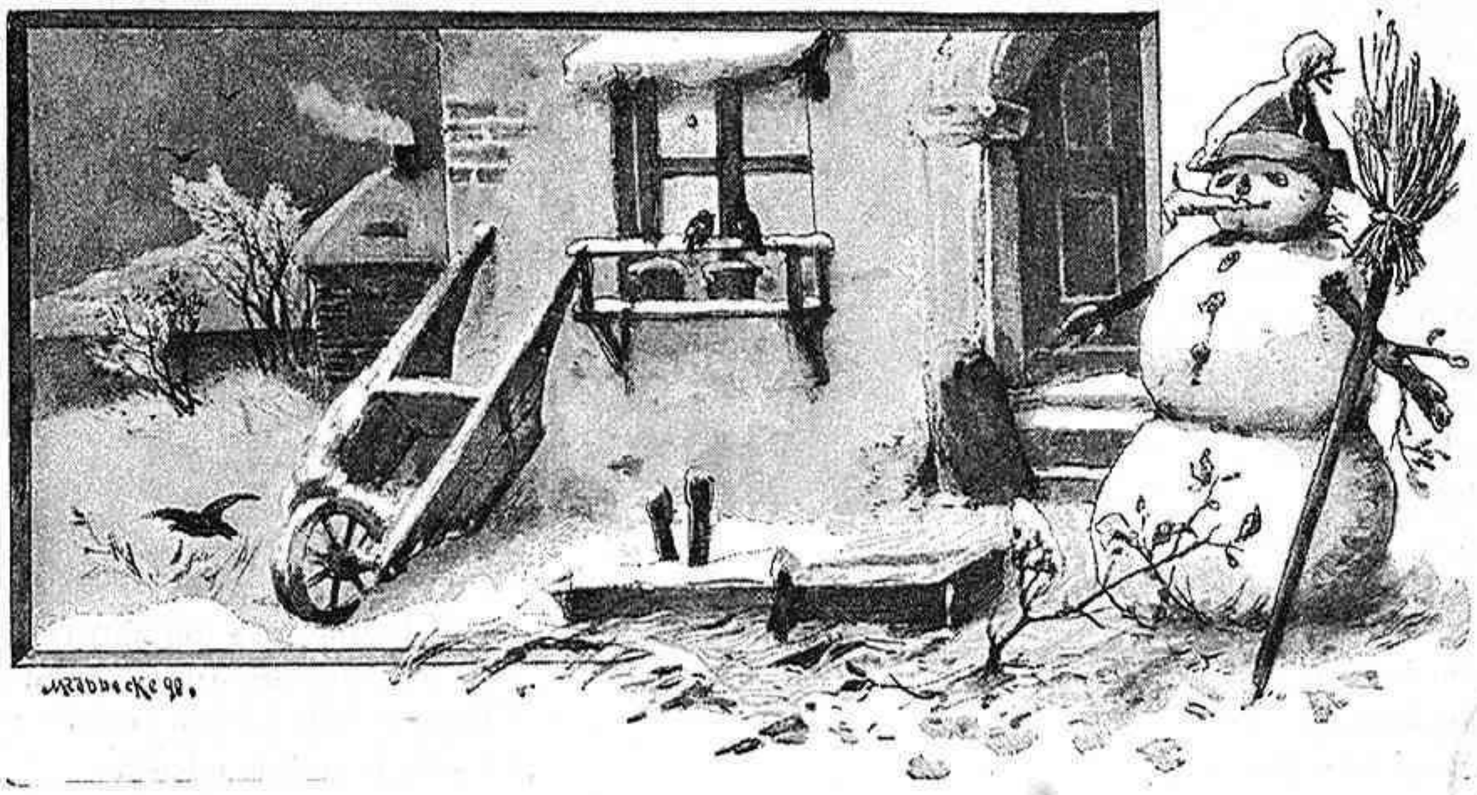
Por lo cual no podía dejar de ser tratado en la literatura, las artes y la historia. Apuleyo escribió su celebérrimo *Asno*, que la posteridad comparó en valía con el oro mismo, y así le llamamos hoy *El Asno de Oro*, libro donde se describen las aventuras y malandanzas del metamorfoseado Lucio, y que no contiene menos doctrina que los *Versos áureos* de Pitágoras; los pintores y escultores medioevales representan la figura del asno como emblema y símbolo de la sobriedad y mansedumbre; La Fontaine y Samaniego le tomaron por héroe de sus fábulas; Julio Janín publicó, en 1829, su novela *El Asno muerto, ó la Mujer guillotinada*, que tanto llamó la atención pública; el pintor Décamps fué premiado por su admirable cuadro *Los Asnos de Oriente;* y buriles y cinceles, á competencia, han inmortalizado el asno de Sileno y el rucio de Sancho Panza. La Historia Sagrada nos dice que con una quijada de asno se cometió el primer homicidio: con igual herramienta mató el forzudo Sansón mil filisteos; aunque rebajásemos los muertos á la mitad, y aun á la décima parte, quedando en ciento, siempre resultará una quijada extraordinariamente funesta y varios carros llenos de cadáveres.

Puede estar orgulloso el caballo por haber existido un *Belerofonte*, un *Bucéfalo* de Alejandro, un *Babieca* del Cid; y, en las regiones de la fantasía, el *Rocinante* de D. Quijote, superior á todos ellos; pero el burro tiene mejores papeles, como suele decirse, y títulos más altos y valederos para nuestra estimación y alabanza. Porque él, con la mula y el buey, acompañó en el establo de Belén á la misma Virgen, y fué testigo del nacimiento de Jesús, cuyos miembros tiernecitos calentaba con el vaho de su aliento; sirviéndole después de cabalgadura en la huída á Egipto, cuando el tunante de Herodes se propuso no dejar un chicuelo vivo en la capital, ni en diez leguas á la redonda; y, por último, conduciéndole sobre sus lomos para la triunfal entrada en Jerusalén, mientras la muchedumbre popular cubría de flores el suelo, y las puertas y ventanas y miradores, de palmas y guirnaldas, exclamando á voces con júbilo: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna al que llega en nombre del Señor!»

Si algún otro animal existe que se crea con mejores títulos para nuestra estimación y afecto, que levante el pico, el cuerno, la pezuña, ó lo que fuere, en señal de protesta; pero mientras tanto, ninguno podrá negar, ni aun poner en duda un solo momento, las altas dotes, insignes, excelencias y borricales virtudes que dejo mencionadas. Vale.

NARCISO CAMPILLO.

San Vicente de la Barquera.



(c) Ministerio de Cultura 2006

EL TÍO CASCOTE

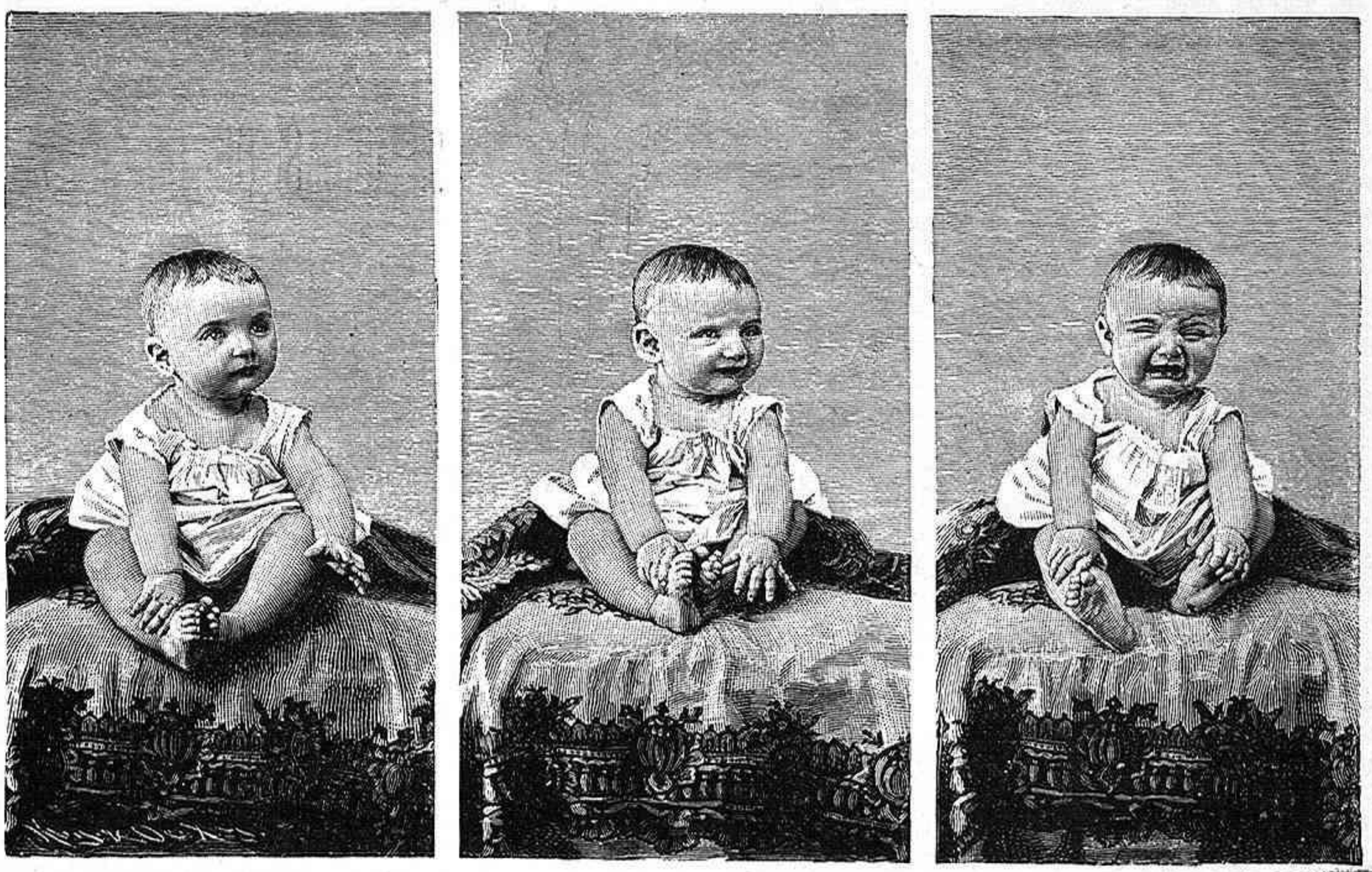
MONÓLOGO

Un primer contribuyente
Del Lugar, robusto, sano,
Servicial y campechano
Hasta la pared de enfrente;
Que á cualquiera da un consejo;
Que cree en el Purgatorio,
Y que acude al consistorio
Cuando tocan á concejo;
Que respetando las leyes
Vive contento en su hogar,
Sólo pensando en cuidar
Sus terrones y sus bueyes,
Sin importarle un pepino
Del rey ni el *gobernaor*,
Para hacer siempre un favor
Á cualesquiera vecino;
Que anda mucho, aunque no corre,
Porque no quiere correr,
Ni mucho menos perder
Jamás de vista la torre
Que siempre tuve delante,
Que me vió nacer, vivir
Y que ha de verme morir
De seguro, Dios mediante.
No pienso subirme al tren
A no parar en demente,
Que aquí vivo felizmente,
¡Ya lo creo! y más que bien.
Me levanto á buena hora,
Pues en invierno y verano
Ya estoy en pie muy temprano,
Casi al despuntar la aurora.
Saludo á mis labradores,
Que alegres y bullangueros
Preparan bueyes y aperos
Para empezar sus labores;
Y al marcharse á su trabajo,
Lleno de satisfacción,
Cómo un trozo de jamón,
Un cuenco de sopas de ajo,
Bebo una jarra de vino,
Que en aquel momento llega
Fresquito de la bodega,
Y ya se pone en camino
Como un reló el tío Cascote,
Á ver cómo están las reses,
Ó á ir recorriendo las mieses
Apoyado en un garrote.
Aquí miro una labor,
Allí subo una cañada,
Acá echo una parrafada
Con un gañán ó un pastor,
Sobre si el trigo se da
O si el ganado anda así;
De si hay liebres por aquí,
Ó hay perdices por allá;
Y en tan franca compañía
Paso toda la mañana
Hasta que da la campana
El toque de mediodía.
Entonces, no hay más que hablar,
Me vuelvo á casa derecho
Y me siento satisfecho,
Con un hambre regular,
En mitad de la cocina,
Donde pongo un taburete,
Á comerme un pucherete
Con su jamón, su gallina,
Garbanzos de buena ley,
Un buen trozo de carnero,
Chorizo, en fin, un puchero
Como no lo come el rey;
Bebo vino del mejor;
Cómo, hasta ponerme ahito,
Porque tengo un apetito
De los de marca mayor.
Y lo que más me aprovecha
Es ver que soy Juan Palomo,
Porque todo lo que como
Es de la propia cosecha.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Después mis ratos felices
Son andar de cerro en cerro
Con la escopeta y el perro
Persiguiendo las perdices.
Y si hay caza por allí
No desaprovecho el día;
Tengo alguna puntería
Y no tiro porque sí.
Salto zanjas, subo oteros,
Cruzo prados, olivares,
Trigos, huertos, tomillares,
Rastrojeras y senderos.
Recorro el llano y el monte
Llenos de luz y alegría,
Hasta que el astro del día
Se oculta en el horizonte.
Hago la última descarga;
De la campana oigo el son,
Y murmuro una oración,
Ni muy corta ni muy larga.
Y más tieso que un varal
Entro en casa anochecido,
Muy contento, aunque rendido
Con el peso del morral.
Y con tanta ocupación
Voy cogiendo á manos llenas
Sangre muy rica en las venas
Y aire puro en el pulmón.

RICARDO MONASTERIO.



PARA TODOS LOS GUSTOS.—(De fotografías instantáneas.)

(c) Ministerio de Cultura 2006

MEMORIAS DE UN SOLTERON

I.

Á LOS VEINTE AÑOS.

Soy uno de los mortales más felices de la tierra.

Acabo de cumplir cuatro lustros: he terminado el estudio del Derecho; puedo llamarme jurisconsulto, y en virtud de esto—y de mi formalidad—la persona que ha administrado mi patrimonio en calidad de tutor desde que en temprana edad quedé huérfano, me ha hecho entrega de cuanto me pertenece.

—Eres todo un abogado, Juanito—me dijo ayer entrando en mi cuarto cargado de papeles y de billetes de Banco;—tienes juicio y bastante experiencia del mundo: así, aunque no seas todavía mayor de edad, deseo que en lo sucesivo administres tus intereses.

—Pero, tío.....—exclamé atónito y maravillado.

—Te juzgo digno de la confianza que de ti hago, y estoy seguro de que corresponderás á ella.—Ven acá, pues; entérate bien de lo que tienes, y ya verás cómo durante mi tutela he conseguido aumentar considerablemente lo que heredaste de tus mayores.

El buen señor se sentó delante de una mesa, y por espacio de tres horas me puso al corriente de todas sus cuentas, con una minuciosidad y un afecto verdaderamente extraordinarios.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Luego me dirigió el discurso siguiente:

—Como ves, eres rico, Juanito: tienes tres casas en Madrid; tierras de pan llevar en Arganda y Ciempozuelos; cincuenta y dos acciones del Banco de España, y otros valores depositados en el mismo: total, unos catorce mil duros de renta.—Conociéndote como te conozco, estoy seguro de que no malrotarás tu patrimonio. No te cases todavía; eres demasiado joven para el matrimonio, y antes debes conocer bien el mundo..... y las mujeres.

Dicho esto, me dió un fuerte abrazo, me apretó la mano, y con los ojos llenos de lágrimas se alejó de mí el pobre hombre, dejándome sorprendido, atónito de lo que acababa de saber.

¿Con que soy rico? ¿Con que tengo catorce mil duros de renta? ¿Con que puedo disponer de ellos á mi antojo?

¿Qué haré?—Lo primerito comprar caballos y coches para pasearme por el Prado y la Fuente Castellana: después tomar una casa mejor y amueblarla de modo conveniente.

Los trastos que tengo aquí son antiguos y miserables: es menester colocarme á la altura de mi posición. Necesito un ayuda de cámara, en lugar del criado que ahora me sirve; una cocinera de primer orden, para obsequiar á mis condiscípulos y amigos con almuerzos y comidas dignos de ellos; en fin, también es indispensable una planchadora buena que cuide de mi ropa blanca.

No va á ser floja la tarea de encontrar servidores aptos..... y fieles; es decir, que no me roben mucho, porque estoy seguro de que siempre me robarán.

II.

CINCO AÑOS DESPUÉS.

Soy el hombre á la moda: mis trenes llaman la atención en todas partes, y mis amigos—y sobre todo mis enemigos, porque ya los tengo—procuran imitarlos.

He montado mi casa con lujo, y más que nada con buen gusto.—Tengo cocinero francés, *valet de chambre* inglés, y cochero español.

Raro es el día en que no siento á mi mesa media docena de personas, que ponen en las nubes mi Vatel, juzgan exquisitos mis vinos, y deliciosos mis cigarros.

Es natural: estómagos agradecidos, que en cuanto hayan hecho la digestión me quitarán el pellejo.

Hasta ahora no gasto un céntimo más de mi renta, que ha aumentado con recientes modificaciones y reformas.

En lugar de las «tierras de pan llevar», según decía mi ex tutor D. Venancio, he comprado papel, que me produce más y me quita cuidados y molestias. También hago ciertas jugadas de Bolsa, que hasta el momento me han salido bien.

Mi boato, mi posición, y—¿por qué he de ser modesto?—mi buena figura, me han proporcionado triunfos lisonjeros entre el bello sexo; y las madres deseosas de establecer bien á sus hijas, *me ponen los puntos* y pretenden atraparme.

¿Casarme yo á los veinticinco años? ¿Esclavizarme con una mujer que puede ser insoportable y darme una docena de hijos?—No, y mil veces no: ¡vivan la libertad y la independencia!

III.

Á LOS TREINTA AÑOS.

Comienza á fatigarme esta existencia agitada y tempestuosa: mi salud se ha resentido algo de las noches de insomnio y de los días de trapisonda. Padezco de reúma y de los nervios. Lo único que está sano y bueno es el corazón: ¡como que no me he dejado seducir por *las pruebas de amor* que me dan las mujeres!—Lo que ellas quieren no es mi nombre, sino mi dinero, el cual, gracias á Dios, no cae en sus manos sino en pequeñas cantidades, cuando lo reclaman las necesidades del servicio.

Hace dos meses creí haberme enamorado por la primera vez.

Sin embargo, fué un capricho pasajero, un acaloramiento, que se disipó bajo el imperio de la razón fría y serena.

¿Qué iba á buscar yo en el matrimonio? ¿Un refugio contra las tempestades de la existencia, según dicen los filósofos?

¡Pero si yo soy impermeable é incombustible: si nada me conmueve ni me agita!—Egoísta por temperamento y por educación, sólo pienso en mi conveniencia y en mi interés: casado, sería forzoso ocuparme en mi mujer y en mis hijos; procurar que aquélla fuese feliz; dar á éstos buena educación.

No, y mil veces no: soltero estoy y soltero moriré; no quiero exponerme á perder mi dicha y mi tranquilidad por satisfacer un mero capricho.

IV.

Á LOS CUARENTA AÑOS.

Estoy ya cansado de esta vida tempestuosa; mis achaques han aumentado considerablemente, y ahora paso semanas enteras sin salir á la calle.

Los amigos vienen á acompañarme algunos ratos, y dos ó tres—los más pobres—comen en casa y juegan luego conmigo una partida de tresillo ó de *bezigue*.—Dios se lo pague.

Otros aceptan mi carruaje para hacer visitas, ó disfrutan mi butaca del teatro Real, al que no podrían asistir por la escasez de sus recursos.

Enfermedades, viajes y locuras han disminuído considerablemente mi capital: ya no poseo la renta de antes; y ahora no pasa de cuarenta mil pesetas.

He tenido que despedir al cocinero francés, que ha salido rico de mi casa; y al ayuda de cámara inglés, cuyas exigencias eran escandalosas.—Hoy día todo mi servicio es del país.

Desde que no soy muy rico, y desde que no soy muy joven, han decrecido las persecuciones de las madres y de las hijas.

Ya no paso por un *gran partido*, y sólo las solteronas recalcitrantes me consideran buena presa: las niñas de pocos

(c) Ministerio de Cultura 2006

años tienen miras más altas, y buscan Duques, Marqueses ó millonarios.

¡Cuántos desencantos he padecido! ¡Muchos que antes cultivaban mi trato me abandonan y me desdeñan!

¡Cuarenta mil pesetas! ¡Eso es una miseria! piensan y dicen las niñas que salen al mundo llenas de esperanzas y de ilusiones.

V.

Á LOS CINCUENTA AÑOS.

Estoy solo, enteramente solo, lleno de disgustos y enfermedades; abandonado de los que eran mis amigos, desde que no puedo proporcionarles placeres ni distracciones.

Mi renta ha sufrido nuevas rebajas, en virtud de recientes pérdidas.

Es menester á toda costa crearme una familia, un círculo de personas que me atiendan y cuiden en los últimos años de mi existencia.

¿Encontraré lo que deseo? ¿Habrá una mujer que acepte el nombre y la posición de este viejo prematuro, que ha perdido todos sus atractivos personales?

Lo intentaré, sin seguridad de conseguirlo, porque conozco bien la sociedad positiva y metalizada entre la cual vivo..... ó he vivido.

Ahora no asisto á fiestas, reuniones ni teatros; paso las noches en el Casino ó en *La Peña*, jugando al tresillo ó al *bezigue;* ó en mi casa, junto á la chimenea, sin alma viviente que me acompañe, cuando el mal tiempo ó mis achaques no me permiten salir á la calle.

Como ya no tengo carruaje, porque no puedo sostenerlo, son mayores las dificultades para mi distracción.

He dejado, también por economía, mi butaca del teatro Real, y sólo me permito ir alguna vez—muy rara—á una ó dos funciones de las de *Apolo* ó *Eslava*.

Sí, sí: es indispensable traer á mi hogar algo de lo que hay en los de las personas más felices: una mujer que me consuele, que me sirva de tierna y dulce compañera en las penalidades de la existencia humana.

VI.

Á LOS SESENTA AÑOS.

Todos mis esfuerzos han sido inútiles: aquellas á quienes me he dirigido, y que en tiempos más dichosos me habrían aceptado con júbilo y satisfacción, me han despreciado, se han reído de mí.

—¡Cómo, Matusalén!—me dijo cierta insolente—¿quieres encontrar á tus años quien cargue contigo, y sea una verdadera Hermana de la caridad?—¡Si al menos fueses todavía rico!.....

Es verdad: ya no lo soy; cada día aumentan mis privaciones y mis apuros; cada día debo reducir mis gastos y hacer nuevas economías.

No tengo más que una cocinera, una mujer guapetona y fresca, y un criadillo, cuyo salario es mezquino y miserable, para los recados.

Con este tren de casa y con mis escasos recursos, no puedo dar banquetes, según antes lo hacía, ni comidas de confianza siquiera.

Eso sí, Feliciana guisa muy bien, y me prepara unos platos, que no hay más que pedir.

Es una excelente mujer, que sólo piensa en darme gusto.

Por las noches viene á mi cuarto, y como lee regularmente, me entretiene poniéndome al tanto de lo que dicen *La Correspondencia* y *El Correo*.

Es una fortuna, una providencia haber tropezado con una sirviente así, tan hábil en la cocina, como dispuesta á complacerme en lo demás.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Ella lava y plancha mi ropa, pone cuellos nuevos á las camisas, y desempeña toda clase de cargos domésticos.

Si me faltase, ¿qué sería de mí?

El otro día vino á verme uno de los pocos amigos—ó conocidos—que aun me quedan, y le obligué á quedarse á almorzar.

—Tienes *un cordon bleu*—me dijo—y lo debes conservar á costa de los mayores sacrificios.

Luego añadió, mirándola fijamente:

—Además, es una buena moza, lo cual no es un mal para nadie, y menos para ti, á quien tanto agradaba el bello sexo.

Es verdad: si Feliciana me abandonase, ¿qué sería de mí? ¿Dónde encontraría otra que la reemplazara? ¡Y los postreros años de mi vida serían más crueles, más horribles que nunca!

¿Qué podría yo hacer para fijarla á mi lado? ¡Si tuviese algún título, algún derecho!.....

Pero no: el mejor día encontrará otra colocación más ventajosa, ó, como es guapa y amable, se casará con el que la solicite.

No, no: es menester que no nos separemos nunca; no podría acostumbrarme á otra cocina; me faltaría quien me leyese los periódicos, y aun las cartas, porque ¡mi vista ha bajado tanto!.....

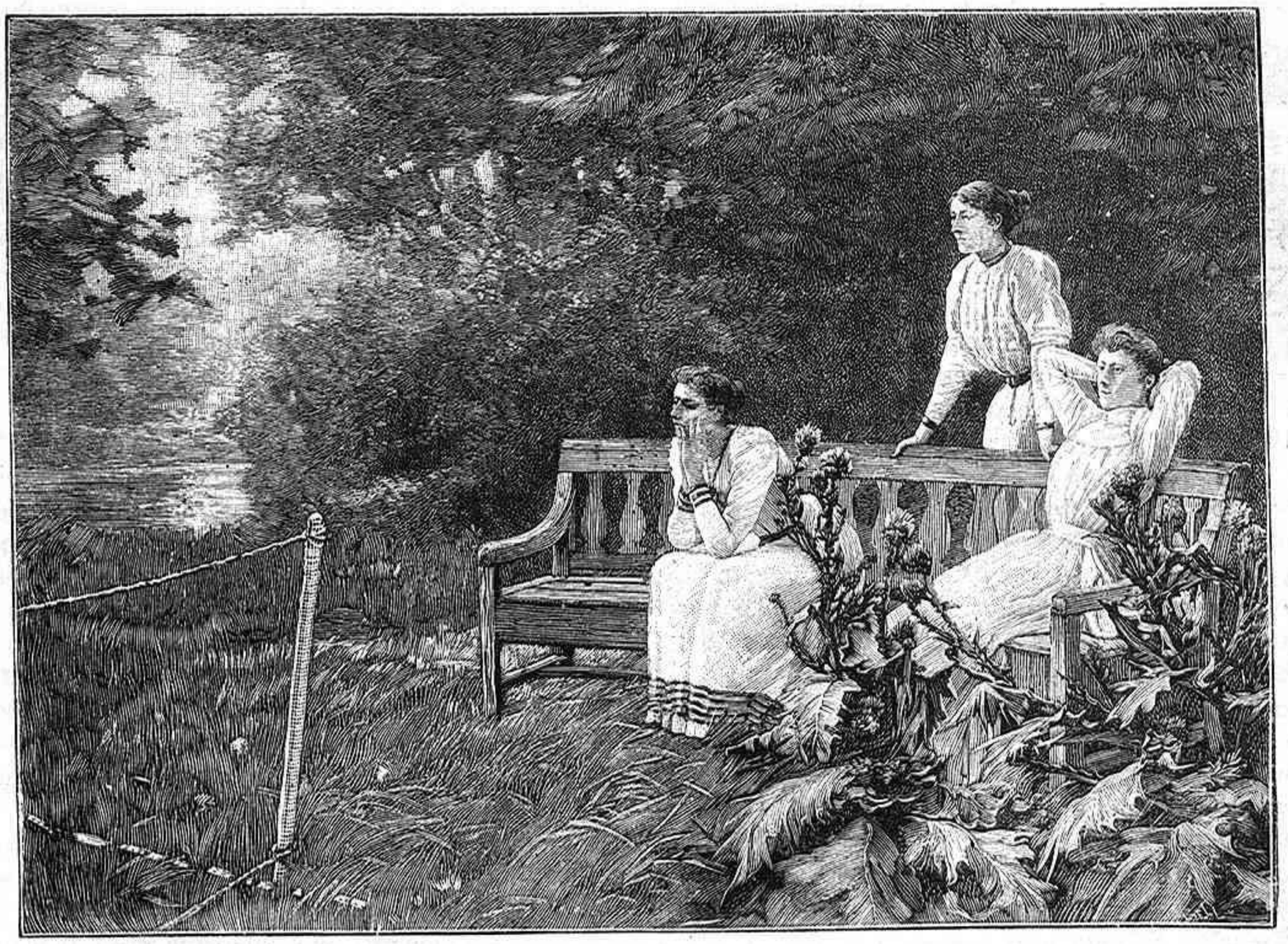
.....

....

Para tenerla constantemente á mi lado, no hay sino un medio: darle mi nombre, hacerla mi mujer.

¿Qué me importa lo que diga la sociedad?

RAMÓN DE NAVARRETE.



VIDA CAMPESTRE.—POR REALIER DUMAS.

ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO MADRID BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO LITERARIO Y ARTÍSTICO MADRID BIBLIOTECA

CUENTOS DEL GENERAL

LA BURRA PERDIDA

¿Te acuerdas de Quintín?

—Y bien que me acuerdo. ¿Quintín Guardarelo; aquel muchacho, sobrino de la tía Calixta, que se fué para Cuba y que ahora dicen que está muy rico?

—El mismo, que ya debe tener sus cuarenta años, y que realmente está muy rico. Pues mañana debe llegar aquí.

—¿Aquí?

—Sí, al pueblo. Viene á arreglar su matrimonio. A ver si adivinas con quién quiere casarse.

—Con Gregoria, la hija de D. Rufo el del molino.

—No.

—Entonces con Brígida, la del indiano.

—Tampoco.

—Pues con la hermana del juez.

—Menos, que ni la ha oído mentar; y mira, date por vencida, que no acertarás nunca, y yo te lo voy á decir: ¡Asómbrate! Con Serafina.

—¿Qué Serafina?

—¡Toma! Serafina, la chica, la criada que nos sirve, que es su sobrina.

—¡Pero hombre, si apenas tiene quince años, y está hecha una brutica!.....

—Pues con todo y eso, ya mañana será la señorita Serafina; porque él la va á poner en un colegio en seguida, y dentro de dos años volverá para casarse con ella, y ahí tienes á la muchacha convertida en la señora más rica quizá de la provincia.

—¡Pero eso será mentira!

—No; que todo me lo ha dicho esta misma tarde D. Félix, que expresamente ha venido á preguntarme por Serafina, encargándome con mucho empeño que tú y yo la preparemos, contándole la fortuna que va á tener, y que mañana, desde temprano, esté vestida lo mejor posible para que le haga buen efecto á Quintín.

—¡Mira tú qué fortuna! Y yo que la he reñido esta tarde tanto, y hasta le arrimé dos bofetones porque no había sacado hierba para la vaca.....

—Pues nada, nada; procura contentarla y no se le cuente lo del tío hasta la noche después de cenar; porque si no, descuida sus obligaciones. Voy mientras al correo á ver si he tenido carta de Madrid, que ya llegaron los coches de la estación, y volveré á cenar.

El tío Santiago tomó un grueso bastón y salió por la carretera, en tanto que la tía Elena se quedaba refunfuñando y murmurando entre dientes:

—¡Qué cosas pasan en el mundo! ¡Quién lo había de pensar!

***

Las sombras de la noche se condensaban rápidamente. Los colores y los contornos del caserío iban fundiéndose en la obscuridad, y aparecían en algunos puntos pequeñas lucecillas que salían por las ventanas á lo lejos, como el ojo colorado de un gallo negro.

Tranquila estaba la casa del tío Santiago. En el corral las gallinas se acomodaban unas en las perchas, otras sobre los viejos maderos abandonados allí, otras sobre los bordes de los pesebres, esponjando las plumas, acurrucándose unas al lado de las otras, y con ese ronquido tenue que lanzan como un indicio de completo bienestar.

En los árboles se apagaba la bulliciosa conversación que entablan los gorriones antes de dormir, y que semeja el ruido melodioso de un hervor, y unos buscaban la mejor rama para acomodarse, mientras que otros habían metido ya la cabecita debajo del ala para pasar una noche tranquila.

La vaca rumiaba filosóficamente en el establo. La cerda dormía tendida indolentemente, y sólo de cuando en cuando lanzaba un pequeño gruñido, cuando alguno de los lechoncillos mamaba con demasiada energía.

(c) Ministerio de Cultura 2006

No quedaban en pie más que los gansos, que, desconfiados siempre, andaban pausada y cautelosamente, volviendo la cabeza á uno y otro lado, anunciándose con esa especie de carcajadita burlona, como si fueran diciendo:—¡Ajá, á nosotros ninguno nos la pega!

Á lo lejos, y como ahogados por la obscuridad, se oían el chirrido de algún carro que volvía del campo cargado de hierba, y el monótono sonar de los cencerros de las vacas que iban recogiéndose en los establos.

Algunas veces los cascabeles de un coche que pasaba rápidamente por la carretera, y como una nota sostenida, el canto de los grillos entre la hierba.

Y sin embargo, como dicen algunas veces los que describen una fiesta, *brillaba por su ausencia* en aquel cuadro la *Generosa*, es decir, la burra de la casa.

Serafina salió para cerrar la puerta que daba al campo, y registrar si estaban en su lugar todos los animales. Ya tenía cierta sospecha de que algo pasaba con la burra, porque no la había oído rebuznar, y la chica sabía que los burros rebuznan con una precisión matemática, mejor dicho, astronómica, á cada cuarto de hora, como si llevaran un cronómetro en el cerebro: así es que su primer cuidado fué buscar á la burra, y creyó que soñaba, que era una verdadera pesadilla, cuando, después de registrar por todas partes, adquirió el terrible convencimiento de que la burra no estaba.

¿Qué iba á pasar allí? El maldito animal, encontrando sin duda la puerta abierta, se habría salido al campo, y la chica sintió que el mundo se le venía encima. Se sintió responsable; creyó la burra perdida para siempre; miró delante como á un fantasma á la tía Elena diciéndole toda clase de improperios y pegándole un número infinito de bofetadas, y mandándola á media noche á buscar la burra; y como la escena de la tarde estaba aun fresca en su memoria, la pobre chica se puso á llorar, y sin saber lo que hacía salióse al campo en busca de la burra, á tiempo que pasaba un chico que iba por vino á la taberna.

—¿Adónde vas tan llorona, Serafina?—dijo el muchacho, burlándose de ella.

—¿Qué te importa?—contestó Serafina; y sin detenerse, siguió el primer atajo que se presentó á su vista.

Se había levantado la luna y con su indecisa claridad los árboles, las peñas, los matorrales y hasta los accidentes del terreno fingían extrañas y fantásticas formas. Serafina seguía rápidamente caminando; pero, aunque llorosa, miraba cuidadosamente para todas partes. Cualquier matorral á lo lejos movido por el vientecillo de la noche, le parecía que era la burra, y emprendía el camino hasta desengañarse; el más ligero ruido lo creía un denuncio de la fugitiva, y se figuraba conocer el rebuzno de la *Generosa* en cualquiera de los muchos rebuznos que se oían á lo lejos.

No sentía miedo al encontrarse sola en el monte y en aquella penumbra: el terror que le inspiraba D.ª Elena y la angustia por la pérdida de la burra, embargaban por completo todas sus facultades, y seguía andando por aquellas largas veredas, que blanquecinas se prolongaban entre la vegetación como víboras inmensas, que más crecían mientras más caminaba sobre ellas, y que tenían la cabeza perdida en un horizonte tan vago, que ni era obscuro ni era luminoso.

Por fin, después de tres horas de inútiles pesquisas, fatigada, rendida y sin saber en dónde se encontraba, sentóse á descansar al pie de un árbol. Á lo lejos brillaban algunas lucecitas en los caseríos; llegaban desde allí los ladridos de los perros, y alguna que otra vez el sonido de los *campanos* de las vacas que se movían en los establos. Pero poco á poco á Serafina le pareció que todas aquellas luces se iban extinguiendo; que los ruidos se alejaban; que el terreno se hundía dulcemente; que la obscuridad se hacía más densa: entornó los párpados y se quedó profundamente dormida.

***

La tía Elena llegó á extrañar que la muchacha no anduviera por la cocina: la llamó, nadie contestaba; entonces salió á ver qué hacía, y no la encontró por ninguna parte. Sólo Isidro, el mozo de labranza, sentado á la puerta de la cocina, esperaba tranquilamente que le llamaran á cenar.

—Sidro, ¿has visto á Serafina?

—Puede que haya salido, porque la puerta del campo está abierta.

—¡Demonio de muchacha! ¿Si se le habrá ocurrido escaparse por haberle pegado esta tarde?

Y acertó á salir á la puerta del campo en los momentos en que el chico regresaba de la taberna.

—Pedrín—dijo la tía Elena—¿has encontrado por ahí á Serafina?

—Cuando pasé para la taberna á comprar el vino para mi padre, salía de aquí, le pregunté á dónde iba y me contestó que no me importaba. Iba llorando.

—De seguro—exclamó en alta voz la vieja—esa pícara se ha escapado; si no fuera..... y luego el compromiso de entregarla mañana; nos van á hacer muchos cargos. ¿Por dónde se fué?—dijo, dirigiéndose al muchacho.

—Pues por ahí, por ese camino.

—Voy á buscarla. ¿Adónde se habrá ido? No tiene pariente ninguno.....

Entonces por primera vez se arrepintió de haberla tratado siempre tan mal; no por lástima, sino por las consecuencias que podía traer aquella fuga.

***

Media hora después llegó á casa el tío Santiago. Los perros salieron á recibirle haciendo fiestas, como quien dice:—Bendito sea Dios que ha vuelto usted, que ya tenemos hambre; pero se encontró con la casa á obscuras y por único habitante á Isidro, sentado en la puerta de la cocina.

—¿Dónde están las mujeres?—le preguntó.

—Pues la tía Elena se ha ido á buscar á la Serafina, que creo que se ha escapado porque la pegaron mucho en la tarde.

—Vamos, ¡qué tonta! Iré yo á ver si las encuentro por ahí. ¡Qué compromiso para mañana! ¡Y D. Quintín que vendrá temprano á buscar á la chica! Vamos, voy á ver si las encuentro. Me llevaré los perros para que me ayuden.

Silbó ligeramente; los perros comprendieron que se trataba de un paseo á la luz de la luna, y salieron retozando delante del tío Santiago por la puerta del campo.

—Esto de la cena va muy largo—dijo Isidro después de

(c) Ministerio de Cultura 2006

haber esperado más de una hora.—Voy mientras á la taberna á echar un vaso.

Y salió por la puerta de la carretera.

La casa quedó enteramente sola; pero como mientras unos duermen otros velan, los gritos de los gansos y el cacarear de las gallinas y el ruido que se oyó por los establos, no dejaron duda de que los zorros aprovechaban la ocasión. Y aquello fué la catástrofe. Unas gallinas morían, otras se salían por los bardales, otras por la puerta del campo, que se quedó abierta, y entre aquel sálvese el que pueda, hasta los gansos perdieron su dignidad y salieron á escape.

***

Serafina se despertó asustada por el ruido de un carruaje que se acercaba; abrió los ojos, y vió que estaba al borde de una carretera. Comenzaba á amanecer. Sobre el limpio azul del cielo se iba tendiendo como una gasa color de rosa; la luz azulada penetraba ligera por todos los vericuetos de la montaña, como si buscara algo que había dejado olvidado el día anterior; cruzaba entre el follaje, se deslizaba hasta debajo de las hojas que había caídas, y todo lo recorría preparando la tierra para recibir engalanada la visita de los rayos del sol.

Serafina se levantó á tiempo que el carruaje pasaba á su lado.

—¡Serafina!—exclamó uno de los dos caballeros que iban dentro.—¡Para!—dijo al cochero.—¡Alto!

El landó se detuvo, y los dos hombres descendieron rápidamente.

—Pero ¿qué andas haciendo por aquí y tan temprano?

Serafina reconoció en aquel caballero á D. Félix, que había estado la tarde anterior en la casa hablando mucho tiempo con el tío Santiago. Esto la alentó, y no sin llorar algunas veces, contóle lo que había pasado.

—¡Pobrecita!—dijo D. Félix.—¿Pero tú no sabías que ayer tarde y delante de mí le prestó Santiago la burra á un vecino?

—¡Entonces no se ha perdido!—exclamó la muchacha como si le quitaran un enorme peso del corazón.

—No, no se ha perdido. Pero ahora te vas con nosotros.

—¿Pero adónde?

—Á mi casa, con mi mujer y con mis hijos. Este caballero que ves aquí es tu tío Quintín, que ha llegado de América.

—¡Ay, mi tío Quintín! ¡Qué gusto! ¡Cuánto me hablaba mi madre de usted!..... ¿Cómo le va á usted, tío Quintín? Ahora pondrá usted casa, ¿es verdad? y me llevará usted á servirle: ya verá usted cómo estará contento. Yo soy muy trabajadora, y no quiero volver á la casa de la tía Elena, porque me pega mucho, mucho.....

Don Quintín sentía como si se hubiera tragado un pedazo de pan sin masticar, y en los ojos un cosquilleo como si le pasaran cabellos por allí.

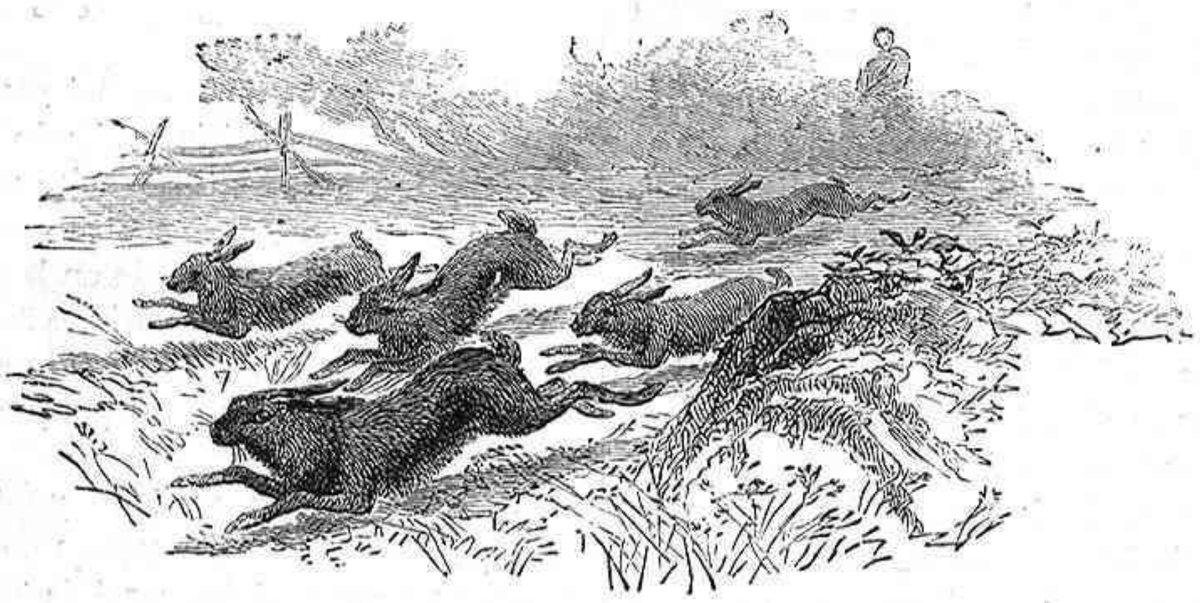
Estuvo un rato silencioso, y después, fingiendo una tos que no tenía, le dijo á su amigo:

—Regresaremos: ya no tenemos para qué ir al pueblo.

***

El tío Santiago y la tía Elena, que no habían podido dormir en toda la noche, vieron á lo lejos por una carretera un coche que se alejaba del pueblo; pero era imposible que sospecharan quiénes iban dentro, aun cuando se lo hubieran dicho; y jamás pudieron saber lo que había pasado, pues lo único que llegó á sus noticias fué que á Serafina la había puesto su tío en un colegio de señoritas en Madrid.

El General Riva Palacio.



(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

LECTURA DEL «QUIJOTE».—Cuadro de D. José Garnelo.

MADRID
BIBLIOTECA

LA CORONA

I.

Como ocurre á más de dos
Y á más de tres y de cuatro,
De una dama de teatro
Se enamoró Juan de Dios,
Con un amor tan frenético,
Que ante ella quedaba extático,
Temblando como un perlático
Y pálido como un hético.
Desde que en funesto día
Vió á aquella actriz afamada,
Olvidó á una desdichada
Muchacha que le quería,
Joven sencilla y modesta
Sin rencores ni malicia,
Sólo á adorarle propicia
Y á complacerle dispuesta.
¡Cuánto lloró la infeliz
Su abandono y su desvío!
Pero el novio ingrato, impío,
Sólo pensaba en la actriz.
Siempre que ésta trabajaba,
Con mucha anticipación
Juan de Dios en un rincón
Del «paraíso» se ocultaba.
Y siguiendo con afán
Cuanto ella en escena hacía,
Embobado, no perdía
Un gesto ni un ademán.
Si el público su talento
No aplaudía á cada instante,
Frenético y anhelante
Se revolvía en su asiento;
Si demostrando alborozo
Algún aplauso se oía,
Como un loco se reía,
Llorando á la vez de gozo.
Mas si á algún espectador
Ella, al parecer, miraba,
También entonces lloraba,
Pero entonces de furor.
Al cabo llegó á chocar
Á los acomodadores
Y á algunos espectadores
Su reir y su llorar.
Y gente murmuradora,
Al ver aquel frenesí,
Se decía: «Ya está ahí
Juan que ríe y Juan que llora.»

II.

No bien bajaba el telón,
Al escenario corría;
Frente al «cuarto» se ponía,
Silencioso, de plantón,
Si estaba la puerta abierta
Viendo á la mujer amada,
Y si la hallaba cerrada
Mirando absorto á la puerta,
Y sufriendo en ocasiones,
Con suma resignación,
Y hasta pidiendo perdón,
Insultos y tropezones.
Si ella por casualidad
A él la vista dirigía,
Como un simple se reía
Lleno de felicidad.
Si ella con faz sonriente
Escuchaba alguna flor
De un galante admirador
Ó de un audaz pretendiente,
Él, con hondo desconsuelo,
Sordo rugido lanzaba,
Y en la pared se apoyaba
Para no dar en el suelo.
Así pasó un mes y dos
En horrible angustia fiera,
Pues, como tímido, era
Extremado Juan de Dios.

(c) Ministerio de Cultura 2006

Y si escribirla quería,
No acertaba ni á empezar;
Y si la quería hablar,
La voz no le obedecía.
Llegó, al fin, el beneficio
De la agasajada actriz,
Y con eso el infeliz
Temió ya perder el juicio;
Pues esa era la ocasión
Para que ella comprendiera
Su admiración verdadera
Y su insensata pasión.
Y pasando mil apuros
Y aun pidiendo á su patrona,
Compró una hermosa corona
Que le costó ¡treinta duros!
Y este expresivo letrero
Hizo en sus cintas grabar:
«Á la gran actriz sin par
Su admirador más sincero.»
—No sabrá quién se la envía
Y esto la ha de preocupar:
Sin quererlo, ha de pensar
En mí de noche y de día;
Y cuando al fin esté inquieta
Por descubrir el misterio,
Me presentaré muy serio,
Y felicidad completa.
Me gasté seiscientos reales,
Pero dicha cierta abona
Mi magnífica corona
De flores artificiales.

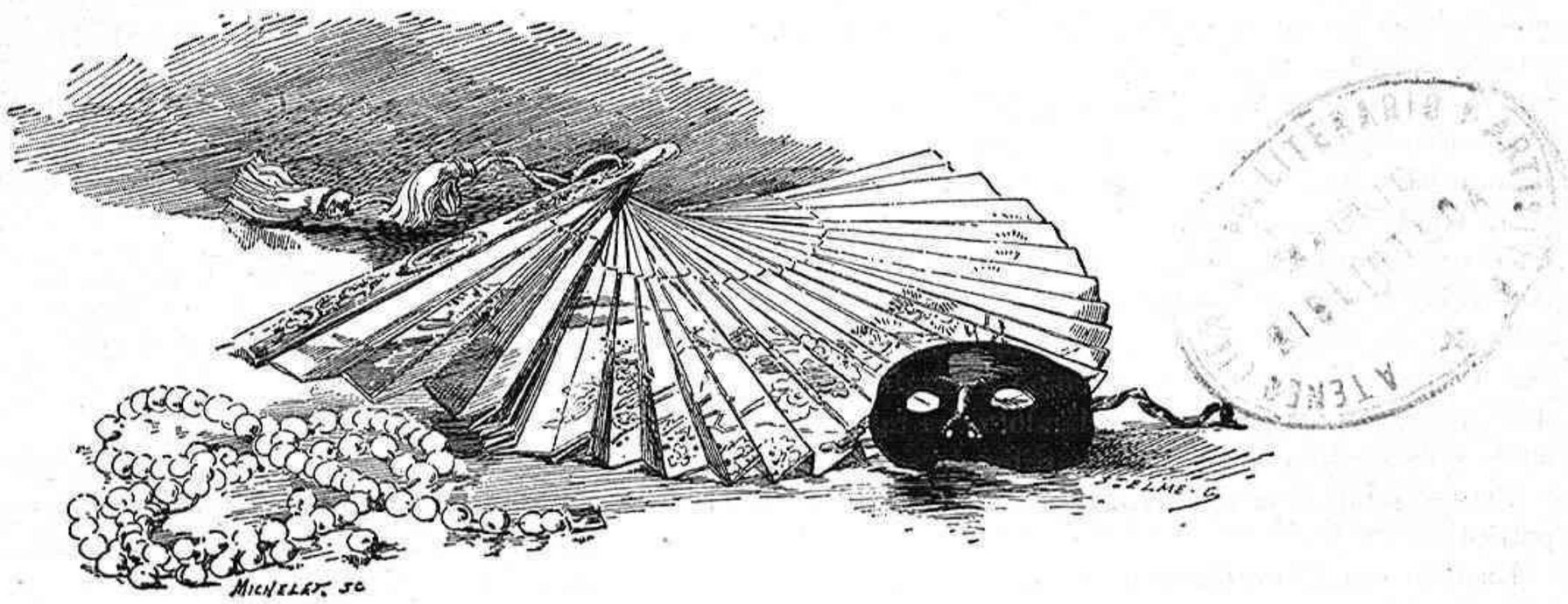
III.

. . . . . .
—¡Treinta coronas! ¡Qué exceso!
Esto de la raya pasa;
Necesitaba una casa
Sólo para tener «eso».
No sé por qué dan las gentes
Inútiles baratijas,
En lugar de dar sortijas,
Ó pulseras ó pendientes.
¡Que esto halaga! Son de veras
«Cursis» algunas personas.
Chica, coge esas coronas
Y haz con ellas lo que quieras.

IV.

. . . . . .
Murió el mísero doncel
Abrasado por su llama,
Pensando siempre en la «dama»
Que jamás se ocupó de él.
Y sobre el pobre ataúd
En que sus restos pusieron
Y triste llanto vertieron
La constancia y la virtud;
Puesta por manos leales,
Que el bueno siempre perdona,
Iba una hermosa corona
De flores artificiales;
La corona desdeñada
Por una actriz orgullosa
Y que triste y silenciosa
Una joven agraciada,
Que reprimir no podía
Sus lágrimas indiscretas,
Compró..... ¡por cuatro pesetas!
En una «vil» prendería.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



(c) Ministerio de Cultura 2006

REPRESALIAS

Marrullero, de condición aviesa y enardecida, el ciego *Tragabollos* fué un tipo de popularidad extraordinaria, que adquirió relieve trágico por los días de la inmortal jornada de Bailén.

Contaba el tal *Tragabollos* con algo más de cincuenta años. Aun cuando parezca raro, el buen hombre, viudo, ciego y al amparo de su hija, casada con un colono de Sierra Morena, se había «desgarrado» del hogar, como si fuese un mancebillo picado de aficiones truhanescas.

De estatura arrogante, morenote y cejijunto, bien poblado el rostro, ofrecía un aspecto simpático, que se realzaba al oir el modo como rasgaba la sucia vihuela y el ingenio con que aderezaba coplas y seguidillas llenas de sátira y de patriotismo.

Malas lenguas decían blanco y negro de cierta mujer que solía acompañarle, reclutada, según el pueblo, en los tejares de Córdoba, hembra de pelo en bozo, garrida y briosa, que de igual manera daba fin á un jarro del buen tintillo, que entusiasmaba y ayudaba al ciego manejando lindamente y á contrapunto, las tejoletas labradas en un santiamén con los cascos de las alcarrazas elaboradas por la industria alfarera.

Á la pareja de *Tragabollos* y su coima hacía tercio una rapaza zahareña y vivaracha, gentil de talle y linda de facciones, mezcla de lazarillo y de tiple, joya de valía para aquella sociedad trashumante, porque así componía el trío con su vocecita de ángel, como allegaba con advertimiento y pulcritud relieves con que reponer las perdidas fuerzas y líquido para remojar las deshechas fauces.

El apodo colgado al ciego coplero venía de su afición al hatazgo. Precisamente, no eran sólo bollos lo que engullía con afán. Roscas y rosquillas, panecillos y tortas, cuanto salía de los hornos de cocer, singularmente si conservaba aún algo de temperatura, cuéntase como averiguado que servía de lastre en su estómago, mezclándolo con manjares de cazuela y rociándolo con algún cuartillo de saludable peleón.

Pero el punto que más relieve le daba era el de su vena patriótica.

En esto era *Tragabollos* un revolucionario y un enardecido. Su ingenio romancesco, zumbón, burdo desde luego, pero de gran sabor nacional y de mucho coraje, era parte principalísima de su boga y simpatía entre las masas. Desde el momento mismo en que establecía sus reales en plazuelas y callejas, el mercado y los talleres se declaraban en huelga: corrían á escucharle menestráles y labriegos, jóvenes y ancianos, rapaces y mujeres, tomando como profecías ciertas é infalibles, las agudezas y los arranques de españolismo de aquel taimado ciego.

Las coplejas más del gusto popular eran las llamadas del «Lorito». Cuando al rasgar de la vihuela anunciaba *Tragabollos* la canción favorita, las gentes se redoblaban, apretábase el cerco de curiosos, abrían la boca los bobos, se sonreían los maliciosos, esperaban todos con ardor patriótico. Y el ciego, luego de acoplar bien sobre la parte posterior de la cabeza su felpudo y desvencijado sombrero, sacaba con su voz cascada y varonil la intencionada letrilla:

Napoleón, zeñores,
Tiene un lorito;
No-come ni bebe
Y está gordito.

Y entrando á coro la rapaza y la hombruna cordobesa, proseguía la música entre zambra y jácara, pullas y bravatas patrióticas por parte del «senado» abigarrado y nutrido:

Habla el tunante
Con desparpajo,
Diciendo á su amo:
¡No pazes el Tajo!

Subía de punto el comentario de las gentes, gozaba el ciego, preparábase la muchachuela para hacer la colecta, mientras la pareja continuaba:

Á España no tomas,
Madrid te lo advierte;
Vuélvete á Francia,
Corre, farsante (1).

⁂

Las atrocidades realizadas en Córdoba por las tropas del general Dupont habían llevado los odios de españoles y franceses á un grado de horror y de encarnizamiento verdaderamente increíble.

(1) Todavia vive algún venerable anciano en Andújar, de cuyos labios puede escucharse la que en su época fué popularísima canción.

(c) Ministerio de Cultura 2006

REPRESALIAS.—Las coplas del «Lorito».
Dibujo de José Benlliure.

(c) Ministerio de Cultura 2006

El robo y el sacrilegio, en feroz maridaje con el desenfreno sensual y cobarde, fueron los timbres de la soldadesca napoleónica; sin que bastaran á contener el desborde, ni la disciplina, harto relajada por las tristezas que envolvían al Ejército expedicionario, ni menos la torpe codicia de los jefes, atentos no más á sus medros y apetitos.

Los sucesos amargos de la entrada en Córdoba habían repercutido en toda Andalucía. Las repugnantes hazañas de aquellas huestes envilecidas por el desenfreno corrían de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, moviendo el sentimiento nacional, reforzando la ira y graduando un deseo de luchar apenas contenido hasta entonces.

La musa callejera sacó partido de las inmundas escenas realizadas en la iglesia de la Fuensanta, en el Carmen y en la Catedral: el eco de sus romances llevaba á las campiñas del Guadalquivir y á los breñales de Sierra Morena la deshonra de los hogares y el saqueo de los conventos, el robo sacrílego de varias coronas de oro y otras muchas alhajas de las iglesias de Córdoba, el despojo del palacio arzobispal y cuantas vilezas cometieran los soldados de Dupont.

Y á la vez que cantaban con airado acento tan tristes sucesos, reanimaban los espíritus con la relación de la valerosa conducta del alcalde de Montoro, Juan de la Torre, con el ejemplo del popular arriero que cerca del Carpio remató á unos franceses rezagados de su batallón, y con algún que otro episodio del combate de Alcolea sostenido en los primeros días del mes de Junio.

Tragabollos era de los que más bullían en la comarca. Su condición brava y pícara había cobrado calor y estímulo, merced á unos estacazos ganados lindamente por sus cantares. Al paso de los franceses por Andújar, el ciego, su coima y la rapaza no enmudecieron, antes bien sus romances subieron en intención y valentía. Con la osadía que infunde el aplauso popular y la fe de la causa defendida, nuestro héroe solía insinuarse demasiado, aun cuando entre sus oyentes aparecieran soldados franceses: cabalmente entonces repetía con furia y saña, ganando la simpatía del auditorio, el estribillo:

Soldados gabachos,
Solemnes borrachos,

que jaleaban á compás los del corro y que engendró la rabia de algunos invasores, quienes sacudieron sin piedad sobre la trinidad bohemia, menudeando los golpes con singular empeño en las anchas espaldas del ciego.

Cuando los franceses prosiguieron su marcha en dirección de Córdoba, *Tragabollos* comenzó una propaganda viva y corajuda, en la que obraba como acicate el molimiento de marras, mezclado y revuelto con el general sentimiento de castigar al que tan villanamente atentaba contra la independencia y el honor de España.

Valiéndose de sus artes y marrullerías, el ciego propalaba noticias, corriendo de Marmolejo á Bailén y de Andújar á la Sierra; encendía los ánimos y preparaba la venganza; tomaba parte en conjuras y aun coadyuvaba al degüello de tal ó cual portapliegos ó de algún desventurado soldado descarriado ó enfermo. De acuerdo con patriotas bajados de Jaén, fué uno de tantos asaltantes de un pequeño convoy en el riachuelo Escobar, matando á sus conductores y repartiéndose como botín de guerra lo que llevaban en los carros, que no era otra cosa sino el producto de los despojos cometidos en los pueblos del tránsito.

Tamañas travesuras, realizadas muchas de ellas en complicidad y con la cooperación de la brava cordobesa, fueron muy sonadas en todos aquellos lugares. El ciego ya no cantaba por buscar refuerzos á su bolsa y provisiones para su fardel. Convertido en patriota y revolucionario de gran prestigio, consagró su calidad de pícaro, su vihuela, sus romances y su brazo á la causa nacional, necesitada de corazones esforzados y de espíritus que agruparan y reunieran los elementos disgregados que moraban en la comarca.

Súpose bien pronto que Dupont retrocedía hacia Andújar, temeroso de que los españoles, cerrándole los puertos de Sierra Morena, le infligieran un tremendo descalabro.

La nueva, estimada como fausta por los patriotas, corrió acompañada de otras más halagüeñas y consoladoras. En la Andalucía baja, en Granada y en Gibraltar se reunían y organizaban cuerpos de tropas, que bien pronto correrían, dirigidos por generales y jefes españoles, á pelear con los batallones aguerridos del vencedor de Halle.

El júbilo rebasó los límites naturales: nadie dudaba ya de un triunfo completo, castigo de la osadía napoleónica y de los desmanes y atropellos de Córdoba. Pero á la vez que la alegría inundaba franca y hermosamente los corazones de todos, había el temor de que las tropas francesas tomasen represalias y castigasen con crueldad á los patriotas que días antes hicieran armas contra los correos y convoyes de Dupont. Y por el que más se temía era por el intrépido *Tragabollos*, cuya hazañosa conducta debía ser ya conocida hasta del Generalísimo francés.

Alboreaba el día 18 de Junio cuando las descubiertas de Dupont aparecieron por los lomos que corren hacia los Visos y que limitan la cuenca del Guadalquivir en la zona llamada Vega de Andújar. Desde las torres de la ciudad los españoles observaban el movimiento de avance: aquella tropa no ostentaba la marcial apostura ni el bizarro continente derrochados algunos días antes: aparecía caída, macilenta, con esa opacidad precursora de las grandes catástrofes, porque hueste militar cuya alma se amilana ó perturba, es rebaño condenado á estéril sacrificio.

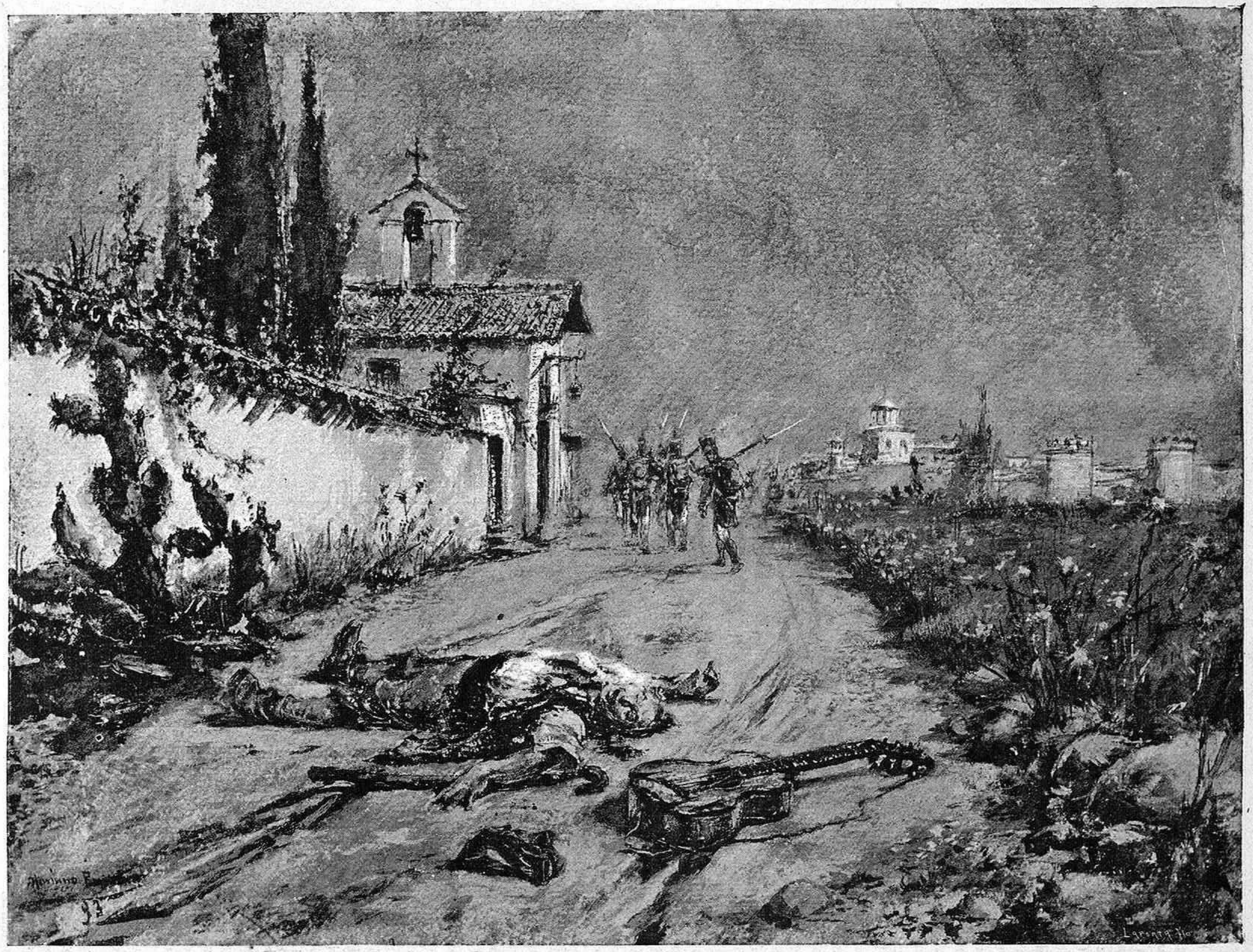
El ciego y su compañía huyeron de la población temiendo las consiguientes venganzas. Refugiarónse en la Sierra, y de pago en pago y de caserío en caserío, fueron llevando las nuevas de cuanto ocurría, preparando y aderezando los elementos de resistencia y de ataque.

***

Ofrecía Sierra Morena un cuadro de pujante belleza. El suelo, vestido con los pámpanos de la vid, festoneado por la chumbera y matizado por florecillas que arrojaban perfume y frescura; en el firmamento un sol africano, vivificador para los naturales, mortífero é implacable para los invasores. La población, refugiada y huída por caseríos y viñas, celebraba con regocijos y fiestas las tristezas de los soldados franceses, que allá en lo hondo yacían marchitos y enfermos entre los rastrojos de la seca campiña, devorados por un calor sofocante, sin brisas que respirar, y lo que era más cruel, con temores y augurios de que se avecinaban jornadas tristes y vergonzosas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



REPRESALIAS.—Muerte de «Tragabollos».
Dibujo de Mariano Benlliure.

La esperanza presidía en las crestas verdinegras de la Sierra, y á la lozanía de cañadas y cuenquecillas daba animación el regodeo de los buenos españoles codiciosos de pelea y de gloria. Y como contraste, en la dorada vega del Guadalquivir imperaba el pesimismo y la duda, siendo la luz radiante del sol causa eficiente de tan espesas brumas.

Guerrilleros y partidas sueltas de serranos y viñeros corrían por las crestas que coronan la cuenca del río por su orilla derecha, amagando y molestando el flanco izquierdo de Dupont. *Tragabollos* no desperdiciaba momento: conocedor del terreno, alentado por su fe y por sus éxitos, ayudado por todos y animado por su morena la cordobesa, no se daba punto de reposo, y aparecía por todos lados y concertaba planes, y transmitía órdenes y nuevas, salpicando su obra con su peculiar gracejo, y enjaretando seguidillas en cuantos lugares reclamaban su arte.

En sus vueltas y revueltas, tuvo noticia de que en los pagos fronteros á la población solían refugiarse soldados franceses, á hurtadillas de sus jefes, buscando brisa algo más fresca que el viento caldeado del llano, y también en persecución de bodegas donde consumir algunos jarros de sabroso vinillo blanco.

Acudió, pues, nuestro ciego, en busca de aventuras y de gloria. Tomó informes, preparó la traza, y uno de los primeros días de Julio, cuando el sol lanzaba sus rayos de plomo, cayó con su coima y la rapaza en la viña de Perinolo, famosa por la frescura y la feracidad de su tierra.

Bebían plácida y tranquilamente siete marinos de la Guardia, inclinados sobre los bancos de mampostería: su actitud revelaba satisfacción; sus ojos delataban ese estado precursor de la embriaguez, tan incitante y propicio para todo lo que sea jácara y bulla: en la cueva los odres panzudos convidaban á proseguir el trago, y allá fuera, junto al horno blanqueado y limpio, chisporreteaban y saltaban en el fondo de un gran caldero pedazos de torreznos y magras revueltos con rojo y apetitoso tomate.

Cuando *Tragabollos* llegó al gran portalón del caserío, aquellos soldadotes batieron palmas de satisfacción y de gusto. La siesta se les presentaba espléndida: buena comida, zumo en abundancia, música y baile, y todo, por lo que ellos quisieran pagar, pues al cabo allí estaban á título de conquistadores.

El ciego, ayudado por los caseros y por su cordobesa, supo insinuarse, y á fuerza de ingenio y de viveza logró dominar á los atolondrados marinos de la Guardia, quienes, llegada la hora del festín, obsequiaron con mano franca á cuantos allí presenciaban la fiesta. Entre canción y canción, *Tragabollos*, la coima y Perinolo escanciaban vino, lo ponían al alcance de los soldados, y, en resolución, luego de un par de horas de bulla y de banquete, los subordinados de Dupont quedaron sobre el suelo tan llenos y rezumosos como los zaques de la bodega.

. . . . . .

. . . . . .

La matanza fué total: los medios empleados horrendos.

Aquella tarde, *Tragabollos* y su gente referían entre el fiero aplauso de los compatriotas lo ocurrido en la finca de Perinolo. Sin otras armas que sus manos, había él rematado á cuatro franceses; la cordobesa y el viñero se encargaron de los demás.

La hazaña del ciego sirvió de aliento y de regocijo á las bandas de guerrilleros que discurrían por los montes. La causa nacional cobraba esfuerzo; cuanto más, que ya se susurraba la aproximación de fuerzas españolas hacia Porcuna, y se conocían ciertamente las zozobras de Dupont y sus apuros, nacidos de la penuria en que vivía su ejército, y más que nada, de su constante temor de verse cerradas las gargantas de Despeñaperros por las fuerzas españolas, que brotaban de todos los lugares y se organizaban en muchos puntos.

La hazaña del ciego fué conocida en el cuartel general. Oí referir á un anciano (contaba yo á la sazón de nueve á diez años) que Dupont hubo de enterarse cuando, rodeado de su Estado Mayor y de sus generales, refrescaba en la casa solariega de Castejón, una de las más nobles de la comarca. Lleno de ira, á ratos influído por desfallecimientos ó pesadillas, aquel gran soldado parecía adivinar la suerte que le esperaba. La caza continua de soldados, las matanzas diarias, el furor sanguinario de los españoles, eran para él notas elocuentísimas de la actitud general y del sentimiento predominante. Como consecuencia, el espíritu de sus soldados, harto flojo y caído ya, se deprimía en proporción pavorosa con cada hecho de esta índole.

Dió órdenes de cruel castigo, restringió las autorizaciones para pasear, cerró el círculo de sus retenes y guardias, sin que por ello disminuyeran las bajas, pues á medida que el francés arreciaba en sus fusilamientos y castigos, aguzaban los españoles su ingenio y proseguían la batida con éxito.

Poseído *Tragabollos* de creciente audacia, no daba tregua á su furor patriótico. Raro era el día que no se dejaba ver por los olivares y caseríos más inmediatos á la ciudad. Hasta entonces le había valido su treta de implorar la caridad y aparecer como mendigo ante los ojos de las patrullas con que alguna que otra vez topaba.

Más de un prudente le había aconsejado que cesara en su persecución, augurándole un término desastroso. Pero él no dió jamás oídos á tales sermones: llevaba ya demasiada velocidad, y, por otra parte, la morena le empujaba por el camino emprendido, furiosa y sanguinaria desde que á su Córdoba la habían saqueado y deshonrado aquellas huestes de gabachos.

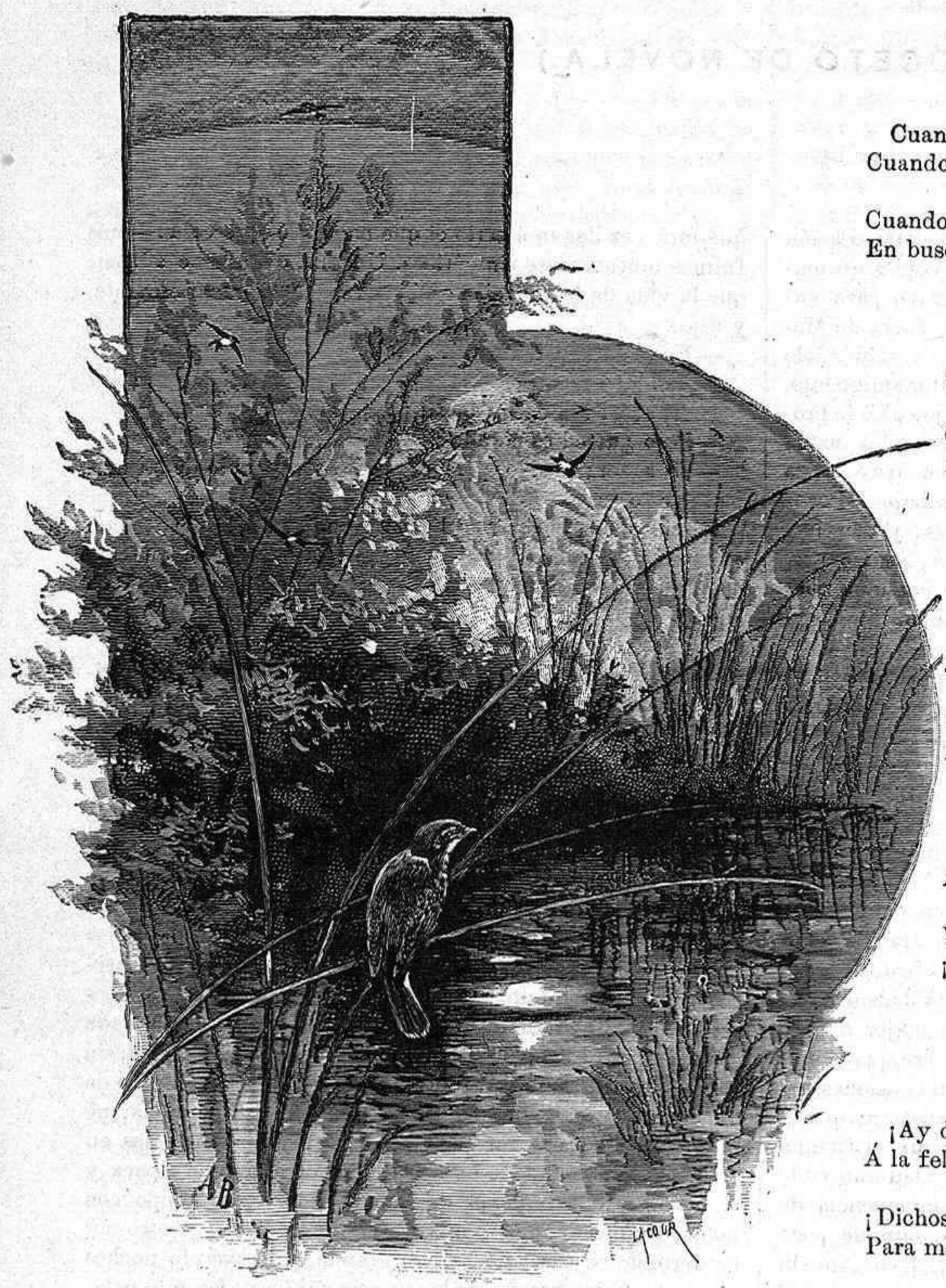
Y ocurrió que un día, esperando y al acecho, mientras su coima con unos cuantos campesinos preparaban un lazo á una patrulla francesa, *Tragabollos*, que imprudentemente se había colocado para escuchar mejor, en una ermita cercana al pueblo, fué cogido por los franceses, que ciegos de furor y en represalia de tantas hazañas como se le achacaban, lo remataron en la carretera, corriendo presurosos á participar el fausto suceso á Dupont, quien por el momento parece como que cobró ánimo, sin duda por haberse quitado de encima la fiera que mermaba sus filas.

Pero, luego, el que se hacía llamar «Rayo de la guerra», el vencedor glorioso de los prusianos, movió la cabeza sonriendo maquinalmente con amargura. La sangre de tales castigos no arrojaban laureles; antes obscurecían y agravaban la situación de las cosas. En su alma se cernía ya con aterradora pesadumbre el presagio de la jornada que, pocos días después, había de sumirle en el descrédito, humillando las invencibles águilas napoleónicas en los abrasados campos de Bailén.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.

(c) Ministerio de Cultura 2006

LAS GOLONDRINAS



I.

Cuando mueren las flores y el sol se nubla;
Cuando al pie de los árboles ruedan sus hojas,
Marchitas ya;
Cuando todo está seco y el cielo es triste.....
En busca de otro cielo las golondrinas
Marchando van.

—

Cuando nacen las flores y el sol más brilla;
Cuando el árbol cubierto de verdes hojas
Se vuelve á ver;
Cuando es bella la vida y alegre el cielo.....
En busca de su nido las golondrinas
Vuelven también.

II.

La golondrina anuncia la primavera;
Si un punto de su nido cruel invierno
La arrebató,
Vuelve luego amorosa, cruzando mares,
En busca de aquel nido de sus mayores,
Donde nació.

—

Siempre vuelve á su nido, todos los años;
Allí nació su madre, también sus hijos
Nacen allí;
Y si el hambre ó el tiempo su vida hieren,
¡También al mismo nido la golondrina
Viene á morir!.....

III.

¡Ay de aquel que, arrastrado por los placeres,
Á la feliz morada de las virtudes
No vuelve más!
¡Dichoso el que, olvidado de las pasiones,
Para morir en calma y arrepentido
Vuelve á su hogar!

RICARDO SEPÚLVEDA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

BIBLIOTECA NACIONAL

LOS GRILLOS DE ORO

(BOCETO DE NOVELA.)

UISE en cierta ocasión dar á copiar un manuscrito para enviarlo fuera de Madrid, y sabiéndolo un editor amigo mío, me dijo: «Yo le proporcionaré á usted persona que haga bien ese trabajo.» Pocos días después, y con una tarjeta suya, se me presentó un hombre como de cuarenta años, de buena figura, y vestido, aunque decentemente, del modo más á propósito para inspirar lástima. Sus ropas delataban ese estado de infortunio que solemos llamar pobreza de levita; la horrible pobreza burguesa, en que es preciso sacrificar lo necesariao á lo exigido por la vanidad propia y las preocupaciones ajenas.

Aquel desdichado, á quien llamaremos Villalsur por ser oriundo del pueblo de este nombre, hizo perfectamente la copia, y desde entonces utilicé de cuando en cuando sus servicios, unas veces por ahorrarme trabajo y otras por proporcionárselo. Comprendiéndolo así, me cobró afecto, y llegó á establecerse entre nosotros cierta confianza. Villalsur no es un escribiente vulgar de los que copian con mejor ó peor letra, pero casi maquinalmente, sino un hombre que se entera de lo que dicen las cuartillas. En distintas ocasiones me han sido útiles sus avisos. Un día me hizo observar que el protagonista de un cuento mío no podía, según el tiempo transcurrido en la narración, tener al final la edad que yo le atribuía. Otra vez me hizo ver clara la inconveniencia de designar á un personaje con un título que, aunque poco conocido, existía y figuraba en la *Guía oficial*. Todo esto sin que hubiese impertinencia por su parte, ni amor propio mal entendido de la mía. En fin, si no verdaderos amigos—porque rara vez llegan á serlo el que paga y el que cobra—nos fuimos mutuamente simpáticos. Un día, oyéndome afirmar que la vida da las novelas casi hechas, sonrió amargamente, y dijo:

—No lo sabe usted bien.

—¡Cómo!—repliqué.—¿Lleva usted *dentro* alguna novela?

—Sí, señor: la de mi boda.

—Pero ¿usted es casado?

—Sí, señor; casado, por desgracia, y separado de mi mujer, por fortuna.

Movido de la curiosidad literaria que busca y solicita con avidez las enseñanzas de la realidad, le supliqué que me contara su historia; y él, sin hacerse rogar, con la tristeza resignada y tranquila que dejan tras sí las penas pasadas y los errores enmendados, habló de esta manera:

—«No puede usted figurarse con cuántos trabajos y privaciones seguí la carrera. Mi padre era labrador de mediano pasar, y creía ser rico porque nunca salió del pueblo. Empeñóse en que me hiciese abogado, esperando que un tío mío me dejara su bufete en la capital de la provincia; pero muriendo aquél antes de que yo me licenciara, frustróse nuestro proyecto. Algún tiempo después falleció también mi padre, de quien heredé sólo unos cuantos miles de reales, porque éramos varios hermanos, y acabé la carrera. Luego, un poco ambicioso y un mucho mal aconsejado, perdí en la Bolsa casi todo lo que tenía, comenzando á pasar apuros y escaseces, hasta verme falto por completo de recursos y, lo que es peor, sin amigos que me protegieran. Pasé una temporada horrible. Entre ventas y empeños me quedé sin muebles, sin ropas, sin libros. Aquí donde usted me ve, he entrado en tabernas indecentes, he jugado en *chirlatas* inmundas, no por vicio, sino por ver si podía convertir cuatro reales en dos pesetas; he andado en enero con americana de alpaca y en agosto con pantalones de invierno; en todo tiempo con botas agujereadas; sé lo que es comer un día sí y otro no; he dormido en casas de á perro grande, y he pasado noches al sereno en los bancos de los paseos públicos. En una palabra, he tenido que soportar durante un par de años esa vida

(c) Ministerio de Cultura 2006

de vago involuntario, que fácilmente se confunde con la del holgazán perdido. ¿Trabajar? ¿Quién da trabajo al que lo pide mal cubierto de andrajos? Por fin hallé ocupación, aunque poco retribuída, decorosa. Un condiscípulo que se dedicó á escribir para el teatro me recomendó, hace seis años, á su editor, el mismo á quien debo que nos hayamos conocido. Ya sabe usted lo que es Pignorate: me da un puñado de duros..... y yo le llevo el negocio, porque el pobre no está para trabajar dos horas seguidas. En cuanto á mí, figúrese usted cuáles pueden ser los goces de un hombre medianamente ilustrado y de gustos delicados sujeto á la estrechez de un pupilaje, con Madrid lleno de tentaciones, y veintitrés duros al mes, después de haber pasado dos años hecho todo un gran señor, porque, aunque cautivo, he sido casi un rey; pero mi reinado fué breve: me dejé deslumbrar como Wamba y abdiqué como Carlos V; mi Yuste es el escritorio de Pignorate.

Al año siguiente de entrar allí tuvo él que ir á los baños de Tinasclaras: los médicos le dijeron que si no tomaba las aguas se moría. Su edad y sus achaques exigían que no fuese solo: con su mujer y su hija no había que contar, pues la chica, casada poco antes, estaba para salir de su cuidado, y la madre no consentía en dejarla. En fin, un día me llamó Pignorate y me propuso que le acompañase á los baños. De aumentarme el sueldo no habló palabra, limitándose á decirme que pasaríamos un mes al fresco sin trabajar, que me daría algo de ropa para que me adecentase..... y una gratificación. Accedí por miedo á perder la plaza, y salimos para Tinasclaras él, yo y un criado, cuya presencia á nuestro lado, permitiéndome cierta libertad, hacía en apariencia menos servil mi situación. Yo iba principalmente para que quedase tranquila la familia. Pignorate me dió alguna ropa interior y dos trajes casi nuevos, todo lo cual, como él presume de elegante y somos de igual corpulencia y estatura, me sentaba muy bien. Yo llevé lo mejorcito que tenía, y, para abreviar, logré presentarme en el balneario casi tan bien vestido como mi principal: el criado parecía tan mío como suyo. Lo único que me mortificaba era llamar á Pignorate *don* Tomás; pero yo en presencia de las gentes procuraba eludir el tratamiento, y en cambio, se lo prodigaba á solas. Finalmente, de día estaba un poco sujeto, pues á todas partes tenía que acompañarle, dándole la derecha. Llegada la noche, como él se acostaba temprano, recobraba yo la libertad, pudiendo á mi antojo pasear, leer ó distraerme en el llamado *salón*, alternando con las gentes que componían la tertulia. Ya sabe usted lo que son esas reuniones de bañistas, donde se comentan vidas ajenas, se despelleja á todo bicho viviente y se improvisan amores ó amistades que mueren hacia mediados de septiembre. Aquel año había en Tinasclaras muchas mujeres guapas y, por consiguiente, muchos líos.

Si usted ha estudiado á las mujeres en las estaciones veraniegas, habrá podido apreciar que en tales sitios sufren, mejor dicho, gozan una transformación tanto más intensa cuanto ha de durar menos. Salen de sus casas, donde apenas pueden moverse, y llegan al campo, donde su primer delicia es cansarse; están hartas de tratar á unas cuantas familias, de quienes nada nuevo pueden comentar, y se encuentran trasladadas á la fácil intimidad de las fondas, donde la promiscuidad de gentes da pasto á la murmuración; estaban ajadas por el trasnochar de la vida cortesana, y el campo les devuelve los colores perdidos; resultando que á los pocos días de respirar el aire del monte ó de la playa se alegran las tristes, devoran las desganadas, se remozan las maduras, se espabilan las niñas, se avispan las tontas, se les duplica la energía, y como el padre, el amante ó el marido que las acompaña las descuida, porque va también sediento de libertad, ya las tiene usted á todas en continua excitación, medio alocadas, unas resueltas á conquistar y otras sin voluntad de resistir, que para el caso es lo mismo. Al prescindir de la etiqueta y los ridículos miramientos sociales, prescinden de la prudencia, se establece entre ellas un pugilato de coquetería favorecido por la licencia con que los hombres pueden galantearlas en jiras ó excursiones, y algunas semanas, unos cuantos días bastan para que las listas aprisionen amante ó novio, y las que se fingen incautas caigan en los brazos que desean. Noviazgo y seducción que en Madrid cuestan un año, se consuman en un mes de veraneo; lo que no se logra en cien diálogos de cotillón y de antepalco, se alcanza en media docena de conversaciones bajo la discreta sombra de un cenador ó un emparrado: hay mujer que dice, tras un bochornoso día de campo, lo que calló en muchas veladas de invierno, y hay hombre que salió á tomar aguas, y vuelve para tomarse los dichos. Limpios manantiales, aromas silvestres, meriendas sobre el musgo, parques obscuros, corredores mal alumbrados, puertas numeradas y habitaciones contiguas..... ¡de cuánta flaqueza sois responsables! Todo ello sin contar la premura del tiempo y la impunidad asegurada cuando, terminados los baños, él se marcha hacia el Sur y ella hacia el Norte para no volverse á ver nunca, conservando ambos memoria de la aventura como guarda un chico el recuerdo de la fruta que robó por cima de una cerca en un camino solitario.

Entre las gentes que había aquel año en Tinasclaras llamaba la atención una pareja, compuesta de madre é hija, que respectivamente representaban cincuenta y treinta años. La madre, que debía de haber sido hermosísima, conservaba restos de la belleza perdida: cuerpo airoso, buen pelo y bonitos dientes. La hija se le parecía mucho, pero en feo: era su caricatura, su imagen como desfigurada por uno de esos espejos cuya superficie desigual altera las líneas y trastorna las facciones; lo único que conservaba de ella era el talle: verla de espaldas era llevarse un chasco. Tenía la cara larga, los labios pálidos y exangües, la frente hundida hacia las sienes, el color quebrado y, lo que era peor, los ojos claros, grandes y saltones. Además, gesteaba de tal modo y con tan poco acierto, que cuando sonreía, por mostrarse amable, su fealdad resultaba cómica, y cuando se enojaba parecía máscara trágica ó coco para niños. Tenía dos voces, disponiendo de ellas á su antojo: una de dulce timbre para hacerse simpática, y otra que realmente era la suya, áspera, imperiosa y dura: yo le oí pocas veces la primera, y estuve dos años condenado á la segunda. Pero á nadie culpo sino á mí mismo. Tuve un momento de extravío, y lo pagué con la libertad de toda mi vida. No vaya usted á suponer que me enamoré de aquella mujer. Lo que ocurrió fué lo siguiente.

Pignorate se acostaba á las diez y yo me bajaba al salón, donde se reunían los bañistas hasta las doce: música, baile, juegos de prendas, corrillos de chismografía, de todo había y todo lo intentaban aquellas gentes ávidas de divertirse, sin que entre ellas faltase el tipo del huésped mentecato que

(c) Ministerio de Cultura 2006

LA ABUELITA.—Cuadro por Paul Wagner.

(c) Ministerio de Cultura 2006

hace reir á costa propia. Hombres *disponibles* había pocos; las mujeres bonitas eran muchas, pero casi todas muy cursis. Las que realmente llamaban la atención eran D.ª Sofía y Enriqueta, en mal hora predestinadas á ser mi suegra y mi legítima esposa, ambas muy listas y, al parecer, perfectamente educadas, aunque observándolas con cuidado pronto descubrían la altanería y el orgullo á que se creían con derecho por su nombre y riqueza. Se llamaban Cabezón de Valderaduey de los Pinos, y entre ambas reunían setenta y tantos mil duros de renta. Un solo rasgo pinta su vanidad. En Tinasclaras no había más que dos coches; los dos los alquilaron para mientras allí estuviesen, y luego utilizaron uno solo, de manera que todo el mundo iba á pie menos ellas. Figúrese usted si los murmuradores tomarían el desquite. A poco de llegar sabíamos sus vidas y milagros; total, nada: que la madre tenía mal genio y que la hija había tenido muchos novios. Para creer lo primero, bastaba ver á D.ª Sofía; lo difícil era dar fe á lo segundo, porque Enriqueta carecía de la gracia y la dulzura que pudieran compensar su fealdad. Lo que ignoraban las gentes y yo supe algún tiempo después, era que precisamente por aquellos días acababa de tronar con el último aspirante á su fortuna. Fijado el día en que habían de verificarse los esponsales, el novio consiguió una credencial con tres mil pesetas para Filipinas, y allá se fué sin despedirse de nadie, pareciéndole más cuerdo desterrarse al fin del mundo con poco sueldo que enriquecerse en Madrid á costa de su libertad. Le cuento á usted esto como prueba de que Enriqueta había ya transigido con la idea de tomar marido pobre, y para que comprenda usted cuán abatida y desengañada debía de estar por los días en que yo la conocí. Acababa de sufrir la mayor humillación que puede atormentar á una mujer: resuelta á casarse con un miserable, como ella decía, el miserable la dejó plantada, compuesta y sin novio, dándole á entender que, con ser tan rica, aun no tenía bastante para pagar al que cargase con su fealdad. Además, Enriqueta estuvo tiempo atrás también á punto de casarse con un tío suyo de muchos más años que ella, pero tampoco el viejo cayó en el lazo. Malas lenguas decían que si cortejó á la hija fué de mentirijillas, sin ánimo de formalizar las cosas, buscando pretexto para quedar reñido con la madre: lo indudable fué que hasta por el tío setentón se vió ofendida y desairada.

La casualidad nos puso al habla. Cierta noche volvían madre é hija de la plaza del pueblo, donde hubo fuegos artificiales, cuando estalló una tormenta. Yo, que acababa de salir de la fonda, llevaba paraguas, y al encontrármelas y verlas mojándose se lo ofrecí galantemente, evitando que se les estropearan los primorosos sombrerillos que lucían, y conquistando de un golpe sus simpatías.

Mi amabilidad les debió de sorprender, porque desde aquello de alquilar los dos coches, nadie les miraba con buenos ojos, ni les daba señal de cortesía. Al devolverme el paraguas en un pasillo del balneario, me dijo Enriqueta:—«Si no es por usted, nos ponemos perdidas: vamos á mudarnos y luego bajaremos á darle á usted las gracias.»—Desde aquel día formamos rancho aparte en la tertulia, y yo, alentado por alguna que otra sonrisa, me permití acercarme al veladorcito donde después de comer tomaban café, solas, sin que nadie se les aproximara ni les hablase, como si estuviesen apestadas. Una criada me dijo que los demás bañistas llamaban á Enriqueta *la becerra de oro*, y á mí *el listo del hambre:* nadie ignoraba que yo era tan pobre como ella rica.

Renuncio á referirle á usted la historia de nuestros amores, si puede profanarse este nombre aplicándolo al doble cálculo que nos animaba. Yo estaba en la mayor miseria, porque miseria era para mí un sueldo de veinticinco duros; me veía sin esperanza en mejorar de suerte, y para colmo de desdicha, bajo la dominación de Pignorate, editor entreverado de prestamista, cuya adoración al dinero y cuya vida regalona continuamente parecían insultar mi pobreza, espoleándome para que saliese de ella á cualquier costa.

No consideré, no reflexioné nada: ni que era fea, ni que no la quería, ni que no podría estimarme, pues yo me prestaba á venderme. Se ofreció á mis ojos como un premio vivo de la lotería, como la credencial perpetua de un gran destino sin cesantía posible. Cuando quería justificarme ante mí mismo, pensaba en que era lista, en que yo influiría en su carácter, en que acaso pudiéramos vivir relativamente felices, ella con marido y yo sin pensar en mañana: ¿qué hombre no se cree capaz de dominar á una mujer?

Me propuse también captarme la simpatía de la mamá, imaginando ser con esto invencible si llegaban momentos de discordia. En cuanto á Enriqueta, recuerde usted lo que le acabo de decir. Su situación era propicia á toda clase de desaciertos é instigadora de las mayores torpezas. Acababa de ser despreciada brutalmente, y sólo pensaba en demostrar que podía casarse. Ella aconsejada del despecho y yo de la ambición, pronto nos entendimos. Estableciose entre nosotros un acuerdo tácito, un pacto misterioso que nunca bajó del cerebro á los labios, y que poco más ó menos hubiera podido formularse así, suponiendo que tales cosas pudieran hablarse á cara descubierta. Yo me daba por enamorado de sus facultades morales, de su inteligencia y su gracia, de su conversación y su ingenio: además, como á otros puede seducir un rostro hechicero, á mí me encantaban el andar airoso y la esbeltez del talle: ella, en cambio, no paraba mientes en mi pobreza, considerándome capaz de encumbrarla á esas alturas sociales para llegar á las cuales no basta el oro, porque sólo se escalan con audacia y talento: su fortuna le permitía, hasta cierto punto, elegir esposo, y elegía un hombre de los que saben convertir la riqueza en escabel del poder. Ambos dábamos pruebas de despreocupados é independientes: ella escogiendo á quien estaba en posición humilde, y yo prefiriendo la belleza moral á la hermosura física, porque harto sabía Enriqueta que era fea. Nunca nos dijimos nada de esto, pero todo nos lo dimos á entender.

Tales fueron los preliminares de nuestras relaciones, que, comenzadas en Tinasclaras, sufrieron en Madrid dos crisis á cuál más grave. Consistió la primera en que yo, comprendiendo que ni aun ropa tenía para cortejar á una mujer como Enriqueta, me vi en la alternativa de vivir de trampas, aunque no fuese más que para vestirme y comprar butacas de teatro, ó de decirle francamente que hasta para gastos de esta índole me faltaban recursos. Opté por lo último, y ella, que únicamente pensaba en casarse, comenzó á fingir indisposiciones que la obligaban á no salir de casa por la noche. La segunda crisis tuvo por causa la oposición de doña Sofía. Cuando ésta advirtió la locura que con mi com-

(c) Ministerio de Cultura 2006

plicidad iba á hacer su hija, me puso la proa. Tuvimos una explicación y gané la batalla á mi futura suegra, declarándole sin rodeos, en primer lugar, que yo no aspiraría nunca á ser el primero en la familia, sino que respetaría su jefatura, y además dándole á entender cortésmente que Enriqueta y yo estábamos resueltos á casarnos con ó sin su permiso. Cedió D.ª Sofía, y como usted puede suponer, me dediqué á congraciarme con ella. Formalizáronse las cosas. Yo iba todos los días, la mamá nos dejaba solos en un gabinete, y allí hablábamos en plena libertad, siendo nuestras conversaciones de lo más raro que puede usted imaginar. Unas veces nos decíamos cosas en que cautelosamente serpenteaban su ansia de boda y mi falta de delicadeza: otros días parecíamos verdaderos enamorados, porque avergonzándonos de nosotros mismos, procurábamos dorarnos la píldora.

En un momento de lucidez y expansión, me dijo una tarde:—«Esto es una locura..... tú no me puedes querer..... ¿quién me va á querer con esta cara?»—Mas precisamente en aquella ocasión consolidé mi imperio. Cogiendo á Enriqueta por la cintura, que era lo mejor de su persona, comencé á explicarle las excelencias de mi amor con tan estudiadas ponderaciones, que hubo un instante en que debió de creerse realmente amada.—«No eres—le dije—como las demás. Tus atractivos están en lo más hondo de ti misma. ¿Crees que no se puede prendar un hombre de tu bondad, de lo discreta que eres, de lo bien que piensas, y más que nada de ese encanto misterioso que hay en ti, donde se revela la dama, la mujer privilegiada capaz de comprender todo lo grande? Tus movimientos, tus ademanes, tus gestos, tu voz, esas frases exclusivamente tuyas, que al parecer tan poco expresan y que prometen tanto..... ¡Que no me puedo enamorar de ti! Hasta en la manera de vestirte muestras lo que eres: otras se adornan bien por coquetería estudiada: tú, con cualquier cosa que te pongas, y de cualquier modo que te caiga, pareces una princesa..... Sí, sí, ríete..... tú debes ser de casa real.»—Había momentos en que me escuchaba embelesada, como si fuésemos ella crédula y yo sincero. Otra noche hablamos de mi situación. Convirtiendo en fuerza lo que constituía mi debilidad, y jugándome el todo por el todo, le dije:—«Tienes razón: estoy soñando. No tengo nada, absolutamente nada más que mi carrera..... ¡pero si hallase quien me protegiera!..... No quiero protección de la que consiste en darle á uno las cosas hechas..... no, eso es humillante. Lo que deseo es que me coloquen en situación de lograrlo todo por mí mismo. ¡Ya verías!»—Al oir esto se puso radiante de soberbia, y con más altivez que una reina á su favorito, me dijo:—«¡Pues yo te haré hombre!»—Enseguida, como nublada su alma de tristeza repentina, murmuró:—«¡Si fuese guapa, me querrías de veras!»—Yo repuse:—«Sí, te quiero como tú debes ser querida. Soy ambicioso, Enriqueta mía; pero ambicioso para ti. Yo tengo alientos para hacerte ministra, embajadora..... quisiera que soñases grandezas, y yo te las iría realizando!»

Dios me perdone, pero creo que en aquel momento tuvo la visión de lo que á su vanidad estaba prometiendo mi codicia: en aquel instante debió de contemplarse sentada á la mesa real entre damas de la corte, ó recibiendo á mi lado al cuerpo diplomático en un salón de nuestra embajada de París.

. . . . . .

Hay cosas que me da mucha vergüenza decirlas; pero no quiero callar nada.

Todos los gastos los hicieron ellas, con quienes yo había de ir á vivir: se alhajaron de nuevo en su casa varias habitaciones, y D.ª Sofía me entregó seis mil duros en billetes: cuatro para que hiciese regalos á su hija, pues á tanto llegaba su incomprensible vanidad, y los dos restantes para que me *preparase*. Enriqueta me dió un medallón con su retrato, que no recuerdo haber contemplado sino al recibirlo, y un magnífico reloj que no había de marcar hora dichosa para mí. ¿Querrá usted creer que sentí impulsos de guardarme las joyas y el dinero y no volver á parecer por aquella casa? Tuve la delicadeza de no hacerlo, y cometí la indignidad de casarme. ¡Misterios del corazón! como dicen los novelistas.

Llegado el día de la boda, asistieron á ella muy pocas personas: cuatro amigas que se burlarían de la novia, cuatro hombres que pensarían de mí..... lo que usted esté pensando ahora, el padrino, el cura y mi suegra, que fué madrina. Enriqueta quiso que hiciésemos viaje de novios, pero yo se lo quité de la cabeza fingiendo que me parecía mal dejar á *mamá* sola. Paso por alto ciertas intimidades que no son para contadas.

Lo que sufrí durante la llamada *luna de miel* debiera haber bastado á castigar mi codicia, aunque en realidad yo no me casé por codicia, sino por poder vivir. Mi existencia estaba á merced de Pignorate: si se le antoja echarme del escritorio dos días antes de la boda, tengo de nuevo que dormir en el Prado. Los primeros meses de casados fueron un suplicio continuo. Enriqueta, que tenía treinta años cumplidos y llevaría diez ó doce pensando en el matrimonio, no halló modo mejor de poetizar la situación que hostigarme con la ofrenda continua de su amor. Nos levantábamos tarde; después de almorzar leíamos un rato, cada cual en su butaca..... menos cuando se me echaba encima como niña juguetona; salíamos á visitas, donde me llevaba para enseñarme á sus amigas, y en seguida de comer al teatro; allí siempre le daba sueño; nunca vimos el último acto de una ópera; pero en entrando en casa, ¿qué digo en casa?, en cerrando la portezuela del coche, no pensaba en dormir. De modo, que de día no nos separábamos un momento, y luego, desde el palco á nuestras habitaciones, donde permanecíamos hasta muy entrada la mañana siguiente. Los mimos y ternezas que me prodigaba me hacían sufrir horriblemente: cuanto más melosa se ponía, más me repugnaba aquella comedia de pasión que estábamos representando, ella como aficionada entusiasta, y yo como histrión aburrido y harto del oficio. Cada día se mostraba más gozosa y solícita en ser mía, procurando persuadirse y persuadirme de que nuestra unión era el resultado de un cariño intenso y largo tiempo comprimido que al fin se desbordaba.

En cambio de los sacrificios que usted adivinará por bajo de todo esto, yo vivía muy bien. Hasta entonces no supe lo que eran las comodidades y el regalo. Comíamos admirablemente, y con vinos exquisitos; estábamos servidos por criados que adivinaban los deseos; me sobraba ropa, ocupándose Enriqueta misma en lo que había de ponerme, porque le gustaba verme elegante; fumaba como no volveré á fumar nunca, y de tanto ir en coche miré con desprecio á los

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL ORÁCULO DE LAS FLORES.—Por H. Koch.

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL PAÍS
MADRID
BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

que andaban á pie. Las cuentas de cuanto yo compraba se pagaban en casa. Sólo dos cosas me faltaban: dinero para el bolsillo y libertad. Nunca pude disponer de mil pesetas y una noche. Fuera de esto, llegué á saborear la delicia de no saber dónde acaba lo necesario y dónde empieza lo superfluo, porque todo me sobraba.

Sin embargo, aquellos delicados manjares y vinos exquisitos, aquellos muebles comodísimos, el *clarens* y el *landeau*, los cazadores y vegueros que mandaba traer de Cuba mensualmente para tenerlos frescos, cuantos refinamientos constituían mi vida animal, no bastaban á desterrar el mal humor que se apoderaba de mí á la vista de una mujer guapa, ó simplemente agradable. Tenía Enriqueta dos ó tres amigas que me volvían loco, y precisamente cuando venían á casa ó nosotros les pagábamos visita, era cuando mi mujer se ponía conmigo más empalagosa y pegadiza. Excuso decirle á usted si se me pasaría por la imaginación la idea de cortejar á aquellas señoras; pero me consideraba tan humillado ante ellas y tan soberanamente puesto en ridículo con las gatadas y zalamerías de mi mujer, que nunca me atreví. Enriqueta tenía la especialidad de decir las mayores atrocidades, con tal sutileza y flexibilidad de ingenio, que hablaba de las cosas más íntimas de la vida sin faltar en lo más mínimo al decoro, y aquellas mujeres, comprendiendo mi situación, me miraban como los viajeros europeos deben de mirar á los esclavos de las sultanas. Indudablemente, creían que yo era para Enriqueta un *odalisco*. Y no se equivocaban. Aquella vehemencia, aquella fuerza de expansión amatoria, no era en Enriqueta una facultad aislada; era una fase de su carácter dominador y absorbente: su vitalidad física era reflejo y consecuencia de su energía moral.

No quiero mortificarle á usted con el relato de incidentes y escenas merced á las cuales fué revelándoseme aquel carácter; lo que le aseguro á usted es que en poco tiempo adquirí el convencimiento de que si el hombre se habitúa con facilidad asombrosa á la vida regalona, no se puede acostumbrar á compartir la existencia con una mujer á quien no ama.

Cada vez que se me presentaba con un traje nuevo de calle, y sobre todo con una bata, sufría yo lo que no es decible; cada esfuerzo de coquetería con que pretendía atraerme, aumentaba mi sobresalto; lo que en cualquiera otra me hubiese parecido legítimo, ingenioso, hasta delicado, en ella se me antojaba violento, impúdico, hasta grosero. Y observe usted que no habíamos tenido aún una palabra más alta que otra, porque yo estaba plena y absolutamente sometido á su voluntad: era un *odalisco*. Pero fueron pasando meses, y yo, que tan vilmente me acostumbré al *Chateau-Iqucm* y á los cazadores de á dos pesetas, no pude acostumbrarme á ver al despertar la cabeza de Enriqueta sobre mi almohada, ni á oir aquella voz imperiosa que sin aviso ni consulta disponía cuanto le daba la gana. «Hoy no vamos....., mañana se hará tal cosa....., esto ha de ser como yo mande.»—Con la dureza de su fisonomía, con aquellos ojos de glóbulos abultados y párpados cortos, con aquella frente estrecha y aquellos labios descoloridos como rosas desecadas, aun se habría podido transigir; con lo que á la larga no había mansedumbre posible era con su genio de rey absoluto, que en casa, en la mesa, en visita, en todas partes constituía una humillación constante. Estaba enteramente esclavizado, pero aun no me había pasado por las mientes la idea de la emancipación. Sin embargo, comprendía que una de dos: ó yo aflojaba un poco el nudo que me había echado á la garganta, ó la existencia se me hacía insoportable. Falto de ocupación ó empleo que me obligase á salir de casa, estaba preso en ella, esperando que me dijesen: «Ahora, visitas»; «ahora, paseo»; «ahora, á dormir». ¡Y si al menos durmiéramos! Á tal punto llegó mi convicción de que había perdido por completo la libertad, que resolví poner remedio al mal, intentando algo que me diese la medida de mi verdadera situación en aquella casa donde los criados consultaban y pedían órdenes á mi suegra ó á mi mujer, pero jamás á mí: nunca les oí decir «el amo».

Pocos días después de casados, una noche, al quitarse Enriqueta pendientes y pulseras para acostarse, me dió las alhajas en la mano, y señalando un mueblecillo de ébano con incrustaciones de bronce, me dijo: —«Mételas en aquel cajoncito».—Y con la mayor naturalidad, añadió:—«¡Ah! y mira; en el otro cajón de más arriba es donde tenemos el dinero: ya lo sabes.»—Aquel *tenemos*, aun pronunciado sin darle importancia, me enrojeció la cara de vergüenza. Claro está que lo que allí se podía guardar era poco, lo destinado á gastos menudos y caprichos, porque los valores y resguardos del Banco estaban en poder de D.ª Sofía. Desde entonces, cuando necesité alguna cantidad la tomé de allí; pero buen cuidado tenían ellas de no dejar al alcance de mi mano más que un puñado de duros. Apropiándome todo aquel tesoro, acaso pudiese á lo más conquistar á la doncella..... si fuese codiciable, que no lo era; porque Enriqueta tenía miedo á las caras bonitas. Y como yo para otros fines no necesitaba metálico, allí se estaban *los caudales*.

Cuando resolví persuadirme de la poca ó mucha libertad que se me concedía en aquella casa, dije á Enriqueta que, repugnándome estar ocioso, iba á emprender un trabajo histórico-literario. El pretexto fué un estudio sobre *Las Cortes durante el reinado de Fernando VII*. Mi verdadero propósito era hacerles creer que iba al Ateneo ó á la Biblioteca Nacional á tomar apuntes, mientras ellas pasaban las tardes en casa de una prima que estaba enferma y era guapa, por lo cual no le importaba á Enriqueta que dejase de acompañarla.

La indiferencia con que fueron acogidos mi proyecto y mis primeras ausencias me permitieron esperar dichas mayores. Pero ¡quiá! En cuanto se restableció la prima bonita volvió Enriqueta á pedir el coche por las tardes para ir al Retiro, diciendo á la hora del almuerzo:—«Hoy vendrás de paseo.» Como llevaba bastantes días de libertad, cedí. Otra mañana dijo mi suegra:—«Esta tarde vamos á casa de los de Nidáguila.» Yo, sin dar importancia al caso, me limité á contestar:—«Vayan ustedes solas: tengo que escribir: otro día les acompañaré.» Hija y madre se miraron como consultándose, y en seguida repuso la primera con estudiada sequedad:—«Vaya.....; nos hemos declarado independientes.» Yo abracé á mi mujer, diciendo:—«Quiero acabar pronto lo que estoy escribiendo y buscar modo de publicarlo. Necesito demostrarme á mí mismo que no soy un vago.» Aquella tarde fuí al Ateneo, ó donde me dió la gana; pero sin duda se pusieron de acuerdo mi sultana y su madre, porque intentando yo hacer lo mismo pocos días después, Enriqueta me miró fijamente y pronunció con solemnidad estas pala-

(c) Ministerio de Cultura 2006

bras:—«¡No, señor! Usted viene conmigo donde yo le mande. Escribe usted..... cuando pueda..... ó no escribe.» Miréla con espanto, y continuó:—«No, no me mires así. Trabaja, si te da la gana, en casita; pero esas expediciones de dos y tres horas, se acabaron.» Quise echarlo á broma, diciendo:—«Ponme un cordón como al galguito.»—Mas ella, con la mayor acritud, replicó:—«Te pondré lo que me dé la gana.»

Tuve un arranque de valor y me fuí; pero no al Ateneo, sino á dar un paseo largo, complaciéndome en mirar á cuantas mujeres me agradaban. Enriqueta y su madre mandaron enganchar y fueron á buscarme al Ateneo con propósito de que las acompañase á visitas. Naturalmente, no me encontraron, y la hora de comer fué la señal de nuestra primera batalla. En presencia del mozo de comedor callaron; mas al retirarse éste luego de servido el café, D.ª Sofía corrió á encerrarse en su gabinete, y Enriqueta dió rienda suelta á su enojo, diciendo:—«Lo del Ateneo es mentira..... pretexto.....; me ha dicho el portero que vas poco y te sales en seguida..... No quiero que vuelvas..... Yo me tengo la culpa por casarme con un hombre como tú.....» Y muchas cosas por el estilo, cada instante más ocasionadas á respuestas agrias. Quise alardear de prudencia, pero fué inútil. Viendo que no me insurreccionaba, se creció, diciéndome despreciativamente:—«Hijito..... convéncete de una vez: aquí eres una especie de rey consorte..... Vives á lo príncipe, ¿verdad? Pues el que algo quiere, algo le cuesta. En cambio no tienes que pensar en mañana..... hasta que yo me muera.»

La escena que siguió fué espantosa. No sé lo que le dije; pero debí de estar cruel, y sobre todo grosero. Recuerdo que la llamé ojos de ternera, y allí fué Troya. Entonces me dijo que se consideraba traicionada y vendida, que yo andaba tras alguna mujer á quien pagaría con *su dinero*, y, finalmente, que no teniendo oficio ni beneficio, no necesitaba poner los pies en la calle, pronunciando de tal modo estas palabras de oficio y beneficio, que no pudo ser mayor mi humillación.

Dejé á Enriqueta con la palabra en la boca, me fuí á comer á la fonda, y pasé las primeras horas de la noche en un teatrillo. Á la salida me encontré á una antigua conocida que se llamaba Susana, sin merecer el nombre; la convidé á cenar con todas sus consecuencias, nos fuimos á su casa, y volví á la mía, es decir, á la de mi suegra, al sonar las diez de la mañana en el reloj de la antesala.

Cuando entré en el gabinete, temeroso de un escándalo, pero dispuesto á arrostrarlo todo, la decoración había variado por completo; quiero decir que mi mujer estaba mansa. Se me arrojó á los brazos llorando, y en vez de gritos y recriminaciones, no escuché más que súplicas y lamentos. Creí haber ganado la partida mostrándome enérgico; mas lo que hice fué empeorar mi situación. Sólo imaginando lo que puede ser una pantera enamorada, podrá usted concebir la actitud de Enriqueta. No me dejaba ni á sol ni á sombra. ¡Entonces sí que estaba justificado lo de llamarme *odalisco!* Mi existencia era sólo comparable á la de una circasiana robada por los esbirros de un sultán y encerrada en el harén, con la sola diferencia á favor mío de que me llevaban á paseo y visitas. Tales llegaron á ponerse las cosas, que todo lo que antes me pareció lujo, comodidad y regalo, llegó á serme causa de molestia, enojo y mortificación. Manjares, vinos, tabacos, nada me sabía bien; los fraques y levitas que me traía el sastre se me antojaban libreas de ignominiosa servidumbre; el coche me crispaba los nervios. Hubiera querido disfrutar todo aquello, pero pagándolo, sin debérselo á una mujer que no me amaba y para quien yo no era marido y hombre más que en la acepción más grosera de la palabra. Porque, la verdad, entonces vi cuán vergonzosa había sido nuestra unión. Ella, convencida de que no podía enamorar á nadie, me aceptó á la desesperada; y yo, harto de sufrir privaciones, me vendí como puede venderse una mujer hambrienta á un viejo rico.

Aquella exacerbación de la amatividad de Enriqueta tuvo su límite. Cuando se convenció de que la falta de libertad me tenía fuera de mí y, sobre todo, de que sus caricias me eran insoportables, recibió un golpe muy rudo; quiso hacerse la ilusión de que sufría un desengaño; y en lugar de atraerme con la tolerancia, único modo de que viviéramos en paz, pretendió extremar su autoridad y precipitó los acontecimientos. Por supuesto que, ahora lo comprendo, aquello no tenía remedio: lo que sucedió fué lógico. Enriqueta se me había hecho aborrecible, pero yo le inspiraba algo peor que el odio: lo que sentía hacia mí era desprecio. No se explica de otro modo lo que ocurrió luego.

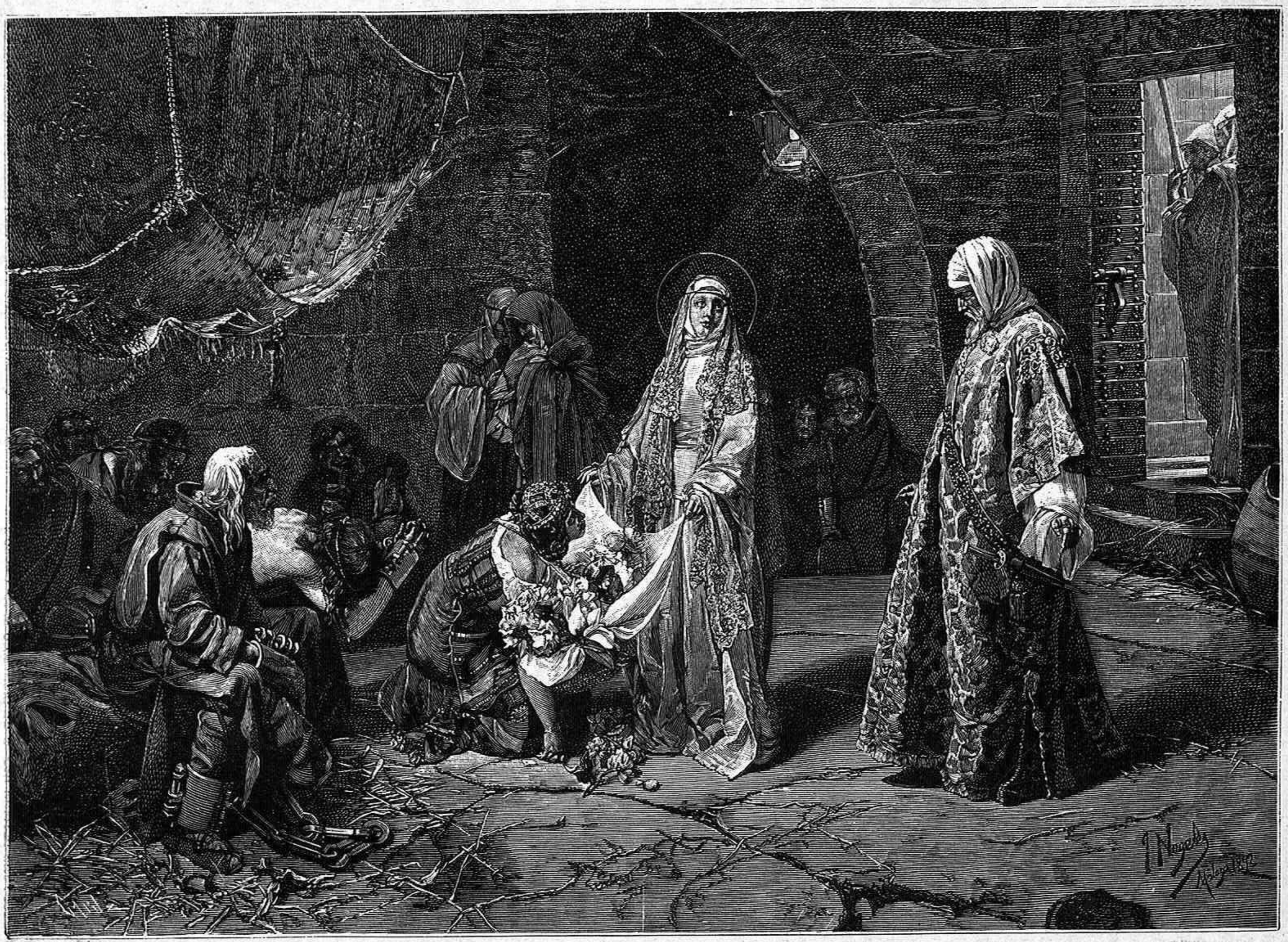
Al tercer año de la boda estuvo mala D.ª Sofía, y cuando se hallaba convaleciente, le dijo el médico que no saliera de casa por las noches. Buscando modo de distraerla durante las largas veladas de invierno, se le ocurrió á Enriqueta convidar gentes á comer, y *recibir* dos noches por semana. Excuso decirle á usted que con la mesa, la casa y las relaciones que teníamos, al cabo de dos meses el salón de Enriqueta era uno de los más favorecidos de la corte. Esto, que debió servirme de distracción, se convirtió en un nuevo tormento, porque mi esposa me celaba hasta ponerme en ridículo. Lo mismo era acercarme á una mujer bonita, ya tenía usted á Enriqueta pronta á decir ó cometer una imprudencia, que me convertía en el hazme reir de nuestros contertulios.

Pero aun hubo cosa peor. Mientras vivimos alejados de fiestas y bailes no experimenté más contrariedades que las propias de mi condición de cero á la izquierda: al ponernos en contacto frecuente con la *sociedad* me vi amenazado de mayores peligros. Todavía me parece imposible que haya tenido energía para sustraerme al envilecimiento en que estuve á pique de caer.

Nuestra tertulia se componía de gente aristocrática, rica y pudiente, entreverada y bastardeada por unos cuantos de esos advenedizos y parásitos elegantes que viven por mitad de la adulación y de la trampa. Pero el principal ornamento de aquellas comidas y saraos era un ministro, á quien no quiero designar por su nombre. Durante el período revolucionario figuró en todos los grupos de todas las Cortes: tan pronto fué demócrata como conservador, de *cimbrio* se hizo alfonsino, y en un gabinete intermedio ó ministerio puente, llegó á la poltrona, gracias á esa política cobarde que compra á los adversarios cuando no sabe combatirlos. Este hombre había puesto toda su ambición en tener grupo, en llevar á las cámaras un núcleo de amigos, y no perdonaba medio de lograrlo. Mi suegra le conoció de pasante en casa de su abogado. Claro está que si hubiese continuado de pasante no se acordara de él; mas como llegó á ministro, se le vino su nombre á la memoria, y al organi-

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



EL MILAGRO DE SANTA CASILDA.—Cuadro de D. José Nogales.

CENTRO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

zar las recepciones procuró que honrase nuestra casa, recibiéndole y agasajándole mucho. Á su vez el personaje se acordó de que mi mujer y mi suegra poseían grandes extensiones de tierra en ciertos lugares de Castilla, supo que disponían de algunos miles de votos en dos distritos rurales y vino á nuestros *jueves* con plan determinado. Su precipitación por realizarlo, pues estaban próximas las elecciones, me abrió los ojos. El *cimbrio*, yo le llamaba siempre así, comenzó por mostrarse amabilísimo con mi suegra, colocando á dos ó tres protegidos suyos de escalera abajo é influyendo con su compañero de Ultramar para que levantara el secuestro de los bienes á un tío de D.ª Sofía que había sido filibustero cubano. Al mismo tiempo emprendió la conquista de mi mujer. ¡Tanto coraje infunde la pasión política! No le arredraron los ojos saltones, ni las sienes hundidas, ni los labios descoloridos, y comenzó el ataque de la plaza confiando en que la vanidad femenina de Enriqueta había de verse halagada con el vasallaje que se le ofrecía. La aventura con una mujer fea era un sacrificio que le procuraba dos diputados: no pensó más.

El efecto de sus requiebros y galanterías fué asombroso por lo rápido, y, á decir verdad, fué también natural. Enriqueta había sufrido cuando soltera tres ó cuatro desengaños horribles, se casó conmigo por terquedad mezclada de despecho, llegó á persuadirse de que yo no la amaba ni siquiera la estimaba, y de pronto se veía solicitada por un hombre joven, de posición elevada, y que podía hacerla figurar entre las señoras que dan que hablar. Porque le advierto á usted que para mí es artículo de fe que si muchas mujeres se extravían por amor, ó por una falsa idea del amor, son muchas más las que sucumben á la vanidad. Hay hombres incultos que cometen crímenes *por salir en los papeles*, y hay damas que se pierden porque hablen de ellas. La burguesa enriquecida, la advenediza endiosada, imaginan igualarse á la gran señora imitándola en sus trajes, en sus tocados, en su modo de adornarse y arreglar la casa, y acaban por imitarla también en sus deslices. No toman por modelos á las verdaderas damas que conservan viva en el pecho la religión del honor, sino á las que bullen y brillan á costa de su fama y la de sus maridos.

Enriqueta no cayó en el lazo, se dejó coger. El *cimbrio* la volvió loca. Cuando se convenció de que un hombre le hacía el amor, de que la deseaba ó lo fingía sin obligación, le entró primero la alegría de la sorpresa, luego el engreimiento de la vanidad, y por último se apoderó de ella el cinismo de la desvergüenza. Si el adulterio hubiera de quedar secreto, no habría querido adulterar.

Como usted comprenderá, por lo que al corazón y al sentimiento se refiere, á mí me tenía completamente sin cuidado que me engañara: no la quería poco ni mucho: si *aquello* pudiese permanecer ignorado..... yo tan contento. Cuanto más tiempo consagrase al otro—vea usted hasta qué punto se corrompe uno—más horas estaría yo libre. Pero desgraciadamente lo que Enriqueta se preparaba á saborear con mayor delicia era la publicidad, el escándalo, no por exceso de perversión, sino por ansia de probar que ella, la fea, la que se casó comprando marido, tenía encantos para rendir á un hombre libre.

El galanteo me pareció desde un principio sospechoso por lo asiduo. Luego, un *jueves* estuvieron cuchicheando más de dos horas sentados en un diván, sin hacer caso de nadie, amartelado él, olvidada ella de sus convidados y amigas. Otra noche en que él no vino hasta muy tarde, Enriqueta estuvo de un humor insufrible, y al verle entrar, al retirarse la gente, se descompuso de puro alegre, y con sus propias manos le reunió lo mejorcito que halló para que cenase. Creí oportuno enfadarme, y al recogernos á nuestro cuarto en las primeras horas de la mañana, tuvimos una explicación borrascosa. La desvergüenza de Enriqueta me dejó asombrado. Le dije que me molestaba el continuo galanteo del *cimbrio*, que todo el mundo lo notaba y que no quería ser la irrisión de Madrid. Comenzó disculpándole y diciendo que *él* se mostraba amable para sacar dos diputados. Yo repuse: «Mira, hija, sea lo que sea, ya dicen por ahí—y era verdad—que para ese hombre la mejor recomendación es la tuya, lo cual resulta ofensivo para mí..... y sobre todo no me acomoda que te maneje como agente electoral.» Calló y nos acostamos. En días sucesivos salió sola muy á menudo, mostrando hacia mí una indiferencia y una frialdad que no podían ser más elocuentes: en particular la frialdad. Hasta me indicó que deseando cambiar la tela que tapizaba las paredes de nuestra alcoba y reformar el cuarto del baño, mientras durase la obra debíamos dormir cada uno en habitación distinta. Aquello me halagó en cuanto podía proporcionarme cierta libertad; pero comprendiendo su propósito me indigné, ó hice que me indignaba, y dispuesto á todo, dije: «Vamos, el ministro te ha pedido mi cesantía.» Su respuesta fué de un cinismo asqueroso: «Pues, chico..... haz dimisión.» Poco me faltó para pegarla; afortunadamente supe contenerme.

Pasados algunos días, cuando yo creía que no se atrevería á pasar á mayores, entré en la alcoba una tarde y vi que estaban sacando muebles. Mandé á la doncella que llamase á Enriqueta, y me contestó que no estaba en casa. Luego supe el motivo de la salida. El ministro había enviado á doña Sofía el despacho nombrando canónigo al clérigo que las confesaba, y Enriqueta fué á llevárselo en persona. Esto, que á primera vista no parece cosa del otro jueves, era una enormidad. El capellán estaba tachado de carlista, y aunque en varias ocasiones pretendió aquella dignidad, ningún ministro se atrevió á concedérsela: de modo que el nombramiento demostraba cuánta era la influencia de mi mujer.

La esperé resuelto á todo, y sin andarme por las ramas le dije apenas nos vimos solos: «Ó ese hombre no vuelve á poner los pies en casa, ó yo salgo inmediatamente de ella.» Su primera respuesta fué una carcajada, y luego, sin cesar de reir, contestó aparentando asombro: «¡Separarnos! Pero ¿estás soñando?..... ¡Si no tienes donde ir! Vaya, déjate de comedias. Ni me has querido nunca ni yo á ti, ni nos importa nada uno de otro. Somos libres. Cada cual puede hacer lo que quiera sin faltar al decoro..... no dando escándalo. Además, nos guardaremos las consideraciones debidas.» Se detuvo un instante como si no hallase modo de formular su pensamiento, y prosiguió: «Mira, precisamente anoche acordamos mamá y yo ayudarle en los dos distritos, á condición de que por uno de ellos vengas tú diputado. Ya ves, sin hacernos arrumacos y sin sensiblerías podemos vivir en paz. Tú en el Congreso, y yo en casita. ¿Te acuerdas de cuando te ofrecí hacerte hombre? Pues comienzo á cumplir mi palabra. En cuanto á que haga extremos con *él* delante de gentes, está tranquilo, yo sabré contenerme.»

(c) Ministerio de Cultura 2006

Toda mi vileza pasada, toda la ignominia en que caí aceptando el matrimonio por miedo á la miseria, quedaron de golpe extirpadas en mi alma. Como de un solo tirón se descuaja una raíz, así con un solo esfuerzo me arranqué de aquel cenagal. Se me subió la sangre á la cabeza, sentí impulsos de ahogarla, me dieron ganas de ponerla á empellones ante el espejo para que se mirase por fuerza, y entonces burlarme de ella cruelmente....., pero ¿con qué derecho? ¿No había sido mi encanallamiento al venderme tan grande como su error al comprarme?

Refrené la ira, comprendiendo que yo también era culpable, y con la mayor serenidad de que fuí capaz le dije: «Enriqueta, vive como quieras. Hasta puedes tener más libertad que de soltera. Yo también recobro la mía.» ¡Llamaba libertad á la separación! Luego me he convencido de que no merece ese nombre.

Más que oyéndola de mis labios, se aterró leyéndome aquella resolución con las miradas. Frenética, no sé si de ira ó de despecho, se arrojó en mis brazos; yo me desasí de los suyos lo más suavemente que pude, y salí de la casa con lo puesto, como un criado que no tiene baúl. Le juro á usted que ignoraba dónde iba á dormir aquella noche. El amigo á quien recurrí tuvo que procurarme por espacio de un mes hasta las cosas más necesarias á la vida.

Al casarme pobre y miserable con una mujer millonaria, me aprisioné con grillos de oro, pero yo mismo los rompí. Y tenga usted en cuenta que es más difícil romperlos cuando son de oro que cuando son de hierro.

Afortunadamente, Pignorate me devolvió la plaza que antes ocupaba en su escritorio, aunque aprovechándose de las circunstancias. Antes me daba veinticinco duros al mes; ahora me da veintitrés. Trabajo mucho, vivo mal, cómo peor, pero tengo de mí mejor idea que antes. Sólo me aterra una consideración. ¡Calcule usted cuál sería mi suplicio si ahora me enamorase de una mujer honrada! Cuando algunas veces veo á la mía en la calle, me aparto para que pase el coche y la miro sin rencor. Su conducta casi me parece lógica. La que compra á un hombre capaz de venderse tiene derecho á creer que lo aguantará todo.»

. . . . . .

. . . . . .

Calló aquel desdichado, me ofrecí á su servicio, le di un puro, lo encendió y se fué: yo quedé pensativo, y luego tomé estos apuntes, que quizá algún día convierta en novela con el mismo título: «*Los grillos de oro.*»

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

¡MAS ALLÁ!

Por el triste sendero de la muerte
El hombre avanza con seguro paso:
Sólo en su marcha tenebrosa advierte
De toda vida el implacable ocaso.
Rasgar quisiera la tupida venda,
Las cadenas romper del cautiverio:
Doquier invaden la forzada senda
Las sombras eternales del misterio.
Y sigue por el áspero camino,
Cuando fácil y corto es el atajo;
Prefiere el mal presente al bien vecino,
Y al dulce reposar duro trabajo.....
¡Oh más allá! Te busco y mi mirada
Incierta vaga por la tumba obscura.....
¿Qué importa la evidencia de la nada
Si en mí reside la inmortal hechura?

¡Lejos de mí la duda que se esconde
En el turbado corazón cobarde;
El eco de su voz ya no responde
De mi existencia al declinar la tarde!
No tiemblo de la muerte ante el trofeo
Ni del dolor universal al grito,
Porque en las raudas alas del deseo
Puedo escalar audaz el infinito.
¡Vuelve, materia, á tu primer estado;
Nadie interrumpa tu dormir profundo;
Extíngase el recuerdo del pasado,
Mientras yo sienta renacer un mundo!
¡De la esperanza en el amante seno
Quiero vivir con apacible calma,
Soñando sólo, de delicias lleno,
En el eterno despertar del alma!

NILO MARÍA FABRA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

EL DOCTOR JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA

I.

Ya hemos recordado en varias ocasiones que el sabio polígrafo Alejandro de Humboldt, el gran geógrafo Eliseo Reclus y algún otro autor han dicho, más ó menos clara y explícitamente, que el principio de la Edad Moderna no debía fijarse en el año de 1453, que es la fecha de la toma de Constantinopla por los turcos, sino en 1522, que es cuando se verificó el descubrimiento del Nuevo Mundo; pero hasta hace poco tiempo ignorábamos que un catedrático de la Universidad de Madrid, D. Francisco Verdejo Páez, en sus *Elementos de Historia Universal*, escritos en el año de 1845, había aceptado la idea de Humboldt, ó había coincidido con ella, puesto que consideró dividida la Edad Media en tres épocas: 1.ª Desde la división del Imperio romano, hasta la restauración del de Occidente por los francos: 2.ª Desde la restauración del Imperio de Occidente por los francos (imperio de Carlomagno), hasta la conquista de la Tierra Santa por los cruzados: 3.ª Desde la conquista de la Tierra Santa por Godofredo de Bouillón, hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El Sr. Verdejo Páez procuró justificar la variante que introducía en la división cronológica de la historia universal con razones que, á la verdad, no eran las más poderosas que pudiera haber aducido, y sin embargo, esto no fué obstáculo para que el Consejo de Instrucción pública declarase que sus *Elementos de Historia Universal* habían de servir de texto en los institutos y escuelas públicas; lo cual demuestra que no siempre la llamada *ciencia oficial* es contraria á las novedades progresivas, según suele afirmarse con más precipitación que razonado fundamento.

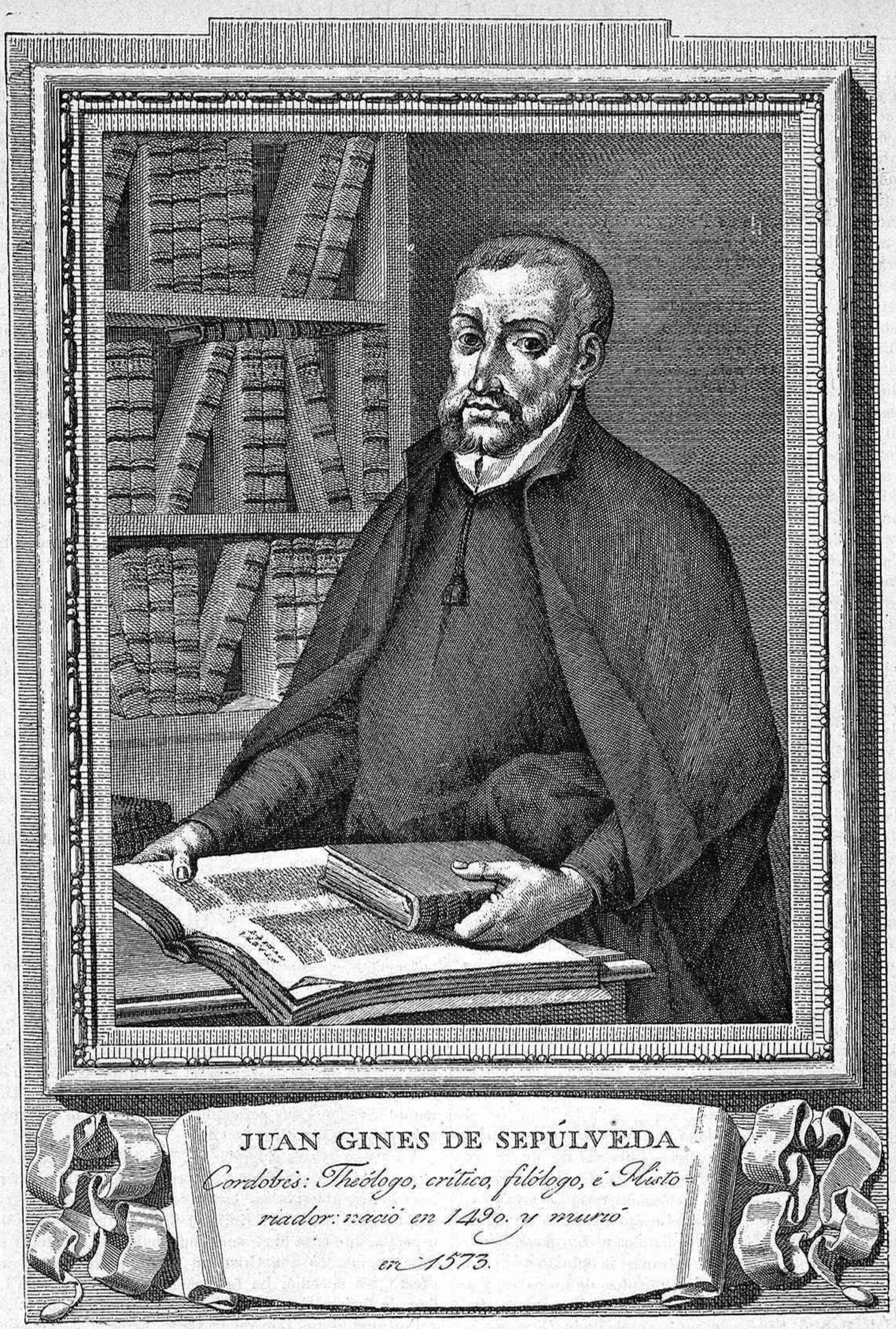
Acaso los *Elementos de Historia Universal* del distinguido catedrático de Geografía en la Universidad de Madrid sea el primer libro de texto donde se ha alterado la fecha de la división establecida generalmente entre la Edad Media y los tiempos modernos; y que esta variación es acertada, fácilmente puede demostrarse, no sólo con la autoridad de Humboldt y Reclus, sino con argumentos de racional evidencia.

Si el cambio de las edades históricas se señala por las transformaciones que de vez en cuando se realizan en la ciencia y en el modo de ser de las sociedades humanas, salta á la vista la influencia que había de ejercer el descubrimiento del Nuevo Mundo en la mejora y progreso de los conocimientos geográficos, y aun de los cosmográficos, puesto que la geografía, descripción de la Tierra, es una parte de la cosmografía, descripción del Universo. También es fácil de comprender que la historia natural, en todas sus ramas, zoología, botánica y mineralogía, tenía que adquirir gran crecimiento al aumentarse tan prodigiosamente como se aumentó el número de especies de animales, plantas y minerales que habían de ser objeto de su estudio. Ya la química, la física, la matemática y otras ciencias aparecen más alejadas de la influencia que en ellas pudiera ejercer el descubrimiento del Nuevo Mundo, y acaso habrá quien suponga que esta influencia no ha llegado, ni era posible que llegase, á las ciencias morales y políticas; pero quien así pensase se equivocaría de medio á medio. El descubrimiento del Nuevo Mundo, que hoy llamamos América y Oceanía, suscitó los más arduos problemas de moral y política que el entendimiento humano concibe; y de las acaloradas controversias que se originaron al tratar de resolver estos problemas, han nacido principios de justicia que aun pueden considerarse como ideales utópicos en los tiempos que ahora alcanzamos. Como prueba de la verdad de nuestro aserto, bastará traer á la memoria la famosa controversia entre el célebre protector de los indios Fray Bartolomé de las Casas y el doctor Juan Ginés de Sepúlveda, acerca del derecho de los reyes de España para conquistar las tierras que acababan de descubrirse, y aun se estaban descubriendo, y de la razón ó sinrazón con que, bajo el nombre de repartimientos y encomiendas, se establecía la esclavitud en las tierras de América por los españoles conquistadas. Pero antes de ocuparnos en esta famosa controversia daremos algunas noticias acerca de la vida y los escritos del doctor Sepúlveda.

II.

Aun cuando muchos autores dicen que Juan Ginés de Sepúlveda nació en Pozoblanco, afirma D. Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza que fué en Córdoba, y que sus padres se llamaban Ginés Sánchez de Albarracín, natural de Cór-

(c) Ministerio de Cultura 2006



JUAN GINES DE SEPÚLVEDA

Cordobés: Theólogo, crítico, filólogo, é Historiador: nació en 1490. y murió en 1573.

(c) Ministerio de Cultura 2006

doba, y María Ruiz de Sepúlveda, natural de Pozoblanco, «uno y otro, según dice el mismo Sr. Ramírez, personas de calidad distinguida». No se sabe en qué día ni mes nació, pero sí que fué en el año de 1490. Estudió humanidades en su patria y filosofía en Alcalá de Henares, hasta el año 1515, en que habiendo quedado huérfano de padre y madre, pasó á continuar sus estudios en el colegio de Bolonia, piadosa fundación del arzobispo de Toledo D. Gil Carrillo de Albornoz, cuya vida escribió como testimonio de su gratitud y admiración á tan insigne prelado, honra y prez de su siglo y de su patria.

Creíase en el siglo XVI que el conocimiento del griego y del latín era llave que franqueaba las puertas del templo de la sabiduría, y necesario ornamento de los varones letrados, y conforme á esta creencia, aplicóse nuestro Sepúlveda al estudio de la lengua y literatura de los griegos y de los romanos con tal aprovechamiento, que en sus tratados filosóficos, al decir del Sr. Menéndez y Pelayo, «arrebató la palma á todos los *peripatéticos clásicos* de Italia, así como en la pureza, número y elegancia de la dicción latina rayó tan alto como los más parleros y refinados ciceronianos.»

Han mudado los tiempos, y ahora nos olvidamos de lo que dijeron los clásicos autores de Grecia y Roma, y afirmamos que la *sabiduría positiva* consiste en conocer las últimas conclusiones de las ciencias físico-naturales, según nos las presenta aderezadas el portentoso talento de observación del inglés Darwin; pero acaso las *modas* científicas del siglo XVI y del XIX parezcan igualmente transitorias, si se comparan con aquella máxima de lo que Leibnitz llamaba filosofía perenne: *Nosce te ipsum*, única base posible de todo conocimiento racionalmente fundado.

Volviendo al relato de la vida de nuestro Juan Ginés de Sepúlveda, diremos que permaneció en Bolonia hasta el año de 1523, en que trasladó su residencia á Roma, donde según parece se graduó de doctor en Teología y Filosofía. Abrazó Sepúlveda el estado eclesiástico, y consagrando su vida al estudio, escribió sobre diversas materias algunos tratados, que le acreditaron, como dice Quintana, de «hábil filósofo, diestro teólogo y jurista, erudito muy instruído, humanista eminente y acérrimo disputador.»

Pronto conoció Carlos V el mérito singular del doctor Sepúlveda, y como premio á sus talentos y sabiduría, le nombró su cronista en 1536, cargo que siguió desempeñando en el reinado de Felipe II. Su oficio de cronista regio obligó á Sepúlveda á regresar á España después de veintidós años de ausencia, y unas veces residiendo en la corte y otras retirándose á una hacienda llamada del Gallo, que poseía cerca de Córdoba, dedicóse á escribir la vida del emperador Carlos V, y después la de los primeros años del reinado de su hijo Felipe II.

No recordamos si hemos dicho nosotros en alguna parte, ó si hemos leído, que el *Diccionario Universal* de Mr. Pierre Larousse puede considerarse como la *Biblia* de los semicultos; pero ajena ó propia la observación, nos parece exacta; y así, para saber lo que piensa el *vulgo ilustrado* de algún personaje ó hecho histórico, recurrimos al *Larousse*, como familiarmente se dice, y allí encontramos la opinión que pasa por verdad incontrovertible en las tertulias de los cafés, y á veces hasta en los pasillos, no en el salón de sesiones, del Ateneo de Madrid. Buscando, pues, en el citado *Diccionario Universal* el artículo *Sepúlveda* (*Juan Ginés de*), veremos que dice así: «Historiógrafo español. Nació cerca de Córdoba en 1490; murió en Mariano (*sic*) en 1572. Cuando el virtuoso Las Casas vino á Valladolid á defender la causa de los desventurados indios, Sepúlveda, en una controversia famosa, afirmó que los españoles procedían conforme á derecho en la conquista de América, fundándose en el pretexto de que llevaban al seno de los pueblos bárbaros la luz del Evangelio; siendo así que los conquistadores más se movían por los impulsos de su insaciable codicia, que por los de su celo religioso. Dígase lo que se diga, es lo cierto que Sepúlveda, en su diálogo *Democrates secundus seu de justis belli causis*, pretende justificar las matanzas y la esclavitud de los indios por medio de este abominable sofisma: la naturaleza ha dispuesto que los débiles sean dominados por los fuertes.»

En la breve biografía que acabamos de traducir hay varios errores. Prescindiendo de averiguar si Sepúlveda nació cerca de Córdoba, esto es, en la villa de Pozoblanco, ó si nació en Córdoba, como afirma D. Luis M. Ramírez y de las Casas-Deza, es seguro que no murió en Mariano, lugar cuya existencia desconocemos, ni en el año de 1572, sino en la ya citada villa de Pozoblanco, en cuya iglesia parroquial fué enterrado el año de 1573, según reza la inscripción puesta en la losa de su sepulcro.

Respecto á las apreciaciones acerca de las doctrinas del doctor Sepúlveda, bueno será decir que son menos injustas que las que se hallan consignadas en la colección de *Retratos de los españoles ilustres, con un epítome de sus vidas*, obra publicada de orden superior en el año de 1791. El anónimo autor de la biografía de Juan Ginés de Sepúlveda, que en esta obra aparece, al juzgar las doctrinas expuestas en el *Demócrates segundo*, dice que «es en extremo vergonzoso y feo que un hombre ilustrado y dedicado á la profesión sagrada de escritor se ocupase en amontonar los más perniciosos sofismas, y se valiese de los halagos pérfidos de la elocuencia para defender máximas dignas solamente de vándalos ó de tigres».

III.

Leyendo las capitulaciones que se firmaron en Santa Fe el 17 de Abril de 1492, parece que los Reyes de España eran dueños absolutos de todo el mundo desconocido, según el desahogo con que el navegante genovés pide el almirantazgo y el virreinato para sí y sus sucesores de las islas y tierra firme que se descubriesen por su mano ó por su industria, y la largueza con que los reyes D.ª Isabel y D. Fernando acceden á sus peticiones, poniendo sólo un reparo de todo punto insignificante.

Ya los pontífices Eugenio IV, Nicolás V y otros sucesores suyos habían conferido á los portugueses el dominio de las tierras descubiertas en las navegaciones que favoreció ó dispuso el infante D. Enrique de Portugal, y sin duda se esperaba que cosa muy semejante había de acontecer en los descubrimientos que Cristóbal Colón lograse realizar. En efecto, así sucedió. La famosa bula de Alejandro VI, que lleva la fecha del 4 de Mayo de 1593, dividió entre España y Portugal el dominio de la tierra firme y de las islas del

(c) Ministerio de Cultura 2006

Á ORILLAS DEL ADRIÁTICO.—Por G. Jolley.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

Nuevo Mundo, y conforme á este título de propiedad se escribió el requerimiento que se hacía á los indios al invadir los territorios que pacíficamente ocupaban antes de la llegada de los españoles. En sustancia decía este requerimiento: que Dios, creador del Universo, había dado á su representante en la tierra, el Papa, señorío y poder sobre todos los hombres, y que uno de estos representantes de la divinidad había hecho donación de las islas y tierra firme del mar Océano á los Reyes de España, y en nombre de tan poderosos Reyes se requería á los habitantes de aquella tierra para que les prestasen la debida obediencia, porque de no hacerlo así, por medio de la fuerza se les separaría de sus mujeres y sus hijos, se les reduciría á la esclavitud, y como tales esclavos serían vendidos en públicos mercados.

Ya sin hacer uso de este requerimiento Cristóbal Colón se había apoderado de la isla á que dió nombre de la Española, y había establecido el repartimiento de sus tierras y de sus habitantes entre los capitanes y soldados que á sus órdenes se hallaban.

El requerimiento formulado por una Junta de teólogos y juristas, y según se dice redactado por el doctor Palacios Rubios, no parece convenció á los indios de la justicia con que procedían los conquistadores al privarles de sus bienes y de su libertad, puesto que el bachiller Martín Fernández de Enciso en su *Suma de Geografía* cuenta que un cacique contestó al caudillo castellano que sin duda el Papa, que había concedido el dominio de lo que no era suyo, y el Rey, que había aceptado esta donación, no debían andar sanos de razón. No es raro que así hablase un salvaje idólatra; pero lo es, sin duda alguna, que sus palabras fuesen comentadas con aplauso por un sacerdote católico, por el P. Las Casas, que en su *Historia de las Indias* dijo terminantemente que los indios «no son obligados á creer que tuvo poder aquel que los españoles llaman Papa de conceder y donar sus tierras y señoríos y libertad al Rey de los españoles».

Esta rotunda afirmación de Las Casas parece que negaba el derecho de conquista que en América ejercitaban los españoles; pero como tal negación hubiese sonado á herejía, atendiendo á lo estatuído por Alejandro VI en su bula de 4 de Mayo de 1493, era preciso discurrir el medio de atenuar sus lógicas consecuencias, y con este fin decía el Protector de los Indios que la causa única de haber concedido la Santa Sede á los Reyes de España el dominio de las Indias era la dilatación de la fe cristiana por medio de las predicaciones evangélicas; pero respetando los reinos, estados, señoríos, dignidades y jurisdicciones de los infieles, de cualquiera secta ó religión que fuesen, y aun cuando estuviesen llenos de pecados y viviesen fuera de las reglas del derecho natural y divino.

Para fundar el imperio español en las Indias se habían de emplear los medios pacíficos, con preferencia á los de la fuerza, porque estos últimos eran innecesarios, y acaso contraproducentes. Describiendo á los habitantes de las Indias, decía el P. Las Casas: «Todas estas infinitas y universas gentes, á todo género crió Dios las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas á sus señores y á los cristianos á quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas; sin rencillas ni bullicios, no rijosos, no querulosos, sin rencores, sin odios, sin desear venganzas que hay en el mundo. Son asimismo las gentes más delicadas, flacas y tiernas en complexión, y que menos pueden sufrir trabajos, y que más fácilmente mueren de cualquiera enfermedad..... Son también gentes paupérrimas y que menos poseen ni quieren poseer de bienes temporales, y por esto no soberbias, no ambiciosas, no codiciosas. Su comida es tal, que la de los santos padres en el desierto no parece haber sido más estrecha ni menos deleitosa ni pobre..... Son de vivos entendimientos y muy capaces y dóciles para toda buena doctrina, aptísimos para recibir nuestra santa fe católica y ser dotados de virtuosas costumbres, y los que menos impedimentos tienen para esto que Dios crió en el mundo.»

Siendo el indio, según le pinta el P. Las Casas, naturalmente virtuoso, débil de cuerpo, de clara inteligencia é inclinado á recibir las enseñanzas de la fe católica, nada más absurdo que emplear la fuerza de la conquista para conseguir lo que podía realizarse por medios pacíficos y enteramente conformes con el sublime ideal de la caridad cristiana.

IV.

Mientras el P. Fr. Bartolomé de las Casas defendía y propalaba sus ideas acerca de la dominación pacífica en las tierras descubiertas por Colón y los continuadores de sus empresas marítimas, los heroicos navegantes y aventureros españoles llevaban á cabo el prodigio de sojuzgar imperios como los de Méjico y el Perú, muy diferentes á las islas habitadas por tribus salvajes que primeramente habían sido descubiertas. El ruido de los triunfos de los Corteses y Pizarros ahogaba la voz del P. Las Casas en el tráfago del mundo, pero no así en el callado recinto de las iglesias y de los monasterios. Los frailes de la Orden de Santo Domingo, iniciadores de las ideas de que se había hecho ferviente propagandista Fr. Bartolomé de las Casas, considerando injustas las guerras que habían promovido los españoles, así las que produjeron la conquista de la isla Española, en vida de Cristóbal Colón, como las que habían destruído los imperios de Moctezuma y de Atahualpa, negaban el derecho de propiedad de los conquistadores en las tierras conquistadas, y por ende negaban también que pudiese hacerse esclavos á los prisioneros y vencidos en estas guerras; deduciendo que los encomenderos no podían ser absueltos en el tribunal de la penitencia hasta que devolviesen lo que injustamente poseían, es decir, hasta que pusiesen en libertad á los indios, que eran los legítimos dueños de las tierras que les habían repartido. Resultaba, pues, que los frailes de la Orden dominicana negaban la absolución á los encomenderos que con ellos querían confesarse, en tanto que los agustinos y franciscanos la concedían sin inconveniente á los que en su mismo caso se hallaban. Así, la cuestión de la justicia ó injusticia con que se había realizado la invasión y conquista de las tierras del Nuevo Mundo, se transformaba en asunto de conciencia religiosa y gravísimo problema político, en que se hallaba tan comprometida la salvación del alma cristiana como los intereses y la honra de la nación española.

Claro es que las ideas de los frailes dominicos y del P. Las Casas hallaron muchos contradictores, entre los cuales el

(c) Ministerio de Cultura 2006

franciscano Fr. Toribio de Benavente (llamado el P. Motolinia), el general D. Bernardo de Vargas-Machuca, el cronista Oviedo y el doctor Sepúlveda merecen especial mención. Realmente Sepúlveda fué el único adversario de las ideas del Obispo de Chiapa que no esquivó ninguna de las dificultades que la cuestión presentaba dentro del dogma y de la moral católica.

Sepúlveda comenzó publicando un diálogo en latín, que se conoce unas veces con el título *De honcstate rei militaris*, que llevó en su primera edición; otras con el *De convenientia militaris disciplinæ cum christiana religione*, y también con el vulgar de *Demócrates primero*, porque Demócrates es el nombre del personaje principal que en el diálogo toma parte, y después este mismo personaje figura en el *Democrates alter, sive de justis belli causis apud Indos*, llamado *Demócrates segundo*. Explicada esta multiplicidad de títulos, unas veces en castellano y otras en latín, de los diálogos de Juan Ginés de Sepúlveda, fijando nuestra atención en el *Demócrates primero*, veremos que la doctrina en este opúsculo desenvuelta se reduce á sostener que existe una ley natural, que nunca se halla en contradicción con la ley revelada, y que, por lo tanto, el cristiano puede repeler la fuerza con la fuerza, ejercitando el derecho de su personal defensa, y que del mismo modo los príncipes y pueblos cristianos pueden hacer la guerra á otros príncipes y pueblos, y aun someterlos á su dominio si para ello hubiese motivo suficiente. Podía considerarse este discurso como una contestación al célebre Erasmo, que por aquellos tiempos había dicho que los cristianos no podían hacer la guerra, opinión que busca su fundamento en los preceptos de Jesucristo consignados en el Evangelio, cuando manda no resistir al malo, y nos dice que si alguien nos hiere en una mejilla presentemos la otra, y que si alguien nos quiere quitar la túnica, entreguemos la túnica y el manto.

Según parece, llegó á los oídos del Cardenal Arzobispo de Sevilla, á la sazón presidente del Consejo de Indias, la defensa del derecho que tenían los príncipes cristianos para hacer la guerra defensiva, y aun la ofensiva, que se contenía en el *Demócrates primero*, y esto le movió á exhortar á su autor á que escribiese otro tratado en que hiciera aplicación de los principios generales que había establecido á las guerras y conquistas de los españoles en las Indias. Sepúlveda no se hizo de rogar, y escribió en pocos días, según él mismo nos dice, el *Demócrates segundo*, ó sea el diálogo *De justis belli causis apud Indos*, y lo presentó al Consejo Real de Castilla, pidiendo licencia para imprimirlo. El doctor Guevara, Fr. Diego de Victoria y el Dr. Moscoso, encargados de examinar el manuscrito, lo aprobaron sin dificultad, y ya se iba á conceder la licencia para la impresión del *Demócrates segundo*, cuando, «estando la corte y los consejeros en Aranda de Duero, el año de 1547, llegó de las Indias el obispo de la Ciudad Real de Chiapa, D. Fr. Bartolomé de las Casas, ó Casaus; el cual, sabido el tratado del Dr. Sepúlveda, entendió la materia que contenía y la ceguedad perniciosísima con los irreparables daños de que si se imprimiese sería causa; opúsose contra él con todo el vigor que pudo, descubriendo y declarando el veneno de que estaba lleno, y á dónde ponía su fin».

El P. Las Casas es el autor de la noticia que hemos puesto entre comillas, y se halla en un opúsculo suyo, impreso en Sevilla en 1552. De modo que, por espontánea confesión del Obispo de Chiapa, sabemos que su amor á la libertad de los indios le inducía á tiranizar el pensamiento de sus adversarios, no consintiendo que se publicasen las razones contrarias á las doctrinas que en sus escritos como verdaderas consideraba.

Tal y tan grande era la influencia del Obispo de Chiapa, que en vano el cronista del emperador Carlos V procuró durante tres años, desde 1547 á 1550, obtener la licencia para la impresión del *Demócrates segundo;* pero el negocio tomó tan grandes proporciones, se excitó tanto la opinión pública, como ahora diríamos, que el Emperador dispuso, volvemos á copiar lo escrito por Las Casas, «hacer una congregación en Valladolid de letrados, teólogos y juristas, que se juntasen con el Consejo de las Indias para que platicasen si contra las gentes de aquellos reinos se podían lícitamente y salva justicia. ... mover guerras que llaman *conquistas*».

V.

El diálogo *De justi belli causis apud Indos*, que estaba dispuesto para darse á la imprenta en 1547, ha permanecido inédito hasta el mes de Octubre de 1892, en que ha sido publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, precedido de un informe y acompañado de su traducción castellana por el docto académico D. Marcelino Menéndez y Pelayo. La obra del P. Las Casas impidiendo que se diera la licencia para imprimir el *Demócrates segundo*, ha prevalecido nada menos que durante 345 años; y así se han podido admitir como verdades los errores que pululan en diccionarios históricos y colecciones biográficas, cuando se trata de juzgar las ideas de Juan Ginés de Sepúlveda acerca de la ley natural y del derecho de gentes.

Hoy no sólo conocemos el original del *Demócrates segundo* y la esmerada traducción que de este diálogo ha hecho el Sr. Menéndez y Pelayo, sino también una respuesta de Sepúlveda al opúsculo que el P. Las Casas publicó en Sevilla el año 1552 cuyo título comenzaba así: *Aquí se contiene una disputa ó controversia entre el obispo D. Fr. Bartolomé de las Casas ó Casaus, obispo que fué de la Ciudad Real de Chiapa, que es en las Indias, parte de la Nueva España, y el doctor Ginés de Sepúlveda, sobre que el doctor contendía que las conquistas de las Indias contra los indios eran lícitas, y el Obispo, por el contrario, defendió y afirmó haber sido y ser imposible de no ser tiránicas, injustas é inicuas.*

No recordamos que exista en la historia ningún ejemplo semejante al que dió España en el año de 1550 congregando una junta de letrados, teólogos y juristas, para dilucidar si eran ó no justas las portentosas conquistas que había realizado en la tierra firme y en las islas que por su heróico esfuerzo habían sido descubiertas. Sube de punto la singular grandeza de este ejemplo de respeto á los dictados de la conciencia, cuando se sabe que tres de los cuatro teólogos que fueron designados para asistir á la junta ó congregación, como dice Las Casas, de Valladolid, pertenecían á la orden de Santo Domingo, que por boca de sus predicadores y en el

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡SE ARMÓ LA GORDA!—Cuadro de Karl Hartmann.

MADRID BIBLIOTECA

tribunal de la penitencia había públicamente manifestado que consideraba ilícita la conquista de las Indias.

Mas aún. Aquella Inquisición, aquel tribunal de la fe que se nos pinta por los autores extranjeros como cegado por el más abominable fanatismo, no ponía ni el menor obstáculo á que se discutiese, no; á que se *negase*, de palabra y por escrito, el derecho de los reyes de España para subyugar á los pueblos de las Indias, á pesar de que este derecho estaba consagrado en la bula de Alejandro VI, y en un tratado que conforme á esta bula se había hecho entre Portugal y España.

El P. Las Casas afirmaba que los infieles, que jamás habían conocido la autoridad de la Iglesia, no estaban sujetos á su jurisdicción; y de aquí deducía que el Papa sólo había concedido á los reyes de España el privilegio, digámoslo así, de que sus vasallos fuesen á predicar el Evangelio en los pueblos de las Indias; y como, según su juicio, los indios eran mansísimos, inteligentísimos y bonísimos, nada más fácil que atraerlos á la fe cristiana, y una vez convertidos al cristianismo, el rey de España sería con perfecto derecho emperador de las Indias, pero respetando en cada nación el gobierno de sus caciques ó señores, y la libertad y propiedades de todos los nuevos vasallos, aun cuando no abrazasen la religión cristiana.

El P. Las Casas procuraba templar las duras calificaciones que según sus doctrinas podrían aplicarse al Romano Pontífice y á los reyes de España, escribiendo algún libro cuyo título podría engañar á los incautos; por ejemplo: «*Treinta proposiciones muy jurídicas, en las cuales sumaria y sucintamente se tocan muchas cosas pertenecientes al derecho que la Iglesia ó los príncipes cristianos tienen ó pueden tener sobre los infieles..... Mayormente se asigna..... el título y señorío supremo y universal que los reyes de Castilla y León tienen al orbe de las que llamamos Occidentales Indias*, etcétera, etc.» En el texto del libro se encargaba el P. Las Casas de reducir á la nada *el título y señorío supremo y universal de los reyes de Castilla y León* para dominar en las llamadas *Occidentales Indias*.

El doctor Sepúlveda aceptaba como verdadero que el Papa no tuviese jurisdicción sobre los pueblos infieles que jamás hubiesen tenido noticia de la existencia de la Iglesia católica; pero decía que existe una ley natural, conocida por todos los seres humanos, y que los pueblos que en su legislación y costumbres públicas faltan á lo prescrito en esta ley natural, pueden ser dominados por otros pueblos más cultos, para obligarles á cumplirla.

Haciendo aplicación de su doctrina á las naciones semicivilizadas y á las tribus salvajes que poblaban las Indias cuando fueron descubiertas por los españoles, afirmaba que existiendo entre aquellas gentes la antropofagia y los sacrificios humanos, había el perfecto derecho de conquistarlas para concluir con tan bárbaras costumbres. Existiendo, pues, el derecho de conquista en la forma que Sepúlveda exponía, justas eran las conquistas de los Colones, Corteses y Pizarros, y justo también que los indios no fuesen esclavos ni siervos, pero sí dominados por los españoles, porque es conforme con la ley natural que lo más perfecto impere sobre lo menos perfecto. Así la forma domina y la materia obedece, y en los seres animados el alma tiene el poder, y el cuerpo como esclavo la obedece. Citaba en apoyo de su doctrina la máxima del libro de los *Proverbios:* «El que es necio, servirá al sabio.»

Sepúlveda, adelantándose á Leibnitz, que vagamente indicó que la felicidad ó bien público podía ser fundamento del derecho natural y de gentes, y coincidiendo con la teoría que Benthan expuso en el siglo XVIII, buscando en la utilidad bien entendida el origen de toda ley ó derecho, así en paz como en guerra, dijo terminantemente que «*la guerra no ha de hacerse más que por el bien público, que es el fin de todas las leyes constituídas, recta y naturalmente, en una república*».

Fundándose en esta afirmación, sostenía Sepúlveda que la conquista de los españoles en el Nuevo Mundo, si era un bien para España, aun lo era mayor para los indios conquistados, á quienes se les sacaba de las tinieblas de la barbarie y se defendía las vidas de muchos de ellos que habían de ser sacrificadas cruelmente en las aras de sus falsos ídolos.

VI.

El obispo Fr. Bartolomé de las Casas, que no era blando al censurar á sus adversarios, dijo que Sepúlveda *escribía cosas escandalosas, contra toda verdad evangélica y contra toda cristiandad;* le llamó *fautor de tiranos, extirpador del género humano y sembrador de ceguedad mortalísima;* y tratando de desvirtuar el más poderoso argumento para defender la conquista de las Indias que se exponía en el *Demócrates segundo*, se aventuró á escribir «que por buenas y probables y casi convenibles razones se puede persuadir *no ser contra la ley natural ofrecer á Dios*, verdadero ó falso, *en sacrificio, víctimas humanas*»; añadiendo «que muy pocas naciones hubo que no usasen ofrecer á los Dioses sacrificios de víctimas humanas, *inducidas por la razón natural*»; porque, á su juicio, *esto y más se debe á Dios.*

Fácil le fué á Sepúlveda destruir uno por uno los razonamientos en que el Obispo de Chiapa pretendía demostrar que los sacrificios humanos no eran contrarios á la ley natural; porque doctrina es de los teólogos cristianos que los preceptos del Decálogo son todos leyes naturales, «y quien hace contra alguno de ellos, hace contra la ley de la naturaleza», según explica razonadamente Santo Tomás de Aquino en su admirable *Suma teológica.*

Para contestar á las acusaciones personales del P. Las Casas, decía el doctor Sepúlveda: «Lo que yo afirmo y tengo escrito es, en suma, que la conquista de las Indias para sujetar aquellos bárbaros, y quitarles la idolatría, y hacerles guardar las leyes de naturaleza, aunque no quieran; y después de subjectos, predicarles el Evangelio, con la mansedumbre cristiana, *sin fuerza ninguna*, es justa y santa; y que habiéndoles subjectado, no los han de matar, *ni hacer esclavos*, ni quitarles las haciendas, sino que sean vasallos del rey de Castilla, y pagar su tributo conveniente, como está determinado y mandado de nuestros reyes, y por sus instrucciones dadas á los capitanes generales que han enviado; y que lo que contra esto se hace es grave pecado, de que se ha de dar estrecha cuenta á Dios; y lo tomado por fuerza, fuera del derecho de la guerra, es robo y se ha de restituir; y nuestra cuestión está en si esto es verdad, como

(c) Ministerio de Cultura 2006

yo lo tengo escrito, ó no; y el Obispo de Chiapa, habiendo esto leído en mis escritos, en lugar de confutarlo, gasta toda la vida en contar las crueldades y robos que los soldados han hecho, y aun los que no han hecho, diciendo falsamente que yo los favorezco, y que apruebo los males, sabiendo él, como todos los que han leído mi libro, divulgado por toda la cristiandad, lo contrario, y que los males me parecen á mi peor que á él, y los reprendo tan ásperamente como se debe en mi libro; aunque en esto no gasto tanto tiempo como él, que nunca esto fué el propósito de la cuestión; porque las crueldades, robos, injurias y pecados que los soldados hacen, casi en todas las guerras, no quitan nada de la justicia de la guerra, si ella por sí es justa.»

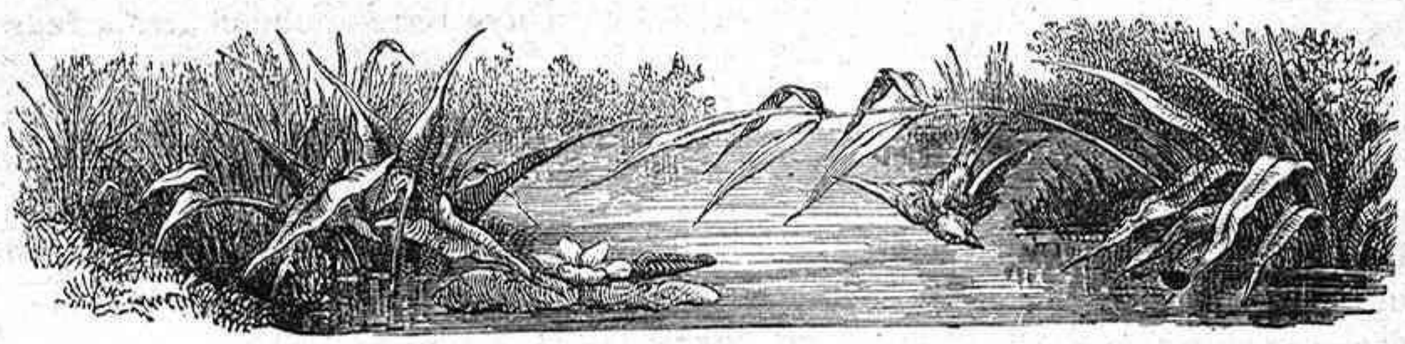
Y ahora, después de bien conocidas las ideas de Sepúlveda en lo referente á la conquista del Nuevo Mundo, ¿puede decirse con razonable fundamento que justificó las matanzas de los indios que hacían los españoles, y que empleó su elocuencia en defender máximas dignas solamente de vándalos y tigres? Que el redactor de un Diccionario extranjero de Historia y Geografía desconozca la doctrina é injurie la memoria de un español doctísimo en ciencias que sólo cultivan los más peregrinos ingenios, es caso que, por lo frecuente, nada tiene de particular; pero que el autor anónimo de la biografía de Sepúlveda, publicada en la colección de *Retratos de los españoles ilustres*, que sin duda era español, y acaso muy buen patriota, se dejase llevar de las *sensiblerías* de los enciclopedistas franceses, y calificase de *máximas dignas solamente de vándalos y tigres* á las racionales, aunque á veces exageradas doctrinas acerca del derecho que ejercitaban los portugueses y los españoles en la conquista del Nuevo Mundo, según aparecen expuestas en el diálogo *De justis belli causis apud Indos*, es asunto que se prestaría á largas y tristísimas consideraciones, cuyo término se hallaría en este corolario: la historia de España está por escribir; es preciso revisar todos los juicios que hoy se consideran verdaderos y justos, para que de vez en cuando se cambie la picota del reo en pedestal de gloria; y quizá también haya ocasiones en que el pedestal se transforme en picota.

Cierto, certísimo es que, algún tanto mitigadas, las ideas del doctor Juan Ginés de Sepúlveda, acerca de lo que hoy llamamos filosofía del derecho y derecho internacional, han prevalecido y prevalecen sobre los sueños utópicos de la perfección absoluta, no compatible con las flaquezas de la naturaleza humana. En 1557 publicó el insigne dominico Francisco de Vitoria sus *Relectiones teologicæ*, y en dos de estos tratados se dilucidan las mismas cuestiones en que se había ocupado el doctor Sepúlveda, llegando á estas conclusiones: 1.ª Los cristianos pueden hacer la guerra defensiva, y aun ofensiva, sin faltar á los preceptos de su religión. 2.ª Los españoles, en nombre del derecho de lo que llama *sociedad natural*, podían obligar á los habitantes de las Indias á que les dejasen permanecer en sus territorios y á comerciar con ellos; y si á esto se oponían, era motivo suficiente para declararles la guerra, con todas las consecuencias que tiene la guerra ofensiva, ocupación de las ciudades y fortalezas, retención de los prisioneros de guerra hasta que fuesen rescatados, imposición de contribuciones, etc., etc. 3.ª No hay derecho para imponer la religión cristiana por medio de la fuerza, pero sí lo hay para obligar á los pueblos infieles á que dejen libertad para la predicación del Evangelio, y á que respeten á los que voluntariamente abracen la fe cristiana, y si se negasen ó pusieran obstáculos á la propaganda del cristianismo, podría ser esto motivo para una declaración de guerra ofensiva, con todas las consecuencias antes indicadas. Como es seguro que los indios no habían de consentir en la libertad de cultos que el P. Vitoria consideraba como legítima exigencia de los españoles, se llegaba á justificar la guerra de conquista, ni más ni menos que lo había hecho Sepúlveda en su *Demócrates segundo* y como lo hacen y harán todos los tratadistas de derecho de gentes, en tanto que la civilización no llegue á extenderse por igual á todos los pueblos; en tanto que todos los seres humanos, unidos en el culto al Dios del cristianismo, no hagan de la caridad, del amor universal, la ley del mundo moral, así como la atracción universal es la ley del mundo físico

El descubrimiento del Nuevo Mundo, como dice muy bien el catedrático D. Manuel Sales Ferré, «separa en dos grandes fases la vida humana; en dos civilizaciones, la civilización mediterránea y la civilización planetaria..... Antes..... toda la vida había girado en torno del mar Mediterráneo, del Oriente á Grecia, de Grecia á Roma, de Roma al siglo XV; la historia había tenido por único teatro los países que baña el Mediterráneo. Después..... el campo de la vida se dilata del Mediterráneo al Atlántico, del Atlántico al Pacífico, y desde el Pacífico á todas las tierras y mares del planeta. Muchísimos son los pueblos que han sido redimidos de la barbarie; muy pocos aquellos á los que aun no ha llegado la luz de la civilización».

A esa obra de la civilización planetaria, como dice el erudito catedrático de la Universidad de Sevilla, contribuyó sin duda el doctor Juan Ginés de Sepúlveda, al defender briosamente el derecho de los conquistadores portugueses y españoles que sojuzgaron tribus antropófagas y pueblos cuya religión preceptuaba los sacrificios de víctimas humanas; y es lamentable que hoy se quiera denigrar su memoria atribuyéndole ideas anticristianas y máximas de crueldad que en sus escritos no se hallan. Si la atención pública se fijase en tamaña injusticia, no sería perdido el tiempo que se ha empleado en escribir estas noticias biográficas del calumniado autor del *Democrates alter, sive de justis belli causis apud Indos.*

LUIS VIDART.



(c) Ministerio de Cultura 2006

MARE NOSTRUM

Mar de las gracias, mar de las sirenas,
Lago de la cultura:
Fué un recodo süave de tus playas
Mi solar y mi cuna.
Tus secretos conozco, tus bellezas:
La luz de las alturas;
Los contornos y líneas de la costa;
Las peñas que dibujan
Esculturales formas en las aguas;
Las transparentes brumas
De huecos y cavernas; los sonoros
Cánticos que modula
El viento comprimido entre las rocas,
Los ecos que retumban.....
Esas ondas sonantes, que amorosas
Hoy me halagan y arrullan,
Arrullaron mi infancia: mil recuerdos
En sus notas ocultan.
Sentado vi el Misterio en los umbrales
De las mágicas grutas,
Y el Placer en el tálamo de flores
Tejido en la penumbra.
Cual en carro tirado por palomas,
Vi pasar la Hermosura
Entre el azul y rosa de las nubes
Y las aguas cerúleas.
El Amor, sin más flechas que sus ojos,
Batió sus alas húmedas
Sobre las verdes olas que se quiebran
Y coronan de espuma.
A su paso, las brisas y las aguas
Formaron dulce música,
Una estela de aromas extendióse
Por la cala profunda,
Y de la estrella Venus, en el cielo,
Brilló la luz más pura.....
¡De las griegas ficciones todavía
Vive la alegre turba!
No mi vida fugaz, la vida entera
De cien naciones cultas
Por las corrientes de la mar latina
Parece que circula.
Allá, entre las neblinas de la Historia,
Buscando las Columnas
De Alcides, van las naves que de Tiro
Se adornan con la púrpura.
El griego y el romano las persiguen
En victoriosa lucha,
Y las trirremes del antiguo Lacio
Para siempre triunfan.
¡Para siempre! Latinas son las velas
Que el *mar interno* surcan,
Aunque el viento del Norte borrascoso
Entre las sirtes ruja,
Y aunque vengan de Arabia y de la Libia
Las encendidas furias.
La vela que de Roma nos trajera
Fe, riqueza, fortuna,
Humanidad....., aun brilla en esas olas
Que lácteas nos deslumbran.
¡Alma visión!..... La soberana imagen
De la Ciudad augusta,
Madre y nodriza del linaje humano,
Brilla, sin pasar nunca,
En la nave remera que los golfos
De las Hesperias cruza;
En las góndolas áureas que enriquecen
De Italia las repúblicas;
En las naos hispánicas que un mundo
Desconocido buscan
Tras el medroso Atlante; y en el fondo
De las naves robustas,
Cuyo férreo pulmón arroja fuego,
¡Milagro de la industria!

. . . . . .

¡Oh! ¡Deja ya que tu celeste calma
Paz en mi ser infunda,
Mar de las gracias, mar de las sirenas,
Lago de la cultura!

M. GUTIÉRREZ.

(c) Ministerio de Cultura 2006

GRAZIELLA.—Cuadro de Eugenio de Blaas.

(c) Ministerio de Cultura 2006

¡UNA Y NO MÁS!

I.

POSIBLE es que el lector haya conocido á una señora ingeniera, que escribía cartas á su marido y á sus amigas en unos reducidos y perfumados plieguecitos que, en vez de timbres é iniciales, llevaban siluetas de niños, pájaros, flores y otros monos, ornamentación típica también del cierre de sus sobres. Y si conoció á ella, claro es que conocería también á él, al señor Inspector del Cuerpo, D. Pedro Martín, á quien sus compañeros de Junta consultiva y de promoción llamaban *D. Perro Mastín.* No lo era por la traza, ni por el genio, ni porque á nadie mordiera ni ladrara, sino porque tal afición ó apasionamiento mostró siempre por los números y por las líneas, por los libros y por los proyectos, que se cegaba con ellos, no habiendo para su matemático caletre ni fórmulas irresolubles, ni problemas difíciles, ni trazado que mereciera la pena, ni arco de puente ni de iglesia que le importaran tres cominos.

—¡Yo trabajo como un perro!—decía en la Escuela, cuando lograba los primeros puestos, y cuando era á un tiempo alumno y profesor.

—¡Este hombre trabaja como un perro!—repetían los inspectores é ingenieros primeros y segundos al verle en su negociado, siempre fijo ante los expedientes, pliegos y carteras, tan fresco y tan entero al empezar una tarea embrollada como al concluirla.

Y por esta virtud era en el Ministerio el *Cirineo* de los veteranos, el consultor de los ligeros de cascos, el amparo de los ineptos, el descanso de la mayoría de sus compañeros y el burro de carga de todos. Abrumado por la monomanía del trabajo, siempre facilísimo para él, ningún pasatiempo, ningún vicio, ni ninguna otra ocupación distrajeron ni perturbaron su espíritu. No tuvo necesidad de huir del mundo, porque para él no había más mundo que el estudio y la labor; no se metió con él el demonio, porque jamás supo por dónde agarrarle, chapeado y claveteado como le encontró con tantas fórmulas y logaritmos; y en cuanto á la carne, D. Pedro se emancipó á tiempo de sus tentaciones casándose, muy enamorado por cierto, con una espiritual y arrogante doncella, que en casa de un rico propietario de Aragón encontró en cierta ocasión, en que hubo de ir á inspeccionar ó recibir una nueva carretera en aquella comarca. Hija única, entre otros dos varones, de una antigua familia bien conservada en su limpio nombre y en sus guardadas peluconas, doña Clara Gotor fué educada con todo el esmero de la rancia hidalguía en un colegio de la corte, armonizándose muy bien en su sereno entendimiento las galas de la instrucción, que fué todo lo más completa, adornada y bien retribuída posible, con la entereza de aquel ánimo calentado y sostenido por la sangre aragonesa. Que estaba bien dibujada y que había arte y arrogancia en su persona, no hay para qué decirlo, porque D. Pedro, que jamás consintió una raspadura, ni un descuido en el perfil más sencillo de un proyecto, primero se hubiera metido á monje trapense que casarse, no digo con una fea, sino con ninguna mujer que no estuviera ceñida á las exigencias de la hermosura con todas las reglas de la proporción y del replanteo.

Quería D.ª Clara á su *Perro Mastín*, que así solía llamarle ella también en muchos momentos de cariñosa confianza, queríale con creciente egoísmo, como apasionadísima y cristiana esposa; y en aquella manía del trabajo y del estudio que en él observó siempre, encontró la indestructible salvaguardia y garantía de que su marido, entregado por completo á aficiones profesionales, en ninguna otra cosa, más que en éstas y en quererla y cuidarla á ella, pensaría. Y así fué, y así pasaron en paz, sin nubes, sin obligaciones y sin hijos, conformes y felices, los diez primeros años de su matrimonio.

A menudo en el Ministerio, en tanto que él trabajaba, referían sus compañeros de la Consultiva, en el amistoso y animado corro que allí solían formar mientras echaban el eterno pitillo, los mil y un enredos de la vida madrileña, tanto más sabrosos, cuanto más viejos, calvos y arrugados eran los concurrentes que los referían ó comentaban. Don Pedro oía y callaba; pero al fin la gota, á fuerza de caer, horadó la piedra. Metióse el hombre á lo peor que cualquiera persona se puede meter, á filósofo; es decir, á pre-

(c) Ministerio de Cultura 2006

guntón íntimo y silencioso de su propio ser, á investigador de sí mismo, dolencia mansa y fiera, madre de la melancolía y de la locura, que debilita, apena y trastorna los ánimos más fuertes, para no sacar nada en limpio, si no es el quitarle á uno el apetito y la alegría, y con tal limpieza, aflojarle las resistencias del alma y del cuerpo y dar con ellos en el otro mundo por el miserable y áspero camino de la murria.

Todos sus compañeros se divertían, menos él; todos concedían al descanso y á la distracción algunas horas, menos él; en Madrid había pasatiempos, emociones, una vida alegre de que todos habían disfrutado, menos él; todos, menos él, confesaban que el trabajar tanto era una primada que nadie le agradecería; para él todos los días eran iguales, con la misma monotonía, con igual cantidad de fatiga y con idénticos mimos y frases de su mujer; él había limitado su actividad á un círculo estrecho que asfixiaba sus facultades; y más allá, pero al alcance de su voluntad, existía otro amplio círculo, para él desconocido y por lo mismo lleno de atractivos, á cuyo conocimiento y disfrute tenía el mismo derecho que los demás. Se había condenado inconscientemente á cadena perpetua; era—¡qué razón tenía el mundo!—un verdadero perro mastín, atado, fuera de casa, á la garita de la oficina, y en casa, á las faldas de su mujer.

Todo esto descubrió D. Pedro al filosofar y escudriñarse á sí mismo, y ante tal descubrimiento se quedó parado, mirando alrededor de sí y sin saber qué camino tomar.

Él iba al teatro con su esposa, y la poesía y la música rebotaban en sus oídos y en su mollera, atrofiados para las percepciones artísticas por el abuso del archiprosáico expedienteo profesional. Él iba á paseo con su mujer, y andaba maquinalmente, porque miraba y no veía, torturado por el gusanillo interior, que allá en su memoria guardaba recordándole las subastas, reparaciones, restauraciones, obras de fábrica, conservación de puentes, pontones, tramos, arcos, sifones, alcantarillas, caños, atarjeas, badenes, muros, pasos, casillas, firmes, refilos, acopios, piedras, recebo, puertos, dragados, dársenas, muelles, depósitos, marismas, boyas, valizas, escolleras, diques, faros, luces y demás armonías de la ciencia de construir, las cuales, combinadas entre sí con las melodías de los presupuestos relativos á cada una de esas frases, culculados todos por el venerable mártir de la Junta consultiva, más que aniquilado ó extraviado el seso, teniánselo en suspenso, no con el éxtasis platónico de Santa Teresa, sino así como colgado en el aire, como el alma de Garibay.

En la época á que esta verídica relación se refiere, habíanle encargado que estudiase la rectificación de no sé qué red de caminos estratégicos del Pirineo, desde una á la otra punta; y tan á pechos lo tomó, que sin separarse de su tablero de dibujar, llevaba ya tres meses subiendo y bajando montes y vericuetos con la punta del lapicero, y apilando números, no por millares ni millones, sino á cuartas y á varas, en arrobas de papel. Á mediados de Junio terminó el bosquejo de su tarea, y, tirando la pluma, al acordarse de la filosofía de su situación y estado, volviéndose de espaldas con desprecio á su carpeta de los Pirineos, exclamó:

—¡Bien! ¿y qué? ¡Cien días llevo agarrado á esta tarea, que maldito lo que me importa; y ahora, para recompensa y descanso, haga usted la consabida expedición veraniega á San Sebastián, del brazo de mi mujer! Total, cambio de escenario, y vida idéntica. El paseo, la visita, el casino, la mesa, el sueño y siempre al lado de mi mujer y de las amigas invariables de mi mujer. Una cadena que se estira hasta San Sebastián, y que me ata allí lo mismo que aquí. En cambio, la mayor parte de mis compañeros saben emanciparse á maravilla; y para mayor dolor me ponen el *Inri*, viniendo á cantar aquí, en coro, las excelencias de su vida alegre. La verdad es que, después de tanto trabajar, yo también tengo derecho á un poco de emancipación. Hay que ver á lo que sabe la vida del hombre malo, para comprender después las ventajas de la vida del hombre bueno. ¡Decididamente cierro mi carpeta, la envío á la sección y que trabaje el diablo! Pero..... ¿por dónde y cómo me emanciparé? ¡Dinero me sobra y voluntad también; veamos, pues, si soy hombre ó no soy hombre! ¡Á ver, Perico, cómo te portas!

Y á pesar de sus terribles propósitos, D. Pedro no supo por dónde ni cómo emanciparse, y acudió de día, durante todo el mes de Junio, á su negociado, y de noche al teatro y al paseo con su invariable D.ª Clara de Gotor.

II.

Firme en sus cavilosidades, y sin más impulso que el del capricho, D. Pedro se separaba de sus compañeros todas las tardes al salir del Ministerio, y tomaba por la calle de Atocha abajo, dispuesto á realizar alguna calaverada, para abrir boca, pero sin que aquéllos se enteraran, ni nadie supiera quién era él, y sin que el escándalo retumbara en torno suyo. Pero la calaverada no parecía, porque el ingeniero, más tieso que un huso, daba su paseo, é iba y venía, imperturbable, invulnerable é inexpugnable como un peñón de Gibraltar, al través de las calles de Madrid. Él debía entrar en la práctica de la vida alegre por el portillo más fácil, por el de alguna conquista femenina; pero ni á conquistarle se atrevían las mujeres de rumbo ó de trapío que en las calles encontraba, viéndole tan empacado y severo, ni él se decidía á conquistarlas, porque la mayor parte de las que á su lado pasaban eran cosa de poco más ó menos, comparadas con su eterno modelo abrumador, con su mujer.

Anochecía una tarde, y ya centelleaban en la calle del Príncipe los resplandores de las lámparas eléctricas, cuando el ingeniero acertó á ver paradas ante una fotografía dos buenas mozas de alto, rizado y lustroso copete, redondo y alabastrino cuello, amplia espalda y robustos brazos, cuyas correctas formas se modelaban bajo el fino mantón de ramo de seda, que repartía sus extensos flecos entre los grandes pliegues de las almidonadas faldas de percal claro floreado. Acercóse D. Pedro á contemplarlas, haciendo también como que miraba los retratos, y vió que eran dos arrogantes hembras, de unos venite años la una, esbelta, bien trazada, negros los ojos y el cabello y desnudos los brazos, que con intencionada picardía dejaba asomar entre las vueltas de las puntas del mantón; y de treinta años, por lo menos, la otra, nutrida á maravilla, y con todo el severo donaire, majestuosa traza é incomparable garbo que, con natural encanto y no aprendido fingimiento, con sobra de material propio y sin añadido alguno, lucen en Madrid esas altivas, bien presentadas y temibles hijas del pueblo, que fuera de aquí parece que ni

(c) Ministerio de Cultura 2006

se crían, ni se ven. Don Pedro quedó absorto al contemplarlas, confesando, allá para su adentros, que físicamente eran ambas mejores que D.ª Clara; y una vez al lado de la batería, se atrevió, exclamando con la candidez y el atolondramiento de un recluta:

—¡Hermosas son las retratadas, pero ninguna como ustedes!

Las buenas mozas, sin pestañear ni responder palabra, irguiendo el cuello y bajando después la mirada con desdén, dieron media vuelta, haciendo girar airosas su faldas, y tomaron por la acera adelante, mientras D. Pedro, entre resentido y confuso, contemplaba, aunque no veía, las fotografías de la muestra. El efecto que en su ánimo produjeron aquellas jóvenes fué tan hondo, que, volviendo en sí, partió disparado tras ellas, tomando la acera de enfrente á la que llevaban, y diciendo con ánimo resuelto:

—¡Esto es hecho! ¡Viva la emancipación!

Tras de una hora muy larga de caminata al través de calles, plazuelas, paradas, vueltas y revueltas, ellas sabiendo que él las seguía, y él avanzando en pos de ellas sin hablar una palabra, se detuvieron las jóvenes y entraron en una casa de la calle de la Biblioteca, cuyo número apuntó el perseguidor en su cartera. Desde aquella noche, y sin poderlo remediar, pasó el ingeniero tres ó cuatro veces cada día por la calle de la Biblioteca. En las primeras tardes iba y volvía solo; pero al cabo de una semana volvió en compañía de las dos jóvenes, y con ellas desapareció por el portal.

UN EXPLORADOR.—Por Delahaye.

III.

Nunca estuvo el ingeniero tan obsequioso, amable y decidor con su mujer dentro de su casa, como desde que se emancipó fuera de ella. En la primera semana de Julio quedó arreglado el viaje á San Sebastián, y una vez acomodados y solos ambos esposos en un compartimiento del *sleeping carr*, cuando ya con las primeras luces de la mañana llegaban hacia Valladolid, D. Pedro alcanzó una cartera que llevaba en la rejilla, y abriéndola con marcado gesto de mal humor, exclamó:

—¡Maldito trabajo este de los Pirineos!

—Pero, hombre—contestó Clara—yo creía que habías terminado esta tarea.

—Terminada está—añadió su esposo;—pero como ha de plantearse el servicio desde Septiembre próximo, el Ministro se empeña en que haga yo la inspección de los puntos de partida y de medición de bases en este verano.

—¿En este verano?

—Sí; y no hay otro remedio, porque ante los ruegos de mi jefe me he comprometido á ello. Pero será cosa de poco tiempo.

—De modo que desde San Sebastián iremos á recorrer nuestro Pirineo. ¿Eh?

—No seas inocente, Clara; en nuestro Pirineo, por donde yo tengo que andar, no hay caminos, ni buenos ni malos; y tú no habías de seguirme á caballo pasando días de horrible incomodidad.

—Es decir, que tú te irás y me dejarás sola.

—Sola, no; ya sabes que en la fonda te aguardan, como todos los años, nuestras familias amigas, los de Saldaña, los Ortices, las de Navas.....

—Pero ¿por qué no me has anunciado esto en Madrid?

—¿Para qué?

—Para haberme quedado en casa mientras hacías esa breve excursión; ya sabes de antiguo que yo no quiero separarme de ti.

—Pues por eso no te le dije, para que no perdieras tu viaje de costumbre á San Sebastián. ¡Si la cosa ha de ser brevísima! Ya ves, ahora estaré contigo ocho días: hacia el 15 iré á Pamplona, y te prometo volver para el 4 de Agosto.

—¿Veinte días de ausencia?

—Eso es, unos veinte días, ¡poca cosa!

Clara se calló, miró á su marido fijamente, como presintiendo, con su claro instinto femenino, que tan inesperada conducta nada tenía que ver con la excusa que éste alegaba, y haciendo luego un mohín de desprecio, dijo poniéndose á mirar por la ventanilla:

—¡Como quieras!

Y sin hablar más, él fumando y recordando la calle de la Biblioteca, y ella vuelta de espaldas mirando los paisajes,

(c) Ministerio de Cultura 2006

haciendo cavilaciones y «repudriéndose la sangre», llegaron á San Sebastián, donde sus campañeros de veraneo, las de Navas, los Ortices, los Saldañas y otros amigos y amigas les recibieron con los brazos abiertos. Clara disimuló todo lo posible su violento estado de preocupación, y D. Pedro no habló en los ocho días, en la mesa, en el paseo y en todas partes donde los amigos se reunían, más que del penoso viaje de inspección que se veía obligado á hacer. Durante ese tiempo Clara no cruzó con su marido más que estas palabras en alguno de los ratos que se hallaron solos:

—¿Quieres hacerme el favor de quedarte en San Sebastián, y de echar al diablo al Ministro y los Pirineos?

—No puede ser, Clara; mi compromiso es formal, y ya sabes cómo sé yo cumplirlos. Te prometo estar de vuelta el 4 de Agosto á las dos de la tarde; mañana en el tren de las once me voy á Irún para emprender mi caminata.

Al siguiente día, á las diez y media, Clara, sin despedirse de su marido, dijo á las criadas de la fonda que iba á misa; tomó, en una calle inmediata, un coche y se dirigió á la estación del ferrocarril. Llamó en la puerta del despacho de billetes, y cuando abrió el encargado, le dijo:

—Me encuentro algo indispuesta; ¿sería usted tan amable que me permitiera descansar un momento en su oficina, para no ponerme peor con el barullo de la gente?

El expendedor de billetes, Serafín Galán, un muchacho de bastantes pretensiones, muy peripuesto y cumplido, al ver á aquella elegante y distinguida dama que solicitaba favor tan sencillo, se descubrió é inclinó, después de abrir de par en par la puerta, y quitando luego unos libros que había sobre una butaca charolada, cuyo polvo sacudió con su pañuelo, contestó:

—¡Con mil amores, señora! Entre usted y descanse aquí todo el tiempo que guste. ¿Quiere usted que mande traer de la fonda un té, una taza de caldo, unas galletitas con Jerez? lo que usted guste, señora.....

—Mil gracias, caballero—dijo Clara;—yo no deseo sino descansar aquí un rato, lejos del bullicio.

El expendedor se fué á la taquilla, porque ya acudían viajeros á pedir billete; y Clara, acurrucándose en su butaca todo lo posible, detrás de la hoja abierta del estante de los billetes, empezó á abanicarse furiosamente. Llegaron á la ventanilla uno, dos, cien viajeros, y al fin, en medio del confuso ruido de las gentes que acudían al despacho, se oyó la voz de D. Pedro, que decía:

—¡Madrid, primera!

Clara se estremeció profundamente; se decidió en un momento á levantarse, y no pudo; pensó en lanzarse á la ventanilla ó salir del despacho y escupir á su marido, pero su propio orgullo la detuvo; mordióse las manos hasta hacerse sangre, y un momento después, recobrando la serenidad, dijo para sí:

—¡No me he equivocado! La prueba ha sido decisiva; ¡serenidad! ¡Veamos quién vence á quién en este para mí inesperado calvario!

Cuando el expendedor cerró su ventanilla y los viajeros se hubieron agrupado todos en el andén, Clara se despidió agradecidísima del empleado, tomó su carruaje y volvió á la fonda. Las de Navas y demás amigas la esperaban impacientes.

—Pero, mujer—exclamaron en coro—¿dónde te has metido, que ni tu marido ni nosotras hemos podido hallarte cuando se ha marchado?

—Pues nada más sencillo—contestó Clara con toda serenidad;—por evitarme el mal rato de la despedida he ido á misa á San Vicente á pedir á Dios que no le ocurra nada á Pedro en su difícil viaje. Y el caso es—añadió sonriendo—que yo también estoy de viaje.

—¿De viaje tú?—repitieron sorprendidas sus amigas.

—Sí, el cartero me ha encontrado en la calle y me ha dado esta carta de mis amigas las de Valle, de Bayona; ya las conocéis. Pues bien; me dicen que este año es preciso que cumpla mi promesa de visitarlas, y que tienen preparada una deliciosa expedición á Lourdes, á Pau y á Eaux-Bonnes, si me decido á ir. Yo he dicho: ¡pues admirablemente! Mientras mi marido recorre los Pirineos por delante, yo los recorreré por detrás; una expedicioncita de quince ó veinte días, y después volveremos casi á un tiempo, y pasaremos el resto del verano con vosotras. Esta tarde en el tren de las cinco salgo para Francia; ya lo sabéis.

Almorzó Clara con la alegría y animación de siempre, salió de compras con las de Ortiz, arregló sus mundos, pagó los ocho días de fonda del matrimonio, y acompañada de sus amigas fué á la estación; encargó al mozo de la fonda que tomase billete para ella y facturase sólo hasta Irún, y andando; media hora después se detenía en esta villa, donde comió, y tomó de nuevo, para el expreso, billete para Madrid. Muy de prisa voló el tren al través de cordilleras y campos, pero mucho más vertiginosa fué la velocidad con que en el cerebro de Clara se sucedieron las hipótesis, las quimeras, las preguntas y los arrebatos de imaginación, para poder explicar el cambio que se había operado en su marido, el objeto de su mentido viaje, el sitio donde se encontraría, el móvil de su conducta, y para preparar, en fin, el plan de su nueva vida, si, como ella lo presumía, resultaba infiel D. Pedro y podía sobrevivir á tamaña desventura.

IV.

Cerca de las últimas casas de El Escorial de Abajo y en la entrada del vallecito que forman sobre el arroyo los declives de los altos de Colmenarejo y de Peralejo, han construído varios hotelitos de verano ciertos madrileños amigos del silencio y del apartamiento del mundo. Entre los berruecos de granito crecen multitud de árboles y arbustos que dan apacible sombra á aquellos lugares, y en las explanadas más frescas y escondidas hay alguno que otro huerto con ínfulas de jardín, donde las nieblas de la vecina sierra, la paciencia del hombre y algún poco de bien aprovechado riego, sostienen la vida de la vegetación artificial, que con sus frutas y flores se destaca aristocrática, entre la que natural y rústica, con agreste desorden, brota por todos aquellos rincones. Uno de los minúsculos hoteles, con galería, mirador, terraza, paseo cubierto de enredaderas y senderos al aire libre sobre los vericuetos y revueltas que siguen la marcha del arroyo, se encuentra habitado en la temporada estival por una especie de matrimonio; él ya un tanto pasado y machucho, y ella joven y hermosa, con los cuales

(c) Ministerio de Cultura 2006

viven además una muchacha y un criado. Este engancha todas las mañanas y todas las tardes al anochecer un caballejo á un tílburi, sube á El Escorial de Arriba, llega á la fonda de Miranda, donde le entregan, en varias cestas, ó el almuerzo ó la comida, y frutas, pastas y vinos, y regresa al hotelito de Abajo. En la calle de Floridablanca saben todos los curiosos vecinos que aquel es el tílburi de los señores de Sancho, según lo dijo el criado, los cuales jamás se dejan ver por la población alta. En la aldea casi nadie los ve tampoco, porque cuando salen de su retiro se van siempre valle abajo, ó monte arriba, muy cogiditos del brazo, á esconderse, allá lejos, á la sombra de los árboles ó de los pedruscos. No es raro, por la tardecita, verle á él, con su sombrero cordobés y su correcto traje claro de lanilla, salir del jardín, llevando en la mano izquierda una cestita con la merienda, y cogida con la derecha la menuda y gruesa mano izquierda de su compañera, y en esta actitud subir por un sendero entre los chaparros y matorrales, y una vez en la cumbre del altito, caminar muy juntos largo rato y sentarse luego sobre la fina alfombra de hierba de un claro, poco antes de que el sol de última hora toque en las crestas de la sierra y cuando ya llega, desde los callejones del puerto, la brisa apacible y fresca. Extiende ella el mantel, despachan los dos tórtolos la merienda, y mientras ella, dejando á un lado la sombrilla, se sienta en el alto borde de un trozo de granito para recibir de lleno el refrigerante soplo del airecillo de la montaña; él, tumbado en el suelo, fuma su tagorote y contempla embelesado á la joven. Muy encantadora es, por cierto, aquella mujer, alta, esbelta, de ojos y cabellos negros, en cuyas orejas brillan gruesas perlas, cuyas alabastrinas y sonrosadas muñecas muestran ligeras y caprichosas pulseras de oro, graciosamente ataviada con un ligero vestido de batista, y cuyos breves y coquetones pies, calzados por finísima piel clara, dejan ver el arranque de la media obscura, artísticamente bordada con vivos matices sobre el empeine. Hablan y ríen muchísimo, pero hablan tan bajito, que es imposible oir lo que dicen, é imposible, por consiguiente, el consignarlo aquí. Sólo, de vez en cuando, se puede percibir que ella llama á él Perico, y él á ella Luz. Y, en efecto, aquel Perico es el ingeniero D. Pedro Martín, y aquella Luz es María de las Candelas Pérez, hermana de Consuelo Pérez, cuyas Luz y Consuelo son las dos buenas mozas que el inspector de los Pirineos encontró en la calle del Príncipe y visitó y trató en la calle de la Biblioteca. Habiendo convenido en veranear juntos, lejos de todo lugar donde hubiera gente, Consuelo informó á don Pedro de que se alquilaba este hotelito amueblado de El Escorial; propuso el método de vida; y, una vez convenido y bien retribuídos el plan, el consejo y los preparativos, incluso el tomar una criada y un criado cochero y un tílburi, y bautizar á la nueva pareja con el nombre de los señores de Sancho, salió él con su esposa Clara para San Sebastián, volvió á la calle de la Biblioteca, sin ser visto de nadie, y ya emancipado, se fué con su Luz al desierto de las faldas del Guadarrama. Consuelo quedó guardando su casa de Madrid, enamoradísima de un capitán de artillería, que le hacía cocos y muchos regalos. Don Pedro, procurando no dar importancia alguna á las punzadas que en su conciencia le asestaba el remordimiento, se consideró feliz, y se rió de las conquistas, aventuras y bromas que relataban los inspectores sus compañeros en su despacho del Ministerio, y que al lado de esta conquista, ó lo que fuera, resultaban totalmente insustanciales y tamañitas.

V.

Cuando Clara, anhelante, loca de impaciencia, llegó á su casa de Madrid, adquirió la horrible certeza de que su marido la engañaba, al ver que no estaba en ella, y que ni su doncella ni sus criadas le habían visto. El caso era tan nuevo para aquel matrimonio, y tan grave y tan desconsolador, que Clara no supo ni acertó á pensar lo que debía hacer. Le horrorizaba tanto como la conducta de su marido, la posibilidad de que alguien, los amigos, el mundo, se enterasen de lo que ocurría, y de que aquella envidia que siempre tuvieron todos á matrimonio tan feliz se trocara de repente en compasión, crítica y burla. Ante esta idea, surgieron en el corazón de Clara toda la entereza y todo el orgullo de su casa y de su persona, y se propuso sufrir, esperar y callar. Sólo su doncella, á la que desde antes de casarse tenía en su compañía, y cuya fidelidad y cariño eran dignos de su fibra aragonesa, se enteró desde el primer momento de cuanto pasaba, y ella se encargó de averiguar, con toda cautela y discreción, el paradero de D. Pedro.

—¡Como me llamo Anica, que he de dar con el señorito!— dijo á su ama, tratando, en vano, de consolarla.

Pero ni Clara, ni Anica dieron con D. Pedro, por más que tanto y tanto corrieron, que bien puede decirse que registraron, cada una por su lado, medio Madrid. Al cabo de diez días de tormento y de lágrimas, de ansiedad y de desesperación, Anica volvió de misa una mañana, con aire tan azorado y descompuesto, con tal ardimiento marcado en el semblante y en las palabras, que apenas pudo calmarla Clara cuando, vertiendo lagrimones como puños, entró en el gabinete en que ésta se hallaba, y exclamó:

—¡Señorita! Don Pedro vive, y anda por aquí cerca; pero.....

—¿Pero qué? ¡Habla!

—Vive, como usted se lo suponía; pero vive de mala manera, con.....

—¡Bueno! Viva como viva, ¿dónde está? ¿qué has sabido?

—¡Oiga usted, señorita; oiga usted, que todo se lo contaré; oiga usted!

—¡Oigo, Ana, oigo; pero concluye pronto!

—Pues bien, señorita, ya sabe usted que la doncella de los señores de Royo es paisana y amiga mía; el señor de Royo es compañero de D. Pedro; van á la misma oficina y son muy amigos; pues bien, la doncella, mi amiga Dolores, me ha encontrado hoy cuando yo salía de misa, y me ha dicho: «¡Qué disimulada eres, chica! ¡Si ya lo sabemos todo!» Y yo, extrañada de lo que me decía, la he hecho que me cuente todo eso que dice que sabe y me ha referido lo siguiente: Hace dos ó tres noches los señores de Royo convidaron á comer en su casa á los señores de Artigas, amigos de ustedes, como que el señor de Artigas también es ingeniero de la misma oficina. Dolores preparó la comida, y ella misma les sirvió el café. Mientras lo tomaban, y en medio

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006

HACIENDO NOVILLOS.—Por Alberto Aublet.
Exposición de los Campos Elíseos de París, 1893.

de las bromas y de las carcajadas de las señoras y de sus maridos, contó Artigas á Royo que D. Pedro, nuestro señorito, está en un pueblo, cerca de Madrid, con una buena moza; que lo sabía porque se lo había asegurado un amigo suyo artillero, que es amigo de una hermana de aquélla, y que usted seguía en San Sebastián hecha una pava, ¡así, una pava! creyendo que el señorito anda por los Pirineos.

Clara sintió el puñal de la desventura clavado hasta el mango en el corazón, y exclamó:

—¿Y en qué pueblo están? ¿Lo sabes?

—¡Ah, señorita! El señor Royo dijo que el artillero no había querido decirlo, por más que se lo rogó muchas veces.

El crimen, con la circunstancia agravante de la burla y del desprecio de las familias amigas, se había consumado.

—¡Busquémosle, porque me sobran ánimos para hacerlo, aunque haya de morirme de cansancio y de pena!—dijo Clara.

Y aquel mismo día, señora y doncella emprendieron la correría de inquirir en las fondas y hoteles de los pueblos y pueblecitos que rodean á Madrid si había llegado por allí D. Pedro Martín. En El Escorial de Arriba, donde estuvieron un día, pasó ante ellas cuatro veces el tílburi que llevaba la comida y el almuerzo para los señores de Sancho. Ni por casualidad se le ocurrió á Clara pensar que vivieran gentes de Madrid en El Escorial de Abajo; en lo que sí pensó, al volver á Madrid, fué en que faltaban sólo dos días para el 4 de Agosto, fecha señalada por D. Pedro para su regreso de los Pirineos. Tomó el tren, y llegó á la fonda de San Sebastián á las ocho de la mañana de dicho día. Allí, con todo arte, imaginación y disimulo contó á las de Navas, Ortices y Saldañas las excursiones que había hecho con la familia de Valle, de Bayona, por ocho ó diez balnearios del Pirineo francés.

VI.

Á las cuatro de la tarde, en el tren de Irún, para donde había pasado en otro de Madrid poco antes, llegó en el mismo día D. Pedro Martín. Los amigos todos estaban de paseo; su esposa le esperó en su cuarto, y aunque disimuló todo cuanto pudo, imponiéndose á las iras del corazón, que quería saltársele del pecho, no pudo menos de recibirle con aire triste.

—¿Aun te dura el enfado, Clara?—dijo él, con la voz más dulce y cariñosa del mundo.

—Estaba deseando que llegaras—contestó ella—para hacerte una súplica.

—Dímela.

—Estoy muy á disgusto en este hotel, y quiero que hoy mismo nos traslademos á otro.

—Ahora mismo—añadió D. Pedro poniendo el dedo en un timbre eléctrico.—Tus menores deseos son órdenes para mí, y me agrada mucho que me digas siempre, sin miramiento alguno, todo cuanto se te ocurra, para complacerte.

Llamó un criado en la puerta del cuarto y entró.

—La cuenta—le dijo D. Pedro secamente.

Mientras la subían, D. Pedro se arregló el traje, aseándose de prisa, y Clara permaneció en el balcón, dando la espalda á su marido.

El criado presentó la cuenta y se retiró. Don Pedro la leyó con extrañeza la primera vez, con asombro otra, y exclamó al volverla á leer:

—¡Clara! ¿Qué es esto?

Clara, sin darse por sorprendida, se volvió y contestó:

—¿Cuál?

—¿Cómo se entiende esta cuenta?

—¿Qué dice?

—Oye: «Señores del cuarto núm. 8.—Por medio día, de la señora, ocho pesetas.»

—¡Pues está bien!—añadió Clara.—¡Está muy bien!

—¿Cómo que está bien? ¿No has estado en la fonda desde el día en que vinimos de Madrid, es decir, veintiocho días?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Pues sencillamente, porque yo me marché el mismo día que tú y he vuelto esta mañana.

Don Pedro se apoyó en la pared para no caerse, ante el sacudimiento nervioso que sintió en su cuerpo, y gritó poniendo los ojos casi fuera de las órbitas:

—¿Y dónde has estado?

Clara hizo un gesto de desprecio, y volviéndole la espalda contestó:

—¿Y á usted qué le importa?

Ciego D. Pedro, trató de coger á Clara por el cuello; pero ésta, repeliéndole vigorosa y con el mismo tono de burla, añadió:

—¡Atrás, villano! ¡Cada cual pasa la temporada como le parece bien! ¡Usted ha pasado ya en su vida bastante tiempo conmigo! Esta tarde me vuelvo á mi casa de Madrid.

—¡Sí; allí arreglaremos nuestras cuentas!—dijo D. Pedro, lanzando una docena de disparates y de interjecciones.

—No debe preocuparle á usted jamás otra cuenta que la que acaba de leer: «Medio día de la señora..... ocho pesetas!»—añadió muy seria Clara, cuyas palabras cayeron como plomo derretido sobre el celoso y desesperado corazón de su marido.

Á las cinco y media, en el expreso, en un compartimiento abonado, D. Pedro, mirando por una ventanilla al Oriente y Clara por la otra opuesta al Poniente, salieron para Madrid, sin dirigirse en el trayecto, ni en Miranda, donde comieron, ni una mirada, ni una palabra. Las de Navas, Ortices y Saldañas, cuando, al volver al hotel á la hora de la comida, tuvieron noticia de la salida de sus amigos, se horripilaron en coro, y ni entonces ni hasta hoy han sabido darse cuenta de los motivos de tan estupenda escapatoria.

Una vez el matrimonio en su casa, se desató silencioso, imponente, hondo, el orgullo de ambos esposos. Clara ordenó á Anica que le sirviera siempre el almuerzo y la comida en su gabinete; D. Pedro almorzó y comió en su despacho, entre las pilas y montones de libros, legajos y papelotes que lo llenaban. Para el sabio y perspicaz ingeniero quedó planteado un terrible problema, enunciado en estos términos: ¿Dónde ha estado mi mujer? Y él, que para resolver los matemáticos más enrevesados y difíciles no tenía rival, confió en resolver éste, tarde ó temprano. No pensó jamás para ello en preguntárselo á Clara; primero, porque no se lo había de decir, y después, por no rebajarse ante ella

(c) Ministerio de Cultura 2006

ni una cienmillonésima de milímetro. ¡Eso nunca! Mucho menos se lo preguntaría á nadie en la servidumbre de su casa, rebajamiento que sería muchísimo mayor. «Clara, pensaba él, es todavía hermosa, de aspecto gracioso y lleno de atractivos, y al fin las mujeres!..... ¿Quién es el infame que habrá conquistado á Clara?» Y al pensar en esto, se le temblaban á un tiempo la cabeza, el corazón y las piernas, y clavaba las uñas, de día en los papeles, y de noche en las almohadas, y se convertía entonces verdaderamente en perro mastín en el grado supremo de la hidrofobia. Pero, discurriendo con más generosidad, desechaba hipótesis semejante, porque Clara tenía demasiado orgullo y demasiada virtud para dejarse arrastrar por las pasiones, incluso por la de la venganza; Clara no podía haberle faltado; pero ¿dónde estuvo en aquellos veinte días? En su remordimiento por la aventura de la emancipación, daba la razón á Clara; pero ¿qué sabía Clara de su aventura con Luz, si esto no lo sabía nadie, si nadie les había visto, si estaban matemáticamente tomadas todas las precauciones para el más perfecto aislamiento? Pero si no lo sabía, ¿por qué el enfado y el odio de su mujer? ¿Á qué su misteriosa escapatoria de San Sebastián? «¿Dónde ha estado mi mujer?» exclamaba el pobre hombre, dándose de puñetazos en aquella cabeza pecadora, aunque no coronada.

Preparado su plan de averiguación, se trasladó á San Sebastián, donde supo de labios del fondista, por haberlo oído á sus amigos, que Clara había ido á Bayona, Pau y Lourdes. Y en Bayona, en casa de sus amigos los Valles le aseguraron que no habían tenido el gusto de ver á Clara. Y no encontrando extraño que hubiera ido á Lourdes, fué á Lourdes, y leyó los registros de veinte fondas y el libro de las ofrendas, y no halló el nombre de su mujer. Y recordando que tenían relaciones en Deva y en Azpeitia y en Bilbao, corrió como un judío errante por todos estos puntos, y nadie pudo decirle que había visto á Clara. Y repasó los registros de viajeros de los hoteles principales de Fuenterrabía y de Hendaya y de Biarritz, para ver si daba con ella y tal vez *con él*, como si la fugitiva hubiera cometido la insensatez de apuntar su verdadero nombre, y ¡nada!..... llegó el mes de Noviembre, y D. Pedro, cansado de correr, loco, encanecido, flaco como el perro mastín de un carretero pobre, volvió á su casa, sin que vislumbrara, ni de cerca ni de lejos, la solución del problema maldito.

Cuando se presentó en la oficina oyó con espanto las indirectas que sus compañeros le dirigieron acerca de sus nuevos estudios y experimentos sobre la luz, para el alumbrado del Escorial. Al día siguiente pidió su jubilación, y no volvió á saludar á ninguno de sus colegas.

Maldijo de la lógica y de su ruin cerebro, que no le permitían avanzar un paso en sus investigaciones; regaló todos sus libros y trabajos á la biblioteca de la Escuela, quemó todos sus papeles, y continuó cavilando de día y de noche, en busca de fórmulas y logaritmos morales ó racionales que le pusieran en camino de satisfacer aquella única aspiración de su alma, resumida en la insoluble pregunta: «¿Dónde estuvo mi mujer?» Con su anhelo y su monomanía y su desesperación, crecían su cariño hacia Clara y sus remordimientos; pero también se ensanchaban su orgullo y su amor propio, ante la posibilidad de ceder ante ella y de rebajarse. Y ella, imperturbable, severa, tiesa, sintiendo cada día más abierta la herida por la ofensa recibida, vivía retirada, enamorada también cada día más de aquel su antiguo incomparable esposo; pero sin verle, sin hablarle, esperando que algún día «¡muy lejano, muy lejano!» viniera á pedirla perdón.

Cuando alguna vez sentía D. Pedro que su ánimo se serenaba, y veía un poco claro el horizonte de su porvenir, sonreíase con profunda melancolía, y recordando su aventura, exclamaba: «¡Una y no más!»

Pero estos ratos de placidez eran pocos, y cuanto más tiempo pasaba, más fijo tenía en su mente el propósito de averiguar en dónde había estado su mujer. Y, ¡pobre don Pedro! la solución del problema era tan fácil que podía hallarla á todas horas, con sólo preguntarlo á sus criadas, al portero, ó á los vecinos de su calle, quienes, por haber visto todos los días á la señora, le hubieran dicho:

—Doña Clara ha estado esos veinte días donde está ahora, ¡en su casa!

Pero solución tan natural y sencilla, pregunta tan racional, no se le ocurrió que existiera, ni que pudiera hacerse, acostumbrado como estaba desde joven á investigar y resolver cuanto había de más raro, difícil y extraordinario. En todas las soluciones pensó menos en aquella que tenía á todas horas delante de las narices.

Han pasado bastantes años, y aun se pregunta D. Pedro: «¿Dónde estuvo mi mujer?» Y aun espera en vano Clara que vaya á pedirle perdón, y aun siguen el silencio y el apartamiento absolutos en aquella casa, sostenidos por el amor propio ofendido, y por el orgullo de ambos; orgullo y egoísmo vencidos, sin embargo, en la íntima conciencia de cada uno, ya que ella sin cesar llora porque él no se humilla y la habla, y ya que él, dando la razón á su mujer, repite á menudo con toda conformidad: ¡Una y no más!

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

(c) Ministerio de Cultura 2006

BIBLIOTECA ATENEO

RECUERDOS DE COIMBRA

LA FUENTE DE LOS AMORES

(A PINHEIRO CHAGAS.)

Coimbra es, de las poquísimas ciudades de la Península, la única de Portugal que pueden ofrecer á la contemplación del viajero, enlazadas del modo más íntimo y armonioso, la poesía y la naturaleza.

No hay en ella sitio alguno que no haya recibido denominación apropiada al recuerdo que evoca ó al sentimiento que inspira. *Penedo das saudades* tiene por nombre la altura desde la cual se abarca mejor que de ninguna otra el melancólico y encantador aspecto del valle y las montañas. *Penedo da Meditaçâo* se llama otra pequeña altura de la margen opuesta, sombreada por espesos árboles, que suelen frecuentar los escolares estudiosos y que parece convidar, en efecto, al recogimiento y la meditación. *Quinta das Lagrimas*, la preciosa quinta, propiedad hoy del Sr. Osorio Cabral de Castro, situada en la orilla izquierda del Mondego, casi enfrente de la ciudad, que toma su nombre de las lágrimas vertidas por la infeliz Inés de Castro, implorando piedad de sus asesinos; y *Fonte dos Amores*, también llamada *das Lagrimas*, la fuente que existe en dicha quinta, junto á la cual creen que pasaron los amores de la infortunada Reina y su apasionado y vengador esposo D. Pedro.

Dos veces, en estaciones tan diferentes como el invierno y el estío, y en momentos tan distintos como el amanecer y la puesta del sol, he visitado esta quinta y esta fuente. Ni la *Quinta de Julieta*, en Verona, ni la *Fuente de Valclusa*, en Aviñón, despertaron en mi alma emociones tan vivas y profundas como la fuente y la quinta que recuerdan los amores y las lágrimas de Inés de Castro.

Desnuda de encantos verdaderos, la Quinta de Julieta, de todo nos habla menos de la desdichada heroína de Shakspeare. El sepulcro que nos muestra el jardinero es un sarcófago cualquiera del antiguo cementerio franciscano, que los visitantes ingleses se han propuesto llenar de tarjetas. La Fuente de Valclusa, brotando majestuosa desde el fondo de profunda garganta en uno de los sitios más pintorescos de la Provenza, es, sin duda alguna, vigoroso paisaje, que contrasta sobremanera con los amargos suspiros del cantor de Laura, allí recordada y plañida en estrofas no menos tersas que las límpidas aguas de la fuente.

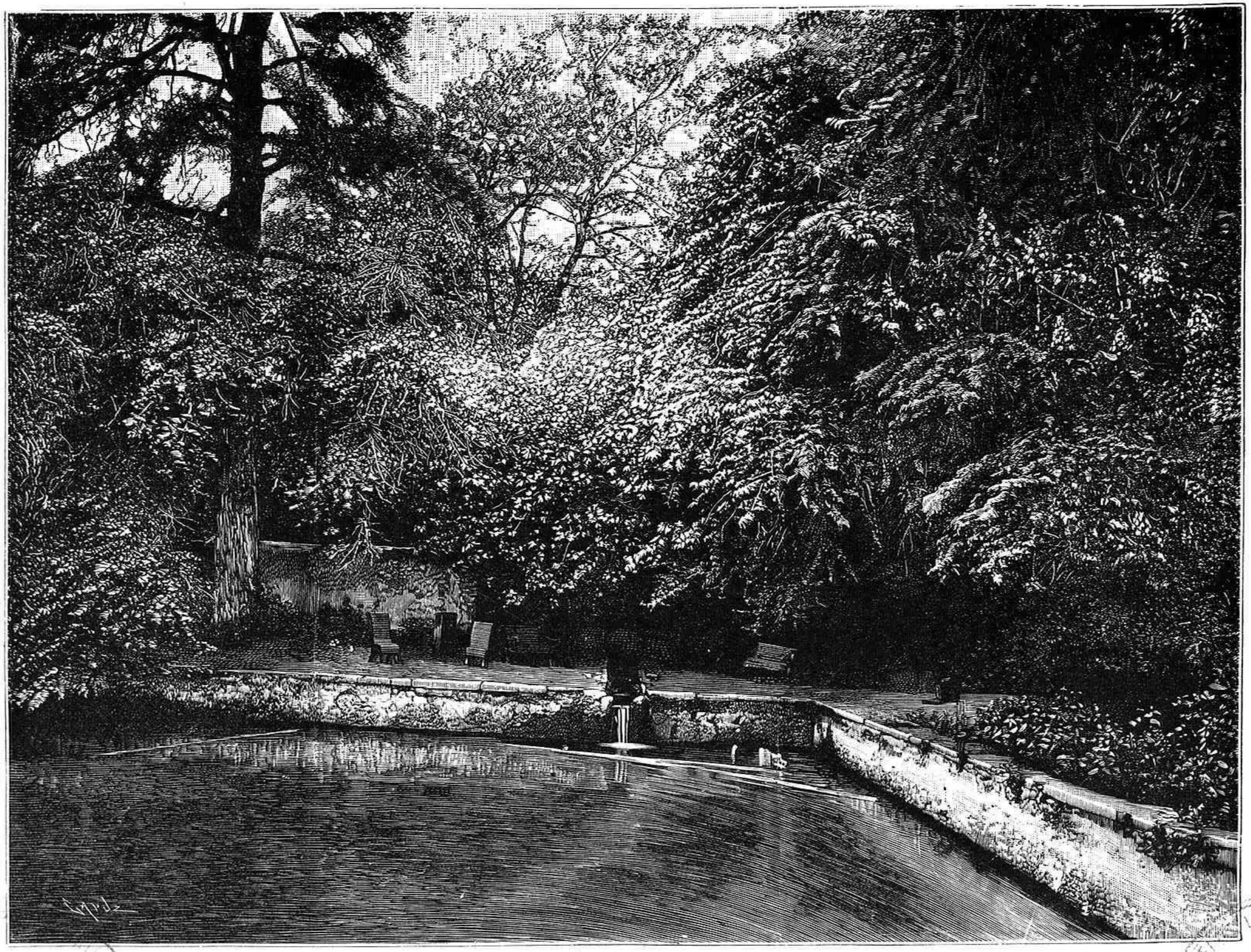
Sentimientos de otra índole, mezcla de suave dulzura, inspirada por la naturaleza, y de compasiva tristeza, hija de la piedad, son los que despierta al viajero que conoce la leyenda, la Fuente de Coimbra y los amores que hoy llora.

Al pie de severa colina, bajo majestuoso toldo de verdura impenetrable á los rayos del sol, formado por seculares árboles, algunos de los cuales inclinan lánguidamente sus ramas, como llorosos sauces, del fondo del granítico seno de las rocas, brota la Fuente de los Amores, no impetuosa, como la de Valclusa, sino con blando impulso como la fuente Castalia. Ancho estanque cuadrangular recibe por un caño de piedra, á poca distancia del nacimiento, las siempre frescas y cristalinas aguas, retratando al propio tiempo en su límpida superficie los corpulentos cedros de la colina.

Lugar tan pintoresco no podía menos de tener su leyenda, como la tienen con menor motivo otros semejantes, y mucho más en tierra de las tradiciones y las dotes artísticas de la Arcadia portuguesa. La poesía de la naturaleza reclama allí con imperio el consorcio de la poesía humana. Y ésta no ha tenido que inventar nuevas leyendas, sino simplemente embellecer y trasladar á aquel sitio, junto aquella fuente, bajo aquellos árboles seculares, el idilio y la tragedia de amor más poéticos de Portugal, realmente ocurridos en Coimbra, en la orilla opuesta del Mondego, en lugares destruídos por las arenas del Manzanares de Coimbra. La piedad de los conimbricenses trasladó desde aquellos mismos sitios, donde yacían, á la otra orilla, sobre la colina de *la Esperanza*, las venerandas reliquias de la heroína de la virtud, Santa Isabel, edificando, para guardarlas, el magnífico Monasterio de Santa Clara: la compasión de los poetas trasladó á su vez la leyenda de la heroína del amor, Inés de Castro, desde los arruinados palacios donde pasaron sus amores y su muerte, á la hoy quinta de las Lágrimas, y á la fuente dicha luego de los Amores, dignas herederas de los lugares destruídos, y acaso más hermosas todavía.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



COIMBRA (PORTUGAL).—La Fuente de los Amores, en la quinta de las Lágrimas.

BIBLIOTECA

(c) Ministerio de Cultura 2006

Adaptada admirablemente la leyenda á sus nuevos sitios; distante cada vez más la memoria de los antiguos, para los poetas y para el pueblo, la Quinta de las Lágrimas y la Fuente de los Amores han acabado por ser los primitivos, los verdaderos, los únicos sitios de la amorosa leyenda. Ya en el pasado siglo colocaba Quita la escena de su *Castro* «*no jardin da Quinta das Lagrimas*». No así Juan Bautista Gomes y Manoel de Figueiredo en sus tragedias. Todavía no estaba terminada la plena traslación de la leyenda á su nuevo domicilio. Hoy es ya un hecho consumado, sobre todo en la poesía lírica. Léanse, si no, las canciones de Juan de Lemos, Ribeiro dos Santos, Soares de Passos y tantas otras, ya íntegras, ya en extracto, que contiene el *Florilegio poetico* intitulado *A Fonte dos Amores*, reunido y publicado por Sousa Viterbo en 1889, y adicionado por el mismo autor, en estos últimos días, en *A Semana de Lisboa*.

Es tan preciosamente adecuado, de tanta verosimilitud poética el nuevo teatro, que no cabe encontrar otro tan bello en toda Coimbra. Reclamará sus fueros la verdad histórica, sacrificada en este cambio; pero defenderá resueltamente los suyos la poesía, orgullosa de su obra, á no dudarlo, de las más admirables y perfectas.

Todo habla de Inés en aquellos lugares á la imaginación de los poetas. Las raíces filamentosas de color rubio que ondulan en las aguas de la fuente son los rubios cabellos de la desdichada amante. Las manchas rojizas de algunas piedras, producidas por una planta microscópica de la familia de las algas, la sangre de Inés, allí vertida al ser degollada.

«Eu dei sombra a Ignez formoza»,

se leía en el tronco de corpulento cedro derribado años ha por la violencia de los huracanes. Y para completar el cuadro, allí están á un lado de la fuente, esculpidos en humilde piedra, los magníficos versos con que el mayor de los épicos de la Península puso término al más lindo episodio de su epopeya, y en que imagina una fuente formada con las lágrimas de las ninfas del Mondego llorando la muerte de Inés, y á la que pusieron por nombre Fuente de los Amores,

Dos amores de Ignez, que ali passaran.

Prescindiendo del fabuloso origen que Camoens le atribuye, ello es que en tiempos del gran poeta existía en Coimbra una fuente llamada de los Amores. Menciónala ya en 1360, cinco años después del asesinato de Inés, un documento de las justicias de Coimbra, citado por Fr. Manoel da Esperança. En 1554, diez y nueve años antes de Camoens, canta en elegantes metros latinos esta misma fuente el docto Ignacio de Moraes en su *Conimbricæ Encomium*, no ha mucho reimpreso por Simões de Castro, docto ilustrador de las memorias de Coimbra.

Pero tal fuente no es en modo alguno la que hoy lleva este nombre, ni estaba siquiera en la misma margen del río donde ésta se halla, sino, como antes dijimos, en la orilla opuesta, cerca del derruído convento de Santa Clara, que recibía sus aguas «*por un caño, que se llamó de los amores por razón de una fuente de este nombre, en la que tenía su principio*».

Ignórase á ciencia cierta el origen de este nombre. Moraes, al cantar la fuente, no menciona los amores de Inés, ni mucho menos dice que deba á ellos la denominación de Fuente de los Amores. Tal vez proviniese de algunos Amores de piedra que adornaran la fuente. En el claustro viejo de Santa Clara había un gran estanque, «*en el cual*—escribe Fr. Manuel de la Esperanza— *desaguaban muchas fuentes por diferentes figuras, y la mayor de éstas, que yo he visto, por la boca de una culebra, enroscada en el brazo de una Ninfa.*» En lo que no cabe duda es, que muy notable debía ser la Fuente de los Amores para que Moraes la contase entre las cosas más dignas de elogio de Coimbra.

Ahora bien: Inés de Castro vivía, cuando fué asesinada, en Santa Clara de Coimbra, como su contemporáneo el canciller Ayala nos refiere en su *Crónica del Rey D. Pedro de Castilla*, ó con mayor precisión «*nas casas do Mosteiro de Santa Clara*,» como puntualiza Ruy de Pina en su *Chronica | de El Rey | Dom Alfonso | o quarto do nome*. Como se ve, el cronista castellano y el portugués, los más antiguos en esta materia, concuerdan sustancialmente en la designación del lugar en que posaba y en que fué muerta la infortunada esposa de D. Pedro.

García de Resende, en sus «*Trovas á morte de D. Ignez de Castro*», impresas ya en 1516, en la primera edición de su *Cancioneiro*, hoy rarísima y que he visto en la Biblioteca Nacional de Lisboa, es el cantor más antiguo que conozco de los trágicos amores de la hermosa española. En las trovas de Resende, puestas en boca de Inés, no hay la menor alusión ni referencia á ninguna fuente *das Lagrimas* ó *dos Amores:* háblase sólo de las casas ó palacios que Inés habitaba y que ya conocemos.

Estaua muy acatada;
como princesa seruida;
em meus paços muy honrrada;
de tudo muy abastada;
de meu senhor muy querida,

dícenos Inés en la relación que el poeta pone en sus labios, y en la que se inspiraron, muchos años más tarde, los primeros, Camoens y Ferreira.

Y esto es cuanto á ciencia cierta sabemos, por testimonio de la historia y por voz de la poesía, sobre el lugar en que fué degollada nuestra heroína, antes que nuevas crónicas y nuevos cantares idealizaran el martirio de Inés y los lugares y circunstancias en que se verificó la dolorosa tragedia.

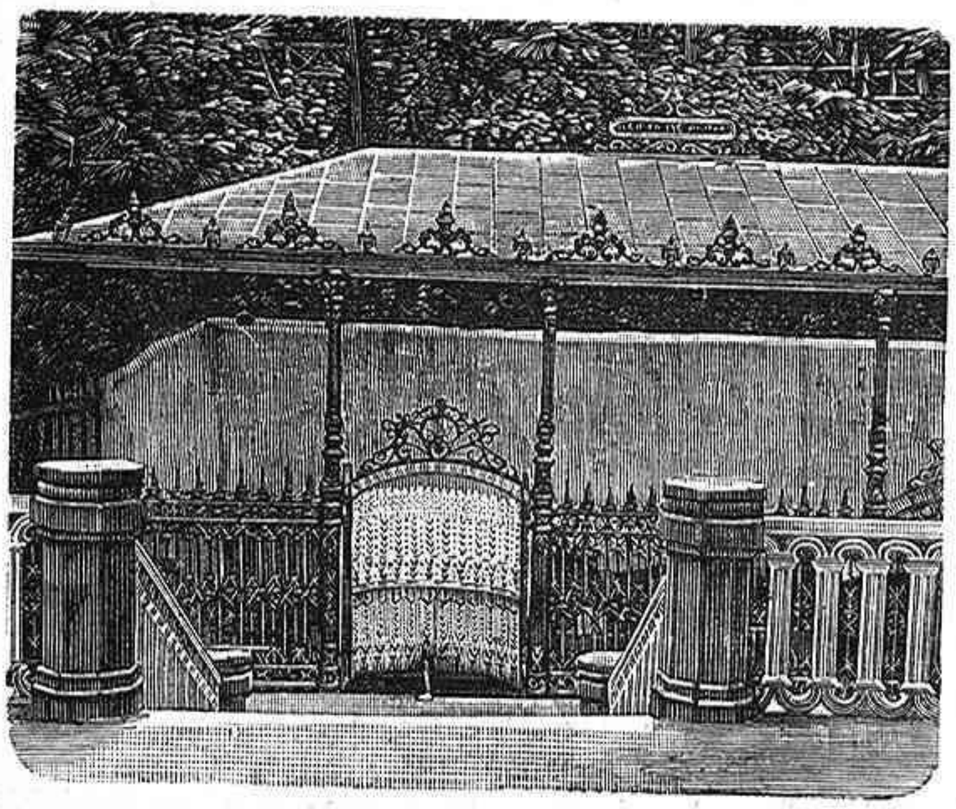
Poco es, por cierto, para satisfacer la imaginación, que tiende irresistiblemente á reconstruir á su modo y á embellecer con la magia de sus encantos los viejos hechos, convirtiendo así en leyenda lo que fué historia. Camoens y Ferreira, como luego los poetas castellanos, se emplearon en esta obra, legándonos en herencia una leyenda de Inés de Castro tan rica en poéticas invenciones como las más admirables de todos los pueblos. Coimbra, teatro de esta leyenda, tenía que contribuir á su formación en la parte que más le cumplía, buscando para ella lugar adecuado en su espléndida naturaleza, y encontrándolo al fin en la deliciosa *Quinta de las Lágrimas*, junto á la poética *Fuente de los Amores*.

ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL.

(c) Ministerio de Cultura 2006

ATENEO CIENTÍFICO LITERARIO Y ARTÍSTICO BIBLIOTECA

EN MONDARIZ



LA FUENTE.

¡Oh dulce manantial sabroso y tibio!
¡Oh fuente de salud férvida y sana!
Aquí la puso Dios para el alivio
Y aquí perpetua y solitaria mana.
En medio de estas plácidas orillas
Franca es la entrada y la salud es cierta;
Llegad hasta la fuente de rodillas;
¡La botica de Dios tenéis abierta!
Aislada en un peñasco del camino,
Ni salta en ondas ni murmura recio;
Otro vaso al enfermo peregrino.....
Y á rezar y á creer; ¡ese es el precio!

MONDARIZ AL ANOCHECER.

A lo lejos se ve el caserío
Del crepúsculo envuelto en la luz;
El relente ya tiene rocío;
Ya está obscura la margen del río,
Y la selva, y la ermita y la cruz!
En la rústica choza cerrada
Ecos tristes oyéndose están;
Tal vez es la mansión encantada
Donde llora una *nena coitada*
Os desdens de un ingrato galán!

CAMINO DE LA FUENTE.

(A UNA MENDIGA, NIÑA SORDO-MUDA.)

Muda y sorda es la niña: ¡bendita sea!
Ni me escucha ni habla; ¡Dios lo ha querido!
Y cuando tan risueña va por la aldea,
¿Qué le dirán los ángeles en el oído?
¡Ay! tal vez aquí abajo Dios la mantiene
De su propio silencio siendo cautiva,
Porque nadie descubra *de dónde viene*
Y que ninguno sepa *lo que hay arriba!!!*

(c) Ministerio de Cultura 2006

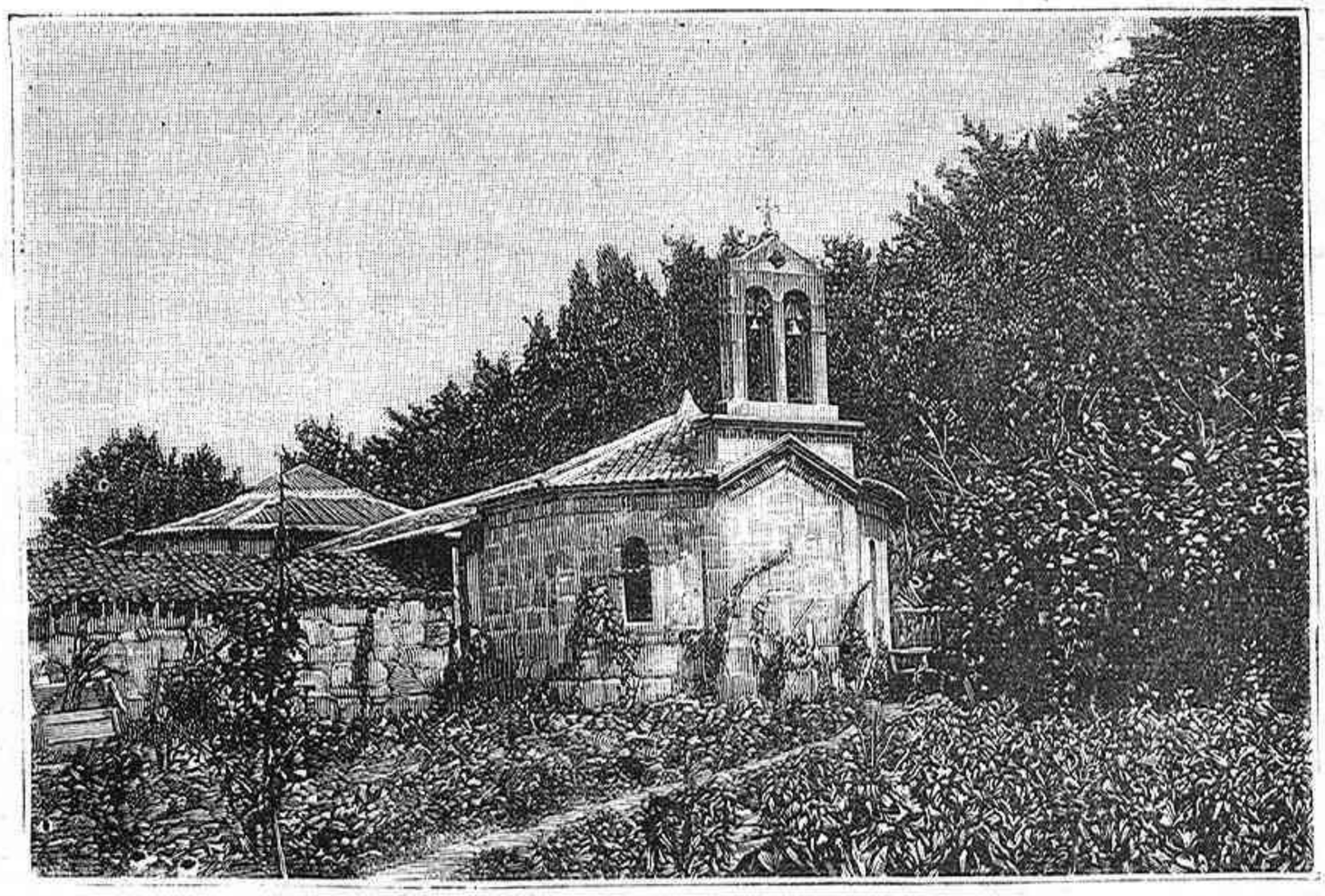
LA MENDIGA DEL ARPA.

(EN LA MESA DEL BALNEARIO.)

Todos á la mesa están;
La niña canta y sonríe,
Y su mirada se engríe
En un pedazo de pan.
Ni escucho el aire ligero
Ni oigo la doliente letra,
Que en mi corazón penetra
Como una punta de acero!
Sus notas se van ahogando
De la mesa en el estruendo;
¡Todos comiendo..... y comiendo!.....
¡Y ella cantando.... y cantando!
Mas si otra niña la besa
Y la ampara dulcemente,
¡Quizá la Virgen se siente
Por las noches á su mesa!

BAJO UNA PARRA DE MONDARIZ.

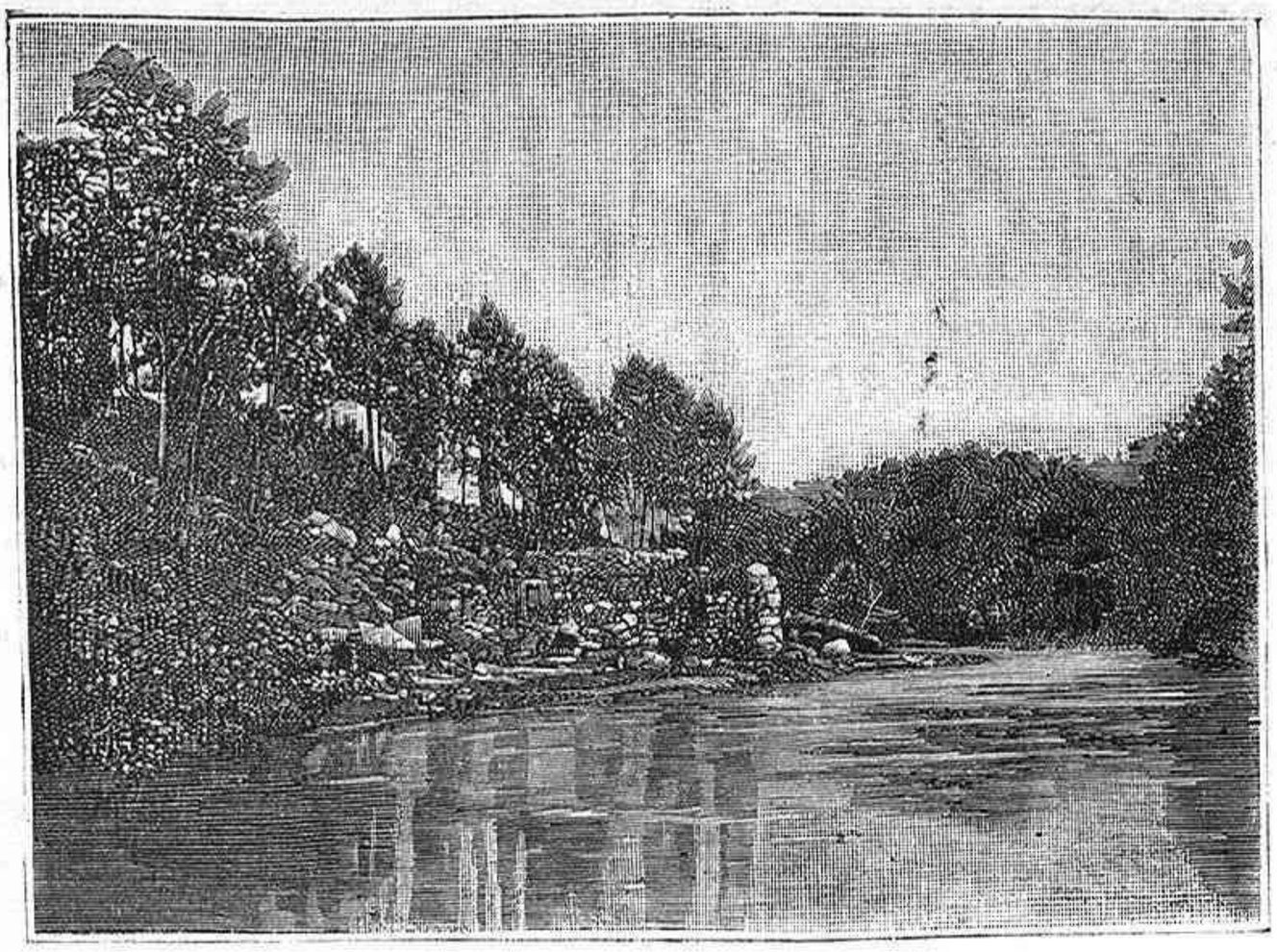
De un gallo acerca el aire
La voz lejana;
Se filtra por las hojas
El sol poniente;
Y al eco melancólico
De una campana,
Se destrenza llorando
Sola la fuente.
La luna blanquecina
Como un sudario,
Borrosa en claridades
De luz febéa,
Se asoma al hueco roto
De un campanario,
Para ver lo que pasa
Dentro la aldea.



LA CAPILLA.

¡Hoy es domingo! Toda de gala
La alta capilla recibe al sol,
Y con la púrpura de una bengala
Finge la ojiva su tornasol.
No hay cara hermosa sin la mantilla;
¡Con la mantilla las hay que ver!
Á sus mujeres la dió Sevilla,
Y es el encanto de la mujer.
Su último toque da la campana;
Ya el sacerdote vestido está,
Y á misa acude la caravana
Que el agua pura bebiendo va.
De mansedumbres cristianas llenos,
Todos dan gracias al Redentor;
Los que están buenos..... porque están buenos;
Los que están malos..... para ir mejor!
¡Se alza la Forma! La luz pasando
Le hace de rayos arco triunfal,
Mientras las notas van resbalando
De la sonora marcha Rëal.
Blanca y humilde, pobre y sencilla,
Bajo su nave me hallo feliz;
Soy un devoto de la capilla,
De la capilla de Mondariz!

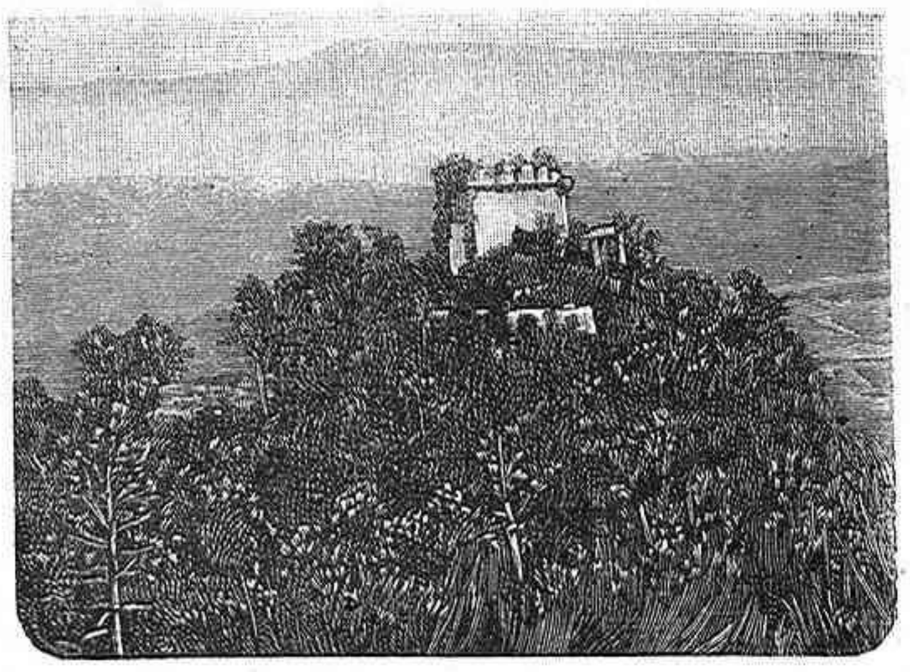
(c) Ministerio de Cultura 2006



LOS PINOS DE MONDARIZ.

Pinares de las cumbres solitarias
Ola verde que ondula desigual;
Testigos de las citas legendarias,
Escolta del divino manantial;

Llenáis de vida el campesino ambiente
Y completáis del agua la virtud;
¡Vivid! vivid para velar la Fuente
Que devuelve al enfermo la salud!



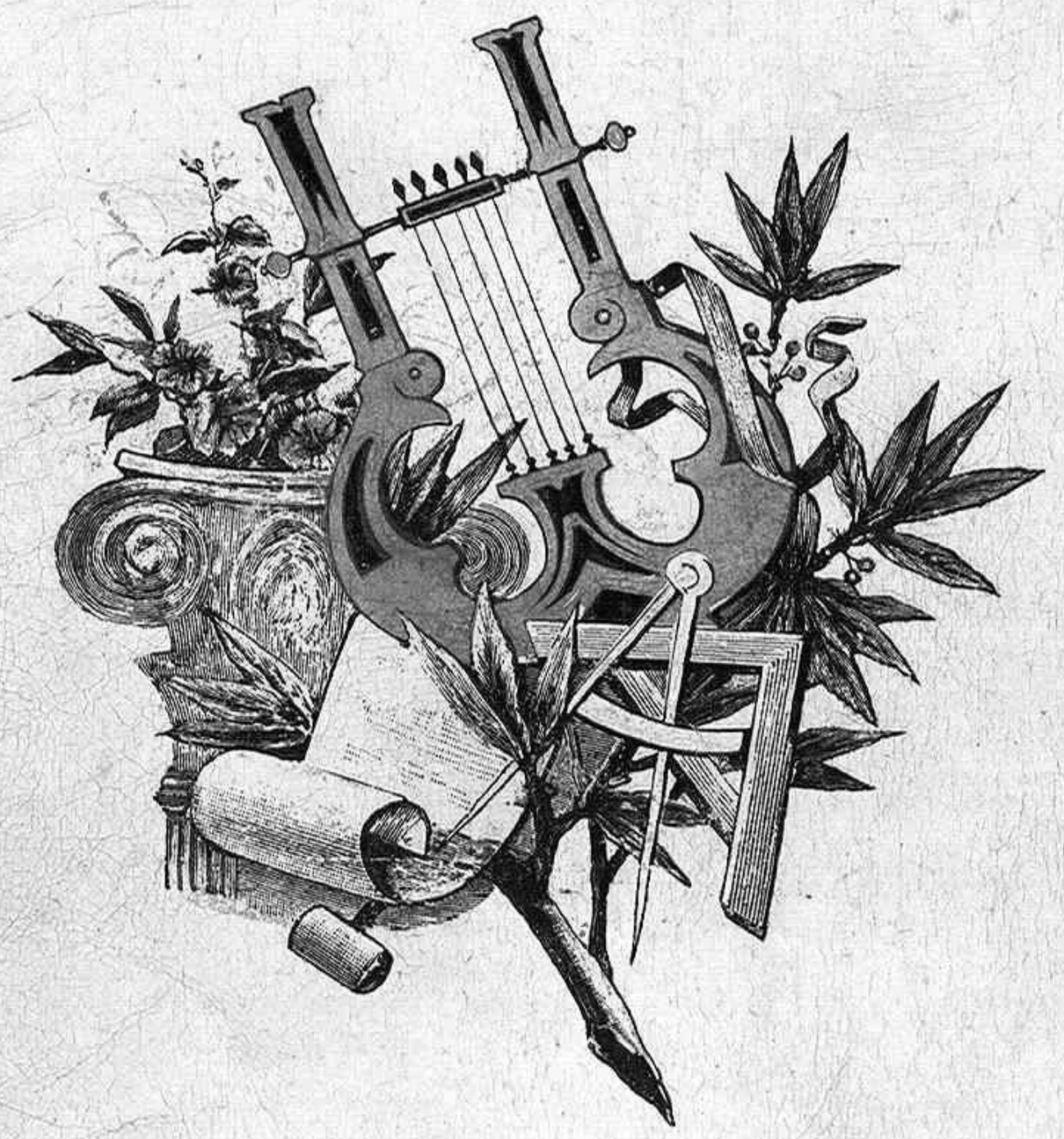
AL PIE DE LA MONTAÑA.

Omnipotente Señor
Que la luna alzando vas
Sobre el valle seductor!
Aquí te *descubres* más,
Porque te *miran* mejor!

ANTONIO GRILO.

(c) Ministerio de Cultura 2006

(c) Ministerio de Cultura 2006



(c) Ministerio de Cultura 2006